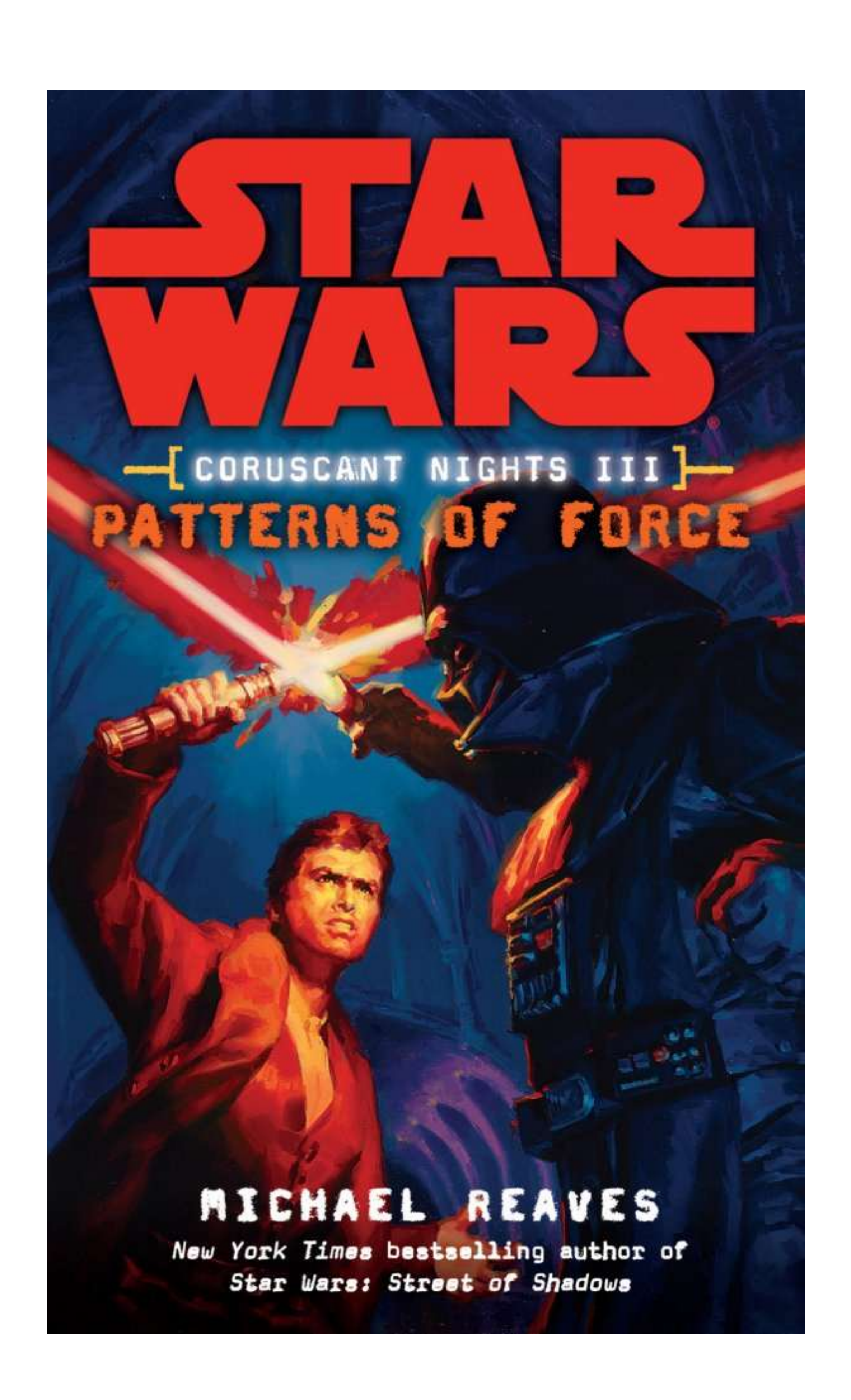

STAR WARS
CORUSCANT NIGHTS III
PATTERNS OF FORCE
MICHAEL REAVES
New York Times bestselling author of
Star Wars: Street of Shadows

Después de la sangrienta purga de los Jedi del Imperio, un caballero solitario todavía lucha por los que no pueden, sin saber que está a punto de ser arrastrado a una batalla cataclísmica contra el mismo Maestro de la Oscuridad.

Por toda la galaxia, un Jedi capturado es un Jedi muerto, incluso en los suburbios profundos más sucios de Coruscant, donde el caballero Jedi Jax Pavan defiende las causas de los oprimidos con la ayuda del duro reportero Den Dhur y del sabio droide I-5YQ. Pero Jax también está involucrado en otra lucha… para desvelar los secretos de la muerte de su padre y de su propio pasado.

Mientras que Jax cree que I-5YQ tiene algunas de esas respuestas, nunca se imagina que la verdad podría ser lo suficientemente impactante como para catapultarlo a las líneas del frente de un complot para matar al Emperador Palpatine. Peor aún, la búsqueda implacable de Darth Vader por Jax está a punto de terminar… en triunfo.

El futuro que se cierne sobre el valiente Jedi y sus leales amigos promete ser oscuro y breve, porque no hay ningún secreto en absoluto acerca de la más dura verdad de todas: Pocos son los que se enredan con Darth Vader y viven para contarlo.



Noches de Coruscant 3

Patrones de Fuerza

Michael Reaves



LEYENDAS

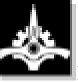
Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Coruscant Nights III: Patterns of Force*

Autores: Michael Reaves y Maya Kaathryn Bohnhoff (fuera de los créditos)

Arte de portada: Glen Orbik

Publicación del original: 2009

18 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: Yavin201

Revisión: Holly

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

19.03.17

Base LSW v2.21

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Dramatis personae

DARTH VADER; Lord Sith y agente del Emperador Palpatine
DEJAH DUARE; empática, ex-socia del artista de luz Ves Volette (mujer zeltron)
DEN DHUR; ex-periodista (varón sullustano)
HANINUM TYK RHINANN; ex… asistente de Darth Vader (varón elomin)
I-5YQ; droide de protocolo sensible
JAX PAVAN; Caballero Jedi (varón humano)
KAJIN SAVAROS; adepto a la Fuerza no entrenado (varón humano)
LARANTH TARAK; Paladín Gris (mujer twi'lek)
POL HAUS; prefecto de la policía (varón zabrak)
PROBUS TESLA; Inquisidor (varón humano)
THI XON YIMMON; líder de Latigazo (varón cereano)
TUDEN SAL; asociado de Latigazo (varón sakiyano)

Tu enfoque determina tu realidad.

—Qui-Gon Jinn

«Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…»

Prólogo

Las voces se alzaban y descendían a su alrededor, pero ahora les prestaba poca atención. Había intentado estar atento al principio, pero oír la palabra *contrabando* había hecho que Haninum Tyk Rhinann se centrase en su propio interrogatorio mental privado, sobre un misterio que trataba de desenredar por razones personales. El caso que los otros estaban discutiendo —el asesinato de un ser insignificante involucrado en el contrabando de una variedad particularmente desagradable de especia— sólo tenía importancia para el prefecto de la policía local, Pol Haus. Que era otra forma de decir que, tanto cósmica como localmente, no tenía ninguna importancia.

Rhinann estuvo casi tentado de insertar los dedos en sus peludas orejas para bloquear el sonido rechinante de la voz del prefecto. Hubo un tiempo, cuando había sido ayudante de campo personal del mismísimo Darth Vader, en el que dejar que tal pensamiento cruzara por su mente, o incluso permitir la existencia de la admisión de tan pobre etiqueta, habría hecho que sus cuatro estómagos se revolvieran. Ahora tenía que admitir honestamente que no le importaba. Deseó tener orejas con autocierre como el Houdoggin Menor de Klatooine, para poder apagar el sonido del prefecto tan fácilmente como el cerrar los ojos le permitía ocultar la ofensiva visión de su persona.

No podía imaginar excusa más pobre de zabrak. En su experiencia considerable como funcionario imperial nunca había conocido a un miembro de esa especie que fuera tan imposiblemente *desaliñado*. El pelo del prefecto —lo que quedaba de él— estaba salvajemente desarreglado, como si se hubiera pasado los dedos repetidamente; su ropa estaba desordenada; su postura era relajada hasta el punto del desgarbo; sus ojos de gruesos parpados le hacía parecer como si estuviera a punto de quedarse dormido.

Recordó que una vez había oído un rumor que decía que los elomin —su pueblo— eran descendientes de un grupo de zabrak que habían colonizado la superficie de Elom eras atrás. Estar en presencia del prefecto le hacía querer encontrar al estúpido malnacido que había iniciado esa calumnia y arrojarle al sol más próximo.

Rhinann se sentó más atrás en la adaptosilla de su mesa de trabajo, reparando amargamente en que su mente, como un niño perdido en el laberinto de una feria, había vagado mucho más del curso que originalmente había tomado. Sospechó cada vez estaba más cerca de perder el juicio. No era de extrañar, considerando las compañías que frecuentaba.

Observó a los otros seres de la austera área común con desdén. Eran un grupo variopinto, eso seguro. Además del prefecto zabrak, que estaba de pie en el centro de la habitación, había un humano… un Jedi oculto, nada menos. Sentado en un extremo de un bajo sofá, ocasionalmente giraba la cabeza para mirar al ser sentado en el otro extremo… una mujer zeltron, la definición exacta de problemas buscando algún lugar donde alojarse. El «equipo» lo completaban un sullustano «periodista» llamado Den Dhur —si uno podía llamar periodismo a la clase de poodoo sensacionalista que escribía; Rhinann había leído algunos de sus artículos en varios archivos online, y en su opinión comparar

la escritura del pequeño alienígena con el termino en huttes para excrementos era ser caritativo, por no decir otra cosa— y, por último, la causa del desvío original que la mente de Rhinann había tomado: el droide de protocolo I-5YQ, al que todo el mundo se refería simplemente como I-Cinco.

Los ojos de Rhinann se estrecharon mientras contemplaba al droide. I-Cinco había pertenecido una vez al padre de Jax Pavan. Lorn. Mejor dicho, según I-Cinco, había sido socio y amigo de Lorn Pavan. El avispado meca se había pasado de contrabando a sí mismo, a Den Dhur, y a la rara panacea biótica llamada bota hasta Coruscant en busca del hijo de su socio, Jax. El chaval sensible a la Fuerza había sido —dependiendo de quién contara la historia— entregado, o bien arrebatado por los Jedi cuando era un bebe. Y aunque la memoria de I-Cinco había sido borrada casi por completo, de alguna manera la había recobrado y completado su misión. Por supuesto, le había llevado dos décadas hacerlo.

Estas cosas Rhinann las sabía principalmente como resultado de su propia investigación cuidadosa. Lo que suponía —no, la sola idea de suponer le producía urticaria; prefería pensar en ello como extrapolación imaginativa— era, que de alguna manera I-Cinco completaba un círculo que incluía a Jax, a su fallecido padre, a un misterioso asesino Sith, y al nuevo Señor Oscuro. Darth Vader, a quien Rhinann había servido recientemente. Lo que sabía a través de la simple experiencia cotidiana era que I-Cinco, de alguna forma, era imposiblemente algo más que una máquina.

Aun que era fascinante, no respondía a la pregunta pertinente, que era: ¿tenía el droide todavía el bota, o ya se lo había entregado a Pavan?

El elomin ya no fingía —ni siquiera ante sí mismo— que su interés en el bota era comercial. Podría haberse escondido detrás de esa justificación razonada si el miembro más reciente de su maltrecho equipo —la zeltron, Dejah Duare— no hubiera traído consigo una dote de fondos casi ilimitados. No, su interés era puramente personal, pero no por ello menos intenso.

La literatura que había encontrado en la HoloRed le había hablado de los efectos medicinales casi milagrosos que el bota tenía sobre los enfermos y heridos. Aunque esos efectos variaban de especie a especie —incluyendo efectos poco saludables para algunas— aun así, de acuerdo a los registros de hacía veinte años que había extraído de las unidades médicas móviles que funcionaban durante las Guerras Clon, el bota se encontraba tan cerca de ser una panacea como uno podía imaginar. Con algunas excepciones, era todo para todas las especies. Cuando se administraba, simplemente encontraba lo que andaba mal en el cuerpo de un paciente y, en el noventa y nuevo por ciento de los casos, lo arreglaba.

Desgraciadamente, esta maravilla ya no era nada más que una histórica y triste nota al pie de página; la planta del bota evolucionó de repente y, al evolucionar, sus propiedades cambiaron. Lo que una vez había sido una hierba medicinal celosamente guardada y muy buscada, ahora era meramente una mala hierba insignificante… excepto para unos pocos.

Haninum Tyk Khmann era uno de esos pocos.

Lo que hacía que el bota tuviera tanto interés para Rhinann no tenía nada que ver con sus propiedades curativas. Ni se había enterado inicialmente de ese aspecto por la HoloRed. Había obtenido —y le irritaba admitirlo, incluso ante sí mismo— el conocimiento escuchando a escondidas conversaciones entre Jax Pavan e I-Cinco. De esa manera había descubierto algo que el bota podía proporcionar que la HoloRed no mencionaba: una conexión trascendente con la Fuerza. Suponiendo, por supuesto, que el sujeto experimental tuviera un nivel suficiente de midiclorianos para ser sensible a la Fuerza. El propio recuento de midiclorianos de Rhinann no era bastante alto como para acceder a la Fuerza sin ayuda, pero era posible que, si el extracto de bota le proporcionaba el impulso requerido, pudiese lograrlo.

Hacía ya mucho tiempo que había aceptado, con el fatalismo común de su raza, que moriría en la pobreza y la miseria, pero quería experimentar la Fuerza por una vez antes de morir. Por una vez, quería estar armonizado con el poder y el patrón del universo y no sordo como una dianoga; por una vez quería tener el poder y la premonición mental y espiritual para acabar con los responsables de su caída en desgracia; por una vez quería…

—He dicho, «¿No es eso lo que has descubierto, Rhinann?».

El Elomin parpadeó y se volvió para mirar a Jax Pavan, quién, se percató, debía haberse repetido varias veces para haber alzado la voz a ese nivel. El joven Jedi era normalmente de voz y modales suaves… una actitud calculada para hacerle parecer inofensivo. Incluso en ese momento no había cólera en su voz, simplemente desconcierto.

Los Jedi no se enfadaban… o eso les gustaba decirle a todo el mundo.

La secreta opinión de Rhinann era que se enfadaban igual que cualquiera y simplemente lo ocultaban mejor. ¿Cómo podía Pavan no estar enojado cuando el Señor Oscuro, supuestamente responsable de la muerte de su padre, seguía enviando asesinos tras él? ¿Cómo no iba uno a enfurecerse con el universo cuando…?

—¿Rhinann? —repitió Jax mientras su oscura mirada buscaba la del elomin. Su voz esta vez tenía un toque de aspereza.

—Perdón, estaba contemplando un… un ángulo profundo de otro caso.

—Si pudieras molestarte en contemplar los ángulos más bien inmediatos de este —dijo Pol Haus—, estoy seguro de que todos lo apreciaríamos.

Rhinann parpadeó otra vez, lentamente y para crear un efecto, y dejó escapar un largo y paciente suspiro.

—¿Puedes repetirme la pregunta?

Jax lo hizo.

—Le estaba diciendo a Pol Haus que los datos que descubriste indican que el canal a través del cual Bal Rado estaba recibiendo especia se había secado poco antes de su asesinato.

—Ah. Sí. Precisamente. Razonamos —dijo Rhinann, trayendo su mente eficazmente de vuelta al asunto en cuestión—, que su reluctancia a informar a su comprador…

—Un hutt llamado Sol Proofrock, si puedes creerlo —interjectó Den Dhur desde su asiento en el alféizar de la ventana.

—Como estaba diciendo —continuó Rhinann tensamente—, era reluctante a informar a su comprador —un hutt con una variedad de alias— de esta situación. Lo que le indujo a intentar ocultarla mientras buscaba una nueva fuente de especia…

—Que, desafortunadamente para él, no se materializó —añadió el sullustano.

Rhinann favoreció al pequeño y rechoncho humanoide con su mirada más desdeñosa.

—Bien, por supuesto que no. De otra forma el patético ser probablemente seguiría con vida. Lo que indica *mi* investigación —le dijo Rhinann al prefecto, queriendo dejar perfectamente claro que Den no había tenido nada que ver con la solución del caso—, es que uno de los contrabandistas a los que Rado le contó su pequeño problema —Droo Wabbin, un compañero toydariano— reveló su situación al comprador.

—Sin embargo, eso son especulaciones —le interrumpió Den—. Porque fuiste incapaz de recuperar el contenido del mensaje, todo lo que sabemos con certeza es que Wabbin estaba en contacto con el bueno de Sol.

I-Cinco, de pie justo detrás del sofá bajo en el que Jax y Dejah estaban sentados, hizo un raspante gorjeo mecánico que era la versión del droide de protocolo de aclararse la voz.

Rhinann ignoró la sutil advertencia.

—Supongo que crees que es pura coincidencia que Rado acabara muerto un día después de que ese mensaje fuera enviado *y* también es coincidencia que su fiel amigo contrabandista recibiera una suma significativa de créditos en su cuenta privada en ese mismo periodo de tiempo.

—No he dicho eso —protestó Den—. Meramente señalé que no tenemos pruebas irrefutables de que el golpe de suerte de Wabbin tenga algo que ver con la defunción de Rado. Sin embargo eso parece, ya sabes, demasiada coincidencia para serlo.

—¿Demasiada coincidencia para serlo? —repitió Rhinann con desprecio. Chocó sus largos dedos varias veces a modo de aplauso—. Brillante valoración —se volvió para dirigirse al prefecto—. El hecho es…

—El hecho es —gruñó Pol Haus estirándose en toda su altura—, que no he venido aquí para escuchar parloteo mutuamente destructivo sobre quién supo qué y cómo. Vine aquí para averiguar lo que sabéis sobre el flujo de especia en mi jurisdicción. *Dijisteis* que teníais información pertinente.

—La tenemos —dijo Jax Pavan rápidamente, incluyendo a ambos agitadores en una mirada apaciguadora.

—Eso está bien —dijo Haus—, porque lo que yo tengo es un «empresario» toydariano muerto —y uso el término holgadamente— y un exceso repentino de especia pura en el Sector Zi-Kree. Un sector que *mi* investigación indica que está controlado por nuestro múltiples-alias el Hutt. Si no podéis proporcionarme buena información…

Rhinann abrió su boca para contestar y se encolerizó al ver que los labios colgantes de Dhur también se estaban abriendo. Entonces I-Cinco volvió a hacer ese sonido rechinante, lo cual era en realidad demasiado… ser censurado por un *droide*…

—Le hemos proporcionado solamente la información de mayor relevancia, Prefecto, se lo aseguro —insistió Rhinann, con mucha más intensidad de lo que pretendía.

—También me habéis proporcionado un exceso de quejas de comerciantes locales sobre acoso, más «desconocido» de los que deberían existir en el expediente de cualquier ciudadano, y un rastro de cadáveres. Quizá debería estar investigándoos a *vosotros*, no a Sol Proofrock —o como quiera que nuestro comerciante de especia hutt se llame hoy en día.

Antes de cualquiera de que las bocas abiertas en la sala pudiera emitir un sonido, Dejah Duare se levantó del sofá y alzó una graciosa mano apaciguadora.

Todos los ojos se volvieron hacia ella, todas las orejas sintieron un cosquilleo en previsión de su voz, todos los sentidos se extendieron hacia ella, deseando involuntariamente absorber todas y cada una de las efusiones de su brillante piel acarminada… con excepción de Rhinann y Dhur, cuyas fisiologías, aunque humanoides, eran demasiado alienígenas para responder a la ventaja endocrina de Duare. Algo bueno, también, a juzgar por la cara de atontados de Pavan y Haus. Rhinann imaginó incluso por un momento que los fotorreceptores del droide se iluminaban un poco, aunque sabía que eso era un disparate.

Como todos los zeltron, Dejah Duare exudaba una rica poción de feromonas que podía guiar voluntariamente para que afectara al estado de ánimo de su audiencia objetivo. En ese momento estaba empleando todos sus recursos sobre Pol Haus.

—Prefecto —dijo ella con una voz como sintoseda lavada al sol—, seguramente *mi* expediente de ciudadano es un libro abierto. ¿Cree que me asociaría con seres de cuyos escrúpulos desconfiara en lo más mínimo?

Si Rhinann no le conociera, habría jurado que el zabrak se estaba sonrojando hasta la raíz de su despeinado y escaso cabello.

—Con el debido respeto —dijo el prefecto—, este lote se congració contigo durante la investigación de la muerte de tu socio.

Dejah emitió una cascada de cálida risa sensual que, si hubiera sido visible, habría tenido el mismo tono carmesí oscuro de su cabello.

—¡Se congració! Vamos, Prefecto, ¿no es eso quitarle importancia al asunto? Jax y su equipo —añadió ella, lanzándole una mirada sonriente al Jedi—, resolvieron el asesinato de Ves Volette. Y por eso he elegido aliarme con ellos. Cada uno de ellos es altamente experto en lo que hace. Si Haninum Tyk Rhinann le proporciona información, puede estar seguro de que es precisa y valiosa.

El prefecto parecía desconcertado y no poco aturdido.

—Bien, supongo… es decir, por supuesto que la información es valiosa. Nunca lo he dudado. Y honestamente no me importan los agujeros en vuestros expedientes personales con tal de que continuéis proporcionando esa información —esto último iba dirigido a Jax, quien asintió con confianza.

—Estamos encantados de proporcionársela, Prefecto. En este caso creo que la información apunta al amigo hutt de Rado. Sospecho que lo que sucedió fue que Wabbin

tenía su propia fuente de especia y simplemente excluyó a Rado, haciendo un trato con su comprador por separado.

Mientras Jax continuaba, envolviendo el paquete limpiamente, Rhinann regresó a sus especulaciones sobre I-Cinco.

Se suponía que los droides no tenían tales capacidades y aptitudes como éste ejemplificaba. Ni era simplemente una cuestión de desactivar algunas limitaciones o reprogramar el procesador de la red sináptica con algoritmos de aprendizaje inteligentes. Ves Volette había sido asesinado por una unidad 3PO «modificada» que había tomado represalias contra el escultor caamasi por causarle desasosiego a la dama vindaliana a la que había servido durante décadas. Por decirlo llanamente, con algunas modificaciones sofisticadas en su programación protectora, la unidad 3PO había desarrollado un apego con su dueña.

I-Cinco había desarrollado mucho más que eso. Y él —*eso*, se recordó Rhinann con irritación— lo había desarrollado en cierta forma en manos de un hombre que se ganaba el sustento como distribuidor del mercado negro de productos raros. Por todo lo que Rhinann sabía, el antiguo «socio» del droide, Lorn Pavan, había sido muchas cosas, pero un programador sofisticado no era una de ellas.

Lo que originaba la pregunta: ¿cómo había el droide de protocolo conocido como I-5YQ trascendido su programación? ¿Y por qué?

Haninum Tyk Rhinann, por mucho que odiara admitirlo, estaba de acuerdo con Den Dhur en una cosa: algunos acontecimientos eran demasiada coincidencia para serlo, y todos los eventos que podía conectar con I-Cinco parecían encajar en esa catergoría.

Habría que vigilar al droide. Muy de cerca.

—[PARTE I]—

PLANETA NEGRO

CAPÍTULO UNO

La biblioteca era su lugar favorito de todo el inmenso complejo que era el Templo Jedi. Iba allí para absorber datos tanto a través de los poros de su piel como a través del estudio de la copiosa cantidad de información allí almacenada. Frecuentemente iba allí a pensar… pero a menudo también iba allí para *no* pensar.

Ahora estaba allí —no pensando— y casi tan pronto como reconoció el lugar, Jax Pavan también se dio cuenta de que era un sueño. El Templo, sabía, ya no era nada más que un montón caótico de escombros, piedra abrasada, y polvo ceniciento. La Orden 66 lo había decretado, y el horrendo baño de sangre al que los pocos Jedi restantes se referían como la Noche de las Llamas lo había garantizado.

Aún así allí estaba él en una de las muchas salas de lectura dentro del vasto ala de la biblioteca, tal como había sido la última vez que la había visto: los estantes suavemente alumbrados que contenían libros, pergaminos, cubos de datos, y otros contenedores de conocimiento de un millar de mundos; las mesas —cada una con su propia iluminación— en las que Jedi y Padawans estudiaban en silencio; las altas y estrechas ventanas, que daban al patio central; el techo abovedado que parecía perderse en la eternidad. Mientras su mirada soñadora captaba esas cosas, sintió el dolor de su pérdida… y algo más —perplejidad.

Claramente era un sueño de Fuerza. Tenía esa calidad radiante, casi trémula, la claridad absoluta de la presencia y el sentido, el conocimiento igualmente claro de que era un sueño. Pero se trataba del pasado, no del futuro, pues Jax Pavan sabía que no volvería a saborear la atmósfera de la biblioteca Jedi nunca más.

Sus sueños de Fuerza habían sido, sin excepción, visiones de sucesos futuros y y nunca tan lúcidos.

Estaba sentado en una de las mesas con un libro y un cubo de datos delante de él. El libro era una recopilación de ensayos filosóficos escritos por Maestros de los Jedi Tython que habían propuesto que la Fuerza tenía una naturaleza dual: Ashla, el elemento creativo, y Bogan, el destrutivo, aspectos luminoso y oscuro de una misma Esencia. El cubo de datos contenía un tratado del Maestro Asli Krimsan sobre la Perspectiva Potentium, una «herejía» propagada por el Jedi Leor Hal que mantenía —como muchos lo habían hecho antes y después— que no existía el lado oscuro de la Fuerza, que la oscuridad existía dentro del individuo.

Sí, él había estudiado esos dos volúmenes… entre otros. Suponía que todos los Padawans los estudiaban en algún punto en su entrenamiento, porque todos albergaban preguntas sobre la naturaleza de la Fuerza y querían comprenderla. Algunos, sabía, esperaban comprenderla completa y definitivamente; para zanjar de una vez por todas el debate milenario sobre si tenía una cara o dos y dónde yacía el potencial para la oscuridad… en la propia Fuerza o en el que la manejaba.

¿Cuándo había estudiado esos por última vez? ¿A qué momento había regresad en su sueño?

Mientras se preguntaba estas cosas, una sombra cayó sobre los objetos de la mesa ante él.

Alguien se había puesto a su lado, bloqueando la luz de las ventanas.

Alzó la mirada.

Era su compañero Padawan y amigo Anakin Skywalker. Al menos él había llamado «amigo» a Anakin sin ningún problema, pero la verdad era que Anakin se mantenía apartado de los otros Padawans. Incluso en los momentos de camaradería parecía un hombre aparte, como si tuviera un escudo de Fuerza a su alrededor. Meditando.

Jax se lo había dicho una vez a la cara y había obtenido una risa que, a través de su conexión con la Fuerza, supo que era falsa.

Ahora Anakin estaba junto a él, de espaldas a las ventanas, su cara en sombras.

—Hey, me estás quitando la luz —las palabras salieron de la boca de Jax sin que hubiera tenido intención de decirlas. Pero las *había* dicho ese día, y supo lo que venía a continuación.

Anakin no contestó. Simplemente alargó la mano como si fuera a dejar caer algo sobre la mesa. Jax puso su mano con la palma hacia arriba para recibirlo.

Ese «algo» era un pedazo de pyronium del tamaño de la primera falange de su pulgar. Incluso a media luz latía con una opalescencia que parecía proceder de lo más profundo, siguiendo un ciclo de colores que iba a través de todo el espectro visible hasta el negro y vuelta a empezar. En alguna parte —Jax no podía recordar dónde— había oído que el pyronium era una fuente de poder inmenso, de poder casi ilimitado. Había pensado que eso era apócrifo y absurdo. *Poder* era una palabra imprecisa y significaba muchas cosas para muchas personas.

—¿Por qué me lo das? -preguntó en ese momento igual que lo hizo entonces, alzando la mirada hacia la cara de su amigo.

—Para que me lo guardes mientras estoy en Tatooine —dijo Anakin. Su boca se curvó burlonamente—. O tal vez es un regalo.

—Bien, ¿qué es? —preguntó Jax.

La respuesta *entonces* había sido un encogimiento de hombros. Ahora fue una frase críptica pronunciada con una voz profunda y retumbante, para nada como la del Padawan:

—Con esto, viaja más allá de la Fuerza.

Jax se rió.

—La Fuerza es el comienzo, mitad, y final de todas las cosas. ¿Cómo puede uno ir más allá de lo infinito?

En lugar de contestar, el Anakin de su sueño comenzó a reírse. Para horror de Jax, la piel de Anakin se *ennegreció,* encrespándose y arrugándose como si sufriera un calor intenso; desprendiéndose del músculo y el hueso. Su sonrisa se torció horriblemente, convirtiéndose en el rictus de una calavera. Lo peor de todo era que la risa seguía saliendo de los labios abrasados. Jax se despertó de repente y completamente baño en sudor frío.

¿Con esto, viaja más allá de la Fuerza?

Eso era imposible. No tenía sentido… ¿y a qué venía la quemadura? Tembló, su piel se estremeció bajo la película húmeda y pegajosa de sudor mientras recordó uno de los rumores que decía que Anakin había muerto en Mustafar… lanzado a una corriente de magma por… nadie sabía por quién.

—¿Algo va mal, Jax?

Jax miró desde su cama empapada en sudor hasta donde I-Cinco hacía de centinela, sus fotorreceptores brillaban con luz atenuada.

Jax vaciló sólo un momento. Podía parecer un monólogo fútil discutir un sueño con un droide, pero I-5YQ no era un droide ordinario, y aunque lo fuera, a veces servía contar en voz alta el enigmático sueño incluso con un ser supuestamente no sensible. Si nada más, Jax razonó que clasificar las imágenes, acciones, y palabras en voz alta le ayudarían a comprenderlas.

Se sentó derecho, apoyándose contra la pared de su pequeña habitación en el apartamento de Poloda Place que compartía con el resto de su variado equipo.

—Soñaba.

—He leído que todas las criaturas vivientes lo hacen —observó I-Cinco insípidamente.

Jax se vio asaltado por una repentina curiosidad: ¿Soñaba I-Cinco? ¿Era eso posible? Quería preguntar pero reprimiendo el deseo, en lugar de eso se lanzó en una detallada narración de su propia visita nocturna.

Cuando Jax terminó de contarlo, I-Cinco guardó silencio durante un momento, sus fotorreceptores destellaron levemente de una forma que sugería el parpadeo de ojos humanos. Finalmente dijo:

—¿Puedo señalar que esto parecería contradecir el conocimiento que recibiste a través de la Fuerza hace algunos meses de que este Skywalker seguía vivo?

—Bueno, sí —Jax se pasó los dedos por su pelo empapado en sudor—. Aunque podría haber sido herido en Mustafar, supongo.

—Posiblemente, aunque existen otras posibilidades. Podría tener un significado más metafísico, por ejemplo. O podría ser una expresión de tus miedos interiores.

—Así no es como funcionan normalmente los sueños de Fuerza, pero supongo que es posible. Nunca antes he tenido uno como este —admitió Jax—. Quiero decir, un sueño del pasado, en lugar del futuro, para empezar. Y un pasado modificado. Anakin no dijo nada sobre la Fuerza cuando me dio el pyronium, sólo me pidió que lo guardara mientras él iba a Tatooine. Y creo que lo habría notado si hubiera estallado en llamas -añadió irónicamente.

Los «ojos» de I-Cinco destellaron de nuevo, pareciendo comunicar diversión.

El timbre de la puerta sonó; Jax miró su crono, pero I-Cinco se le adelantó.

—Son las siete horas.

No era una hora terriblemente temprana a esa profundidad en los subniveles de Coruscant donde pocos reconocieron el día o la noche, pero la mayoría de seres sensibles parecían estar de acuerdo en que a algunas horas era descorteses visitar a un vecino.

Jax se levantó y salió de su habitación al área común más grande, notando que el resto de sus compañeros estaban dormidos o fuera. I-Cinco le siguió.

Mientras se dirigía a la puerta principal del piso, Jax envió zarcillos indagadores de Fuerza hacia el ser en el lado contrario de la barrera. En su mente «vio» la energía, pero no percibió ningún «hilo» delator de Fuerza emanando de o conectándose a ellos.

Cada Jedi experimentaba y percibía la Fuerza de formas intensamente personales. Las sensibilidades particulares de Jax le inducían a percibirla como hilos de luz u oscuridad que envolvían a un individuo y le conectaban con la propia Fuerza y con otros seres y cosas. En este caso parecía no haber hilos… sin embargo había un indicio de, bueno, una *mancha*… era la única palabra que a Jax le parecía encajar vagamente.

Curioso por segunda vez esa mañana, abrió la puerta, sonriendo mientras I-Cinco se colocaba a un lado, adoptando una postura defensiva donde no sería visto inmediatamente por quienquiera que estuviera afuera.

En el estrecho corredor, rigurosamente alumbrado se encontraba un pequeño varón sakiyano regordete, de unos sesenta años —o eso suponía Jax— vestido con ropas limpias pero desgastadas. Parpadeó ante la apariencia de Jax —llevaba unos pantalones holgados de dormir y no se había molestado en ponerse una túnica.

—Yo-yo me disculpo por la hora —tartamudeó el sakiyano, parpadeando unos ojos redondeados que parecían extraordinariamente pálidos en su cara de bronce—, pero el asunto es urgente. Necesito hablar con Jax Pavan.

Jax examinó al sakiyano otra vez, más concienzudamente y con todos los sentidos que poseía. No sintiendo ninguna mala intención, se presentó.

—Yo soy Jax Pavan.

La cara del visitante se iluminó y dejó escapar un enorme suspiro de alivio.

—Por casualidad, ¿no poseerás un droide de protocolo de la línea I-Cinco-Y-Q?

—Yo no lo «poseo» —contestó Jax cautelosamente—. Pero sí, está aquí. ¿Qué es lo que quiere con él, er…?

El sakiyano ejecutó una pequeña reverencia.

—Me disculpo por mi extrema falta de modales. Mi nombre es…

—Tuden Sal —dijo I-Cinco, saliendo de las sombras junto a la puerta. El droide apuntó un dedo índice hacia el sakiyano. Una luz roja brillaba en la punta: el cañón de uno de los láseres gemelos incorporados en sus manos. Sus fotorreceptores relucieron brillantemente—. Llevo mucho tiempo esperando este momento…

CAPÍTULO DOS

Kajin Savaros estaba de pie en la estrecha hendidura bajo un pilar de soporte en alguna parte de los niveles más bajos de un cortanubes, en el largo eje del Mercado Ploughtekal y observaba a la ruidosa multitud del bazar que había debajo. No estaba seguro del nivel en el que se encontraba, a decir verdad. Sólo sabía que era oscuro, repulsivo, y anónimo.

Esa última cualidad —si podía decirse que Ploughtekal poseía «cualidades»— era la que había hecho que Kaj lo eligiera. Eso, y la facilidad con la que podía sustentarse allí. O al menos había sido fácil hasta su apurado escape de un Inquisidor el día anterior.

Tembló al recordarlo mientras sopesaba el pinchazo de su estómago vacío frente al riesgo de que en algún lugar de esa multitud de desconocidos muy bien pudiera haber alguien vigilante, alguien suspicaz, alguien que pudiera saber qué aspecto tenía y estar lo suficientemente imbuido en la Fuerza como para sentir su presencia. Había estado hambriento como ahora… y mendigando comida varios niveles por encima en el desparramado mercado de muchos estratos. El Inquisidor le había visto persuadir a un mercader callejero para que le diera una brocheta llena de preciosas y humeantes tiras de fleek, y le había acorralado antes de que pudiera devorar si quiera la mitad.

Incluso aterrado, pensar en la carne le hizo salivar. Necesitaba comer, pero… Kaj recorrió el atestado bazar con la mirada. Luces y sombras bailaban entre el cambiante remolino del humo de las ollas y braseros; luces multicolor salían de los quioscos brillando y parpadeando para tentar al ojo y atraer a los clientes potenciales que atestaban la vía pública. No había signos del Inquisidor u otro como él… se tomaban muy en serio lo de permanecer ocultos.

Parecía que la asombrosa cantidad de seres sensibles, tanto humanos como no humanos, que poblaban la ciudad-planeta proporcionaba protección más que suficiente al individuo que buscara una vida de anonimato. Coruscant —Kaj sacudió la cabeza contrariado, recordándose a sí mismo otra vez referirse a la ecumenópolis recién renombrada como *Centro Imperial* tanto en pensamiento como de palabra— Centro Imperial era el hogar literalmente de trillones de seres de todo lo largo y ancho de la galaxia, y encontrar a uno en concreto entre todos ellos era mucho más difícil que encontrar un determinado grano de arena en Tatooine, Bakkah, y el resto de mundos desérticos combinados. Escondido en la abundante multitud, estaba a salvo —mientras no usara la Fuerza.

Que no era más difícil, digamos, que tragar lava candente.

Cuando pasaba algún tiempo sin usar la Fuerza activamente, sino que la mantenía simplemente dentro, le *quemaba*. Era como tener un gran trozo de fuego alojado detrás de su esternón. Le costaba respirar, y mucho más sentarse erguido. Incrementaba literalmente su temperatura interna; después de unos días Kaj se encontraba sudando y con fiebre. Si la mantenía embotellada mucho más tiempo… digamos, otra semana o así… bueno, eso sólo había pasado una vez. Cuando se despertó en mitad de la noche, al principio sintió un alivio glorioso… seguido por un miedo que le paró el corazón.

La cama del barato resibloque que había alquilado por una noche estaba empapada en sudor, y en la pared más alejada un círculo de un metro ancho había sido grabado a fuego en la pintura.

Después de eso, Kaj intentó «purgarla» cada vez que sentía la Fuerza crecer fuera de control. Se concentraba en telequinesis pequeñas, levitando piezas de comida u otros objetos, pues esas parecían proporcionar el mayor alivio por la cantidad de esfuerzo invertido. Hasta ahora, había funcionado pero todavía temblaba de miedo ante la posibilidad de ser sentido por uno de los malévolos Inquisidores cada vez que tenía que hacerlo.

La mirada de Kaj vagó hasta un quiosco a unos veinte metros de distancia, en el que varios compradores estaban regateando con el vendedor ambulante sobre el surtido de productos… la mayor parte de ellos ilegales. El quiosco tenía cajas de comida en tres lados y estaba abierto en la parte posterior. Eso era desafortunado, pero el puesto de al lado tenía un toldo de tela desgastada, una esquina del cual estaba amarrada no lejos de la parte trasera del quiosco del vendedor ambulante.

Viendo que sus métodos habituales eran demasiado arriesgados, Kaj se decidió por un acercamiento menos directo. Colocó la capucha de su capa alrededor de su cara y se introdujo en la multitud. El conjunto de energías, aromas, y hedores fluyó a su alrededor; la intensidad de la atención de alguien cuando accidentalmente tropezó con ella le hizo acobardarse. Aplacó la cólera que parecía recorrer la superficie de su mente cuando se veía rodeado por grandes masas de gente concentradas en sus propios asuntos. Supuso que él no era diferente en ese aspecto de cualquiera de los seres que había allí.

Pero era diferente en otros aspectos.

Alcanzó el toldo y esquivó lateralmente el flujo de tráfico, abriéndose paso hasta la parte trasera del puesto. Allí atrás estaba aún más oscuro que en la ensombrecida arcada, y se aprovechó de ello para deslizarse en la negrura más profunda del estrecho pasaje que iba desde la pared de tela del puesto hasta la superficie de ferrocreto del sucio exterior de un cortanubes.

Cuando salió de la estrecha hendidura por el otro lado del puesto —que, por la danza salvaje de aromas, se percató que era una herboristería— se encontró a menos de tres pasos de una fila de cajas de fruta que contenían poco que fuera familiar y mucho que no lo era. No queriendo arriesgarse a descubrir algo que podría no ser comestible para un humano, escudriñó las cajas buscando algo familiar.

Finalmente vio lo que andaba buscando: una cesta de raíz de daro.

Con la boca hecha agua, avanzó pausadamente debajo de la esquina del toldo y se agachó, sus ojos fijos en el tesoro. La raíz de daro crecía en varios mundos que los humanos habían colonizado. El suyo había sido uno de ellos. De niño había desarrollado un gusto por la carne dulce, cremosa y dorada de la raíz y ahora, tan hambriento como se encontraba, estaba seguro de que le proveería la comida más deliciosa que podía recordar últimamente.

Un grupo de compradores estaba pasando junto al puesto, ocultando ocasionalmente el daro a la vista. Deseó que encontraran los productos poco interesantes y se fueran a otro sitio.

Lo hicieron.

Kaj se inclinó hacia adelante y alzó una mano hacia el premio. El sudor le goteó en los ojos, sobresaltándole y desestabilizando su concentración. Maldijo, secando el salado riachuelo, y extendió la mano otra vez.

Su mano estaba temblando, se percató, y no de hambre. Su encuentro del día anterior con el Inquisidor había sido mucho más que meramente perturbador. Estaba asustado, simple y llanamente asustado de hacer algo que llamara la atención sobre sí mismo. *Su* atención, de cualquier forma. Se animó a sí mismo diciéndose que era capaz de manejar la inoportuna atención de la gente común. Pero los Inquisidores no eran gente común. Eran los perros guardianes del Emperador, y tenían poderes sobre los que él sólo podía especular.

Se endureció. Dos segundos. Sólo llevaría dos segundos conseguir un par de pedazos de la atrayente comida. Le abriría el camino a la Fuerza y entonces lo cerraría, rápidamente. Simple. Sería simple.

Resuelto, se limpió el sudor de la palma, alargó la mano, y *llamó*. Un daro en la parte superior del montón se removió, entonces rodó hasta llegar al suelo inadvertido. Él llamó de nuevo, y voló infaliblemente hasta su mano.

Su corazón, que había estado latiendo salvajemente en su pecho, se calmó. No estaba mal. Y no se veía… o se sentía a ningún Inquisidor. Animado, decidió conseguir más. Guardó la gruesa raíz dorada en un bolsillo interior de su voluminosa capa, alzó una mano, y…

Entones lo sintió, un hilillo de terror deslizándose por su espina dorsal: el repentino remolino en la Fuerza de alguien cercano buscando al que acababa de usarla.

Kaj sintió movimiento determinado en la atestada avenida frente al puesto del vendedor de alimentos, vio a la gente apartarse rápidamente del camino de algo o alguien que llevaba mucha prisa.

Refrenó su miedo y lanzó una salva desesperada y bien definida de pensamiento hacia la caja de raíces de daro. Amplificada por una carga de adrenalina, el disparo golpeó la caja como un estallido de un campo repulsor. Las raíces de daro salieron volando por los aires y cayeron al suelo, rodando en todas las direcciones. Los compradores que se arremolinaban alrededor del puesto reaccionaron alocadamente, apartándose, agachándose, lanzándose al suelo, y gesticulando para quitarse de en medio, deslizándose sobre fruta desparramada y cayendo en la superpoblada avenida.

Kaj usó la distracción para coger dos más de las preciosas raíces con forma de calabaza antes de retirarse apresuradamente, escabulléndose como un roedor detrás de tres o cuatro puestos en fila antes de salir finalmente a la esquina de un callejón cruzado. Ya había ocultado las raíces de daro en su persona para entonces y se había mezclado en el flujo de peatones, colocándose bien la capa.

Sonrió torvamente, una extraña mezcla de alivio y euforia lo inundaba de calor. Una vez más había evitado la detección por los pelos; una vez más había eludido a los lacayos del Emperador. Tuvo una rápida visión de sí mismo como un premio muy buscado. Un oscuro rebelde sensible a la Fuerza viviendo en los límites de la sociedad, siempre un paso por delante de los Inquisidores y de sus frustrados agentes. Casi podía verse saltando entre los edificios que rozaban el cielo, moviéndose rápidamente sobre las cornisas… una silueta escurridiza. Un poderoso poseedor de la Fuerza.

Un Jedi.

Una repentina, y casi abrumadora oleada de cólera surgió en el pecho de Kaj para anegar su alivio y ahogar sus ensueños autocomplacientes. En un tiempo más luminoso, se habría convertido en un Jedi y habría sido adiestrado en los caminos de la Fuerza, afilando sus habilidades relativamente nuevas… habilidades que se habían despertado completamente este pasado año. Pero el Templo Jedi estaba en ruinas, y la Orden había sido diseminada por toda la galaxia… si quedaba alguien con vida. Alternativamente lo esperaba y se desesperaba por ello… y se enfurecía contra el universo y la propia Fuerza.

Apretó los dientes, intentando suprimir la hirviente cólera que quemaba por sus venas.

No. No quedan Jedi, se dijo a sí mismo. *Estoy solo. Solo.*

Solo con ese poder que crecía en su interior, exigiendo ser usado. Eso le producía orgullo y terror por partes iguales. Especialmente en momentos como ese, cuando una furia resentida ardía en él. Una furia que no tenía blanco sobre el que descargarse… excepto, quizá, los Inquisidores. Odiaba y temía a esos seres oscuros, pero no era seguro atraerlos… no era seguro centrar en ellos su cólera. Así es que la furia de Kaj permanecía sin dirección, enfocada en nadie… y en todo el mundo. La sujetaba fuertemente contra él, porque para ceder a ella, dejar que escapara a su cuidadoso control, sería tan bueno como lanzar hacia arriba una llamarada gigante que dijera a los Inquisidores, *¡Venid a por mí!*

Kaj salió de la calle mientras se aproximaba un aerocamión, pegándose contra de una viga oxidada y agujereada del soporte que se había levantado para apuntalar la fachada arruinada de lo que una vez había sido una sala de juegos.

Un tirón de conciencia se hizo sentir a través de las bobinas de control que luchaba por mantener. Alzó la cabeza y miró al otro lado de la calle. Un hombre —un humano— le estaba mirando desde el oscuro y desvencijado portal del edificio de enfrente.

Antes de que pudiera recapacitar, Kaj borró los recuerdos de él que tenía el hombre, usando la Fuerza para introducirse en la mente del otro y reacomodar sus pensamientos. Nunca antes había intentado algo así, pero fue más fácil de lo que había esperado.

Se fue a toda prisa por un lado de la calle y se perdió en un grupo mixto de alienígenas mientras el aerocamión le ocultaba de la vista del hombre. Con sólo un poco más de esfuerzo, sabía que podía haber hecho que el otro se colocara delante del vehículo. Habría sido fácil.

Demasiado fácil.

Se estremeció, agachando la cabeza, y se sumergió en la muchedumbre.

* * *

Den Dhur entró medio dormido en la habitación central del apartamento, frotándose los ojos para quitarse el sueño.

Cuando su visión se despejó, la imagen que contempló le hizo detenerse donde estaba. En un cuadro congelado vio a Jax, I-Cinco, y a un extraño sakiyano parados dentro del portal abierto de la parte delantera. I-Cinco estaba apuntando al sakiyano como si le estuviese dando una lección… que era lo que uno podría pensar si no supiera de los láseres especializados incorporados en cada uno de los dedos índices del droide.

Den lo sabía, sin embargo.

Se sacudió para despertarse completamente, resistiendo la tentación de frotarse los ojos una segunda vez.

¿Se le había frito un circuito a I-Cinco? ¿Y qué demonios estaba pensando Jax? Ese tipo podía ser un cliente potencial… esa no era forma de tratar a un cliente potencial.

—Uh —dijo Den—. ¿Chicos? ¿Quién es nuestro nuevo amigo?

Los fotorreceptores del droide pestañearon en un gesto tan vivo que Den parpadeó antes de poder resistir la urgencia.

Jax se aclaró la voz.

—¿I-Cinco?

El droide hizo un sonido como un suspiro humano y bajó su brazo.

—Obviamente he pasado demasiado tiempo con orgánicos —he adquirido algunos malos hábitos. Como guardar rencor.

—De acuerdo… —dijo Jax—. ¿Puedo preguntar *por qué* guardas rencor a nuestro invitado?

—Sí —estuvo Den de acuerdo, entrando del todo en la habitación—. De hecho, ¿por qué no invitamos a nuestro *visitante* a entrar y sentarse, le traemos una bebida, y le preguntamos qué podría necesitar de nosotros?

—Lo que necesito, ante todo —dijo el sakiyano mientras se movía para sentarse nerviosamente en el sofá utilitario que adornaba una pared gris—, es disculparme con I-Cinco.

Den clavó la mirada en Tuden Sal.

—¿Que usted qué?

—Aparentemente —dijo Jax—, Tuden Sal e I-Cinco tienen alguna clase de historia.

El Jedi se había colocado sobre el brazo del sofá, desde donde podía observar tanto al sakiyano como a I-Cinco. *Chico listo*, pensó Den. Cruzó la habitación para darle a su invitado el vaso de agua que acababa de sacar del grifo. El sakiyano miró el vaso como si nunca antes hubiera visto algo parecido, y Den tuvo un momentáneo ataque de pánico, intentando recordar si los sakiyanos tenían alguna alergia u otro problema con el agua.

Pero entonces Tuden Sal aceptó el vaso, dejando escapar una risa jadeante mientras lo hacía.

—Una historia, ciertamente… o la falta de una, en el caso de I-Cinco. A mí también me parece bastante extraño, debo admitir. Todavía no estoy acostumbrado a la idea de que I-Cinco es, a falta de un término mejor… autoconsciente.

—*Autoconsciente* —dijo I-Cinco secamente—, es un término perfectamente bueno, gracias.

Tuden Sal asintió.

—Sí. Se me había olvidado cuán perfectamente bueno —miró directamente al droide, que estaba frente a él… probablemente, pensó Den, a dos subrutinas de encender sus láseres otra vez.

El sakiyano bajó la vista y tardó un momento en estirar las arrugas del abrigo que llevaba sobre su una vez elegante túnica. Entonces alzó la mirada hacia I-Cinco otra vez.

—Lo siento, I-Cinco, por lo que te hice. Fui… un estrecho de miras y un egoísta.

—Puedes añadir desleal, deshonroso, inescrupuloso, y cruel —le dijo I-Cinco—. Estabas, en una palabra, e*quivocado.* No puedes ni imaginarte lo que tu acción le costó en último término a los Jedi y a la República.

El sakiyano cerró sus ojos hundidos un momento, velando sus pensamientos.

—No. No creo que pueda.

Den se sentó en el alféizar de la ventana adyacente al sofá. Le gustaba ese sitio porque le daba la ventaja de la altura —una perspectiva rara para un nativo de Sullust— y le permitía estudiar las caras de las otras personas desde un ángulo adecuado.

—Todo esto es muy conmovedor —dijo él, dejando que sus cortas piernas se balancearan bajo el alfeizar—, pero ¿le importaría a alguno de vosotros aclarar por qué es necesaria esta disculpa?

I-Cinco inclinó su cabeza intencionadamente hacia Tuden Sal, quien se aclaró la garganta y reacomodó su abrigo una vez más.

—Hace algunos años —dijo él—, un… un amigo me pidió que me asegurara de que I-Cinco y algunos datos que llevaba llegaran al Templo Jedi aquí en Coruscant.

Den no necesitaba la Fuerza para ver el efecto de esas palabras en Jax. El joven Jedi se tensó.

—Mi padre. Mi padre, Lorn Pavan, te pidió que llevaras a I-Cinco a los Jedi.

Tuden Sal asintió.

—Sí. En ese momento no me di cuenta de que él… de que era una clase de última voluntad. Desde entonces, he llegado a comprender que Lorn me confió la tarea porque él no esperaba vivir mucho más. Desafortunadamente, estaba en lo cierto.

—¿Por qué no llevaste a cabo ese deseo? —preguntó Jax, su voz era serena.

Den miró a I-Cinco. Aunque no mostrara ninguna indicación externa de tensión o interés, su amigo sabía que el droide había estado esperando la resolución de este misterio durante dos décadas.

El sakiyano extendió sus manos en el signo universal de desconcierto.

—Muy simple, vi que podía sacar beneficios del droide, y con el orgullo desmedido que a menudo acompaña al éxito, me imaginé que podría matar dos mynocks de un tiro.

Había tenido la intención de entregar el holocrón que I-Cinco llevaba a los Jedi como Lorn me había pedido, pero primero hice planes para borrar la memoria del droide y reprogramarle como guardaespaldas para usarlo durante mis negociaciones con Sol Negro. Él tenía ciertas… modificaciones que nunca había visto en un droide de protocolo —ni en ningún otro droide, en realidad. Modificaciones que ni siquiera había pensado que fueran posibles.

—No obstante no fuiste capaz de ver las más significativas —dijo I-Cinco.

—Cierto —admitió Sal—. Francamente, no podía creer lo que Lorn me contaba sobre ti. Ahora desearía no haber sido tan… corto de miras.

—Traicionero —dijo I-Cinco simultáneamente.

Den tenía que admitir que la caracterización de I-Cinco estaba más cerca de lo que él había estado pensando. ¿Cómo podía alguien comportarse tan traicioneramente hacia un supuesto amigo? Den esperaba que nunca llegara a ser tan mercenario o estar tan harto que no antepusiera el bienestar de sus amigos o su propio mundo a sus beneficios a corto plazo.

Tuden Sal suspiró.

—No puedo negarlo. Pero planeaba llevar el holocrón al Templo. En serio.

—Me he dado cuenta de que las mejores intenciones —dijo el droide—, raramente son suficientes por sí mismas para derrocar tiranos.

Se produjo un silencio, que estaba empezando a ser incómodo cuando Jax preguntó:

—¿Entonces qué ocurrió?

—Tenía mis dedos en varios pasteles en ese momento… no todos ellos eran legales. Envié a I-Cinco a reprogramación, entonces regresé a las oficinas de mi negocio y descubrí que un competidor había instigado una toma de control hostil de mis empresas… todas y cada una de ellos. Pasé de la riqueza a los harapos virtualmente de la noche a la mañana. En pocas palabras, no llevé el holocrón al Consejo Jedi porque ya no tenía los medios para hacerlo. Estaba asediado. Tuve que esconderme y liquidar la mayoría de mis propiedades y activos restantes… incluyendo a I-Cinco, al que entregué a un contrabandista de especia con la memoria borrada —hizo una pausa para contemplar al droide con respeto obvio—. O eso pensaba. No había escatimado en gastos, había ordenado la limpieza cuántica más minuciosa posible. Aparentemente I-Cinco posee subrutinas y recursos que son resistentes incluso a eso.

—Me llevó un tiempo *muy largo* —dijo el droide con un énfasis rudo en las últimas palabras—, pero al fin fui capaz de recobrar mi memoria completa.

El sakiyano sacudió la cabeza.

—Eso no debería haber sido posible. Y aun así, aquí estás. Y aquí estoy yo. A diferencia de ti, nunca he logrado recuperarme. Finalmente, dejé de intentarlo.

Especialmente una vez que me di cuenta de que la toma de mis negocios no fue, digamos, una idea original de mi competidor. Me enfrenté a él, algunos años después, y me enteré de que había sido financiado por el entonces Senador Palpatine en persona. Mi

«amigo» esencialmente actuaba como un apoderado, sin embargo yo me atrevería a decir que se le permitió quedarse con una gran cantidad de lo que tomó.

—¿Por qué? —preguntó Jax—. ¿Qué tenías que el Emperador quisiera?

—Sospecho que simplemente fui un blanco fácil —dijo Sal, goteando amargura en cada palabra—. Mis circunstancias financieras me hicieron vulnerable, y Palpatine, aunque de ninguna manera estaba en una situación económica desesperada, como todos los políticos prefirió usar dinero ajeno para financiar su toma gubernamental —puso una sonrisa dura y dolorosa—. Ya sabes lo que dicen: «No es personal…».

—Son sólo negocios —terminó Den. Sí, todos ellos habían oído antes esas palabras.

—Y yo, debo admitir, he utilizado, si no esas mismas palabras, ciertamente sí el espíritu detrás de ellos, más de una vez. Pero nunca fui tan estúpido de cruzarme con el gobierno —se encogió de hombros—. Quizá fue esa misma vacilación por mi parte la que me hizo parecer presa fácil. Fuera cual fuera la razón, el nuevo régimen me arruinó. Peor que eso, me pusieron en lista negra e imposibilitaron mi recuperación. Ni siquiera el Sol Negro negociaría conmigo, lo que tiene implicaciones sobre las que no tengo muchas ganas de pensar —vaciló, entonces añadió—. No fueron sólo los negocios, aunque los dioses de la mala suerte saben lo devastador que fue. No, también perdí a mi familia —mi pareja, mis niños.

—Ah —dijo I-Cinco—. Irónico, verdad, lo volubles que pueden ser las personas. Hasta esas que esperas que sean leales.

—No fue volubilidad —dijo Tuden Sal con cierta aspereza—. Fue miedo. No sólo perdí mi visibilidad, perdí la habilidad para *atreverme* a ser visible. Todavía hay una recompensa sobre mi cabeza, estoy seguro de ello, aunque nunca he podido confirmarlo. Cuando alguien trató de secuestrar a mi hijo menor, envié a mi familia fuera del planeta. No tuve alternativa.

—¿Y has estado viviendo aquí abajo, escondiéndote? —Jax sacudió la cabeza—. Espero que no estuvieras esperando esconderte con nosotros. También han puesto precio a mi cabeza. Y como tú, no sé por qué.

—Se acabó esconderse —anunció el sakiyano—. Estoy contraatacando. Me he unido a Latigazo, así es cómo di contigo —señaló a Jax con la cabeza.

—¿Te has unido a Latigazo? —repitió Jax—. ¿Con la intención de encontrar a I-Cinco?

Den comprendía bien el escepticismo en la voz de Jax. Latigazo —la organización clandestina de la cuál Den y sus compañeros eran parte— estaba dedicada a socavar las actividades del Imperio y rescatar a sus víctimas. Era una organización que prosperaba en el secretismo, hasta el extremo de que sus operativos a menudo no se comunicaban abiertamente durante largas temporadas, eran informados de las misiones sólo lo necesario, y no admitían nuevos «miembros» sin haberles sometido primero a un duro escrutinio.

—No —contestó el sakiyano contestó—. Con la intención de combatir al Imperio. Encontraros fue pura suerte. Había perdido la esperanza de hacerlo. De hecho, estaba

convencido que estabas muerto y el droide había sido desmontado para partes por algún paleto que no tenía ni idea de lo que poseía. Nunca os habría encontrado si mi primera misión con Latigazo no me hubiera presentado a Laranth Tarak.

Jax reaccionó visiblemente a la mención del nombre de la twi'lek, pero antes de que pudiera hacer algo más que quedarse boquiabierto como un pez fluke sullustano, I-Cinco dijo:

—Lo que nos lleva a la pregunta: *¿por qué* nos has encontrado?

El sakiyano se puso a temblar repentinamente con malsano entusiasmo. O al menos el destello de sus pálidos ojos lo hicieron parecer malsano para Den.

—Tengo una misión para I-Cinco. Una para la que sus modificaciones especiales —específicamente su armamento oculto y su falta de ciertas… inhibiciones estándar— se ajustarían idealmente.

—¿Y esa misión sería? —preguntó I-Cinco.

—Tú, mi viejo amigo —dijo el sakiyano, sonriendo por primera vez—, serías el asesino ideal.

—¿Quieres que I-Cinco *asesine* a alguien? —Jax sacudió la cabeza—. Esa no es la clase de misión en la que Latigazo se involucra normalmente. Protegemos a las personas, las liberamos de situaciones enfermizas, les encontramos pasaje fuera del planeta. No realizamos vendettas personales.

—Esto podría parecer algo así como una misión personal —admitió Sal—. Sin embargo os aseguro que beneficiará a todos los amantes de la libertad, incluyendo a los Jedi, en formas que no podéis ni imaginar. Con las modificaciones de I-Cinco y el anonimato que conlleva ser un droide… bien, no podría haber un liquidador más perfecto.

—Vale, espera un momento —Den alzó sus manos y bajó del alféizar de la ventana, comprobando mientras lo hacía que la luz macilenta que entraba a través de ella desde el exterior, un débil chorrito de luz solar medio muerta desde arriba e iluminación artificial desde abajo, hacía que su sombra en el suelo de ferrocreto se extendiese muchas veces su altura real. Se alegró de eso, porque necesitaba sentirse más grande en ese momento. Las últimas palabras de Tuden Sal habían convirtió sus entrañas en tembloroso gel.

—¿I-Cinco, un asesino? ¿Qué clase de disparate enfermizo es eso? Puede que para ti sólo sea un autómata anónimo, pero para mí él es… él es… —Den vaciló, dándose cuenta de que nunca había dicho en voz alta lo que I-Cinco era para él. También se percató de que las unidades oculares del droide estaban centradas en él—. Él es mi amigo, ¿de acuerdo? Y amigo de Jax. Y no queremos verle en peligro con la insensible despreocupación que le mostrarías a una —una…

—¿Una máquina? —terminó I-Cinco con un tono de voz que en un orgánico habría estado acompañado por una ceja levantada.

—Sí. Lo ha admitido él mismo hace un minuto, Cinco. No eres un juguete programable. No podemos simplemente llenarte de código y enviarte a una situación

peligrosa como si fueras alguna clase de equipo prescindible. Tienes voluntad. Eres una persona.

Den sintió esas palabras en ese momento como quizá nunca lo había hecho, sabiendo hasta las suelas de sus botas que no enviaría —no *podría* enviar— a I-Cinco a una situación potencialmente suicida completamente solo. Un repentino escalofrío le recorrió de la cabeza a los pies. ¿Y qué quería decir eso? ¿Que se ofrecería voluntario para acompañarle?

La brillante cara metálica de I-Cinco permanecía, como siempre, inexpresiva.

—Sí —dijo el droide—, como has señalado, tengo voluntad. Lo que quiere decir que tengo tanto la capacidad como el derecho de determinar, en consenso con el equipo, por supuesto —inclinó la cabeza hacia Jax— qué misiones llevaré a cabo y cuáles no. Pero… —vaciló; algo que raras veces, si es que alguna, hacía—. Tu preocupación es registrada, Den, y el sentimiento tras ella es mutuo.

Entonces I-Cinco desvió su atención a Tuden Sal tan repentinamente que Den sintió como si un soporte físico hubiese sido retirado de debajo de él.

—Obviamente antes de que podamos considerar la idea de tal misión —le dijo I-Cinco al sakiyano—, necesitamos comprenderla más completamente y ponderar su potencial para el bien o para el mal. ¿A quién, precisamente, quieres que asesine?

Tuden Sal sonrió, y hubo un destello casi travieso en sus ojos.

—Déjame comprobar tus conocimientos de esotérica histórica arcana. ¿Alguna vez has oído hablar sobre los Monarcomecas?

I-Cinco no vaciló.

—Sí. Una secta poco conocida de fanáticos en la Expansión Este de hace cuatrocientos años estándar. Se oponían a la monarquía absoluta de su sistema de mundos, y promulgaban el tiranicidio. Como los monjes B'omarr de Tatooine, no eran droides sino ciborgs: cerebros esencialmente orgánicos encapsulados en cuerpos robóticos. El nombre, en Yutanes Medio, es un juego de palabras, que significa «asesinos de monarcas» —la voz de I-Cinco estaba algo más atenuada, casi especulativa, mientras continuaba—. Quieres que acabe con el Emperador Palpatine.

CAPÍTULO TRES

—Imploro su cortesía —dijo Haninum Tyk Rhinann mientras se sentaba en una adaptosilla adyacente al sofá en el que estaba sentado el sakiyano—. Posiblemente no he podido haberle oído bien. ¿Quiere que I-Cinco asesine al Emperador Palpatine?

—Sí. Eso es esencialmente correcto.

Rhinann giró su cabeza ligeramente para mirar a Jax, quien estaba detrás del sofá, su cara falta de expresión. Careciendo de la Fuerza, el elomin no tenía forma de saber lo que el Jedi pensaba de esa idea demencial… sin embargo el solo hecho de que le hubiese permitido presentarla al sakiyano probaba que no la desechaba completamente… como debería hacer, en opinión del elomin, si tuviese un mililitro de sentido común.

—Se da cuenta, por supuesto, que asesinar al Emperador no es exactamente una idea novedosa —continuó.

El sakiyano asintió con la cabeza.

—Sí.

—Y que ha sido llevada a cabo —con resultados desastrosos, podría añadir— por personas con muchísimos más recursos de los que tenemos.

Tuden Sal alzó un dedo rechoncho.

—Lamento disentir. Ninguno de los presuntos asesinos del Emperador tenían ninguno de los recursos que poseemos. Cierto, tenían recursos materiales, quizá incluso más de los que poseé —indicó con la cabeza a Dejah Duare, quien se había sentado en el otro extremo del sofá, un ceño fruncido arrugaba su frente carmesí—. Pero no tenían un Caballero Jedi entre sus filas, o los recursos de inteligencia del Latigazo, o los inestimables servicios de alguien tan recientemente cercano a Lord Vader como usted mismo. Y con toda seguridad no poseían un droide con los talentos especiales de I-Cinco.

Rhinann parpadeó mientras miraba al sakiyano. Todo lo que había dicho era cierto… lo cual no hacía que fuera una idea menos demencial. Ciertamente, con el conocimiento de Rhinann de los funcionamientos internos de la Agencia Imperial de Seguridad podrían acercarse al primer campeón del Emperador, y desde allí al propio Emperador. Y concebiblemente, con las cualidades únicas de I-Cinco podrían llegar hasta el núcleo de las operaciones imperiales… pero no, seguía siendo demencial, no había otro término para describirlo. Si el droide fuera capturado, sus datos de memoria podrían ser y serían registrados de arriba abajo buscando información que derrumbaría la naciente resistencia en su totalidad.

Y en cuanto a lo que le ocurriría al propio Rhinann, tembló sólo de pensarlo. El más meticuloso y exhaustivo de los interrogadores del Emperador se calzaría felizmente unas metafóricas botas con punta duraluminio y se abriría paso a patadas a través de los jardines de su mente y sus recuerdos, pisoteando alegremente todos los delicados brotes y ramificaciones neuronales hasta que no quedara nada más que un cenagal ensangrentado. Rhinann cerró los ojos, deseando no haber sido maldecido con una imaginación tan vívida.

Suspiró a través de su nariz, sacudiendo ruidosamente sus colmillos.

—No —dijo él—. Esto *no* debe ser contemplado. Es descerebrado, disparatado, absurdo. Los riesgos son simplemente inaceptables.

—Y una vez más, para asombro de todos, me encuentro coincidiendo con la alta y desaseada criatura del chaleco. —Esto vino del periodista sullustano, encaramado de nuevo a su lugar habitual sobre el alféizar de la ventana—. He pensado sobre esto de sesenta formas diferentes y cada una de ellas parece demasiado arriesgada. Si le ocurriera algo a I-Cinco…

—¿A I-Cinco? —repitió Rhinann con incredulidad—. ¿Todo lo que te preocupa es el droide? ¿No has pensado en lo que significaría para Latigazo si I-Cinco llegase a caer en manos enemigas?

—O para los demás Jedi —dijo Jax quedamente.

—Si queda alguno —agregó Rhinann.

—El *droide* —dijo I-Cinco con sutil énfasis—, destruía su núcleo de memoria si sintiera que su posición está comprometida. Me preocupa más que el fracaso por mi parte traería consecuencias severas para Jax o para cualquier otro que fuese atrapado facilitando mi misión. Por esa razón, *si* hago esto, deseo hacerlo a solas. *Completamente* a solas.

—¡Cinco! —objetó Den—. Eso es ridículo. No puedes ir solo en una misión como esta. Necesitarás información, respaldo, una vía de escape…

—Puedo procurarme mi propia información colándome en la HoloNet dentro del complejo Imperial, muchas gracias. Puedo procurarme también mi propio respaldo… después de todo, ¿quien espera que un droide de protocolo esté equipado con pistolas láser ocultas y otros sistemas defensivos? También puedo, espero, crear mi propia vía de escape —el droide se volvió hacia Jax—. Diría que una de las razones principales para el fracaso de otros intentos de asesinato fue que había demasiada gente y demasiados recursos dedicados a la tarea. Cuantos más individuos hay involucrados en tal empresa, más puntos de descubrimiento hay.

La mirada de Tuden Sal estaba centrada en la destelleante cara metálica del droide.

—¿Qué propones?

—Entre Rhinann y yo —dijo I-Cinco—, espero que podamos conseguir información suficiente sobre el itinerario de Palpatine que nos permita determinar con seguridad sus ubicaciones privadas basándonos en sus apariciones más públicas. Una vez que sepa dónde va a estar, debería ser una cuestión simple de disfrazar mi identidad virtual como cuando accedo a los nodos imperiales en la HoloRed, lo hago con un alias.

—Un disfraz virtual —murmuró Jax.

—Precisamente.

—Lo que está bien, excepto que eres un modelo descontinuado —replicó Den—. Puede que seas capaz de engañar a la Red, pero sigues siendo un droide de la serie Cinco. Apostaría buenos créditos a que no hay muchos de esos cerca del Emperador. Sin duda

tendrá los droides de protocolo más nuevos y brillantes que los créditos imperiales pueden comprar. ¿Estoy en lo cierto, Rhinann?

El elomin asintió.

—Exactamente cierto. No te ofendas, I-Cinco, pero *eres* un poco una antigüedad.

El droide realmente consiguió parecer ofendido.

—Puede que sea así, pero no es un obstáculo insuperable. El modelo creado para reemplazar la serie I-5YQ sólo difiere en algunos detalles externos menores. Por ejemplo, las unidades oculares son más pequeñas y usan un sistema de emisión luminosa halógena con un brillo característicamente blanco azulado; la placa pectoral ha sido modificada para incluir una unidad repulsora. Y finalmente, los acopladores externos han sido aerodinamizados. Éstas son cosas que deberían ser medianamente fáciles de adaptar cosméticamente a mi propia apariencia. Y por supuesto, necesitaré un buen pulido.

—Todo ello puede conseguirse fácilmente —dijo Tuden Sal—. Incluso el pulido.

—En ese caso, incluye un baño de aceite y una afinación del panel de circuitos.

—Hecho.

—Mientras estás en ello, podrías considerar pagar la cuenta de nuestros funerales —dijo Dejah Duare, hablando por primera vez desde que comenzó su improvisada reunión.

—Suenas como si estuvieras planeando un traje para un baile de disfraces —continuó Dejah—. Tanto si I-Cinco va solo o acompañado, potencialmente podría centrar la atención imperial en nosotros y en Latigazo.

—Tiendo a estar de acuerdo con Dejah —dijo Jax.

—*Eso* es una gran sorpresa —masculló Den en voz baja.

Jax ignoró la queja del sullustano.

—Esto es algo en lo que tenemos que pensar muy cuidadosamente.

—Creo que no —continuó Dejah, centrando toda su atención en el Jedi—. No lo creo en absoluto. No merece la pena que lo pensemos detenidamente —ella había unido sus manos sobre su pecho en lo que parecía casi un gesto de súplica—. Por favor, Jax. No dejes que tus sentimientos personales nublen tu juicio. Déjalo ir. Dile a este hombre que no.

Tuden Sal se volvió para contemplar al Jedi.

—¿Qué quiere decir ella con eso de tus sentimientos personales?

Jax abrió la boca para contestar, pero I-Cinco se le adelantó.

—Es muy probable que el Emperador Palpatine —aunque entonces sólo era un Senador— ordenara la muerte de su padre. Pensaba que sabrías eso mejor que cualquiera de los presentes —añadió irónicamente—. Después de todo, fuiste la última persona en verle con vida. Debió haberte dicho lo que pensaba hacer después de que me apagara.

La broncínea piel del sakiyano se oscureció aún más… un oscuro rubor que ascendía desde el cuello a las mejillas.

—Iba en busca del zabrak. Entonces supuse…

—¿Que era como si estuviera muerto? —preguntó I-Cinco.

—No excuso mi comportamiento —contestó Sal con cierta aspereza—. Lo que hice entonces fue estúpido, corto de miras, y, sí, una traición a un buen amigo. Lo que hago ahora es intentar compensarlo.

—Mi padre está muerto —comenzó Jax.

—Cosa que nada de lo que hice o no hice podría haber cambiado. Dejando a un lado mis acciones, Lorn Pavan habría ido tras el Sith y habría muerto. Incluso si no, Palpatine o su acólito habrían descubierto finalmente que todavía estaba vivo, y le hubiesen matado. Créeme… esa es la forma en la que actúan esas personas. Si no he aprendido nada más, he aprendido eso —Sal sacudió su cabeza—. Los antepasados de mi pueblo eran guerreros, pero no pueden compararse… nadie en la galaxia puede comparase a los humanos cuando se trata de pura sed de sangre. Dicho esto… —Tuden Sal vaciló, pareciendo envejecer una década con cada aliento que tomaba—. Si hubiese llevado a I-Cinco a los Jedi como prometí, es posible que… —su voz vacilo hasta detenerse.

—Que los Jedi no hubieran sido destruidos —terminó Jax por él—. Que toda la historia galáctica pudiera haber cambiado para mejor por una pequeña acción tuya.

—Sí —la voz de Sal fue muy suave.

Hubo un momento de silencio en el cual Dejah Duare recorrió con la mirada al sakiyano, a Jax y a I-Cinco con una expresión de incredulidad en su bonita cara. Cuando habló, sus palabras parecían sólo para Jax.

—Bien, ahí está. Otra buena razón para no involucrarte en este absurdo y desesperado complot. Por lo que sabes podrías ser el último Jedi del planeta.

Jax negó con la cabeza.

—No lo soy.

—El último Jedi *real,* entonces. Sí, ya sé que admiras muchísimo a la twi'lek, pero ella no fue entrenada en el Templo.

—Eso no la hace menos Jedi.

Dejah parpadeó, obviamente pillada por sorpresa.

—Eso es irrelevante. No estás entendiendo mi argumento —o lo evitas intencionadamente. Si este complot fuera descubierto e I-Cinco capturado, les conduciría directamente a ti. Podría permitir al Emperador apagar de un soplo la luz de los Jedi completamente.

—¿La luz de los Jedi? —repitió Jax—. ¿Es lo que se supone que soy? Bien, entonces ¿debería esconderme, sin hacer nada, hasta que muera de viejo… sin haber hecho nada?

—Nacerán nuevos sensibles a la Fuerza —dijo I-Cinco filosóficamente—. Alguien tiene que entrenarlos para que no caigan en el lado oscuro.

Jax alzó la mirada, sorprendido.

Por los nueve dioses de la furia, pensó Rhinann, *¿realmente no ha pensado en eso nunca antes? ¿O simplemente le aturde que venga de un trozo de metal sin alma?*

—Lo cual —continuó I-Cinco—, es razón de más por la que, si fuese a emprender esta… misión, deberías estar tan lejos de mí como fuera posible.

Rhinann parpadeó al escuchar el tono de voz del droide. ¿Era eso realmente tristeza? ¿La sombra de una pérdida inminente? Sacudió la cabeza mentalmente.

—Creo que es razón de más —le dijo a I-Cinco—, para que te olvides de esta «misión» y hagas lo que se te da mejor: guardarle las espaldas —inclinó su cornuda cabeza hacia Jax.

Tuden Sal se aclaró la voz.

—Como I-Cinco ha señalado tan apropiadamente, él es un ser independiente.

—Con un interruptor de APAGADO —masculló el elomin.

—Un ser independiente —repitió Sal—, con la capacidad de tomar sus propias decisiones.

I-Cinco se volvió hacia Jax.

—Tengo esa capacidad, pero en este caso me gustaría escuchar las opiniones de todas las partes implicadas. Especialmente la tuya, Jax. Al tomar esta decisión, le daré a tu voto la mayor parte del peso.

—¿Voto? —Dejah dejó escapar un repique de risa falsa—. Si vamos a votar, ¡yo voto *no*!

—Al igual que yo —dijo Rhinann.

—Ídem —dijo Den.

Todas las miradas se centraron en Jax.

Él las sostuvo todas de una en una —la última fue la del droide— entonces sacudió su cabeza.

—No lo sé —dijo quedamente—. Simplemente no lo sé —dirigió su mirada a la zeltron—. Creo que necesito ir a algún sitio donde pueda pensar en esto detenidamente.

Y yo, pensó Rhinann, *necesito ir a algún sitio donde no vayan a matarme con tanta probabilidad.*

CAPÍTULO CUATRO

Probus Tesla.

Ahí estaba otra vez… ese nombre. Esa cara.

Haninum Tyk Rhinann aumentó la amplificación de su holopantalla y contempló fijamente la congelada imagen renderizada del Inquisidor al que otros integrantes de Latigazo se referían como «el Demonio Sangriento».

Esa era una designación humana, originalmente una raza variante de terentatek utilizada para rastrear a seres con afinidad a la Fuerza… en particular, humanos. La idea de que los humanos cazaran a los de su propia especie no sorprendió a Rhinann excesivamente, pero conocer la procedencia del sobrenombre de Probus Tesla le heló hasta los huesos. Tesla era conocido como el Demonio Sangriento por su habilidad para rastrear a su presa… humanos sensibles a la Fuerza. Se había adentrado en el lado oscuro, y se decía que su sentido de la Fuerza estaba tan delicada y exquisitamente equilibrado que podía localizar a un ser entre una multitud de un millón de personas que la estuviera usando.

Rhinann no lo creía, por supuesto, pero era lo suficientemente consciente de sí mismo para saber que principalmente eso se debía a la envidia. Estaba seguro de que, si fuera humano, podría estar en frente del Inquisidor y no producir ni la más leve onda en la Fuerza… no más, digamos, que un droide o el marco de una puerta. El conocimiento le irritaba.

Se volvió a concentrar en su vigilancia. Allí estaba Probus Tesla entrando en la Agencia Imperial de Seguridad una vez más. Según los registros del escáner a los que Rhinann había accedido, cada vez que Tesla atravesaba los diversos puntos de inspección en esa colmena de actividad imperial, no visitaba las oficinas de los Inquisidores, ni los centros administrativos de los funcionarios del Emperador, sino las habitaciones palaciegas pertenecientes a Darth Vader.

Esto era interesante para Rhinann porque recientemente también había descubierto, mediante una combinación de investigación en la HoloRed y rumores en las calles, que Tesla había estado haciendo preguntas sobre un tal Jax Pavan, por no mencionar a un droide que podía estar asociado con él, así como un antiguo periodista sullustano… y, por último aunque desafortunadamente no el menos importante, un elomin que o podía o no haber sido visto con uno o varios de estos individuos.

Interesante no era el término operativo, por supuesto. La información que estaba descubriendo era, un una palabra, aterradora, porque indicaba que Vader sabía más de la compañía que Pavan mantenía de lo que era saludable para cualquiera de esa compañía… sobre todo para Rhinann. Por no mencionar que Vader había estrechado su búsqueda del Jedi a ese preciso sector de Ciudad Imperial.

Rhinann hizo un gesto minúsculo que cambió la imagen para mostrar un marco en el que había estado compilando un mapa. Eran una serie de lugares en los que Tesla había sido visto o había hecho una serie de preguntas aparentemente aleatorias sobre un grupo

de bribones que uno no esperaría encontrar en las cercanías. Los puntos brillantes en el mapa formaban un patrón casi circular alrededor del mismísimo barrio en el que Rhinann se sentaba frente a su consola de la HoloRed.

No había duda… desde que Vader había incluido a los Inquisidores, la red se estaba estrechando. Se preguntó por qué el Señor Oscuro había esperado tanto para utilizar el armamento pesado en la búsqueda de Pavan, y se encogió de hombros. ¿Qué ser vivo podría sondear las maquinaciones mentales del segundo de a bordo de Palpatine? Sin duda Vader tenía sus razones para prolongar tanto la búsqueda. Quizá había esperado que otras disposiciones y asuntos concluyeran, o quizá meramente disfrutaba de la cacería. No tenía importancia; lo que importaba era que su antiguo jefe obviamente estaba cansado de acorralar e iba a lanzarse al ataque. A través de Tesla, Vader había descubierto los nombres y las ocupaciones de todos los inadaptados del equipo de Pavan, salvo uno: hasta donde Rhinann había podido asegurarse, la única cuyo nombre no había figurado en el cuidadoso interrogatorio de Tesla era Dejah Duare. Lo que era bueno, porque si los Inquisidores la asociaban con el Jedi de alguna manera, su aparentemente inagotable pozo de fondos podría secarse inesperadamente.

El pulso del elomin se aceleró y sintió que una estrechez asfixiante oprimía su garganta, una sensación desagradablemente parecida a la vez en la que había sentido el agarre fantasma de Vader cerrándose sugerentemente sobre ella. La conexión entre Dejah y el resto de ellos, se percató, podía darse de un momento a otro. Si iba a salir de esa situación, debía actuar ya, mientras la riqueza de la zeltron todavía estuviera disponible.

Estremeciéndose, seleccionó al azar uno de sus alias más nuevos de entre un montón de perfiles cuidadosamente reunidos de personas difuntas e inexistentes, entonces accedió al nodo de la HoloRed de un agente de viajes y se dispuso a comprarse un billete para dejar el planeta. Justo cuando iba a completar la transacción, sin embargo, vaciló. Si se marchaba ahora, podría salvar su arrepentido pellejo, pero se privaría para siempre de su oportunidad de experimentar la Fuerza… a menos que encontrara el bota y lo llevara con él.

Rhinann se recostó en su silla y se quedó mirando, sin ver, a través de la colorida pantalla de la HoloRed, la sucia pared gris del apartamento y contempló las implicaciones de aquello.

No tenía problema moral con robar la sustancia y escapar con ella. Su único problema era que no estaba seguro de quién lo tenía. Sospechaba que I-Cinco todavía lo llevaba, pero no podía tener la certeza de que el droide no hubiera revelado ya su existencia a Jax Pavan.

Aunque lo hubiera hecho, se percató Rhinann, I-Cinco podía ser todavía la entidad más segura para protegerlo. No había manera de que hasta un sensible al lado oscuro como Probus Tesla pudiera desentrañar los pensamientos erráticos de un cerebro droide.

Lo más simple, entonces, sería secuestrar a I-Cinco.

Soltó media risa, medio bufido que hizo vibrar sus colmillos nasales. Cuando secuestrar una máquina extrañamente sensible se convertía en la más fácil de tus

opciones, tenías más problemas de los que pensabas. Especialmente cuando el droide en cuestión estaba contemplando el regicidio. Aun así, I-5YQ era, cuando todo estaba dicho y hecho, un dispositivo mecánico, y como la mayoría de dispositivos mecánicos tenía un interruptor de APAGADO. Ese interruptor conectaba con la plantilla de conciencia del droide y no podía ser eliminado sin provocar daños irreparables -en otras palabras, sin matarle. Por consiguiente, a pesar de toda la astuta manipulación de Lorn Pavan de la programación y el soporte lógico del droide, ese interruptor principal debía haber permanecido intacto. Si Rhinann pudiera conseguir estar a solas con el droide lo suficiente para desactivarle de alguna forma, podría rebuscar en sus bolsillos —por decirlo de alguna manera— a conciencia y sin miedo de represalias.

Ese, por supuesto, era el truco: los reflejos de I-Cinco eran inusualmente rápidos comparados incluso con el deslumbrante tiempo de reacción de un aleena. Comparado con Rhinann, que era un diplomático, no un guerrero, era un relámpago embotellado. Y a diferencia del droide medio, no estaba programado en contra de disparar primero y preguntar después.

Rhinann salió del nodo de viaje y regresó a su mapa. Consideró la proximidad de contacto de Tesla más cercano a su escondite. *¿Cuánto tiempo?*, se preguntó. *¿Cuánto tiempo tenía antes de que se quedara sin tiempo?*

No había forma de saberlo. Consideró la secuencia de los informes de sus informantes sobre el Inquisidor y la cantidad de tiempo que había pasado entre cada uno de ellos. Basándose en eso, se dio veinticuatro horas estándar para pensar en un plan… o para que las circunstancias le presentaran la oportunidad de aislar, desactivar, y robar a I-Cinco. Si no conseguía el bota durante el día siguiente, simplemente se largaría. Después de todo, era un ser práctico.

Regresó al nodo de viajes y compró un billete de ida en el siguiente carguero de la Ruta de Comercio Perlemiana a Lianna, que era el planeta más cercano del Borde Exterior en el sector más cercano a Elom. Mañana a esa hora, se prometió Rhinann a sí mismo mientras transfería fondos de la cuenta que Dejah había establecido para ellos, estaría en ese carguero, con o sin el bota.

* * *

Jax avanzó a lo largo del estrecho y serpenteante tramo del Callejón Ceguera de las Nieves. Los miembros del grupo decían que los que pusieron nombre al estrecho pasaje no podían haber tenido ni la más remota idea de lo que significaba ese apelativo; en Coruscant nadie había visto nieve durante incontables siglos. En opinión de Den, el nombre que brillaba en los letreros de la calle en alguna esquina ocasional era en realidad una frase obscena en shistavaniano o en algún otro dialecto planetario que simplemente sonaba como *Callejón Ceguera de las Nieves,* y que cada vez que un hablante de básico la pronunciaba en presencia de los alienígenas, éstos aullaban de risa.

Jax caminaba lentamente, extendiendo tentáculos de Fuerza hacia los muros de los resibloques densamente apretujados que se elevaban hasta alturas vertiginosas a cada lado. No era el peor barrio en el que vivir. De hecho, el montón de adornados apartamentos que flanqueaban el callejón y daban a la plaza conocida como Poloda Place seguían mostrando una sombra de su elegancia original. Sus muros, antaño deslumbrantes, estaban sucios y deslucidos por el paso del tiempo, pero el lugar tenía una cierta respetabilidad ajada que a Jax le parecía que les beneficiaba. Muchas personas que se ocultaban del ojo imperial iban a los niveles más bajos de la ciudad y se sumergían en las guaridas más profundas y oscuras. Así que cuando las fuerzas imperiales iban buscando criminales, ese era el primer lugar en el que miraban. No solían pensar en asomarse por las áreas más opulentas alrededor de Poloda Place, normalmente un refugio de artistas y otros tipos creativos.

Hasta ahora, se recordó Jax a sí mismo. Rhinann le había hablado del tenebroso personaje que había estado indagando recientemente a sólo uno o dos niveles por debajo. Un humano llamado Tesla. Un hombre bien versado en la Fuerza.

Un Inquisidor.

Jax sintió que se tensaba de forma refleja ante el pensamiento, y se maravilló ante los caprichos del destino. Si Tuden Sal hubiese cumplido la promesa que hizo al padre de Jax, él y Tesla podrían haber sido compañeros, posiblemente incluso amigos. Ahora estaba enfrentado con un hombre que ni siquiera conocía.

Llegó a la calle y comenzó a caminar sin rumbo, intentando procesar la proposición de Sal y las reacciones a ella de sus compañeros. Den, Rhinann y Dejah se oponían decididamente a la idea.

Era comprensible. Tenían miedo. Era igual de comprensible que I-Cinco, que no sentía miedo, estaba dispuesto a considerar la idea.

Sin embargo, la alarma de Dejah había sido palpable. Todavía podía sentirla tirando de él, implorándole. Se preguntó si se originaba en el hecho de que el antiguo compañero de la zeltron, el escultor de luz Ves Volette, hubiera sido asesinado por un droide doméstico. El droide, que pertenecía a uno de los patrocinadores más leales de Volette, había razonado de alguna forma que debía usar fuerza letal para proteger los intereses de su dueña.

Tenía un cierto sentido emocional en lo abstracto que Dejah tuviera miedo de los droides, pero de alguna manera la teoría no encajaba en sus circunstancias particulares. Los zeltron de piel roja eran una especie de humanoides marcadamente hedonistas, cuya combinación única de belleza excepcional, habilidades empáticas y producción de feromonas hacían que a veces pareciesen superficiales. Dejah no era superficial. Se había afligido por la muerte de su compañero, y había permanecido en Coruscant por lealtad al hombre que había resuelto su asesinato. Seguramente era esa misma lealtad, razonó Jax, lo que hacía que argumentara tan vehementemente en contra del plan de Sal, y no un miedo irracional de colocar a un droide en una posición donde podía matar. Durante el

corto periodo de tiempo que había estado viviendo con el equipo de Jax en el pequeño apartamento, no había mostrado ningún malestar cerca de I-Cinco.

Jax se dio cuenta de que se sentía halagado. Halagado porque Dejah se había apegado tanto a él que no había vuelto a su mundo natal como había planeado. Se reprendió por esa emoción. Ya había superado la necesidad de recurrir a la Fuerza para contrarrestar la intoxicante combinación de feromonas y sutilezas telepáticas de Dejah, pero ocasionalmente se descubría teniendo pensamientos estúpidos y casi adolescentes sobre ella. El hecho de que le hubiera suplicado que no se marchara del apartamento en ese momento, expresando miedo por su vida con los Inquisidores tan cerca, seguramente había contribuido a esos pensamientos.

Volvió a recordar su reciente despedida en la puerta del apartamento: ella alzando la mirada hacia él, la preocupación marcada en su adorable rostro, sus labios rojo oscuro separados, sus ojos brillando por el miedo, sus manos revoloteando entre ellos como pájaros espantados. Había sentido cómo ella deseaba que la abrazara y había resistido el impulso, aunque quizá no tan exitosamente como había pensado. Habría sido lo más natural del mundo haber inclinado su cabeza hacia abajo y haberla besado. Era un momento sacado de un holovideo romántico.

Se rió entre dientes y sacudió la cabeza. Debería tener cuidado.

Sabía que su disciplina Jedi y el estado de desapego por el que abogaba frustraban a la empática zeltron, y él sospechaba que estaría encantada de saber lo atractiva que la encontraba. Él no era inmune a sus encantos —lo sentía como un cosquilleo en la piel, una agitación de su corazón, una aceleración de su pulso— pero era un Jedi, después de todo, y bastaba un toque de la Fuerza para desviar sus intentos de influenciarle.

Alzó la mirada y se encontró en una intersección: izquierda, derecha, arriba, abajo. ¿Por dónde ir? Avanzó al azar, entrando en el ascensor de descenso. Mientras descendía lentamente se encontró pensando, inexplicablemente, en Laranth Tarak.

La Jedi twi'lek ya llevaba ausente algunos meses, y aunque no era la primera vez que pensaba en ella, sí era la primera vez que llegaba a sus pensamientos con tanta fuerza. No la había visto desde el día en que dejó el equipo para trabajar a tiempo completo para el Latigazo y su líder, Thi Xon Yimmon, un carismático cereano que —según decían sus compañeros— poseía la destreza de batalla de un soldado entrenado y la sabiduría de un Maestro Jedi.

Qué extraño, pensó Jax. Hasta ahora no se la había ocurrido preguntarse por qué Laranth había abandonado su grupo. Recordaba que se había mostrado impaciente con él por algo que nunca llegó a descubrir exactamente… y hubo un momento cuando la visitó en el centro médico después de su encuentro con Aurra Sing, en el que había pensado que su relación estaba dirigiéndose hacia… Se paró en seco, recordando el día: Laranth tumbada en la cama, parcheada, entubada y pálida, y él a su lado, con un remolino de emociones revolviéndole por dentro.

¿Había sido en ese momento cuando ella le leyó y temió que se hubiese apegado demasiado a ella? ¿O ya había sentido el tirón de la personalidad de Yimmon? ¿O ambas cosas? ¿O ninguna?

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que sus pasos le habían llevado hasta el territorio del Latigazo. De hecho, sólo estaba a una manzana más o menos del centro de beneficencia donde el grupo mantenía ocasionalmente reuniones clandestinas. Era un lugar de contacto entre la organización insurgente y aquellos que necesitaban su ayuda.

En ese momento fue consciente que lo que más quería en ese momento era la opinión de Laranth sobre todo el asunto… y su opinión sobre la fiabilidad del propio Tuden Sal. Después de todo, sólo tenían la palabra de Sal de que realmente era un nuevo miembro de Latigazo y que Laranth le había enviado hasta ellos.

E incluso si ella le había enviado, esa no era garantía de que su plan fuera sólido.

Jax dirigió sus pasos hacia la cocina comunitaria que funcionaba como una de las ventanas de Latigazo al mundo. Estaba a tres zancadas de la puerta cuando de repente una compulsión invisible le impactó violentamente como una bola de demolición, haciéndole girar sobre sí mismo. Durante unos segundos se sintió como una pluma atrapada por el viento. Apoyó una mano contra la fachada del edificio más cercano para estabilizarse, extendiendo sus sentidos para localizar la fuente de la perturbación.

Abajo. Abajo y hacia el oeste. Ahí era *donde* estaba.

Era fácil decir lo *que* era.

Era la Fuerza.

CAPÍTULO CINCO

Probus Tesla regresó al Mercado Ploughtekal a pesar de que su objetivo había cambiado.

Después de todo, razonó, el droide y el Jedi que buscaba seguramente se encontraban cerca el uno del otro. El droide pertenecía a Pavan, o eso sugerían los informes.

Lo que condujo al joven Inquisidor a preguntarse por qué su señor había cambiado el objetivo en primer lugar.

Encuentra a uno, sugería la lógica, y eventualmente encontrarás al otro. La Fuerza le había estado diciendo durante semanas que un poderoso sensitivo estaba presente en los alrededores del mercado. Las posibilidades de que ese sujeto no fuera un Jedi entrenado en el Templo eran escasas. La propia sensibilidad a la Fuerza de Tesla era el medio más seguro para encontrar a Jax Pavan, entonces ¿por qué le mandaría Darth Vader tomar este rumbo en lugar de eso? ¿Era una prueba, o era simplemente que su maestro le estaba guiando para que usara su sentido de la Fuerza de una forma diferente a la que estaba inclinado a hacerlo?

La idea le hizo retroceder unos pasos, mentalmente hablando. Quizá no era de su habilidad de lo que Darth Vader dudaba, sino de su lealtad. Quizá lo que estaba siendo probado no era su habilidad sino su obediencia. El pensamiento elevó un zarcillo de vergüenza. Él había dudado de la sabiduría de Vader, aunque sólo durante el momento más breve, mientras se ocupaba de buscar al droide de protocolo… haciendo preguntas a sus contactos y examinando cuidadosamente las respuestas estaba esperando encontrar la presencia que casi había podido tocar días antes.

Ahora estaba de pie a la sombra de un pilar de soporte escuchando la cháchara del mercado, inhalando su panoplia de aromas —avaricia, ambición, cólera, satisfacción— saboreando las sutilezas de esas emociones, esperando encontrar la vivacidad de la Fuerza.

Él experimentaba la Fuerza de esa forma… como un aroma, visión, sonido, y sabor. Cada matiz estimulaba sus sentidos, interpretándose misteriosamente en su cabeza, estallando en su lengua, deslumbrando sus ojos con luz y color. A causa del puro poder de esas cosas, había tenido que aprender a una edad temprana a filtrar y controlar los impulsos que la Fuerza evocaba en él. Había sido una lucha constante el manejar la potencia de esos impulsos, y a menudo se preguntó si todos los sensibles a la Fuerza la experimentaban así.

No era la clase de pregunta que se le hacía a otros aspirantes durante el entrenamiento inquisitorial. Había hablado de eso con su maestro, por supuesto, pues tuvo que aprender la disciplina de su don.

El maestro Kuthara no había hecho comentarios sobre si su experiencia particular de la Fuerza era inusual o común. Sólo había dicho, «La Fuerza fluye a través de ti, a tu alrededor. Debes aprender a navegar sus corrientes y a aprovechar sus vientos sin dejar que te encalle o te saque de tu rumbo. Tu disciplina es una nave, y eres el ser cuya mano está en el timón».

Había tenido aproximadamente catorce años cuando tuvo lugar esa conversación y había sospechado que su maestro experimentaba la Fuerza de esa manera… como una corriente que ha de surcarse. Él había sido lo suficientemente ingenuo para preguntar, «Pero el viento y la ola no tienen ninguna motivación, ¿verdad, Maestro? Hablamos de un mal viento, ¿pero no es eso una bonita presunción? El viento y las olas son aleatorios».

«¿Tu pregunta es?» había preguntado su Maestro falleen, extrañamente intrigado.

Tesla se había acostumbrado a que el Maestro Kuthara contestara a sus preguntas antes de que él pudiera plantearlas; la incertidumbre así expresada había sido un poco inquietante.

«¿Se puede decir que la Fuerza tenga lado oscuro y luminoso? Los vientos no son oscuros ni luminosos; las corrientes no son oscuras ni luminosas tampoco, simplemente *son*».

Hubo un momento de tiempo suspendido en el que había esperado que su maestro aplaudiera su intuición, castigara su audacia, o simplemente le asombrara con una respuesta de profundidad y simplicidad extrema. Casi había esperado más la última. Así que la respuesta que recibió le había aturdido. «Me decepcionas, Probus», había dicho su maestro. «Es la más elemental de las comprensiones que la Fuerza es una dualidad. Has pronunciado esa dualidad por ti mismo, aparentemente sin comprenderla. La luz y la oscuridad simplemente son. Es tan elemental».

Impulsivamente Tesla había farfullado, «¿Pero no es la oscuridad meramente la *ausencia* de luz? La luz está hecha de partículas fotónicas. La oscuridad no está hecha de antifotones, ¿verdad?».

Por esa pregunta le habían mandado coger su sable láser y pasar seis horas practicando Shii-Cho… las formas de combate más básicas. Más tarde, cuando había yacido sobre su cama doliéndose por la fatiga y adormecido de aburrimiento, su maestro había ido a él con una disposición de ánimo extraña… si no apologética, al menos conciliatoria.

«Entenderás en su momento, Probus», le había dicho, «que la Fuerza no es ni tan simple ni tan complicada como queremos hacerla. Cae en el área que no es ni ciencia ni misticismo. Su uso es a la vez un arte y una disciplina».

«Como navegar», había sugerido Tesla.

Su amo había asentido, una sonrisa sardónica curvando sus delgados labios. «Como navegar. O como aprender a organizar y comprender el mundo de los sentidos».

Tesla organizó sus sentidos ahora: observando, oliendo, saboreando, escuchando, y esperando atrapar…

Alzó la cabeza y se giró para mirar hacia el mercado, entrecerrando los ojos. A través de un velo de luz multicolor vio un destello de brillo blanco-azulado alejándose rápidamente. El aroma llegó a continuación, pálido, dulce y picante a la vez. Un sonido que era casi musical bailaba y brillaba tenuemente en los límites de su audición.

Sonrió anticipadamente y se lanzó tras el fantasma sensorial. La muchedumbre de compradores se dividió ante cuando las personas reconocieron el uniforme del Inquisidor… la capucha y la capa de un matiz indescriptible que parecía brillar tenuemente con un color fantasma, el distintivo imperial en un hombro.

A través de la ancha y concurrida plaza rastreó el brillante objetivo, con la determinación de no perderlo mientras perdía intensidad. Sospechaba que el Jedi debía haber usado la Fuerza para algo para haber lanzado una pequeña llamarada tan vívida en ese momento. Eso le desconcertaba. Le había dejado perplejo desde la primera vez que había localizado la firma delatora de un usuario de la Fuerza. Un Jedi adiestrado seguramente habría tenido más cuidado de no caer en demostraciones de poder en un lugar tan público, y era difícil de creer que hubiera tenido necesidad de hacerlo.

Esto hizo que Tesla aminorase; era posible, si no probable, que Jax Pavan estuviera atrayéndole intencionalmente a alguna parte.

Contuvo una risa ahogada de oscuro regocijo. Eso sería fútil. Probus Tesla sabía sin ego —o casi— que sus habilidades eran excepcionales. Había sido adiestrado por uno de los maestros más grandes en la Academia de la Inquisición, y había ganado su puesto entre los Inquisidores derrotando completamente a ese maestro.

Eso era lamentable, y le había quitado a Tesla la idea de que un día ocuparía el lugar del Maestro Kuthara en la academia, entrenando a Inquisidores aspirantes. Nunca, se prometió a sí mismo, les daría a cualquiera de ellos ningún conocimiento de sí mismo que pudiera ser usado para su caída. Oh sí, había llegado en comprender bien por qué era mejor no contarles a otros la relación que uno tenía con la Fuerza. Entender el sentido de la Fuerza de los otros era comprender cómo podían ser derrotados.

Quedó consternado al darse cuenta de que el objetivo sensorial estaba desvaneciéndose aun más… su aroma casi había desaparecido, su sabor se había convertido en polvo, su música había enmudecido. Sólo su luz pulsaba en los alrededores de su conciencia del blanco al azul, palideciendo contra la mundana paleta de colores del mercado.

Apuró el paso, zigzagueando a través de la multitud hasta que llegó a un largo y oscuro callejón, con un tenue rectángulo de luz en el extremo más alejado. Incrustado entre las paredes de ferrocreto de los edificios circundantes, el callejón parecía no llevar a ninguna parte. Y aun así su presa había ido por allí.

Se introdujo en el túnel, con los sentidos tanteando ante él mientras avanzaba. Una vez más, sospechó una trampa, y una vez más descartó la idea. Después de todo estaba eficazmente escudado de la detección gracias a su collar de escamas de taozin.

Los taozines eran criaturas enormes y segmentadas que habitaban profundas cavernas subterráneas bajo la ciudad planetaria y cuyas escamas volvían su fuerza vital transparente a un sensible a la Fuerza. El collar de sintoseda de Tesla no poseía suficiente de la rara y peligrosamente conseguida sustancia para ocultarle completamente de otro sensible a la Fuerza, pero era suficiente para interferir cualquier emanación de Fuerza que

pudiera desprender y hacerla casi ilegible. Jax Pavan —o cualquier otro Jedi adiestrado— tendría que trabajar terriblemente duro para descubrirle.

Toqueteó la hebra de sintoseda mientras se adentraba todavía más en la oscuridad del pasaje, apresurándose hacia la salida. El rectángulo de luz tenue se volvía más grande. Era hipnótico, tanto que cuando alcanzó la abertura, Tesla estuvo a punto de cruzar el umbral hacia su muerte. El suelo bajo sus pies terminó abruptamente, y tuvo una sensación momentánea de un abismo abierto ribeteado por paredes interminables y una caída hacia la nada.

Sus reflejos estaban tan afinados que pudo refrenarse, pero fue el viento el que le salvó, no la Fuerza. Una auténtica vorágine ascendía en espiral desde el abismo, quitándole la capucha de la cabeza y alzándole físicamente, lanzándole hacia atrás en el túnel como un pedazo de paja desmenuzada.

Se apoyó contra la pared del túnel un momento, con el corazón desbocado, la respiración saliendo entrecortada que resonaba sonoramente contra los muros de piedra. Entonces se incorporó y se aproximó al borde del túnel con cuidado. Sacó su cabeza a través del portal hacia la nada y miró.

Arriba había un borrón pálido de crepúsculo eterno. Debajo, podía ver el flanco vertical del cortanubes a través del cual el pozo del túnel desaparecía en la oscuridad. A cientos de metros a través del abismo se alzaba otro cortanubes, sus amplios flancos exudaban mugre húmeda.

No había nadie a la vista y ningún lugar al que nadie pudiera haber ido. Nadie excepto un Jedi.

Miró hacia arriba, desplegando su sentido de la Fuerza. Se extendió hasta el edificio más lejano. Bajó un poco.

Y allí estaba, muy por debajo y a su derecha: ese punto diminuto de luz, el mínimo soplo del aroma del poder, el mero tintineo. Se le erizó el cabello de su cabeza medio afeitada y el de la parte de atrás de sus brazos. Sonrió. *Buen intento, Jedi,* pensó, y dio un paso en el aire.

La Fuerza le hizo descender como un turboascensor invisible. Las violentas corrientes ascendentes del abismo le abofeteaban ocasionalmente, agitando sus ropas, pero él avanzaba silenciosa y rápidamente, sus sentidos concentrados en ese lugar dónde un edificio terminaba y otro comenzaba. El objetivo se había detenido allí debajo pero repentinamente había empezado a moverse otra vez, alejándose del abismo.

En la desvencijada intersección de los dos edificios, en un punto donde sus apoyos parecían casi entrelazarse, había un hueco. Con el espacio justo para que un humanoide del tamaño de Tesla pasara por él. Tesla se inclinó y se lanzó a través del aire hacia la abertura, desenganchando su sable láser mientras volaba, pero sin encenderlo todavía. Pasó a través del ojo de la aguja y apareció en una caverna llena de escombros. Su objetivo había seguido adelante. Tardó sólo un momento en orientarse.

El revestimiento de la pared del gigantesco edificio a su derecha —del que había descendido como un ave rapaz encorvada— se había desprendido del sustrato y había

caído en enormes piedras y paneles de duracreto contra su vecino más próximo. Lo que una vez había sido un callejón de mantenimiento entre los dos se había transformado en un túnel cavernoso. Pero donde la ruta anterior había sido estrecha y de tamaño humano con superficies normales, ésta era una caverna construida por la descomposición. Inmenso y asimétrico, su techo terminaba en la oscuridad muy por encima de su cabeza, sus paredes desiguales inclinadas e imprecisas, su suelo sembrado de trozos aleatorios de roca y de duracero erosionados y caídos de los soportes.

El viento sollozaba inconsolablemente allí, y los edificios parecían gemir y temblar a su paso. Por encima de eso había otro sonido… no, no era un sonido exactamente; era más bien una sensación, casi un *hormigueo* en el aire.

Tesla permaneció suspendido, perfectamente en silencio, escuchando, percibiendo, *sintiendo*. No era la Fuerza lo que sentía, sino algún tipo de energía cinética. Podía sentirla danzando por sus mejillas y por el reverso de sus manos, subiendo por la estrecha banda de cabello rojo que iba desde su coronilla hasta su nuca. ¿Un campo de fuerza de alguna clase?

Descendió lentamente, con los sentidos inspeccionando el camino que tenía delante, los ojos vigilantes. Sus botas se posaron ligeramente en el suelo recubierto de escombros, y él caminó hacia delante. La hendidura tenía aproximadamente veinte metros de largo y terminaba en un tenue baño de luz que parecía fluctuar y entretejerse como la sombra de un fuego. En puntos aleatorios a lo largo de su longitud, rendijas oscuras sugerían otros medios de salida y entrada. Los contempló con suspicacia, pero ninguno de ellos tenía nada peculiar. Ratas blindadas. Halcones-murciélago quizá. Nada sensitivo.

El único objetivo sensible que percibía estaba en alguna parte por delante o más allá de esa luz inconstante. Tesla activó su sable láser. La hoja cobró vida con un zumbido, el color de una puesta de sol que una vez había visto en su planeta natal Corellia. Era también el color de los ríos de lava de Mustafar. Avanzó hacia adelante con cuidadosa anticipación.

El objetivo se había detenido.

* * *

Los hilos que Jax seguía eran delgados e imposiblemente brillantes, pero parecían fluctuar y palpitar mientras los rastreaba hacia las profundidades del Mercado Ploughtekal. Cuando alcanzó los niveles más bajos de la estructura que albergaba el ruidoso bazar, eran poco más que hilos fantasma… como una imagen residual fijada en la retina.

Estaban a punto de desvanecerse completamente cuando se sumergió en la madriguera de hendiduras de los imponentes resibloques que definían toscamente los bordes de Ploughtekal. Mientras permanecía ante la boca abierta de una de esas hendidura, varios niveles por debajo de donde el mercado apenas se distinguía, vio los hilos desaparecer del todo.

Permaneció allí un momento, intentando decidir qué hacer a continuación, entonces se paralizó al sentir repentinamente una *presencia* detrás de él. Cogió su sable láser, lo activó y giró 180 grados con un movimiento elegante.

—Veo que no soy la única que ha notado el tirón en su aura —Laranth Tarak le miraba desde un rincón en la sucia pared de la intersección en la que se encontraba él. Ella tenía un desintegrador en cada mano y enfundó uno de ellos mientras salía del rincón.

Sobre su hombro Jax podía ver un grupo de escalones de acero empotrados en la pared del rincón. Bueno, entonces no era una rincón… una chimenea o un tubo de acceso. Usó esa observación trivial para esconder su reacción a ver a Laranth tan repentinamente y bajo tales circunstancias, y no pudo decidirse entre sí estaba excitado o consternado.

—¿Tu también sentiste algo? —preguntó estúpidamente.

—Creo que acabo de mencionarlo —el truncado lekku izquierdo de piel verde de la twi'lek se movió ligeramente en su hombro y Jax tuvo la sensación irracional de que ella estaba riéndose de él, a pesar de que su boca formaba una sombría línea familiar… como siempre hacía. También irracionalmente, le estaba resultando difícil apartar la vista de su cara.

Lo hizo con un esfuerzo, volviendo a enganchar su sable láser del cinturón e indicando con la cabeza hacia la hendidura que había estado a punto de explorar.

—Lo perdí justo aquí. ¿Qué crees que es?

Ella sacudió la cabeza, moviéndose para contemplar la oscuridad.

—Ni idea.

—¿Un Inquisidor?

—Sospecho que muchos de ellos llevan salvaguardas de taozin estos días —dijo ella.

—¿Llevan qué? —ahí iba él, sonando estúpido otra vez.

Ella se dio la vuelta y le miró, sus ojos… que eran del mismo tono de verde que su piel… no mostraban diversión.

—Lo noté hace tres días. Vi a uno de ellos claramente a tres niveles por encima, husmeando en el bazar. Le vi, pero no pude sentirlo.

Jax asintió.

—Y ¿cómo… cómo has estado?

Ella inclinó su cabeza hacia un lado, el lekku derecho curvándose ligeramente en la punta, significara lo que significara. Deseó saber cómo leer el sofisticado subtexto que se decía que las colas cefálicas twi'lek transportaban.

—¿No puedes percibirlo? —preguntó ella.

—No, yo…

—Yo puedo percibir cómo has estado —dijo ella enigmáticamente, entonces hizo un gesto con la cabeza hacia la hendidura—. ¿Quieres investigarlo o qué?

Él asintió y dejó que ella le precediera por el oscuro hueco.

Habían avanzado tal vez diez metros a lo largo de su estigia longitud cuando Jax recordó por qué había pensado en buscarla al principio.

—Laranth —dijo quedamente—, sobre Tuden Sal…

—¿Qué pasa con él?

—Le conoces.

—Llegó a nosotros hace tres semanas. Se puso en contacto con nosotros a través de nuestro contacto en Sil's Place.

—Sil's Place —repitió Jax.

—Un antro cerca de Puerto Oeste. El camarero amani es un agente.

—¿Y confías en él?

—No le habría ayudado a encontrarte si no lo hiciera.

Él dejó que eso se asentara durante un par de latidos.

—¿Te dijo *por qué* quería encontrarme?

—No quería encontrarte a *ti*, exactamente. Quería encontrar a I-Cinco. Para pagar una vieja deuda, dijo. Me dijo lo que había hecho… o mejor dicho lo que no hizo —su voz era hosca y fría. Devolvió a Jax a la noche en la que él y la Paladin Gris se habían encontrado en las ruinas del Templo Jedi en medio de la muerte, el humo y las llamas. Ella sabía tan bien como él que lo que Tuden Sal no había hecho pudo ser la causa, entre muchas otras cosas, de lo que ellos llamaban la Noche de las Llamas. La causa de las muertes de todos esos inocentes Jedi y Padawans.

—¿Te dijo cómo piensa devolver esa deuda? —ella le dirigió una mirada por encima del hombro.

—Supuse que eso era algo entre él e I-Cinco.

—No. En realidad no. Es mucho más complicado.

Estaba a punto de explicar lo complicado que era cuando la Fuerza casi le levanta del suelo por segunda vez ese día. Esta vez no había duda sobre la dirección del tirón… la cuerda se alejaba por la oscuridad de la hendidura.

No tuvo que preguntar si Laranth también lo había sentido; la Paladín twi'lek ya estaba en movimiento. Jax desenganchó su sable láser y se apresuró a alcanzarla.

* * *

Tesla avanzó desde de las sobras del soporte caído hacia la luz, que era brillante sólo en comparación con la penumbra que acababa de atravesar. La visión con la que se encontraron sus ojos fue confusa al principio. Extendiéndose desde su posición a lo largo de quizá cien metros había un campo de escombros de aproximadamente veinte o treinta metros de ancho, formado por el hueco entre dos resibloques macizos. Hacía que lo que acababa de atravesar pareciese un sendero bien cuidado; largas barras retorcidas de duralumino y gigantescas esquirlas de transpariacero, algunas más gruesas que su cuerpo, yacían como extraños y deformados esqueletos encima y alrededor de trozos de mampostería y plasticreto. Los dos resibloques a cada lado estaban aparentemente en un avanzado estado de descomposición, y ese paisaje estrafalario era el resultado.

Pero allí había más que eso, sintió Tesla mientras se acercaba. Allí el aire estaba cargado con energía electrostática que hacía que se le erizara cada cabello de su cuerpo y creaba unos extraños halos alrededor de los pedazos de basura. Según avanzaba, notó que cada vez le costaba más, como si las mismas moléculas del aire conspiraran para empujarle hacia atrás. Se dio cuenta de que eso era un campo repulsor, tirando sutilmente y retorciéndose debido a un estado eterno de flujo, que había combado, durante siglos, los enormes pedazos de diversos metales en las agonizantes posturas que yacían a su alrededor.

Mirando a lo largo del desordenado surco, Tesla vio la fuente de las extrañas auroras. En el extremo más alejado de los escombros zumbaba un generador de campo repulsor, los sutiles contornos de luz combada de la región presionaban contra las horadadas paredes de los edificios y los revestían de una brillante iridiscencia. Un generador defectuoso explicaría el estado de flujo que causaba los efectos visibles.

Bajo circunstancias normales el campo sería invisible.

Sonrió. Si su presa había ido allí pensando en librarse de él, se había equivocado penosamente. Ese campo repulsor haría retroceder cualquier cosa que se acercara demasiado. El Jedi había entrado en un callejón sin salida, y la rendija de oscuridad que marcaba una salida, que Tesla sólo podía atisbar a través del contoneante velo de la barrera de energía, bien podría estar en otro mundo… nunca podría entrar por ella.

Tesla empezó a avanzar de nuevo, su sable láser preparado. Había recorrido la mitad del ancho espacio abierto cuando vio emerger una figura del montículo de roca y acero, trepar por él y detenerse sobre un enorme pedazo de ferrocreto. De repente, fue consciente de dos cosas simultáneamente: Una era que la figura que se recortaba contra una cortina de luz ondeante no era Jax Pavan, sino un humano adolescente con una melena rebelde de cabello pálido. La otra era que había dos generadores de campo… uno a cada lado del cañón formado por los dos resibloques. En un punto más allá de donde se encontraba su objetivo desconocido los dos campos se solapaban, creando una clase de hueco a través del cual el muchacho, indudablemente, pretendía escapar… a menos que Tesla hiciera algo para detenerle.

Que *debía* detenerle era evidente. No, no era Jax Pavan, pero era un usuario de la Fuerza de tal poder que había atraído a Tesla como un imán atraía el hierro.

En el momento de la decisión, Tesla se lanzó al aire dando un gracioso salto de Fuerza calculado para llevarle a escasa distancia de su presa. Pero en lugar de aterrizar al pie del bloque de ferrocreto, se encontró en medio del salto con una resistente barrera de energía que le lanzó al suelo. Con fuerza. Cayó entre un destellante pedazo de transpariacero y un puntal retorcido de duracero, sólo sus reflejos agudamente afinados y un barrido de su sable láser le salvaron de recibir un daño serio. Pensó por un instante que debía haber chocado con el campo repulsor, pero se dio cuenta de la imposibilidad de ello tan rápidamente como se le ocurrió el pensamiento. Su presa había permanecido en el borde del campo… la barrera con la que había chocado había estado a varios metros de

ese borde. No había chocado con el campo repulsor; había sido derribado por la Fuerza, manejada por alguien que tenía un poder considerable.

Alguien al que no podía permitirse el lujo de dejar escapar.

Se recuperó y saltó de nuevo, a través del aire cargado del improvisado cañón. Aterrizó en el bloque de ferrocreto tan suavemente como un pájaro, listo para descargar un rayo de Fuerza contra su adversario.

Su objetivo había volado.

Tesla se extendió con los sentidos hacia los intersticios de los dos campos repulsores. Encontró a su presa con los ojos y con la Fuerza simultáneamente. Dos zancadas le llevaron sobre el borde del bloque de escombros hasta el suelo. Por encima de él los campos de energía pulsaba y fluctuaban, haciéndole sentir como si mosquitos de fuego recorrieran su cuerpo. Pero directamente ante él había un corredor combado de seguridad… una zona neutral en la que los campos opuestos se anulaban mutuamente.

Se contorsionaba y se movía como si estuviera vivo… una garganta retorcida que desviaba la luz y refractaba el color. Conjuraba la imagen de dos estanques profundos de aguas agitadas que se mantenían separados por una barrera invisible e incierta. ¿Cómo podía el muchacho, en el nombre de la Fuerza, recorrerlo?

No tenía importancia. Tesla se extendió con la Fuerza y agarró la figura que huía, tirando de ella hacia él. El chico cayó hacia atrás, su capa andrajosa revoloteando a su alrededor. Tesla podía sentir la presencia en su mano casi como una sensación táctil real. Tensó su agarre de Fuerza y arrastró al muchacho hacia él.

Una mano pálida se extendió desde la túnica andrajosa como si intentase frenar su deslizamiento. Tesla sonrió desagradablemente y apretó… entonces lanzó un grito de sorpresa y consternación cuando sus pies fueron barridos de debajo de él. Aterrizó duramente sobre su espalda, perdiendo el aire de sus pulmones, y dejó caer su sable láser.

Sólo necesitó un segundo para recobrarse, tiempo que empleó su presa en escapar otra vez. El chico podría ser joven, pero obviamente no era novato; Tesla no se permitiría volver a caer en estúpidas complacencias.

Recogió su sable láser y lo enganchó al cinturón, entonces fue detrás del chico con ambas manos. Esta vez no le desviaría ni le cogería desprevenido. Capturaría ese premio para su maestro.

El fracaso no era una opción.

En la boca del corredor de energía, se extendió nuevamente con la Fuerza, usando una mano para restringir las extremidades de su objetivo y otra para atraerle. Concentrando toda su atención en la tarea, casi no percibió el repentino movimiento de una sección de cinco metros de largo de un soporte caído que se dirigía repentinamente hacia su cabeza.

Tesla giró, usando ambas manos para desviar la mortífera viga de metal. En su frustración y su cólera que hizo algo más que desviarla… la lanzó volando. La viga golpeó el borde de uno de los campos repulsores y estalló en el cielo. Para cuando cayó, chocando contra el suelo con un chillido de metal en piedra, Tesla ya estaba en movimiento, persiguiendo a su escurridiza presa por el serpenteante corredor de energía.

Era un lugar inquietante… un pasaje siempre cambiante de luz y sombras en movimiento a través del cual el mundo exterior podía verse como si mirase a través de un muro grueso de gel. Ahora las paredes ondeaban en dirección a él; ahora se retiraban como una bolsa hinchada por un aliento de aire ionizado. Muy por encima… a cuarenta niveles, quizá… podía ver un delgado pedacito de cielo crepuscular. Entonces fue ocultado a la vista por las ondeantes distorsiones de las paredes.

Los sonidos, también, eran desconcertantes; chillidos y rugidos ensordecedores, como planchas de metal siendo desgarradas, y sus fosas nasales eran asaltadas continuamente por el hedor del ozono. Corrió, usando la Fuerza a acelerarle y desviar las hinchadas paredes del pasillo. No intentó nada más hasta que el muchacho estuvo a tres metros más o menos por delante de él; entonces se extendió y le hizo tropezar. O lo intentó…

Era como si el muchacho pudiera leer sus intenciones y saber justamente cuándo defenderse; esta vez simplemente alzó sus pies del suelo y dio un salto mortal por el pasaje avanzando varios metros antes de darse la vuelta, aterrizando, y haciendo algo que cambió completamente la idea de Tesla sobre la naturaleza de su contienda.

El muchacho *metió una mano de Fuerza* en el tejido transparente de energía del campo repulsor —algo que debería haber sido imposible— y extrajo literalmente una bola resplandeciente de energía, moldeando la masa de contorsionante estática entre sus manos como si estuviera hecha de gel para modelar en lugar de partículas de energía altamente cargadas. Entonces arrojó la bola cegadoramente brillante a Tesla.

El Inquisidor se colocó en una posición defensiva, erigiendo una barrera en contra del disparo. Pareció no servir para nada; le tomó por asalto, lanzándole de un golpe casi hasta la entrada del corredor. Sólo su propio control bien afinado de la Fuerza evitó que saliera dando tumbos fuera de control. Saltó en el aire y se abalanzó sobre el muchacho otra vez, esta vez con su sable láser encendido.

Vio claramente la cara del chaval mientras cargaba. La capucha de su capa se caía sobre sus hombros estrechos, su cabello flotaba salvajemente alrededor de su cabeza, y sus ojos estaban bien abiertos por el miedo y la furia.

Sintiendo la cólera del joven, Tesla estaba exultante. Tuvo un pensamiento fugaz de qué buen premio sería ese niño para su señor, pero el pensamiento orgulloso fue ahogado por el instinto de supervivencia… y por su propia furia. ¡No sería superado por un simple niño! Rugió en voz alta, usando la Fuerza para amplificar el sonido, y vio que los ojos del adolescente se abrían todavía más.

Tesla estaba preparado cuando la segunda bola de energía repulsora se abalanzó hacia él. Alzó su sable láser para esquivarla… y fue lanzado por los aires hacia el techo del túnel con un destello de ardiente luz escarlata. A la altura de siete u ocho metros, chocó con una onda en la barrera de energía que le desvió hacia abajo de nuevo con la misma fuerza. Cayó sobre la arenosa superficie de duracreto con la cabeza por delante, reuniendo apenas la suficiente presencia de ánimo para envolverse con la Fuerza como un capullo. Fue lo que evitó que se rompiera los huesos.

Levitó poniéndose en pie, enfurecido, y se echó hacia atrás su propia capucha.

—¡Idiota! —rugió a la forma que se retiraba—. ¡Te ofrezco la libertad y eliges esconderte con las sabandijas!

El joven vaciló y se giró.

—Eres un Inquisidor. Su voz llegó a los oídos de Tesla combada y torturada por los sonidos erráticos y gimoteantes de los campos repulsores en guerra.

—Como podrías serlo tú, con tu poder.

El desprecio no expresado del muchacho fue inmediato y poderoso, como si, al igual que su extraña habilidad, fuera alimentado por la Fuerza. Comenzó a marcharse dando media vuelta.

—¡Regresa conmigo o muere!

El chaval se volvió, su mirada se encontró con la de Tesla con tanta fuerza que el Inquisidor la oyó como un sonido de rasgado en su cabeza y la sintió como un dolor abrasador detrás de sus ojos. Su corazón martilleaba, su aliento fue repentinamente constreñido… se sintió como una vasija llena de alguna sustancia al rojo vivo hasta que seguramente debe explotar. Los mosquitos de fuego estaban recorriéndole otra vez, prendiendo cada nervio en su cuerpo.

—Déjame en paz —dijo el muchacho quedamente, y las palabras resonaron en la cabeza de Tesla, cada uno como una daga helada en su cerebro paralizado—. Sólo *déjame en paz*.

Entonces de repente fue libre. Cayó de rodillas, la furia y la humillación pasaban a través de él en oleadas. Tesla alzó ambas manos y disparó un rayo de Fuerza contra el corredor justo por encima de la cabeza del muchacho, sin importarle el resultado. Si el miserable prefería morir que ser arrestado por un Inquisidor, que así fuera.

El relámpago golpeó la superficie ondeante y se bifurcó, cada chisporroteo impactando hacia atrás para golpear de nuevo a pocos centímetros. Se dividieron otra, entonces se cuadriplicaron.

Tesla cortó el flujo del rayo de Fuerza de su cuerpo, pero eso tuvo poco efecto, si es que tuvo alguno. De repente el corredor se llenó de una docena de relámpagos aleatorios, entonces se dobló esa cantidad. Estaban acercándose a él como una tormenta incisiva, comiéndose el pasillo que tenía delante. No podía ver lo que le había ocurrido al chico; su figura estaba perdida en los erráticos pulsos de luz. Tesla alzó una barrera defensiva y retrocedió rápidamente del relámpago que se aproximaba. Seguramente, con su fuente de energía cortada, pronto se desvanecería.

Siguió moviéndose, permaneciendo por delante de las drenantes y abrasadoras descargas hasta que estuvo seguro de que la salida debía estar directamente detrás de él. Miró por encima del hombro. No lo estaba. De hecho, a sólo un metro o dos más allá a lo largo del pasaje, lo que debía haber sido un pasillo abierto parecía terminar en una bolsa de aire cargado y combado.

Vaciló, con el corazón desbocado. ¿Cómo era posible? El intersticio en el que estaba se formó por un efecto de anulación. El solapamiento de los dos campos era inestable,

pero la inestabilidad era lineal. No había forma de que los dos campos enfrentados pudieran intersectarse y mezclarse de esa manera, era imposible.

Miró con atención más allá de la barrera, a través de las fluctuaciones del callejón sin salida. Más allá de ellas, fuera en el descubierto campo de basura, vio una figura solitaria sobre una losa de ferrocreto. Una figura con una brillante melena de cabello pálido, ondeando y combándose como si la estuviera viendo debajo de la superficie de un mar azotado por la tempestad.

El baile de energía en el lado izquierdo de su cara avisó a Tesla de que había vacilado demasiado tiempo. Apenas tuvo tiempo de reforzar su escudo de Fuerza contra el relámpago antes de que impactara, haciendo explotar la diminuta bolsa de calma relativa en la que se encontraba.

* * *

Cuando Jax emergió de la abertura a lo que podía pasar por luz del día en ese nivel de la ciudad, no tuvo muy claro lo que estaba viendo. En el extremo más alejado de la plaza, entre las paredes de dos edificios macizos, un par de figuras indistintas luchaban dentro de lo que parecía un tazón de luz transparente y gelatinosa que se contorsionaba. Parecía el intersticio entre dos campos de fuerza, pero Jax nunca se había encontrado con eso salvo en la teoría.

Lazó una mirada a Laranth, quien le devolvió el equivalente twi'lek de un encogimiento de hombros, ambos lekku alzándose ligeramente antes de reacomodarse de nuevo, el más corto simplemente rozando su hombro.

Que ambos combatientes poseían la Fuerza en abundancia era obvio. Se tiraron al suelo varias veces el uno al otro antes de que uno le lanzara una bola al otro de tal claridad que a Jax le resultó doloroso contemplarla, incluso a metros de distancia.

Laranth se detuvo a mitad de la zancada, mirando fijamente la ranura inestable entre los campos.

—¿Qué era eso? No parecía un rayo de Fuerza.

Una segunda bola cargada salió disparada hacia la figura que se encontraba más cerca de la entrada. Esta vez la presunta víctima la recibió con su sable láser… su brillante sable láser *escarlata*.

—Sith —siseó Jax en voz baja mientras los campos repulsores se iluminaban como una barcaza de fiestas—. O un Inquisidor.

—Entonces ¿quién es el otro?

—Me gustaría saberlo —Jax activó su sable láser y avanzó con precaución hacia la contienda, manteniéndose agachado y moviéndose de resguardo en resguardo, con Laranth a su espalda.

Habían alcanzado un bloque particularmente grande de ferrocreto cuando la falla entre los dos campos hizo erupción con una llamarada cambiante de luz blanco azulada que parecía crecer exponencialmente.

—Eso sí *es* un rayo de Fuerza —murmuró Jax.

—¿Del Sith?

—Debe ser. El otro acaba de desaparecer.

El otro reapareció repentinamente, saliendo disparado a través del estrecho intersticio a una altura de al menos dos niveles. Libre de los campos repulsores, ejecutó una voltereta perfecta en el aire y aterrizó sobre la losa de ferrocreto junto a la que se resguardaban Jax y Laranth. Con un movimiento que sugería el cierre de una cortina, el joven —pues no podría tener más de quince o dieciséis años— cerró los bordes de la zona del flujo, sellando al Sith dentro. Un latido o dos después, los campos se encendieron con más fuerza que el sol de mediodía en los niveles más altos de Coruscant y produjeron un sonido que hizo que Jax pensara que el cielo se estaba fracturando. La presión le lastimó los oídos y le abofeteó incluso al abrigo del bloque de ferrocreto, y lazó al suelo al muchacho desde su posición elevada.

No estaba inconsciente cuando Jax y Laranth llegaron hasta él, pero estaba aturdido. Consciente de poder obvio del otro, Jax proyectó sentimientos de calma mientras se arrodillaba a su lado.

—Eso que hiciste con el campo fue un truco bastante bueno —dijo Jax suavemente—. ¿Va a durar mucho ese callejón sin salida?

El muchacho pestañeó y negó con la cabeza.

—Entonces mejor te sacamos de aquí. Ese Inquisidor va a estar bastante disgustado cuando recobre el conocimiento.

—Si todavía sigue vivo —murmuró Laranth.

—¿Quiénes sois? —preguntó el muchacho, la confusión y el miedo se entrelazaban en su voz e invadieron sus ojos grises.

Jax alzó su sable láser entre ellos, entonces lo desactivó.

—Soy un Caballero Jedi —dijo él—. Mi nombre es Jax.

CAPÍTULO SEIS

Jax y Laranth se detuvieron para reconocer la confluencia de corredores donde se habían encontrado de camino a la erupción de Fuerza. El muchacho, que había mascullado que su nombre era Kaj, parecía menos aturdido. Sus ojos continuaban dirigiéndose hacia el sable láser de Jax.

—¿Ahora a dónde? —preguntó Laranth, indicando con la cabeza hacia el hueco por el que había descendido antes—. Eso va a dar al Ploughtekal. Cerca de su centro, de hecho. Si los Inquisidores están buscando a nuestro amigo, el mercado podría proporcionarnos la mejor cobertura. ¿Cómo bajaste hasta aquí?

Jax hizo una mueca.

—Apenas lo recuerdo. Kaj prácticamente me arrastró hasta él.

—¿Si eres un Jedi, dónde está tu sable láser?

Laranth y Jax se giraron al unísono para mirar al muchacho. Él realmente se sonrojó.

—Estrictamente hablando —le dijo Laranth—, soy un Paladin Gris. Tenemos una aproximación algo diferente a ciertas cosas, los sables láser son una de ellas. Un Paladín Gris no está unido a un arma en particular. Simplemente usamos la Fuerza a través de la herramienta que prefiramos. A mí me gustan los desintegradores. —Palmeó el par enfundado en sus muslos—. Aunque alguna que otra vez he usado una vibroespada.

El muchacho volvió hacia Jax su mirada.

—Tu sable láser es rojo. El *suyo* era rojo —dirigió la mirada hacia el camino por el que habían venido—. ¿Cómo sé que sois realmente Jedi —cualquiera de vosotros? ¿Cómo sé que no sois Inquisidores?

Jax podía sentir la incertidumbre y el miedo creciendo detrás de esos ojos pálidos. Creciendo hacia el pánico. Ya había visto lo que este prodigio de la Fuerza podía hacer cuando entraba en pánico.

—No lo somos —dijo él—. Tócame. Usa la Fuerza para extenderte y léeme. No te detendré —vio que los ojos de Laranth se abrían un poco más antes de que él cerrara los suyos y se abriera a ese extraño muchacho. Sintió su inquietud como una cascada de frías líneas descendiendo por su espalda, sintió el toque tentativo del muchacho como un zarcillo frío de incertidumbre.

Azul. La Fuerza se manifestaba en Kaj como amorfas masas azules tirando a violetas. Jax las vio con el ojo de su mente llegando hasta él, rodeándole, sondeándole.

Después de un momento el toque se retiro y abrió los ojos para ver al muchacho mirándole perplejo.

—¿Qué sentiste?

—No hay ira en. Ni rabia. Yo tengo tanta y a veces tengo que luchar con fuerza contra ella. Y él… —de nuevo, su atención se dirigió hacia el campo de escombros y el Inquisidor posiblemente muerto—… él era como un *horno.* Ardía de rabia. ¿Por qué eres tan diferente?

—Porque soy un Jedi —le respondió Jax—. Nuestro amigo el Inquisidor es —otra cosa.

—¿Un Sith?

Jax miró a Laranth.

—¿Qué sabes de los Sith? —le preguntó a Kaj.

El muchacho se encogió de hombros.

—Leyendas. Mitos.

—Bueno, hay muchas clases de Sith. Hasta donde yo sé, un Inquisidor no es realmente un Sith. Pero usan sables rojos. Es una función del cristal que se utiliza. Diferentes cristales producen colores diferentes.

—Así que… es una elección que haces.

Jax y Laranth intercambiaron miradas.

—Sí —dijo Jax—. Normalmente. Lo único que yo no escogí este sable láser. El que tenía, el que construí y con el que me entrené, fue destruido. Este —palmeó la empuñadura— me lo dio… alguien que sabía que lo necesitaría.

Laranth se movió inquieta.

—Odio romper este momento, pero tenemos un problema logístico —cómo llevar a Kaj hasta terreno amigo.

—Sí, pero ¿a qué terreno amigo? —Jax la miró directamente, lo que hizo que su estómago se sintiese extraño—. Puedo llevarle conmigo, o puedes llevarle con Thi Xon Yimmon.

—Yimmon ya tiene suficiente en su plato —dijo la twi'lek—. No puedo darle conscientemente algo más en lo que pensar sin preguntar.

Kaj, que había estado sentado contra de una pila de escombros, se puso en pie.

—No soy algo en lo que pensar. Soy un Jedi. Al menos, q*uiero* ser un Jedi —rectificó cuando el peso de las miradas duales cayó sobre él—. Quiero ser adiestrado. Quiero… aprender a usar la Fuerza. Para controlarla en lugar de tenerla… ardiendo a través de mí. Eso… eso me asusta a veces. La manera en la que me siento. La manera en que se siente.

Se vino abajo, sus manos tirando de su túnica, sus ojos implorando. Se veía y sonaba tan joven y frágil… que hacía que lo que le había hecho al Inquisidor allí atrás resultara aun más asombroso.

Las palabras de I-Cinco llegaron hasta Jax en ese momento… lo que el droide había dicho acerca de que Jax tendría que ser el que entrenara a la siguiente generación de Jedi. Quizá esa necesidad ya se estaba presentando por sí misma.

—Le llevaremos al apartamento —le dijo a Laranth—. Pero asegúrate de informar a Yimmon. Puede que sea más conveniente que se entrene contigo, aprendiendo las formas de los Paladines.

—Puede que sea mejor que aprenda lo mejor de ambas filosofías —dijo Laranth—. En las circunstancias actuales, la exclusividad mutua es un lujo que los Jedi no se pueden permitir.

Ella estaba en lo cierto, por supuesto. Eran más fuertes juntos que por separado. Lo cual le recordó a Jax el hecho de que ella dejase el grupo. Abrió la boca para decir algo al respecto, para sugerir que regresara, pero ella ya se estaba dirigiendo hacia el hueco, estirando su largo y gracioso cuello para escudriñar el tramo vertical con sus apoyaderos.

Ella dirigió sus ojos verdes hacia Kaj.

—¿Puedes hacer un salto controlado cuando no estás siendo atacado? —preguntó ella, y Jax pensó que sus labios se curvaban ligeramente en los extremos.

El muchacho se movió para mirar con atención a lo largo del tubo del ferrocreto. Asintió.

—Creo que sí. Al menos he saltado tan alto como hasta esa pasarela horizontal —señaló directamente hacia arriba.

Jax se unió a ellos en el pequeño acceso, siguiendo el gesto del muchacho hasta un punto aproximadamente a diez metros de alto, dónde una pasarela de duracero rodeaba el conducto, disminuyendo su diámetro.

—Bien —dijo Laranth. Ella desenfundó uno de sus desintegradores—. Iré primero. Sígueme.

Ella saltó, alcanzando la plataforma de metal fácilmente y aterrizó en ella con un golpe suave de sus botas. Kaj miró a Jax, quien asintió alentadoramente, entonces la siguió, sobrepasando la pasarela casi por un metro. Laranth tiró de su capa y le atrajo hacia ella antes de saltar hacia un punto más alto.

Jax tomó eso como la señal para avanzar, y se unió a Kaj en la pasarela. El muchacho le miró en la penumbra crepuscular, sus ojos dejando traslucir miedo.

—¿No nos sentirán? Los Inquisidores, digo. ¿No nos sentirán usando la Fuerza?

—Probablemente. Pero ciertamente sintieron esa gran explosión que desataste allí, y con suerte será allí donde se concentrarán. Sólo tardaremos unos segundos en alcanzar el bazar, y una vez que estemos allí, podemos mezclarnos con el ambiente. Ahora sigue subiendo. Laranth te está esperando.

Le llevaron hasta Poloda Place sin incidentes. El mercado estaba, de hecho, curiosamente vacío de presencia imperial, y Jax, a pesar de llegar hasta el límite de sus sentidos de Fuerza, no detectó ni un Inquisidor… o, más bien, el «agujero» en la Fuerza que sugeriría el uso de un manto de taozin que algunos de los Inquisidores usaban para ocultar su presencia a otros sensibles a la Fuerza.

Jax quedó sorprendido cuando Laranth les acompañó todo el camino hasta el apartamento.

Rhinann e I-Cinco estaban conectados a la HoloRed cuando entraron en la sala de estar. Rhinann alzó la mirada con evidente sorpresa, ya fuera por ver a Laranth o a su invitado o a ambos, Jax no podían decirlo. Los fotorreceptores de I-Cinco pestañearon una vez, entonces se posaron en Kaj.

—¿Están Dejah y Den por aquí? —preguntó Jax.

—Dejah Duare está fuera —dijo I-Cinco con su voz de obediente droide de protocolo—. Den Dhur está en su habitación escribiendo un correo.

Jax sonrió al ver lo chirriante que era tener a este droide de protocolo en particular comportándose de formas que eran normales para un droide de protocolo.

—Está bien, I-Cinco, Kaj es… Kaj es un amigo. Y es sensible a la Fuerza. Acaba de derrotar a un Inquisidor sin ayuda y desarmado.

—¿Que ha hecho qué? —Den Dhur estaba en el umbral de su habitación, su ojos grandes ya de por sí parecían enormes bajo la luz proveniente de la iluminación indirecta ingeniosamente oculta del cuarto.

—Kaj, éste es Den Dhur. Un miembro de nuestro equipo.

El pequeño y regordete sullustano se adentró más en la habitación, sus ojos puestos sobre el recién llegado.

—Oh, estupendo. Claro. Hagamos educadas presentaciones mientras todas las tropas de asalto de Coruscant están ahí fuera buscándole.

Jax negó con la cabeza.

—Den, ¿no has oído lo que he dicho?

—Sí, he oído lo que…

—Kaj es un Jedi potencial —dijo Jax pacientemente—. El Inquisidor iba tras él. No le cogió. Eso son *buenas* noticias.

—¿Buenas noticias? Es una bomba de relojería en potencia, Jax. No ves que —se interrumpió cuando la mano metálica de I-Cinco se posó sobre su hombro.

—Den, es descortés hablar sobre alguien como si no estuviera delante. Lo sé… la gente me hace eso todo el tiempo. Lo que Jax nos está diciendo es que el Emperador no conseguirá otro valioso premio. Por mucho que lo intentó, no ha podido atrapar a Jax, y ahora no ha podido atrapar a nuestro nuevo amigo… —el droide inclinó su cabeza hacia el muchacho, que pestañeó.

—Uh —dijo Kaj—. Kajin. Kajin Savaros.

Jax llevó a Kaj alrededor de la escultura de luz de Ves Volette que Dejah había instalado en la sala de estar hasta los asientos. Le sentó en una adaptosilla, entonces se sentó en una esquina del sofá frente a él.

—¿Tienes hambre, Kaj? ¿Sed? No puede ser fácil vivir así en la calle.

—En verdad me muero de hambre. Había robado algo en el mercado, pero el Inquisidor me hizo huir antes de que pudiera comérmelo.

Jax comenzó a levantarse, pero I-Cinco le hizo un gesto para que permaneciera sentado.

—Permíteme. Laranth, ¿te gustaría también tomar algún refresco?

La twi'lek abrió la boca, miró al droide, entonces simplemente asintió y le siguió al dispensador de bebidas.

—Los Inquisidores también van tras de ti —le preguntó Kaj a Jax, apartando la mirada de la cinética y siempre cambiante proyección de la escultura de luz—. ¿Porque eres un Jedi?

—Esa es la razón oficial, supongo. En realidad es mucho más complicado que eso. ¿Qué hay de ti? ¿Cuánto tiempo has estado esquivando Inquisidores?

—Desde que cumplí los quince hace seis semanas. Ese fue el momento en el que la Fuerza despertó en mí realmente. Antes de eso, simplemente era otro chico callejero que ocasionalmente hacía que ocurrieran cosas extrañas.

—Pero no siempre has vivido en Coruscant.

Kaj sacudió la cabeza, sus ojos se iluminaron ante la visión del plato de fruta ghibli y un gran vaso de alguna clase de té rojo que I-Cinco le llevaba en una bandeja. Uno de los brebajes relajantes de I-Cinco, se imaginó Jax. El muchacho aceptó la comida y dio un gran mordisco antes de responder a la pregunta implícita de Jax.

—Llegué aquí hace… siete meses, creo. Desde M'haeli —la expresión de su cara se congeló, y Jax podía sentir la puñalada fría y veloz de pena que yacía detrás de ella—. La granja de mis padres fue destruida por tropas imperiales. Mi padre era un anciano local. Querían utilizarle para dar ejemplo… mostrar que ahora ellos eran los jefes. Así que saquearon la granja y nos echaron. Mi madre y mi padre me mandaron a Coruscant, esperando… —se encogió de hombros, tragando un bocado de fruta—. No estoy seguro de qué esperaban. Mis padres sabían que yo era diferente. Desde que era un bebe ocasionalmente, como he dicho, hacia que pasaran cosas extrañas… ya sabes, levitar algo para que viniera hacia mí, esa clase de cosas —se bebió casi todo el té de un solo trago—. Ellos sabían que el Templo Jedi había desaparecido, pero creo que mi madre esperaba que pudiera encontrar a alguien… —sus ojos buscaron los de Jax, entonces se movieron hasta Laranth, quien había regresado al cuarto detrás de I-Cinco.

—Alguien que te entrenase —terminó Jax.

—¿Entrenar a quién para hacer qué? —Dejah Duare entró en el cuarto, desenrollando un pañuelo largo y pálido de dorada sintoseda translúcida de su cabello granate, que refulgió cuando la luz incidió en él. Jax sintió su garganta cerrarse y usó un hilillo de Fuerza para desviar los efectos del sensual aura de Dejah. Al principio pensó que ella debía haber captado algo del tono de su discusión y esa preocupación había provocado un pico inconsciente en sus feromonas. Entonces se dio cuenta de que su mirada no estaba en Kaj, sino en Laranth.

La twi'lek no movió ni un músculo, pero desapareció del sentido de Jax de la Fuerza casi tan eficazmente como si se hubiera puesto una armadura de escamas de taozin.

—Tengo que informar a Yimmon —dijo ella—. Hazme saber lo que decides, Jax. Adiós Kaj. Que la Fuerza te acompañe. Has encontrado un buen maestro.

Ella pasó junto a Dejah sin dedicarle ni una mirada. Jax abrió la boca para llamarla, pero no se le ocurría nada que decir. Se encogió de hombros mentalmente; simplemente era la forma de ser de Laranth. Ya debería estar acostumbrado.

—¿Informar de qué a Yimmon? —preguntó Dejah adentrándose en la habitación, colocando el pañuelo sobre sus hombros—. ¿Decidir qué? ¿De qué habla?

Den, que había estado revoloteando entre antesala y la sala de estar, se apartó de su camino y se sentó junto a Jax en el sofá.

Sólo cuando hubo rodeado la silla en la que Kaj estaba sentado bajó la mirada hacia él. Ella sonrió, radiantemente, su sonrisa era como una bendición.

Los ojos de Kaj se agrandaron, entonces miraron hacia Jax como si buscara instrucciones.

—Eres una zeltron —dijo con algo como temor en la voz.

—Oh, dios —masculló Den.

Jax le dio un codazo.

—Dejah, éste es Kajin Savaros de M'haeli. Acaba de escapar por los pelos de un Inquisidor. Laranth y yo tuvimos la fortuna de presenciar el poderoso uso de la Fuerza de Kaj al derrotar a ese Inquisidor. Solo. Desarmado.

Dejah hizo una respiración profunda y exhaló, sus ojos se encontraron con los de Kaj.

—Asombroso. Entonces… ¿eres un Jedi?

—*Quiero* serlo. Espero que Jax me enseñe.

La mirada de Dejah se volvió a Jax.

—A eso te referías, entonces. Entrenarle para convertirse en un Jedi. Quieres tomarle como un Padawan. Ahí está, lo ves, es como dijo I-Cinco: si la Orden Jedi debe ser reconstruida, tendrás que tomar parte en ello. Seguramente ahora puedes verlo.

—No estaba ciego a ello antes —dijo Jax suavemente—. Sólo era consciente de que hay otras prioridades.

—¿Qué podría ser más importante que eso? —preguntó Dejah—. ¿Qué podrías hacer que fuera más valioso que entrenar a este joven?

Ella estaba tratando de ganar puntos con él mediante la adulación, por supuesto, se percató Jax. Intentando convencerlo de mantenerse alejado de las maquinaciones de Tuden Sal. Sonrió, halagado por el hecho de que ella se preocupara tanto por él.

Den gruñó.

—Qué montón de bilterscoot.

I-Cinco se removió e hizo su sonido de aclararse la garganta. Su repentina reaparición en la conversación sobresaltó a Kaj. Jax vio la reacción del muchacho como una apariencia repentina de una multitud de picos de Fuerza que salieron disparados de él y retrocedieron tan pronto como registró la fuente del sonido y el movimiento.

Jax frunció el ceño. Ese había sido un reflejo involuntario; Kajin Savaros llevaba puesta la Fuerza terriblemente cerca de la superficie. Si era tan fácil para Jax sentirle, ¿cuánto más fácil sería para un Inquisidor?

—Aunque estoy de acuerdo con Dejah Duare en principio —dijo I-Cinco—, me parece que en vista de la forma en la que Kaj ha aparecido entre nosotros; deberíamos prepararnos para moverle —así como a nosotros— si se volviera necesario.

—¿Por qué se volvería necesario? —preguntó Dejah, pasando su mirada de Jax al droide, y de éste a Kaj.

—Puede que no escucharas a Jax claramente, Dejah —dijo Den mordazmente—. Kajin, aquí presente, derrotó a un Inquisidor. Lo que probablemente significa que toda la Academia de lacayos Sith está a punto de caer sobre nuestras cabezas.

Dejah se dio media vuelta para mirar a Kaj.

—Pero le mataste, ¿verdad?

—Yo… yo no lo sé —tartamudeó Kaj, entonces miró a Jax—. ¿Hay alguna forma de saberlo?

Jax sacudió la cabeza.

—Todo lo que puedo decirte es que no estaba consciente cuando dejamos el área. No detecté ningún hilo de Fuerza surgiendo de él de todos modos.

—¿Hilos de Fuerza? —repitió Kaj.

—Metafóricamente hablando.

—¿Qué diferencia hay si está muerto? —preguntó Den incisivamente—. Los Inquisidores no trabajan en solitario. Permanecen conectados con su jefe. Si le mataste, entonces acaba de convertirse en un punto en blanco grande y gordo en los sensores de Vader, y si todavía está vivo, irá corriendo a toda prisa con su amo y señor para darle un informe completo.

—Él ya es un gran punto grande y gordo, Den —le explicó Jax—. Laranth me dijo que los Inquisidores han empezado usar alguna clase de subproducto de taozin para bloquear la detección.

—¿En cuánto peligro crees que estamos metidos? —preguntó Dejah.

—No más de lo que estábamos antes. Pero necesito iniciar el entrenamiento de Kajin.

—Bien —dijo I-Cinco—, eso debería incentivarte a completar el sable láser en el que has estado trabajando. Y, si podemos encontrar otro cristal, incluso podrías hacer que el sable láser que llevas ahora emitiese un matiz menos sanguinario.

Dejah se rió, un sonido agradable y cálido.

—Me ofende ese comentario —dijo ella sin rencor—. Encuentro el carmesí un color más atractivo… ¿verdad, Kajin? —ella inclinó la cabeza hacia un lado, colocando un grueso mechón de cabello burdeos sobre un ojo.

El muchacho asintió mudamente.

—Oh por favor… —Den se deslizó del sofá y desapareció en su habitación. Después de un momento, I-Cinco le siguió.

Jax miró a Kaj. Los ojos del muchacho seguían fijos en Dejah, pero parecían desenfocados, imprecisos.

—¿Estás listo para comenzar tu carrera como Padawan? —preguntó Jax.

El muchacho se sacudió visiblemente.

—Estoy bastante cansado. ¿Hay algún lugar donde pueda dormir un rato?

Jax llevó a Kaj al dormitorio de sus habitaciones y le acostó, esperando que no tuviera ningún sueño de Fuerza. Con un poder como el que Kajin Savaros había mostrado, un sueño de Fuerza podía hacer estragos en su hogar.

Había suavizado eso ahora mismo, se percató, y no le dijo nada de su preocupación a Dejah cuando regresó a la sala de estar y la encontró sentada en la silla que había ocupado Kaj.

—¿Esto es algo bueno, verdad, Jax? —este muchacho. Sus ojos eran elocuentes con la necesidad de ser reconfortada.

—Es algo muy bueno. Una vez que aprenda a usar su habilidad… bien, sólo puedo imaginarme la clase de cosas que será capaz de hacer. Deberías haberle visto, Dejah. Asombrante se queda corto. Nunca había visto a nadie hacer lo que hizo… simplemente por instinto, creo. Manejó energía repulsora como si fuera arcilla moldeable en las manos de un escultor.

—¿O luz? —ella le sonrió, obviamente pensando en su antiguo socio, cuyas esculturas de luz habían sido el orgullo de la élite de coleccionistas de Coruscant, y por el que había tenido auténtica devoción. Esa devoción era un rasgo inusual en un zeltron. Como especie estaban naturalmente inclinados a las relaciones rápidas y apasionadas, a tórridas aventuras amorosas, a breves obsesiones. Dejah era diferente, y Jax sospechaba a veces que ella no había transferido completamente su devoción de Ves Volette a él… que bajo su aire de flirteo descarado acechaba una corriente más profunda de luto.

Apartó el pensamiento de su cabeza. Él era un Jedi. No quería que le transfiriese su devoción a él. Era peligroso… para ambos. Pero él contestó cumplidoramente y con una sonrisa, a pesar del escalofriante pensamiento: «Como luz. De hecho, parecía como si estuviera moldeando luz en sus manos. Entonces la arrojó como un arma. Manipuló los campos repulsores como si fueran cortinas hechas de esto». Se acercó a su silla para alzar una esquina del pañuelo de sintoseda que caía en suaves pliegues sobre su hombro.

Ella alzó la mirada hacia él fascinada, los ojos brillantes, los labios separados. Un escalofrío de algo indescriptible recorrió la parte trasera del cuello de Jax. Dejó caer el pañuelo.

—Y acaba de cumplir quince años —dijo rápidamente, apartándose de la silla y de la mujer que la ocupaba—. No tiene entrenamiento, ni práctica formal sobre cómo controlar la Fuerza. Sólo su instinto, y aparentemente su instinto es muy bueno.

—Debe ser muy poderoso —murmuró Dejah, bajando la vista—. Sí. Sí, ya veo. Tanto poder salvaje tendría que ser entrenado, controlado, canalizado —sonrió de nuevo y sacudió la cabeza, haciendo que la luz bailara sobre su pelo—. Ciertamente tienes trabajo que hacer, joven Maestro Jedi.

Jax se sonrojó.

—No soy un Maestro Jedi. Apenas un Caballero Jedi. Pero tienes razón —tengo trabajo que hacer. Tendré que entrenar a Kajin Savaros para que sea un Jedi, tanto si estoy preparado como si no.

* * *

—¿Qué pasa contigo?

Al sonido de la voz mecánica, Den se volvió para descubrir que I-Cinco había entrado en su cuarto con silenciosos pies de droide.

—¿Qué pasa *conmigo*? Iba a preguntarte qué crees que pasa con todos los demás de por aquí. Bueno, no con todos los demás. Sólo con Jax y —bueno— contigo, por no ser demasiado específico.

—Ah. Por supuesto, nunca pasa nada contigo, ¿verdad? Eres Den Dhur, el periodista. Observas todo y nada te afecta.

Bien, eso dio en el clavo.

—Mira, miserable cubo de tuercas con espíritu, nunca he dicho que nada me afecte o que sea completamente objetivo o cualquiera de esas tonterías. Cualquier periodista que afirme que es imparcial o desinteresado o no está involucrado tiene picadillo por cerebro, se está mintiendo a sí mismo y a la Mente Universal, y está traicionando el propósito mismo por el que se convirtió en periodista en primer lugar. Un periodista cínico es un periodista que debería retirarse —se detuvo para tomar aire—. Yo debería retirarme.

I-Cinco consiguió hacer que sus metálicas cejas inmóviles se curvaran como si se hubieran arqueado para mostrar sorpresa fingida.

—¿De veras? Debería decir que estás mucho más allá de cínico para eso. Obviamente algo te ha enfurecido enormemente.

Den clavó los ojos en el droide, preguntándose si esa era una oportunidad dorada para derramar sus entrañas y recibir consuelo, o sólo una oportunidad de latón para quedar como un completo idiota.

—Es esa mujer Duare. Ella es —ella es…

—Sí, sí, percibí los barboteos infantiles. Eso no es nada nuevo. Esto lo es.

Den fue hasta su cama y se lanzó sobre ella, juntando las manos detrás de la cabeza y mirando fijamente al techo de duracreto. Había sido, en algún momento de su existencia, pintado de un tono tranquilizante gris verdoso que le recordaba el color de los techos de la caverna en su hogar de Sullust. Podría estar allí, se percató por milésima vez, reclinándose en un adaptosillón en su propia caverna, teniendo una conversación pacífica con Eyar y no en territorio enemigo, escondiéndose en una madriguera, mirando al techo con nostalgia, y manteniendo un diálogo frustrante con un droide de protocolo.

¿En qué había estado pensando cuando decidió quedarse en Coruscant? Oh bien, sabía en lo que había estado pensando… qué I-Cinco nunca dejaría a Jax y que él nunca dejaría a I-Cinco. Jax era de I-Cinco… ¿qué?, ¿el sobrino adoptivo?, ¿el hijo adoptivo? ¿Cuán retorcido era eso?

No más retorcido, supuso, que su mejor amigo en todo el universo estuviera hecho de metal y tuviera una red sináptica de cables en lugar de un cortex cerebral.

—¿Y bien? —dijo su mejor amigo en todo el universo, sonando y pareciendo pícaro.

Den se sentó derecho.

—En caso de que no te hayas fijado, nuestro joven Jedi ha traído a casa a un humano extraviado. Un humano extraviado potencialmente peligroso. No sé si captas el subtexto de lo que Jax estaba diciendo —o, más bien, tratando de no decir— pero yo sí.

—Al muchacho le buscan los Inquis…

—Eso no. *A nosotros* nos buscan los Inquisidores. El muchacho es extrañamente poderoso y no entrenado.

I-Cinco inclinó la cabeza hacia un lado.

—Es un talento en bruto, sí.

Den suspiró.

—¿Estas siendo intencionalmente obtuso, Cinco, o has frito algún condensador? Jax y Laranth tienen mucho cuidado sobre cuándo y cómo usan la Fuerza especialmente alrededor de nuestro barrio. Nuestro invitado aparentemente atrajo al Inquisidor hasta él a través de un uso descuidado de la Fuerza. ¿Quién dice que no sufrirá una brecha similar de protocolo aquí?

—Jax.

Den abrió la boca para protestar que Jax no era omnisciente, pero I-Cinco levantó una mano.

—Confianza, Den. Todo este equipo que Jax ha reunido a su alrededor se basa en la confianza. Si Jax cree que puede entrenar a este muchacho, entonces tengo que confiar en que él puede.

Den bufó.

—¿Confianza? ¿Crees que puedes confiar en Rhinann o en Dejah o en Tuden Sal?

—No. Ni siquiera hasta donde podría lanzarlos —lo cual sería una distancia considerable, en verdad. Pero cada uno de nosotros sabemos que podemos confiar en Jax. Él es el núcleo. El corazón. Todos nuestros hilos se conectan a él. Por supuesto, también sabes que puedes confiar en mí; y yo sé que puedo confiar en ti. Pero en el análisis final, es nuestra confianza en Jax lo que nos mantiene unidos.

Den meció sus piernas por el borde de la cama y se inclinó más hacia el droide, su mente trataba de alcanzar algo que había estado intentando articular durante algún tiempo.

—¿Pero *podemos* confiar en él, Cinco? ¿Podemos confiar en él cuando *ella* está influyendo en él? ¿Leyendo sus emociones, jugando con ellas, tal vez manipulándole?

—Por e*lla* te refieres a Dejah Duare, por supuesto.

—¿A quién sino? Es una *zeltron,* Cinco. No estoy diciendo que tenga motivos ocultos cuando se trata de nuestro Jedi. Sus motivos están perfectamente claros. Ella le quiere. Sólo digo que ella es una distracción. Y en estas circunstancias, Jax no puede permitirse una distracción como esa. No podemos permitirnos una distracción como esa.

La cara metálica de I-Cinco era tan ilegible como se suponía que debía ser.

—Jax ha notado, al igual que yo, que Dejah no parece ser una zeltron «normal». Ella parece capaz de un periodo de atención emocional más largo, en primer lugar. Y según la estimación de Jax, capaz de una cantidad sorprendente de lealtad. Jax te recordaría que ella podría haber vuelto a Zeltros o a algún otro mundo mucho más alejado del oscuro corazón del Imperio. Ella ha elegido quedarse aquí con nosotros en lugar de eso. Él también te recordaría que ella ha sido muy útil en nuestras relaciones con Pol Haus y con los diversos informantes —voluntarios o no— a los que tenemos ocasión de utilizar.

—Sé qué es lo que Jax me recordaría, gracias. Me sorprende que también me lo estés recordando *tú*.

—¿De veras? Bien, algo que seguramente te recordaré es que Dejah Duare está de acuerdo contigo sobre Tuden Sal y su plan para acabar con el Emperador Palpatine. Me

sorprende que no hayas aprovechado eso como un recurso para forjar una alianza con ella.

Diciendo eso el droide se giró sobre sus talones metálicos y salió de la habitación, dejando a Den considerando cuidadosamente sus últimas palabras: ¿Forjar una alianza con Dejah Duare?

Podría ser útil, supuso. Incluso podría permitirle menoscabar sus obvios intentos de tener una relación más intima con Jax.

Pensó en ello durante un momento, pero contemplar una posible relación física entre Jax Pavan y Dejah Duare sólo le hacía añorar a Eyar Marath. Se levantó de la cama y fue hasta su puesto de trabajo, más determinado que nunca a contactar con ella. Ya tenía media carta escrita y ahora estaba seguro de que la enviaría… descubriría si la bella cantante sullustana seguía esperándole en su planeta natal.

* * *

Rhinann estaba derrengado en la adaptosilla de su escritorio, considerando cuidadosamente el valor de la última media hora de conversaciones que había escuchado a escondidas. Oh, ciertamente no había estado escondido. Con tanta atención como los otros le prestaban, podía esconderse a plena vista.

¿Cómo era esa expresión en kubaz? ¿Un insecto en la pared? ¿Un artrópodo en el techo? Algo así. En cualquier caso, algo que estaba justo en frente de alguien, y aun así pasaba totalmente desapercibido.

No es que estuviera quejándose. Su invisibilidad social le había dado una oportunidad sin precedentes para observar interacciones que podría no haber oído si hubiera sido una entidad notable.

¿Qué había observado? Catalogó los artículos cuidadosamente, marcándolos en su mente.

Allí estaba el creciente antagonismo entre la hembra zeltron y Den Dhur, por supuesto… bueno, al menos el antagonismo de Den hacia ella. Él tenía la impresión de que Dejah Duare encontraba al sullustano más divertido que molesto. Nada de utilidad.

Estaba la tensión obvia entre Laranth Tarak y Dejah Duare… ahora, *eso* era interesante.

Dejah seguía yendo a por el Jedi… nada nuevo allí, pero ahora parecía estar lanzando su red también al adepto más joven. ¿Era meramente un reflejo, o lo hacía a propósito?

Entonces estaba el muchacho. Claramente había alterado a todo el mundo. Comprensible; Rhinann se sentía todo menos optimista ante su repentina aparición. Y verdaderamente, estaba dividido: el instinto le decía que el muchacho representaba o bien una magnífica oportunidad o bien un desastre potencial… lo que fuera dependía enormemente de lo bien que respondiera el joven a los intentos de Jax Pavan de educarle. Ciertamente era una variable intrigante. ¿Qué podría hacerse con un sensible a la Fuerza

de tal poder que había sido capaz de vencer a un Inquisidor armado y adiestrado como un Sith?

Rhinann estaba considerando esos pensamientos agradablemente en su cabeza cuando se le ocurrió una idea que fue tan escalofriante que casi se desmaya. ¿Qué pasaría si todo fuese un montaje? ¿Qué ocurriría si el muchacho m'haeliano hubiera sido colocado donde Jax Pavan pudiera sentirle, encontrarle, traerle a casa? ¿Qué ocurriría si Kajin Savaros fuera un topo?

Respirando lo suficientemente fuerte como para sacudir ruidosamente sus colmillos nasales, el elomin se volvió hacia su escritorio y se conectó a la HoloRed. Costaría una suma extravagante, pero se aseguraría de que cuando llegara a Puerto Oeste, hubiese una nave para sacarle de Coruscant al momento.

Hizo sus planes de viaje apresuradamente, mientras en el fondo de su mente consideraba formas en las que podría acelera su búsqueda del bota.

CAPÍTULO SIETE

Jax inició el entrenamiento de Kaj al día siguiente con una serie de meditaciones pensadas para conseguir que el muchacho entrara en contacto con su propio centro. Reconoció la gran dificultad de lo que se había propuesto hacer. Él se había entrenado como un Jedi desde los dos años; había pasado años meditando y estudiando la historia Jedi, la filosofía Jedi, la estrategia Jedi. Había pasado meses y meses entrenando para el combate, que había consistido principalmente en aprender las formas defensivas desde Shii-Cho hasta Juyo. Había invertido incontables horas en el control mental, físico, emocional, y espiritual.

Obviamente no había forma de enseñarle a Kaj todo eso en el escaso tiempo del que podrían disponer. Y no había forma de enseñarle todo eso sin usar la Fuerza.

Tenía que encontrar una solución a ese problema de alguna forma… pero por el momento, mientras observaba a Kaj sentado con las piernas cruzadas, intentando dominar su respiración y controlar su ritmo cardíaco, no se le ocurría ninguna.

—Los Jedi tienen un código de acuerdo al que vivimos —dijo Jax, su voz suave, calmante. Estaba sentado frente a Kaj en una alfombrilla tejida de su cuarto en una postura meditativa, cabeza arriba, ojos cerrados, manos abiertas sobre sus rodillas.

—No hay emoción; hay paz. No hay ignorancia; hay conocimiento. No hay pasión; hay serenidad. No hay muerte; sólo la Fuerza.

Sintió agitarse al muchacho y recordó su primera meditación real sobre el Mantra Jedi. Había tenido aproximadamente seis años y las palabras —que había oído repetidas veces durante cuatro años— de repente le habían impactado y habían resonado… y habían elevado un sin fin de preguntas.

—Pregunta —dijo Jax.

—¿No hay muerte?

—¿Qué sabes de la Fuerza? —preguntó Jax a su vez—. ¿Qué has escuchado o te han contado?

Kaj parecía indeciso.

—Sólo sé que se mueve a través de mí… a veces como una corriente tranquila; a veces como un río rugiente. Sólo he oído que su poder puede ser canalizado.

Jax escuchó cuidadosamente las palabras que el muchacho usaba para describir eso que él poseía pero que apenas entendía.

—Las corrientes y los ríos desembocan en un gran océano. Ese océano es la Fuerza. Es el fin de todos los viajes.

Hubo un momento de silencio en el cual Kaj digirió lo que Jax había dicho, y en cuál Jax se reprochó varias veces por la metáfora simplista. Había intentando seguir el ritmo de Kaj.

—Vengo de una familia de granjeros —dijo el muchacho—. Comprendo lo que significa el agua. Cómo penetra en todo, cómo su presencia da la vida y su ausencia trae muerte. ¿Así es la Fuerza?

—Dímelo tu —dio Jax—. ¿Es así para ti?

De nuevo, el muchacho hizo una pausa para pensar.

—Sí y no. Digo, a veces es como que puedo nadar en ella, supongo. Pero cuando intento con todas mis fuerzas no dejarla escapar, entonces es como agua detrás de una presa —aumentando, aumentando, queriendo salir. Y entonces es cuando se aleja de mí. Entonces creo que es más como fuego. Quema.

Jax consideró eso cuidadosamente. Él nunca había experimentado la Fuerza de esa manera, ni había oído a nadie que describiera su experiencia con la Fuerza de esa forma. Se preguntó si las imágenes dicotómicas eran explicadas en parte por el hecho de que Kaj no había tenido entrenamiento temprano… que su talento había crecido como algo salvaje, sin límites y libre; un florecimiento tardío comparado con la mayoría. Los ejercicios de visualización que se le enseñaban a todo joven Padawan para ayudarle a implementar la Fuerza eran nuevos para Kajin Savaros.

Así como enseñarlos era nuevo para Jax Pavan.

—A partir de ahora intenta pensar en la Fuerza como agua —dijo él—. Agua que tú canalizas. Tú eres… tú eres el lago de montaña en el que empieza el río. Tú determinas lo rápido que fluye, dónde se canaliza y erosiona, si canta o ruge. Si puedes aprender a dirigir el agua, podrás evitar que se transforme en fuego. Puedes controlarla. Ahora… ¿puedes ver el lago?

—Uh… —dijo Kaj. Entonces repentinamente como si lo hubiera descubierto—. ¡Sí! Sí. Puedo ver el lago.

—Bien. Sigamos el río…

Siguieron así algún tiempo —horas, de hecho— durante el cual Jax pensó que Kaj se aburriría o le entraría el sueño o acabaría confundido e impaciente. No hizo ninguna de esas cosas. Siguió su río, haciéndolo ir aquí y allá, alzarse y caer, ondear y cantar, sin dejar que se convirtiera en un rápido de aguas blancas.

Después de un tiempo, Jax colocó una pelota cantarina Sontaran en el suelo entre ellos e hizo que Kaj realizara el plácido y tranquilizador ritual de usar el más mínimo hililllo de Fuerza para rodar la pelota entre ellos. Mientras los hacían, recitaron el Código Jedi como una llamada y una respuesta. La pelota —que estaba hecha de una rara aleación de titanio de gran resistencia a la tracción— estaba compuesta por una esfera dentro de una esfera. Las dos se tocaban cuando el objeto se movía, creando una nota grave y sonora que se elevaba y caía como la respiración de una flauta inmensa.

Jax le dio a la pelota el empujón más leve con la Fuerza, rodándola hacia Kaj:

—No hay emoción; hay paz.

—No hay ignorancia —dijo Kaj, devolviéndola—, hay conocimiento.

—No hay pasión; hay serenidad.

—No hay muerte; sólo la Fuerza.

El muchacho había vacilado al principio, a veces olvidando las palabras, a veces incapaz de empujar la pelota en la dirección correcta. Pero lo había dominado con rapidez, como lo haría alguien con los reflejos de la juventud en vez de los de un bebe, y

ahora la pelota cantaba entre ellos entre el tejido de los hilos de Jax y el suave empujón de las corrientes de Kaj.

Era un ejercicio bastante seguro; incluso un Inquisidor que estuviera en la calle debajo de su refugio tendría problemas leyendo la débil ondulación, el entramado, y el oleaje del aula de prácticas. Pero lo que harían cuando se necesitara un entrenamiento más riguroso era algo que Jax aún no podía imaginar. Tarde o temprano tendría que enseñarle a Kaj a controlar sus impulsos en el calor del combate, y eso requeriría mucho más que suaves toques.

Aun así, era un buen comienzo. Jax se estaba felicitando cuando Dejah llamó a la puerta, entrando sin esperar a ser admitida. Simultáneamente la pelota cantarina salió disparada pasando junto a Jax, casi rozando su muslo derecho, e impactó contra la pared detrás de él con un sonoro *crack* y un fuerte zumbido de la esfera resonadora interior. Dejah retrocedió un paso con un chillido agudo.

—Kaj… el río. Presta atención a las corrientes —dijo Jax, manteniendo la voz baja, pero el muchacho ya estaba en pie, su compostura hecha pedazos.

—Lo… lo siento —tartamudeó.

—No, *yo* lo siento —dijo Dejah con arrepentimiento—. Sólo me preguntaba si teníais hambre. Lleváis aquí horas. Pensé que tal vez os vendría bien un descanso.

Jax dirigió la mirada de ella hacia Kaj, cuya cara se había puesto tan roja como la de la zeltron. Sabía que debería pedirle a Dejah que los dejara y hacer que Kaj reanudara sus meditaciones. Es lo que su propio maestro habría hecho. El Maestro Piell no había sido un sombrío autoritario, de ninguna manera, pero había sabido que un Padawan debe aprender cuanto antes a recuperar la compostura perdida o la concentración desbaratada.

Abrió su boca para decir las palabras, *Tenemos más trabajo que hacer,* pero una mirada a la cara de Dejah las detuvo en su garganta. En lugar de eso, asintió.

—Tienes razón. Llevamos mucho tiempo con esto. Estoy seguro de que a Kaj le vendrá bien un descanso y una buena comida… ¿verdad, Kaj?

El muchacho asintió silenciosamente, sin desviar los ojos de la zeltron.

—¡Bien, entonces vamos! —dijo ella y le hizo un gesto a Kaj curvando un dedo antes de desaparecer por la puerta.

Kaj fue detrás de ella, disculpándose con Jax con la mirada.

—No volverá a ocurrir —murmuró.

No es cierto, pensó Jax. Con Dejah a su alrededor probablemente ocurriría. Y si pasaba…

Jax cruzó la habitación y recogió la pelota cantarina ahora ligeramente abollada. La pared de plasticreto, supuestamente resistente hasta una tonelada métrica de presión, había resultado igualmente dañada. ¿Y quién sabía lo fuerte que había sido el rugido de esa oleada de aguas rápidas? Jax había estado inmerso profundamente en su propia meditación y lo había sentido. Su muslo todavía cosquilleaba por la energía residual.

En el cuarto exterior Dejah dejó escapar una risa gutural que fue seguida por un eco cohibido de Kaj. Algo se removió ansiosamente bajo el esternón de Jax… algo que no podría identificar.

Una de las primeras cosas que iba a tener que enseñar a Kajin Savaros, decidió, era cómo bloquear o al menos filtrar el intoxicante «perfume» de Dejah Duare.

* * *

Rhinann no tenía ninguna expectativa razonable de que el droide divulgara alguna información sobre el bota, pero confiando en que hubiese sobrevivido algún vestigio de su programación original a los remiendos de Lorn Pavan, preguntó de todas formas. Quien no arriesga no gana, como decían los humanos.

Así que cuándo Rhinann e I-Cinco se quedaron a solas en la sala de trabajo, el elomin decidió que no habría mejor ocasión. Todos los demás parecían estar involucrados en la misión de sacar del planeta a una hembra togruta con nacientes habilidades en la Fuerza por medio del MLS.

Pensó en sus preparativos de viaje, en lo fácil que sería empacar y marcharse… si no fuera por la llegada del prodigio de la Fuerza y el hecho de que Rhinann había sido menos que agresivo en su búsqueda del bota. No serviría de nada obsesionarse con seguir un horario. Esa clase de estrechez de miras podía llevar a perder una oportunidad… como la que se le acababa de presentar.

Decidiendo que la honestidad —o algo que se le aproximara— era la mejor política, Rhinann eligió el momento, se recostó en la adaptosilla de su escritorio y dijo:

—Me preocupa la cantidad de atención que pronto podría centrarse sobre nosotros.

Después de un momento de vacilación, I-Cinco se desconectó de cualquier información online que hubiera estado analizando y respondió.

—¿En serio? ¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió Rhinann—. Creía que sería obvio, particularmente para ti —marcó las razones con sus largos y espatulados dedos—. Nuestro invitado es sensible a la Fuerza… eso le convierte en objetivo principal de las continuas purgas de Lord Vader. Le perseguía un Inquisidor… ergo, ha atraído la atención sobre sí mismo. Ergo, Vader no puede evitar saber de su existencia. Ha matado a un Inquisidor…

—No sabemos si eso es un hecho —dijo I-Cinco con enloquecedora imperturbabilidad.

—Entonces ha herido a uno, como mínimo. *E* hizo que Laranth y Jax fuesen cómplices. ¿Cómo puedes pensar que *no* estamos en riesgo aumentado de exposición?

—Puedo, porque hay algo que no ha cambiado: Vader no tiene más información sobre nosotros o nuestras actividades o nuestra localización como resultado de la aparición de Kajin de la que ya tenía previamente. —I-Cinco hizo un gesto hacia la conexión de la HoloRed—. Monitorizo varias frecuencias diferentes que transportan

información clasificada, y ninguna de ellas me ha dado ninguna razón para sospechar otra cosa. Confía en mí: hasta ahora, Vader no sabe nada de esto.

—Lo sabe si su Inquisidor vio a Jax y a Laranth acudir al rescate del muchacho.

—Hace un momento —dijo el droide secamente—, el Inquisidor estaba muerto. No pudo haber observado nada en ese estado.

Rhinann mantuvo la calma.

—Si sólo estaba herido, podría haber visto a Jax y a Laranth salvar al chico.

—Cuando Jax y Laranth llegaron a la escena, el Inquisidor estaba volando por los aires a causa de una explosión de energía repulsora. Jax quedó cegado viendo desde fuera la explosión. No puedo imaginarme lo que el Inquisidor podría haber visto desde el interior de la zona de la explosión, pero dudo de que fuera a Jax y a Laranth.

El estúpido droide estaba aparentemente empeñado en no ser nada cooperativo. Rhinann luchó por mantener la compostura.

—Pero seguramente los sintió. Habría sabido si otro Jedi estaba involucrado.

—Quizá. Pero estaba incapacitado, o eso sintió Jax.

—¿Cómo sabemos que eso no era el efecto del taozin?

El droide tuvo que pensar en ello, y Rhinann se sintió ridículamente complacido.

—Jax me ha dicho —dijo I-Cinco—, que una vez que sabes lo que esperar, el efecto puede ser sentido.

—Le oí. Dijo que podía sentirse como una obstrucción o una ausencia total de Fuerza —como si alguien ya no estuviera allí. Como si, tal vez, ¿hubiera quedado sin sentido?

La cara de metal estaba completamente opaca.

—Esa es una posibilidad, supongo.

¡Gracias a los dioses! Al fin, una admisión de incertidumbre. Rhinann saltó sobre ella.

—Pues bien, quizá puedes comprender mi desasosiego. Si los hombres del Emperador nos localizaran, sería desastroso no solo para nuestra compañía. El Latigazo sufriría también, y una gran cantidad de cosas preciosas caerían en manos enemigas… Jax, ese muchacho extraordinario… tú. Y por supuesto, está el Holocrón Sith que guarda Jax y ese pedacito de pyronium que Anakin Skywalker le dio… y… —Rhinann se volvió para mirar al droide directamente—. Y el bota.

La única reacción del droide fue inclinar su cabeza y aumentar el brillo de su óptica.

—¿Qué sabes del bota?

—Sé que la Jedi Barriss Offee te lo dio para que lo transportaras hasta el Templo Jedi. También sé qué propiedades se supone que tiene el bota y su valor para los Jedi… o para Darth Vader. Creo que estamos de acuerdo en que si el Señor Oscuro lo consiguiera sería más que desastroso. Tiene el potencial de volverle virtualmente omnipotente.

El droide le estudió un momento, entonces dijo:

—Rhinann, no tenemos ni idea de lo que el bota le haría a alguien tan imbuido en la Fuerza como Vader. Ninguna.

—Bien, no puede ser nada bueno.

—Al menos estamos de acuerdo en eso.

Rhinann se inclinó hacia adelante en su silla.

—¿No has considerado lo que podría ocurrir si Vader llegara a poseer no sólo el bota, sino el pyronium y el Holocrón Sith?

—Lo he considerado tanto como merece.

Rhinann refrenó su frustración. Era como hablar con un generador de jeroglíficos.

—¿Y no se te ha ocurrido que estos artículos deberían ser separados?

—Sí. Hace algún tiempo, de hecho.

Rhinann fingió alivio.

—Entonces los has distribuido en varios escondites diferentes.

—He hecho lo que creí necesario.

Enloquecedor, perverso, obstinado… y la lista de defectos que ningún droide debería poseer *jamás* crecía exponencialmente. En el nombre de la creación ¿en qué había estado pensando Lorn Pavan?

—¿Así que ya le has dado el bota a Jax?

—Me he ocupado de su seguridad. Eso es todo lo que deberías saber, ¿no crees?

Aguijoneado, Rhinann abrió la boca para protestar, pero I-Cinco continuó:

—Después de todo, si te digo quién tiene el bota y eres capturado por Darth Vader, el lado oscuro le advertiría de que tienes información que él quiere. Información por la que alegremente registraría tu cráneo con tal de conseguirla.

Rhinann sintió que la sangre desaparecía de su cabeza.

—Tienes razón, por supuesto —murmuró, rindiéndose.

No tenía sentido interrogar una cosa que no permitiría que la interrogaran.

—Ciertamente no querría ser capturado con ninguna información que Vader pudiera encontrar útil.

—No —dijo I-Cinco—. No querrías.

* * *

Era el atardecer por el crono y todo el mundo había vuelto a casa de sus diversas tareas cuando sonó el timbre. Jax sintió un estremecimiento de temor y anticipación mezclados que le recorrió de arriba abajo. Había estado trabajando con Kaj en mejorar la habilidad del niño para concentrarse, y Jax se dio cuenta que la interrupción había perturbado sus meditaciones mucho más de lo que habían perturbado las del niño. Kaj permaneció sentado con las piernas cruzadas, aparentemente a algunos centímetros más o menos por encima de la alfombra sobre la cual meditaban. Jax se había caído al suelo.

Tonto, realmente: el enemigo no llamaría educadamente y pediría ser admitido, así que eso no era un ataque.

¿Por qué la reacción? Pensó en Tuden Sal y en Laranth en el mismo latido.

—Sal podía estar de vuelta para pedir una respuesta a su propuesta, y Laranth…

Se puso en pie y se encontró con la mirada fija de Kajin.

—Quédate aquí —le instruyó Jax—. No queremos anunciar tu presencia, ¿de acuerdo?

El chico asintió y regresó a sus contemplaciones, oscilando un poco más arriba de la alfombra.

Jax sacudió la cabeza mientras iba a la sala de estar.

—Kaj hacía que pareciese tan fácil. Nunca había sido tan fácil para él.

Den había atendido la puerta para cuando llegó al cuarto exterior, recibiendo a Pol Haus. El prefecto policial zabrak parecía positivamente sombrío. La emoción detrás de la expresión de su cara era tan intensa que Jax se dio cuenta de que era eso lo que le había sacado de sus meditaciones. Haus estaba envuelto en hilos oscuros de Fuerza que, aunque insustanciales como el humo, eran preocupantemente siniestros y parecían estar en constante movimiento. No iban a ninguna parte; simplemente se enrollaba alrededor del prefecto en una analogía visible de la tensión que mostraba su cara, ya que unas pálidas líneas grises rodeaban su boca.

El prefecto atravesó la entrada apartamento y dejó que la puerta se cerrara deslizándose detrás de él antes de hablar.

—Tenemos un problema —dijo sin preámbulos.

Jax intercambió una mirada con Den.

—¿Un problema? —preguntó él.

El zabrak le miró fijamente. Sus ojos, normalmente distraídos y desenfocados, estaban tan afilados como el extremo puntiagudo de una vibroespada. Éste, se dio cuenta Jax, era el auténtico Pol Haus… el hombre que vivió debajo del cuidadosamente cultivado aire de desorganización tambaleante.

—Uno de los tuyos ha asesinado a un Inquisidor.

—¿Uno de los míos?

Haus inclinó su cornuda cabeza hacia un lado.

—Vamos, chico. ¿Tengo que deletrearlo? Un Jedi —si no oficialmente, entonces un sensible a la Fuerza bastante poderoso. Parece que él o ella frío a este Inquisidor con la energía extraída de un par de campos repulsores mal alineados. ¿Está eso en tu repertorio?

—Oh *frip* —masculló Den.

Jax casi dio un paso hacia atrás pero, no sintiendo hostilidad por parte del zabrak, mantuvo su posición.

—No sé de lo que está hablando —dijo él—. Por supuesto que no está en mi repertorio. No soy…

—Ahórratelo, Pavan. No tengo tiempo de dejar que me vendas humo, y tú no quieres que me enfade contigo. Mira, no voy a entregarte a los Inquisidores, si eso es lo que te estás preguntando, así que veamos si podemos dejar atrás este aturdimiento momentáneo y vayamos al centro del asunto.

Eso era, de hecho, lo que Jax se había estado preguntando, si estaba mirando de frente una amenaza. Ahora, extendiéndose hacia Haus con zarcillos de Fuerza, ya no estaba tan seguro.

—Jax… —Den cambió nerviosamente de un pie a otro, alzando la mirada hacia la cara del Jedi. Aparentemente no le gustó lo que vio y volvió a jurar, esta vez más locuazmente.

—No —dijo Jax, en respuesta a Haus—. No, no está en mi repertorio. No tengo esa clase de habilidad.

Pol Haus asintió.

—Eso me había imaginado. El autor material me fue descrito como un sensible a la Fuerza rebelde, peligroso y fuera de control. Se me sugirió que hiciera todo lo que estuviera en mi poder, que moviera cualquier recurso a mi disposición, para atrapar a este violento adepto.

—¿Sugerido por…? —preguntó Den.

Haus mantuvo la mirada en Jax mientras contestaba a la pregunta de Den.

—Darth Vader.

Den hizo un sonido incoherente entre un gruñido y un rugido. Jax pestañeó y le echó una mirada más cuidadosa al manto de hilos de Fuerza que llevaba Haus. Sí, ahora tenía más sentido. El prefecto había sido tocado por el emisario del lado oscuro. El toque todavía manchaba su aura personal… y obviamente le perturbaba mucho.

—Así que por eso estoy aquí —continuó el prefecto—. Si un Jedi o algún usuario de la Fuerza rebelde acabó con este Inquisidor, tú eres la mejor persona para ayudarme a encontrarlos antes de que asesinen a otro.

Jax indicó con un gesto el cuarto detrás de él.

—¿Por qué no entra y toma asiento y lo discutimos?

Por el rabillo del ojo podía ver la expresión en la cara del sullustano. *Atónita* ni siquiera comenzaba a describirla. Jax puso a Den en movimiento con un empujoncito mientras se volvía para seguir al prefecto hacia la sala de estar.

¿Qué estás haciendo?, vocalizó Den sin sonido.

Jax indicó al periodista que volviera, vocalizando a su vez, *Trae a I-Cinco y a Dejah*, y asintiendo hacia la habitación de la estación de trabajo. Den se escabulló mientras Jax acompañaba al prefecto a la sala de estar.

Jax sabía que Den no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo. A decir verdad, ni el propio Jax estaba seguro de lo que estaba haciendo, pero era dolorosamente consciente de que el objeto de la búsqueda de Pol Haus estaba sentado a menos de seis metros de distancia, separado de ellos por una delgada pared del plasticreto… una pared que no haría de barrera si a Kaj le entraba el pánico y conjuraba su conexión con la Fuerza.

El prefecto Haus descubriría rápidamente donde se ocultaba el sensible a la Fuerza rebelde. Asumiendo que sobreviviese al descubrimiento…

CAPÍTULO OCHO

—¿Cómo supo que era un Jedi? —Jax permanecía parado donde la luz cinética de la escultura de Ves Volette jugaba a través de su cara, ocultando su expresión al prefecto policíaco, quien andaba de arriba abajo por el centro de la sala de estar, su abrigo deslucido arremolinándose en torno a sus piernas—. ¿Quién —o qué— me delató?

—¿Realmente quieres saberlo?

—Sí.

—Ninguna prueba grande. Más bien un cuerpo de evidencias. Un montón de pequeñas cosas. La manera en la que tus compañeros y socios reaccionan ante ti. La manera en la que te comportas. La manera en la que observas lo que ocurre a tu alrededor. La manera en la que reaccionas. La manera en la que pareces desaparecer de mi radar a veces cuando sé que estás ahí. La manera en la que tu mano flota sobre tu cadera izquierda cuando sientes un peligro. La velocidad de tus reacciones… —Haus se encogió de hombros—. Alguien envió a un cazarrecompensas tras de ti —un cazarrecompensas adiestrado por un Sith. Tu volviste vivo; ella no.

Jax sabía que Haus estaba hablando de Aurra Sing. Él se había preguntado si el sable láser Sith que ahora llevaba no le habría pertenecido a ella… el hecho de que lo hubiera obtenido de una fuente anónima poco antes de su enfrentamiento con Sing seguramente no podía haber sido una coincidencia. No preguntó cómo Haus había sabido de la conexión. Era el prefecto policial; era su oficio saber ese tipo de cosas. Jax simplemente no había esperado que lo supiera. Aparentemente había subestimado a Pol Haus.

—Cuando alguien así aparece en tu terreno averiguas el por qué tan rápida y silenciosamente como puedes —continuó Haus—. Supe que ella estaba rastreando a un Jedi… un joven Jedi que encajaba con tu descripción. Me cobré algunos favores, conseguí una lista de Jedi que aún no habían sido atrapados. Adivina el nombre de quién apareció allí —miró a Jax con una ceja enarcada—. ¿Querías ser *encontrado*? Porque estoy seguro que no has pasado por un montón de problemas para ocultarte.

Ahora que pensaba en ello, a Jax le parecía que había hecho un trabajo notablemente pobre por cubrir sus huellas. Se preguntó qué había adivinado Haus de cómo sus compañeros reaccionaban ante él. Recorrió con la mirada a Den, a Rhinann, a Dejah y a I-Cinco. No iba a preguntar eso ahora mismo. En lugar de eso preguntó:

—¿Vader acudió a usted directamente?

Haus bufó.

—Ponte serio. Envió a uno de sus matones —oh, discúlpame— a_ uno de sus Inquisidores a buscarme. Se aseguró de que la reunión tuviera lugar en su territorio y que quedase debidamente impresionado con sus medidas de seguridad y su autoridad.

Jax se puso tenso.

—¿Estuviste en el cuartel general de Vader? —por su mente pasaron imágenes de dispositivos de localización y seguimiento furtivo. A juzgar por la expresión en las caras de Rhinann y Den, sus pensamientos habían tomado la misma ruta. Dejah, bendita fuera,

parecía no haber percibido las siniestras implicaciones de las palabras del prefecto. Sus labios estaban separados, sus ojos brillantes, como si acabara de decirle que había ganado un premio.

I-Cinco, interpretando correctamente la preocupación de Jax, dijo:

—Está limpio. Cualquier dispositivo de localización habría activado la red sensora en la entrada del callejón.

Haus, su mirada fija en la cara de Jax, dijo:

—No os preocupéis. Soy un profesional. Volví a mi propio cuartel general y eliminé cuidadosa y completamente los dispositivos… y sí, había polizones en mi persona. Ya no están y, no, realmente no me preocupa una rata blindada lo que Vader piense de mí por quitármelos. Lo que me preocupa —añadió—, es que un usuario de la Fuerza rebelde… un verdadero usuario de la Fuerza rebelde… podría estar algo sobrexcitado por su habilidad para deshacerse de Inquisidores. Podría desarrollar un gusto por ello. Podría atacar de nuevo. Lo cual sería muy malo para todos nosotros.

Jax sintió la presencia de Kaj al otro lado de la puerta de su habitación, sintió las frías púas de su miedo repentino. Dividió su atención, enviando al joven pensamientos tranquilizadores.

—Así que —continuó Haus—, estoy seguro que no es una sorpresa, Pavan, que necesite a alguien con tu habilidad única para ayudarme a encontrar al asesino.

Las palabras de Haus cayeron en la habitación como una roca gigantesca en una corriente tranquila. La reacción de Kaj golpeó a Jax con una ola helada de terror. Aparentemente Dejah también lo sintió, pues se levantó de su asiento, sus ojos acarminados estaban muy abiertos.

—Jax… —murmuró ella, pero lo que fuera que pudiese haber dicho fue interrumpido por un fuerte ruido sordo proveniente de la habitación de al lado y el sonido inconfundible de una pelota cantarina Sontaran siendo objeto de abuso.

Pol Haus frunció el ceño, volviéndose para mirar en dirección a la puerta abierta.

—¿Tenéis más invitados?

—Oh no —dijo Dejah disculpándose—. Es mi droide whisperkit. He olvidado desactivarlo otra vez —añadió con encantadora auto-desaprobación—. Me pasa tan a menudo, realmente deberías recordarme, Jax, que no le deje jugando con sus juguetes. Iré a apagarlo.

Atravesó el cuarto hasta la puerta de Jax y desapareció en su interior. Su voy llegó hasta ellos levemente; sólo Jax captó la agitación subyacente.

—Oh, ahí estás, pobrecito. Baja de ahí. Todo está bien. ¿Te asustó esa horrible pelota cantarina?

Oyeron el tintineo suave del dispositivo de meditación Sontaran, entonces Dejah dijo:

—Buen droide. Ven con Dejah.

Tanto Den como Rhinann se habían vuelto de un ceniciento tono gris azulado y parecían a punto salirse de sus pieles respectivas. I-Cinco permanecía tan impenetrable como se suponía que debía ser un droide.

Jax sintió que la risa nacida del alivio alcanzaba su garganta. La empujó hacia abajo. Sin duda, Dejah era la única de todos ellos que podía haber entrado en ese cuarto justo entonces con la mínima oportunidad de ser derribada por el poder del chico asustado. Dejah era, en ese momento, la única en la que Kajin confiaba. Jax casi sacudió la cabeza por el desconcierto: una zeltron empática logrando lo que ni siquiera un Caballero Jedi podía.

Se volvió a Pol Haus.

—Estaba diciendo que quería nuestra ayuda para encontrar al asesino. ¿Qué pretende hacer con él si le atrapamos?

No fue la imaginación de Jax que todo el mundo en la sala contuvo su aliento.

Tras un momento de cuidadoso escrutinio, el prefecto dijo lenta y deliberadamente:

—Entregarlo a Vader no es una opción. Mató a un Inquisidor, así que claramente no es un Sith o un simpatizador. Eso significa que sus habilidades podrían ser utilizadas por los Jedi.

—Prefecto —dijo Jax quedamente—, no me consta que haya ningún otro Jedi en Coruscant —o en cualquier otra parte ya puestos.

Haus bajó su cornuda cabeza y le dirigió a Jax una mirada casi astuta desde el rabillo del ojo.

—Se de buena tinta que hay otros Jedi por la zona. No puedo decirte dónde o quién, pero estoy convencido de que están allí. Y estoy pensado que no debería perderse a un adepto tan poderoso.

Den se inclinó hacia adelante en su repisa de la ventana.

—Entonces ¿qué, le ayudaría a salir del planeta? ¿Pasar a la clandestinidad? ¿Qué? Quiero decir, Vader esperará que entregue al asesino, ¿verdad?

—Sí, así es. Por eso cuando le diga que el asesino murió mientras le perseguíamos —cayendo en el silo de materiales de un droide constructor en el espaciopuerto, digamos que muy probablemente me creerá.

Jax pestañeó y miró a los ojos dorados del prefecto. Le recorrió de nuevo con la Fuerz —cosa que estaba convencido que el zabrak sabía que estaba haciendo—y de nuevo vio los arremolinados lazos de oscuridad rodeándole. Ahora eran más tenues, menos activos, pero seguían allí.

El toque residual de Darth Vader, ¿o algo más? ¿Algo oscuro que emanaba del propio Pol Haus?

Jax sabía que el prefecto estaba pidiendo confianza, cooperación, pero también sabía las consecuencias si eso se entregaba equivocadamente. No podía correr ese riesgo, si bien Haus parecía haber desenterrado una gran cantidad de información acerca de sus actividades… al menos hasta donde le concernían a Aurra Sing.

¿Sabía esas cosas, o simplemente estaba suponiendo, esperando que Jax revelara más?

—Entenderá si me muestro reticente a colaborar —dijo Jax—. Está hablando de un Jedi potencial, y sólo tengo su palabra de que no le desea a esta persona ningún daño.

El zabrak asintió.

—Sí, aunque tal vez podría conseguir la palabra de otra persona. Alguien en quien confías. Y además, he mostrado que no te deseo ningún mal, Jedi. Hace ya algún tiempo que sospechaba que eras algo más de lo que aparentabas. Podría haber ido corriendo a Vader y haberle dicho, Hey, échale un ojo a este grupo. Tienen conexiones en sus conexiones, y su líder parece aterrizar siempre de pie sin importar quién trata de derribarlo. No lo he hecho.

—Tal vez porque somos demasiado valiosos para usted —sugirió Den—. Hasta ahora, de todas formas. Ahora usted tiene la oportunidad de tal vez parecer un gran héroe ante Su Oscura Señoría. Y tal vez si le ayudamos a encontrar a esta… esta persona, se la entregará a Vader, imaginando que no hay nada que podamos hacer sin poner nuestras propias vidas en peligro. Y si *no* le ayudamos a encontrarle, tal vez entregue a Jax en su lugar.

Ese pensamiento también se le había ocurrido a Jax y le había llenado de un temor asfixiante. Tener que dejar Coruscant, huir de todo lo que quería lograr, de la oportunidad de descubrir la verdad sobre la muerte de su padre…

—Oh, no creo que Pol Haus hiciese algo tan innoble.

Todas las miradas se volvieron hacia donde se encontraba Dejah Duare, de pie en la puerta de la habitación de Jax, brillando como una roja puesta de sol. Ella volví al área de los asientos, pasando tan cerca del prefecto su translúcido vestido rozó su deshonrosa gabardina.

—Como él mismo ha señalado —continuó ella—, ha tenido motivos para sospechar de nuestra situación durante algún tiempo y no ha hecho nada. El plan que sugiere incluso podría satisfacer a Darth Vader y podría hacer mucho menos probable que fuésemos descubiertos. Creo que deberíamos considerar su oferta de empleo.

—Dejah Duare tiene toda la razón —dijo Haus, sonriendo torcidamente—. No tengo motivos para querer desbandar este grupo o cortar mis lazos con él. Obtenéis resultados que mis fuerzas no pueden. Además, si fuera a traicionar al asesino de Inquisidores ante Darth Vader, vosotros simplemente intentaríais rescatarle. Con el debido respeto, ponéis en peligro vuestras vidas todos los días del año. Vuestras vidas están corriendo peligro en este preciso momento. Hay cosas moviéndose allí afuera en la oscuridad —añadió, barriendo con un amplio gesto hacia la ciudad reflejada tras la ventana de Den—. Lo sabéis tan bien como yo. Y algunas de ellas os están buscando.

—Qué amable por su parte el recordárnoslo —dijo I-Cinco, hablando por primera vez. El sonido de su voz hizo que Den se sobresaltara visiblemente y casi pierde el equilibrio sobre su repisa.

El prefecto zabrak se rió.

—He tenido oportunidades de ayudarlas a encontraros. No lo he hecho. No lo haré. Es decisión vuestra creerlo o no.

Jax miró a Dejah. Ella podía sentir el subtexto emocional del mensaje de Haus; ¿qué pensaba ella? Ella le dirigió la más leve inclinación de cabeza, el mínimo destello de una sonrisa.

—De acuerdo —dijo Jax—. Le ayudaremos a encontrar a su usuario de la Fuerza. Pero si es tan poderoso como Vader dice que es, entonces puede que sea imposible de encontrar… a menos que quiera ser encontrado.

El oyente oculto en la habitación de Jax se enroscaba y desenroscaba, todavía balanceándose al borde del terror.

—Entendido —el prefecto dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta principal, la entrevista de trabajo aparentemente había finalizado.

Jax se movió con él, uno al lado del otro, hacia la puerta y le acompañó hasta el vestíbulo.

—Dígame, Prefecto —le dijo—, ¿qué parte de las reacciones de mis compañeros le sugirió que era un Jedi?

Pol Haus se volvió para mirarle, con una sonrisa casi irónica en sus labios.

—Eres el más joven de ellos, pero todos te miran buscando guía. Hasta la Paladín Gris lo hacía cuando estaba aquí. Se hace una pregunta y todos miran a tu cara como si la respuesta estuviera allí. Y aunque también eres el más tranquilo, el menos hablador —lanzó una mirada a través de la puerta— eres el que tomas y expones las decisiones. No puedo pensar en nadie de tu edad al que se le concediera ese respeto si él o ella no fuera un Jedi.

—Oh —dijo Jax, mostrando algo de la elocuencia por la cual no era afamado—. Ya veo.

—Yo también. Pero relájate. La mayoría de la gente no nota cosas así. Sólo los ávidos estudiantes de naturaleza sensible como yo.

Le dedicó un torpe medio saludo con una mano y se volvió para marcharse.

—¿La palabra de quién?

—¿Qué? —el prefecto detuvo su modo de andar desmadejado y se giró para mirar a Jax por encima de su hombro.

—¿La palabra de quién nos daría en la que pudiésemos confiar?

—Bueno, eso sería prometer lo que puede que no sea capaz de entregar. O podría estar revelando una importante fuente de información. O podría estar traicionando a un amigo. O todo o nada de lo anterior. Haz que tu droide se conecte a la Red dentro de una hora. Os enviaré lo que tengo sobre el asesinato obtenido de las sondas de Seguridad Imperial.

Jax asintió, entonces observó como el prefecto policial se alejaba por el pasillo, aparentando nada de lo que era. Hubo un tiempo en el que Jax Pavan había considerado a Pol Haus como un desorganizado y fácilmente aturdido funcionario Imperial. Ahora no estaba convencido de qué pensar de él.

CAPÍTULO NUEVE

—Se ha ido —dijo Jax mientras regresaba a la sala de estar—. Está bien, Kaj, puedes salir.

Un momento después el chico apareció, viéndose altamente asustado.

Jax le sonrió reconfortantemente.

—Parece que podríamos tener otro aliado.

—Yo refrenaría el juicio sobre ello —aconsejó Rhinann—. Nunca se es demasiado precavido.

—En realidad sí —dijo I-Cinco—. Y puedes perder oportunidades de ese modo.

Observando todavía a Kaj a través de la Fuerza, Jax dirigió su atención objetiva al droide.

—¿Y esto es una oportunidad o un riesgo?

—¿No son las dos caras de la misma moneda? La oportunidad raras veces llega sin riesgos.

—Oh, ya vale, Cinco —dijo Den—. Suenas como un droide adivino de feria. Oportunidad, los pliegues faciales de mi tía Freema. Todo esto es… es una persona más… una persona más con vínculos con Su Malignidad… que sabe que Jax es un Jedi. No le veo un lado positivo a ello. Creo que deberíamos reubicarnos inmediatamente.

—Ah. En alguna parte que no esté en este planeta, asumo.

—Estoy dispuesto a alcanzar un compromiso. Consideraré el mismo sector galáctico.

—¿Pero dónde iría *yo*? —preguntó Kajin. Revoloteaba en el borde del área de los asientos, la escultura de luz le bañaba con suaves matices.

—Nadie va a ningún lado —dijo Jax.

Den le miró fijamente.

—Haus podría estar de camino a Vader en este preciso instante.

—Den —dijo I-Cinco—, estás mostrando todos los síntomas de la paranoia rampante.

—¿Sabes la diferencia entre la paranoia y la preocupación realista? Respirar. Según lo veo yo —dijo Den—, Haus tiene poco que perder vendiéndonos a Vader y mucho que ganar en cuanto a prestigio. No confío en él.

Detrás de Jax, Kaj emitió un gemido enfermizo y, para gran asombro de Jax, desapareció completamente de su radar de Fuerza. Alarmado, el Jedi se dio la vuelta justo cuando el chico se dejaba caer en una adaptosilla, volviendo simultáneamente a aparecer a la vista, por así decirlo.

¿Acababa de desconectarse Kaj de la Fuerza? ¿Podría hacerlo a voluntad? Por su actitud parecía ignorar lo que acababa de ocurrir. Aun así, las implicaciones eran impresionantes. Jax abrió la boca para decir algo, pero Dejah se había enzarzado en una discusión con Den.

—Eso es porque no puedes sentirle, Den. No como Jax y yo podemos. ¿Verdad, Jax?

—Yo… —Jax apartó su atención de Kajin, quien continuaba pensativo—. Lo que siento de Haus es… anómalo. Tiene algunos lazos oscuros de Fuerza a su alrededor, pero

no parecen conectados con Vader, o con cualquier otro, lo que es inusual. Hay una agitación subyacente allí, sin embargo. Mi percepción es que está más perturbado por Vader que lo que quiere admitir.

—Bueno, yo no siento nada anómalo —dijo Dejah—. No siento ninguna emoción engañosa en absoluto.

—No obtienes tus impresiones psíquicas a través de la Fuerza —señaló Rhinann.

—Lo que me lleva a confiar más en ellas.

Un momento de silencio algo incómodo le siguió a esto.

Entonces Jax dijo:

—Antes, cuando estaba haciéndose el detective torpe, ¿te diste cuenta de que eso es lo que estaba haciendo? ¿Sentiste entonces el engaño?

Dejah le miró sorprendida. Él se sintió repentinamente contrito y casi se disculpó en voz alta.

—No sentí malicia —contestó ella.

—Pero tampoco te diste cuenta de que estaba encubriendo su verdadera naturaleza —dijo I-Cinco.

La cólera brilló brevemente en los ojos de la zeltron.

—Sentí que no estaba escondiendo hostilidad —repitió ella.

—¿Por qué asumirías que alguien que pretende hacernos daño debe sentir necesariamente hostilidad hacia nosotros? —preguntó el droide—. A menudo los seres se hieren unos a otros por razones diferentes al impulso emocional. Algunas de las mayores atrocidades de la historia han sido orquestadas con total desapasionamiento. La aniquilación del planeta natal caamasi por parte del Emperador, por ejemplo, o, para ponerlo en un nivel más personal, la traición de Tuden Sal al padre de Jax. En este último caso, Sal ciertamente no sentía malicia. Si hubieras asistido al último encuentro que Lorn y yo tuvimos con él, muy probablemente habrías llegado a la misma conclusión: no estábamos en peligro, porque Sal no era hostil hacia nosotros.

—¿Qué hay de ti, I-Cinco? —le preguntó Jax al droide—. Eres un experto en lenguaje corporal humanoide. ¿Crees que Pol Haus es una amenaza tan grande como para que debamos dejar Coruscant?

—Creo que podríamos querer reubicarnos en cualquier otra parte en la ciudad, quizá manteniendo este lugar como fachada. Pero no tanto porque desconfíe de Pol Haus como porque confío en que Vader es hipervigilante. También creo que si Pol Haus es nuestro enemigo, tiene el potencial de ser uno malo, porque con toda seguridad tendrá vigiladas todas las vías habituales de escape, si no ya cerradas. Probablemente, salir del planeta de forma limpia no es una opción realista a estas alturas.

Jax volvió a sentir como se erizaban las emociones de Kaj. Entonces desapareció de nuevo. Jax se giró para mirarle.

—¿Qué estás haciendo?

El niño, visible en la fuerza una vez más, se detuvo mientras se levantaba de la silla. La luz líquida de la escultura salpicaba su cara.

—Sólo estaba —empezó, pero Jax le cortó.

—No, quiero decir ¿cómo te has escudado de la Fuerza ahora mismo?

El niño tragó saliva, obviamente confuso.

—Yo… yo no he hecho nada.

—Dos veces en los últimos minutos has desaparecido virtualmente de la vista a través de la Fuerza. ¿Está seguro de que no has hecho que eso ocurriera?

—No he hecho nada —repitió Kaj, con una nota de malhumor deslizándose en su voz.

—No conscientemente, quizá —dijo I-Cinco, observando al joven prodigio de la Fuerza con obvio interés—. Pero podría ser una parte involuntaria de tu respuesta de luchar-o-escapar. ¿Qué estabas sintiendo ahora mismo?

—Miedo. Estaba sintiendo miedo. Nervios. No quiero dejar Coruscant. Mis padres dijeron que intentarían venir aquí a buscarme. Si me marcho…

—¿Miedo? —Jax miró al droide—. ¿Estás sugiriendo que desaparece cuando su miedo alcanza proporciones de pánico? Nunca escuché de ningún sensible a la Fuerza que pudiera hacer eso. Además, cuando se enfrentó al Inquisidor no desapareció. Peleó. Usó la Fuerza para luchar, no para esconderse.

I-Cinco se volvió hacia el chico.

—Llevas algún tiempo evitando a los Inquisidores. ¿Estás seguro de que no es algún truco que usas —algo que incluso puede parecerte un hábito— que te permite esconderte de ellos? ¿Algo que te ha permitido escapar de ellos?

—He escapado de ellos sabiendo dónde están y usando la Fuerza tan poco como es posible cuando están cerca.

Jax e I-Cinco intercambiaron miradas.

—¿Quieres decir que has aprendido a leer la firma del taozin? —preguntó Jax—. ¿El campo de amortiguación? En otras palabras, ¿sabes dónde están sintiendo dónde no?

—¿Eso es lo que es? —Kaj se encogió de hombros, aparentemente relajándose un poco. Le dirigió una sonrisa tímida a Dejah, que continuaba revoloteando al fondo—. Siento como si fueran ondas. Como pequeñas salpicaduras extrañas de agua fluyendo alrededor de una roca —miró directamente a la escultura de luz e inspiró profundamente—. ¿Sabes?, mirar esto es relajante. Tal vez podría usarlo para meditar.

Dio un paso hacia la obra de arte de Ves Volette… y desapareció por tercera vez.

—¿Qué ocurre? —preguntó I-Cinco, y Jax se dio cuenta de que estaba mirando fijamente al niño de nuevo.

—Acaba de desaparecer, ¿verdad? —preguntó Dejah, su voz un susurro—. No puedes sentir la Fuerza que sale de él mientras está tan cerca de la escultura.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo también le perdí telepáticamente. O algo así. Está… mudo. Gris.

—¿Estoy gris? —Kaj se miró los brazos como si esperara verse en blanco y negro.

Jax sintió una creciente oleada de excitación a través de él.

—Kaj, aléjate de la escultura de luz.

—¿Eh?

Llamó al niño con un gesto. Kaj parecía desconcertado pero hizo lo que le pedía. Reapareció en la Fuerza tan pronto como se hubo alejado de la luz medio metro.

—¿Dejah? —murmuró Jax.

Ella asintió solemnemente.

—Ha vuelto. Vívidamente.

Jax le hizo una seña a Kaj.

—Ahora colócate detrás.

Kaj obedeció, moviéndose detrás de la escultura de luz a una distancia de un metro. Sus hilos de Fuerza se quebraron como hebras de sintoseda del grosor de un cabello. Con sus ojos, Jax podía verle vagamente a través del despliegue cinético, pero no podía verle en absoluto con la Fuerza.

—Aléjate de la escultura —le dijo a Kaj—. Muévete hacia la pared.

El niño lo hizo, y permaneció oculto a la Fuerza.

—Increíble —murmuró Dejah—. No tenía ni idea que las esculturas de luz de Ves poseyeran esta propiedad.

Con el ceño fruncido, ella se movió lentamente alrededor del despliegue, deteniéndose sólo cuando estuvo junto a Kaj, en frente de Jax. Entonces miró fijamente al Jedi a través del patrón de luces en movimiento.

—No puedo sentirte —murmuró ella, entonces recorrió con la mirada de Den a Rhinann—. A ninguno de vosotros. —La idea pareció perturbarla. Rodeándose con los brazos, dejó la habitación sin una palabra más.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Den.

—Quizá —dijo Rhinann—, uno de nosotros debería averiguarlo. Ella parecía… infeliz. Iré yo —añadió, antes de que ninguno pudiera responder, entonces fue detrás de Dejah con una celeridad que fue no menos sorprendente que el propio gesto.

Para mayor asombro, Jax podía jurar que Den también había dado un paso en la dirección de Dejah. Él no tenía tiempo para pensar a la reacción peculiar de la mujer zeltron a su descubrimiento, sin embargo. Las implicaciones globales de ello en relación con su situación actual eran demasiado importantes.

Jax, I-Cinco, y Kaj se reunieron alrededor del undulante despliegue de luz colorida. Un momento después Den se unió, y todos ellos se quedaron mirando el objeto como una bandada de patrocinadores de una sala de arte mirando estúpidamente la exposición más nueva.

—¿Alguna teoría, I-Cinco? —le preguntó Jax al droide—. ¿Alguna idea de cómo o por qué las esculturas de luz podrían causar esta clase de efecto amortiguador?

—El propio despliegue usa una combinación de electro y bioluminiscencia, así que supongo que hay una posibilidad de que en cierta forma podría distorsionar las energías cinéticas de las entidades biológicas. Pero creo que más probablemente es la fuente de energía. La escultura de luz crea un campo de cohesión capaz de moldear luz con la forma deseada usando un cristal de sable láser. Quizá moldea algo más que luz.

Jax miró fijamente al droide.

—¿Estás diciendo que la Fuerza podría no estar siendo bloqueada, sino desviada hacia alguna otra parte?

—Posiblemente, pero no necesariamente. Sugeriría, dados los retos inherentes a entrenar a tu Padawan, que podrías desear realizar algunos experimentos simples. Todavía hay al menos media docena de estas esculturas en el estudio de Ves Volette. Sería interesante saber si todas ellas crean el mismo efecto, y si amortiguan fuerzas telequineticas y otras fuerzas psiónicas… o, como tu sospechas, las desvía hacia alguna otra parte.

—Lo que me pregunto —dijo Jax—, es qué pasaría si un usuario de la Fuerza estuviera rodeado de ellas. ¿Harían una pared efectiva?

—¿Una vallado de redistribución? —propuso I-Cinco—. ¿Algo como una jaula EM?

—¿Una qué? —quiso saber Den.

—Una jaula electromagnética es un recinto revestido con metal conductor diseñado para bloquear diversas frecuencias de radiación —explicó I-Cinco—. Es extremadamente versátil y se ha usado durante milenios. Lo que Jax está postulando es esencialmente el mismo concepto, aplicado a la Fuerza.

—Es difícil de creer que alguien no haya tropezado ya con un concepto tan básico —dijo Jax.

—En realidad no. Durante siglos los únicos realmente interesados en la Fuerza fueron los Jedi, y su I+D era mucho más esotérica y teórica que práctica. Su énfasis estuvo siempre en formas de aumentar la Fuerza, en vez de restringirla —el droide miró de cerca la estructura de luz—. Sin duda tendremos que alterar la frecuencia para obtener resultados óptimos.

Jax miró hacia la puerta cerrada de la habitación de Dejah.

—No sin su permiso. Ella ama esas esculturas. Son todo lo que le queda de Ves Volette.

—Naturalmente, conseguiríamos su permiso —concedió I-Cinco—. Pero no puedo imaginar que no lo concediese. Ella ha sido, después de todo, una proponente franca de que sigas un régimen serio de adiestramiento con Kajin.

—¿Realmente piensas que un escudo de estas cosas funcionaría? —preguntó el niño, mirando fijamente el juego de luces.

—Sólo hay una forma de averiguarlo —dijo Jax, volviéndose hacia la habitación de Dejah.

I-Cinco puso una mano plateada sobre su hombro.

—Creo que quizá deberías esperar a que Rhinann haya tenido la posibilidad de descubrir lo que la incómoda.

Jax sintió una punzada de remordimiento. Había estado tan absorto en su descubrimiento que no había considerado la aparente incomodidad de Dejah con él. Debería haber ido tras ella, supuso, pero esto… le dio a la escultura de luz otra mirada valorativa. Ésta podría ser la solución perfecta a su dilema actual.

Se preguntó cómo le estaría yendo al elomin en su intento por confortar a la zeltron. Había pensado que Rhinann era completamente inmune al delicado tirón emocional de Dejah. Aparentemente había estado equivocado.

* * *

—Dejah, ¿estás indispuesta? —Rhinann estaba de pie en el umbral del cuarto de la zeltron y la miraba.

Ella había ido inmediatamente a sentarse en un asiento junto a una ventana falsa, mirando fijamente una imagen proyectada del difunto planeta natal de su antiguo amante, Caamas. El Imperio casi había provocado la extinción de los elegantes y amables caamasi, recordó Rhinann. Sólo un puñado de aquellos que vivían en el planeta, y los emigrantes en otros mundos, habían sobrevivido al azote.

—Escondiéndose —dijo ella suavemente—. Ves estaba escondiéndose de mí, Rhinann. Se había rodeado de objetos detrás de los cuales podía esconderse de mí emocionalmente —contenerse ante mí— cuando lo deseara.

—Quizá no era consciente de ello —dijo Rhinann. Se sentía insoportablemente incómodo… la única especie que encontraba hablar de las emociones más anatema que los elomin eran los givin.

Ella sacudió la cabeza.

—No, él lo sabía. Debía de saberlo, para haberlo usado tan cuidadosamente que nunca sospeché nada. Si fuera un efecto aleatorio, habría desaparecido emocionalmente en momentos aleatorios, no… meramente cuando quería. No meramente *cómo* quería —ella pareció luchar un momento con la idea, entonces añadió—, pensaba que era parte de sus sentimientos y pensamientos privados, el reflejo directo de su alma. Pero sólo me estaba dejando percibir un eco mudo.

—Oh, seguramente no habría sido tan cruel.

—No estaba siendo cruel —ella le contempló con los ojos llenos de lágrimas—. Sólo estaba siendo reservado, independiente. Es demasiado esperar que un no-zeltron sea tan… tan público como nosotros. Él sólo quería guardar algo de sí mismo… para sí mismo. Y entonces murió, rodeado de su barrera de luz. Siempre me ha molestado que no sintiera ni siquiera un poco de miedo o de dolor proveniente de él ese día, y ahora entiendo por qué. Incluso el día que su mundo murió… —se llevó una mano a la boca.

—Dudo que hubieses querido sentir eso, querida —dijo Rhinann, intentando dar una impresión familiar—. Tu especie no es conocida por su tolerancia a las emociones negativas.

—No, y ahora mismo me estoy sintiendo… traicionada. Sé que no debería. Sé que era simplemente su forma de retener un sentido de privacidad, pero…

—Considera la bondad de tu amigo al evitarte todo el embate de su pena —sugirió Rhinann—. Quizá eso apaciguará tus sentimientos de traición.

Ella sonrió torcidamente y se limpió la nariz en la manga de su vestido… un gesto que Rhinann encontró extrañamente encantador, dada su aversión habitual por tales cosas.

—¿Que mire el lado positivo, Rhinann? —murmuró ella—. Un sentimiento extraño, viniendo de ti.

Sí, lo era, desde luego. Se refrenó, dándose cuenta de lo que estaba ocurriendo. En su estado agitado, Dejah Duare estaba indudablemente bombeando más feromonas a la atmósfera de lo normal, tantas que algunas de ellas estaban atravesando su inmunidad natural. Se sacudió a sí mismo. No debía distraerse de su objetivo.

—Querida —dijo él, reteniendo el afecto porque lo consideró útil—, ¿estás pensando que Jax Pavan también podría usar esta tecnología para esconderse de ti, como tú has dicho?

Ella pestañeó, sus ojos centelleando por las lágrimas.

—Eso… eso… Ahora que lo mencionas, *sí*, él ciertamente podría hacerlo. Él tiene la Fuerza para esconderse, por supuesto.

Su boca se curvó hacia arriba en las esquinas y sus ojos se deshicieron del duelo como si fuera una película transitoria, que se desecha con un guiño.

—Pero eso es totalmente diferente. La Fuerza, incluso utilizada para filtrar o bloquear, tiene interesantes… texturas. En ciertos aspectos es más satisfactoria al tacto que las emociones que encubre.

Rhinann estaba intrigado y molesto simultáneamente. Esta telépata hedonista claramente tenía un recuento de midiclorianos más alto que él. Si no poseía una capacidad de manipulación de la Fuerza, claramente podía sentirla.

—¿Texturas? —repitió él—. Qué interesante.

—Oh, más que interesante —ella colocó las rodillas bajo la barbilla y las abrazó. El gesto fue a la vez infantil y seductivo. O lo habría sido, si el elomin fuera capaz de ser seducido.

—Incluso cuando Jax se envuelve en la Fuerza como con una cortina —continuó ella—, es una cortina de sorprendente profundidad y matiz. Como… un baño caliente, como arena calentada por el sol bajo tus pies, como hierba de la mañana al primer toque de sol, o… —Ella alzó la vista, percibió la mirada en la cara de Rhinann, y se rió—. No le hago justicia y tú me consideras sobre-imaginativa y sobre-emocional.

—No, querida, por supuesto que no… —él pensaba esas cosas, pero eran cosas potencialmente útiles, así que trató de no prescindir de ellas—. Meramente me estaba preguntando cómo percibirías los efectos del extracto de bota si Jax lo usase.

—¿El qué?

Rhinann miró fijamente a los ojos de la zeltron. ¿Táctica o perplejidad honesta? No distinguir cuál.

—El bota. El extracto vegetal que una vez se consideró una panacea…

—Sí, sé lo que es el bota —o era. Es sólo una mala hierba en su estado actual, ¿verdad? Mutó o algo. Hace años.

—Lo hizo. Pero estaba hablando de su habilidad para aumentar el uso de la Fuerza. Pensé que tal vez sabrías sobre ello —estando, como lo estás, tan cerca de Jax.

Ella sacudió la cabeza, sus cejas color burdeos se unieron por encima de sus ojos.

—¿*Aumenta* la Fuerza? ¿De qué estás hablando? Jax nunca me ha mencionado nada sobre tal cosa.

—Ah. Qué extraño. Según el droide, una Jedi llamada Barriss Offee descubrió por casualidad que una inyección de bota amplificaba o expandía la percepción y la habilidad de un Jedi con la Fuerza exponencialmente. Mientras estuvieron juntos en Drongar, ella le dio un vial de extracto a I-5YQ para que lo llevara al templo Jedi. Para cuando llegó, por supuesto, la Orden Sesenta y seis había sido implementada.

—¿Así que I-Cinco lo tiene? ¿Y Jax lo sabe?

—Asumo que uno de ellos lo tiene. Aunque podría estar equivocado. El droide podría habérselo dado a otra persona, o podría haberlo escondido en alguna parte —Rhinann se encogió de hombros como si la localización del bota no fuera de ningún interés para él—. No tengo ni idea.

—¿Pero por qué no lo ha usado Jax? Si amplifica la Fuerza como tú dices, ¿no podría volverle lo suficientemente poderoso… —hizo una pausa, aspiró profundamente, entonces continuó con voz más baja—, para destruir al Emperador?

Rhinann no era actor, pero puso cada gramo de habilidad actoral que poseía detrás de sus siguientes palabras.

—Sí que podría. Quizá el droide no es el mejor candidato para asesino, después de todo.

—¿Entonces por qué no ha cogido Jax el bota?

Contemplando la cara ávida de la mujer zeltron, Haninum Tyk Rhinann tuvo una epifanía: si algo está perdido, cuanta más gente lo busque, mejor.

Frunció el ceño y se golpeó ligeramente los delgados labios con la punta plana de un dedo.

—Quizá porque no sabe dónde está. Comienzo a sospechar que el droide aún no se lo ha dado. Que quizá lo ha escondido.

—¿Por qué haría eso?

Rhinann se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Si fuera un droide normal, la respuesta tendría que ser porque alguien le dio instrucciones de hacerlo. Pero I-Cinco no es un droide normal, así que eso nos deja con un montón de posibilidades. Quizá quiere ser el héroe, en lugar de Jax. Quizá desea cobrarse venganza del Emperador y Darth Vader por sí mismo.

Dejah se vio pensativa.

—No. Él no es así. Más probablemente está tratando de proteger a Jax.

Finje inocencia, se instruyó Rhinann a sí mismo. *Proyecta candor*. Eso, junto con su inmunidad natural a las artimañas de la zeltron, parecía estar dando resultado.

—¿Protegerle de qué?

—De convertirse en una herramienta de venganza. Hacer eso sería rendirse al lado oscuro, ¿verdad? O puede que tema los efectos secundarios. *¿Hay* efectos secundarios? —ella le miró de reojo.

—No lo sé —dijo él, irritado por el desvío—. Sólo sé —o entiendo de lo poco que he descubierto que el extracto haría al Jedi que lo tomase… bien, casi un dios en poder y habilidades.

—¿Pero por cuánto tiempo? —murmuró ella, sus ojos yendo a la vista estática del mundo muerto proyectado en el nicho por encima de su asiento «ventana»—. ¿Y a qué precio?

—¿Precio? —repitió Rhinann.

Ella le dedicó una mirada astuta desde debajo de sus largas pestañas rojo-sangre.

—Todo tiene un precio, Rhinann. Todo —sus ojos regresaron a la imagen del mundo que ya no existía—. Es todo cuestión de compensaciones. De saber lo que valen las cosas.

—Diferentes cosas varían de valor para diferentes personas —observó él neutralmente.

—Sí —murmuró Dejah—. Así es —alargó la mano y tocó ligeramente un pequeño panel táctil junto al nicho de la imagen. El paisaje de la una vez frondosa superficie de Caamas desapareció, para ser reemplazado por el panorama de una jungla en la que el color dominante era el rojo. Rhinann asumió que era una imagen del mundo natal de Dejah, Zeltros. Sentada ante el paisaje, ella casi desapareció completamente.

Ella volvió su mirada hacia Rhinann.

—¿Crees que I-Cinco está equivocado al mantener el bota alejado de Jax —si eso es lo que está haciendo?

—¿Equivocado? —Rhinann extendió una delgada mano arácnida sobre su corazón—. No puedo juzgar lo correcto o incorrecto de la situación, querida. Sólo sé que existe como una posibilidad. Y por lo que respecta a lo que está haciendo el droide, mira las evidencias: Jax sólo quiere destruir al Emperador y a Darth Vader y restaurar no sólo los Jedi, sino las fortunas de la República. El bota podría darle los medios para hacerlo, pero él no lo ha usado, o siquiera *propuesto* que lo usará. La única razón lógica que se me ocurre es que el droide se lo ha escondido. Si el droide fuera una forma de vida biológica, Jax podría influenciar su manera de pensar. Pero no lo es, y sigue las órdenes pobremente o no las sigue en absoluto. Por consiguiente, es impenetrable incluso para Jax.

—Pero no detecto tensión entre Jax e I-Cinco —observó Dejah—. Al menos, Jax no parece tener ningún sentimiento negativo hacia el droide.

—Quizá porque nuestro amigo mecánico ha hecho un buen trabajo convenciéndole de que conservar el bota es lo mejor. I-Cinco puede ser realmente persuasivo cuando surge la necesidad. Después de todo, es —o era— una unidad de protocolo.

Dejah se encogió de hombros.

—Quizá está en lo cierto. Quizá es lo mejor.

La sonrisa de Rhinann fue tan quebradiza, que temió que pudiera agrietar sus labios.

—Estoy seguro de eso, Dejah —dijo él—. Después de todo, ¿quién conoce al Jedi mejor que I-Cinco?

Dejah Duare meramente sonrió.

—Caray, mira qué hora es —dijo Rhinann mirando su crono. Se fue rápidamente, con la excusa de que estaba esperando una descarga de datos de uno de los enlaces de inteligencia Imperial que estaba monitorizando, y se fue dudando de qué había conseguido, si es que había conseguido algo. Claramente Dejah Duare no había sabido nada sobre el bota hasta que él lo había mencionado. ¿Había alimentado esa mención un sentimiento más profundo de traición? ¿La había intrigado? ¿Divertido? ¿Asustado?

Dejó de deambular mentalmente. ¿Quién sabía lo que haría una criatura como esa? Ella era, como Pavan estaba a punto de comprobar, una zeltron atípica. En algunas formas eso la volvía tan difícil de leer —y tan frustrante— como el guardián metálico de Pavan. Resopló, entonces dio un respingo. Sus colmillos nasales estaban vibrando tanto últimamente de suspirar que la carne de anclaje estaba irritándose.

* * *

—El prefecto se quitó nuestros dispositivos de localización pocos minutos después de regresar a su cuartel general.

La mano enguantada de Darth Vader se movió en un gesto despectivo.

—Eso era de esperar.

—Entonces es un traidor. Ha escogido su bando.

—¿De veras? —el Señor Oscuro se dio la vuelta, y Probus Tesla vio su reflejo deformado en las curvadas superficies negras de los paneles ópticos del Señor Oscuro. Su imagen estaba distorsionada, pero las marcas de su roce con la muerte eran claramente visibles en su cara, a pesar de las horas pasadas en un tanque de bacta. No importaba. Las cicatrices servirían a su propósito: le recordarían que el orgullo desmedido era un fallo que no podía permitirse y que las suposiciones falsas basadas en el orgullo desmedido podían ser mortales. No olvidaría esa dura lección.

—O —continuó Vader—, ¿simplemente está siendo un oficial prudente y cuidadoso de la prefectura? ¿Crees que aquellos a los que buscamos no comprobarán si lleva dispositivos de localización? Si los encontrasen, Pol Haus se volvería inútil para nosotros. Nunca confiarían en él.

—Entonces todavía no sabemos de qué lado está.

—No.

—¿Cómo lo sabremos?

—Si continúa evadiendo nuestros intentos de rastrearle, sabremos que es el hombre de Thi Xon Yimmon. Pero si un día se muestra menos vigilante en tales cosas…

Tesla sonrió. El gesto le hizo daño, tirando de la nueva carne en su cara apenas sanada. El dolor, como las cicatrices, también era bueno. Fue un recordatorio de su meta personal: con o sin la ayuda del Prefecto Pol Haus, encontraría al prodigio de la Fuerza

que le había hecho eso —fuera un Jedi o no— y se lo llevaría como premio a su maestro, o le destruiría completamente.

CAPÍTULO DIEZ

—No lo comprenderlo —dijo Den—. ¿Por qué me preguntas esto a *mí*?

—Obviamente —contestó Rhinann, su cara, su postura, toda su *persona* decía que pensaba que la pregunta era idiota—, porque pensé que tal vez lo sabías.

Den hizo un gesto al icono virtual de ENVIAR en la holoproyección y observó como su mensaje para Eyar Marath remontaba el vuelo sobre alas de… bueno, lo que fuera que esos mensajes utilizaran para remontar el vuelo.

—No sé —dijo—. Supongo que asumí que I-Cinco lo tenía o había hecho lo que fuera que creyese apropiado con ello. Puede que se lo diese a Jax.

—Dudoso.

—¿Por qué dudoso?

Rhinann se encogió de hombros.

—Jax no ha dicho nada sobre ello. Y obviamente no lo ha utilizado.

—Bueno, sí. Creo que lo sabríamos si lo hubiese hecho… considerando lo que se supone que hace. Pero no lo utilizaría sin advertirnos previamente.

—¿Qué te hace decir eso?

Den le dedicó al elomin una mirada desdeñosa.

—Conozco a Jax Pavan —se levantó de su puesto de trabajo—. Acabo de recordar que es mi turno de hacer la compra. Tengo que salir corriendo. Te veré más tarde.

—Debes darte cuenta de lo que podría ocurrir si esa sustancia llegara a caer en las manos equivocadas.

Las palabras hicieron que Den se diera media vuelta en la puerta del estudio.

—Sí, Rhinann. No soy un completo idiota. Lo entiendo. Pero francamente, no hay muchas cosas que pueda hacer al respecto… aparte de intentar disuadir a mi buen amigo el droide de hacer algo abismalmente peligroso.

—¿Así que ni siquiera sientes curiosidad?

Den negó con la cabeza.

—No. Nada de nada.

—Extraño estado de ánimo para un *periodista,* ¿no crees?

El calor ascendió por la parte trasera del cuello de Den y alrededor de los bordes de sus orejas.

—Ey, eso fue un golpe bajo.

—Sólo quería decir…

—Sólo querías decir que no crees que quede mucho de periodista en mí. Bien, puede que no. Y puede que no quiera serlo nunca más. *Oh,* esa sí *que fue una respuesta adulta*.

Los ojos de Rhinann se estrecharon.

—Lo tienes *tú,* ¿verdad? —murmuró él—. Tienes el bota.

—Y tú tienes flojo un chip de cordura, tipo grande. No hay forma de que I-Cinco me confiase eso.

—Tonterías. No se me ocurre nadie en el que confíe más.

Den sacudió la cabeza.

—Bueno, entonces has estado tomando especia de sueños, Rhinann. Porque yo no lo tengo, y no me importa en absoluto quién lo tiene.

El elomin no intentó detenerle de nuevo. Den salió del apartamento y descendió varios niveles hasta un pequeño café en los alrededores del Ploughtekal que frecuentaba. Allí pidió un caf caliente y un bollito horneado relleno de verduras y carne —la procedencia de la cual era más sabio no preguntar— y se sentó en una mesa metálica bajo un dosel cubierto de plantas que no eran más reales que la carne del bollito.

Había terminado su almuerzo y estaba tomando su tercera taza de caf cuando se sintió observado.

Alzó la mirada nerviosamente, sus ojos se dirigieron a una figura encapuchada en una cabina al otro lado de la calle. La cabeza embozada estaba medio girada, y se vio asaltado con el miedo repentino de estar mirando a un Inquisidor. El ruido del mercado pareció aumentar repentinamente de volumen, y su cara se sentía sonrojada y caliente.

Eso es ridículo. ¿Por qué debería tener miedo los Inquisidores? No soy un Jedi.

Puede que no, dijo una voz irritada desde el fondo de su cabeza. *Pero sabes dónde vive uno.*

¿Qué debería hacer? ¿Levantarse y marcharse? ¿Pedir otra taza de caf?

La figura se dio la vuelta, mostrando un perfil atractivo, y Den se relajó aliviado. Por otra parte, podría invitarla a unirse a él. I-Cinco le había sugerido que se llevase bien con Dejah Duare. ¿Por qué no empezar ahora?

Ella le dio la espalda a la cabina, y él le hizo un gesto.

Viendo a Den sentado en el café, Dejah pareció vacilar; entonces, ante su gesto invitador, fue a sentarse frente a él.

—¿Puedo invitarte a algo? —sugirió él, sintiéndose completamente tonto.

—Está bien —dijo ella amablemente—. Un caf.

Él se levantó para pedirlo, y regresó a la mesa con una bebida humeante y una posible, aunque definitivamente poco convincente, forma de iniciar la conversación: *Oye, ¿qué te parece nuestro nuevo chico maravilla?* Colocó la taza de caf delante de Dejah, deslizándose de nuevo en su silla, y abrió la boca.

Dejah se le adelantó.

—Estoy preocupada por Jax —dijo ella.

—¿Por qué?

Dejah rodeó con sus manos la termotaza, haciendo que pareciese que el vapor salía de la punta de sus dedos, y le miró seriamente.

—Me aterroriza que I-Cinco vaya a convencer a Jax de aceptar el ridículo plan de Tuden Sal. ¿Tienes idea de lo que podría significar?

¿No he tenido ya esta conversación?, se preguntó Den. En voz alta, dijo:

—Bueno, podría poner en peligro tanto a Jax como a I-Cinco. Y a nosotros, por extensión.

Dejah tomó un sorbo de su bebida y miró a Den a través de sus pestañas, que él podría jurar que estaban alargándose por momentos.

—Sí, por extensión. Pero estaba pensando más en el propio Jax, lo que él mas valora —se inclinó hacia adelante sobre la mesa y bajó la voz hasta ser un susurro—. La continuación de los de su clase.

—Quieres decir los… —Den echó un vistazo alrededor, entonces hizo un gesto subrepticio con una mano imitando a alguien esgrimiendo un sable láser.

Ella asintió.

—¿Qué te hace pensar que aceptará? Quiero decir, hay mil razones para no hacerlo —¿no crees?

—Por supuesto. Aparte del peligro para sí mismo, está el riesgo para el Latigazo, los otros de su clase, y el niño. El hecho de que el fracaso nos esclavizaría a todos más profundamente. Y el fracaso, —añadió ella—, es el resultado más probable.

Den palideció.

—I-Cinco parece pensar que funcionaría.

—I-Cinco está pensando como una forma de vida biológica, no como un droide. Son buenos deseos. Las probabilidades en contra de que tenga éxito son astronómicas. Si sólo hubiera alguna forma de asegurar su éxito, y de la supervivencia de Jax —ella sacudió la cabeza.

—Estoy seguro de que I-Cinco tiene un plan… —dijo Den débilmente.

Ella frunció el ceño.

—Rhinann dijo lo mismo. Habló de algo llamado… um… bota —¿se dice así? Sí, bota. Dijo que volvería a Jax invencible.

Sorprendido, Den echó el caf caliente por la nariz y empezó a estornudar y a atragantarse.

—Que los espíritus del viento te bendigan —murmuró Dejah siguiendo la costumbre Zeltron, inclinando la cabeza hasta casi tocar su taza.

—Gracias —dijo Den cuando pudo hablar de nuevo. Se sonó la nariz en su manga—. ¿Rhinann te dijo eso? ¿Te habló del bota? No estaba seguro de que lo supiera.

—Sí, pobrecito. También está preocupado. Dijo que el bota es la única oportunidad real que tiene Jax de sobrevivir si I-Cinco y Sal van hasta el final con este ridículo plan. Si puede tomarlo en el momento adecuado, podría acabar con nuestro enemigo.

Den trató de no parecer estupefacto.

—¿En serio? ¿Dijo eso?

Ella asintió.

—Así que le pregunté si estaba seguro de que el bota estaba donde Jax pudiera cogerlo fácilmente, y él dijo que no lo sabía. Tenía que confiar que I-Cinco había hecho algo con ello para mantenerlo a salvo.

Den se encogió de hombros.

—Bueno, seguro que sí. Yo confío en I-Cinco, ¿tú no? —ella le atravesó con una que hizo que se le curvaran los bordes de las orejas.

Den exhaló explosivamente, sintiendo como si ella le hubiese asestado un puñetazo en el estómago.

—Entiendo. ¿Así que crees que I-Cinco no funciona con todos los propulsores a punto? Un droide delirante… ¿es eso posible?

Recordó cómo había sido asesinado el socio de Dejah, y se sintió palidecer todavía más.

—Creo que aunque I-Cinco ama a Jax Pavan —dijo ella—, ama mucho más la memoria de su padre. Recuerda, Den… I-5YQ no tiene el mismo sentido del tiempo que nosotros. Él no olvida nada… no importa cuán desagradable sea el recuerdo, o cuánto tiempo haya pasado desde que se originó. Los seres orgánicos pueden contar con el paso de los días, los meses, y los años para crear una confortable área de amortiguación que suaviza la realidad, la hace tolerable. El tiempo sana todas las heridas… excepto las de los droides. Ordinariamente, esto no sería un problema, ya que un droide no tiene lazos emocionales con el pasado. Pero una vez más, la sensibilidad de I-Cinco le hace único. La traición sufrida por Lorn Pavan está tan fresca para él hoy como lo estuvo veintitantos años atrás —o tan fresca, de cualquier forma, como lo estuvo el momento en el que recobró ese recuerdo en particular y se dio cuenta de lo que significaba.

Había lágrimas chispeando en los ojos de la zeltron mientras finalizaba. Den se dio cuenta de que sus propios ojos se habían humedecido y que su aliento casi se había detenido en su garganta. Nunca se le había ocurrido que tenía que haber habido un momento singular en el cual ese recuerdo en particular, como lo había llamado Dejah, había salido a flote para su amigo, para nunca volver a desecharlo. Ni se le había ocurrido que la única forma en la que I-Cinco era todo droide se encontraba en su capacidad para volver a revivir su pasado en perfecto y vívido detalle. Combinado con su habilidad para imaginar y teorizar como un orgánico, bien… Ni siquiera podía comenzar a imaginarse por cuánto dolor debería estar pasando I-Cinco.

Den dejó escapar un largo suspiro. I-Cinco podía no haber visto la muerte de Lorn Pavan en tiempo real, pero Den estaba dispuesto a apostar a que lo había imaginado continuamente. Y como era un droide no podía escapar de ello, ni siquiera en el sueño, ya que los droides no dormían. El único respiro era la desactivación temporal, que no era un verdadero respiro en absoluto, ya que no se perdía ningún tiempo subjetivo. I-Cinco no podía olvidar su pérdida, o ganar perspectiva a través del bálsamo de los años. Jamás. Lo que le dejaba un único curso de acción disponible.

—Crees que I-Cinco quiere vengar a Lorn Pavan.

—Si alguien destruyese a I-Cinco, o matase a Jax, ¿no contemplarías *tú* la venganza?

¿Lo haría? Le gustaba pensar que sólo contemplaría la justicia, ¿pero quién sabía? Consideró la idea y asintió.

—Sí. Sí, supongo que lo haría, en ese caso. De acuerdo, así que podríamos tener un droide vengativo entre manos. ¿Qué podemos hacer?

Dejah se encogió de hombros.

—No sé si podemos hacer algo antes del hecho; aunque supongo que podemos intentarlo.

—Puedes apostar por ello.

Impulsivamente, el sullustano extendió el brazo por encima de la mesa y puso su mano encima de la de la zeltron.

—Si nosotros dos, junto con Rhinann, mantenemos un frente unido, y si todos votamos en contra de esta idea de locos, Jax tendrá que escuchar, ¿verdad? Especialmente si tú —ya sabes— ayudas con ese *sudor* seductivo tuyo.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y le sonrió desconcertada.

—¿*Quieres* que influencie a Jax?

—En este caso, sí. Y estoy perfectamente dispuesto a admitir que es una cosa rastrera e hipócrita, pero estoy dispuesto a decirla: hazlo lo mejor que puedas. Si con eso mantenemos a Jax y a I-Cinco fuera de una profunda poodoo de ronto, estoy totalmente a favor.

Los ojos de Dejah le hicieron un guiño, y ella se rió, el sonido trinó en sus oídos antes de caer en cascada como un ronroneo seductor.

—Eres un tipo extraño, Den Dhur —le dijo ella. Entonces su tono se volvió serio de nuevo—. Supongo que hay una posibilidad de que fallemos, incluso unidos, pero… siempre quedará el bota.

Él asintió. A decir verdad, no le gustaba ni pensar en el bota… la mera palabra conjuraba recuerdos de Drongar y su tiempo transcurrido en aquel fastidioso mundo, de vívidos detalles. Los recuerdos podrían no ser tan realistas como los de I-Cinco, pero para él eran más que suficiente.

—Rhinann cree que lo tienes tú —dijo Dejah a secas.

¿Qué… ahora escuchaba a escondidas conversaciones privadas? Él no se lo preguntó; en lugar de ello echó mano de su contención habitual.

—¿Eso dijo?

Ella inclinó la cabeza. ¿Un asentimiento? ¿Un medio asentimiento? ¿Un tal vez? Den no estaba seguro. La zeltron era lo suficientemente humanoide para compartir una gran cantidad de lenguaje corporal con la mayoría de especies homínidas, pero siempre cabía la posibilidad de malinterpretar algo.

—Bueno, Rhinann se equivoca —contestó él—. No lo tengo y yo no sé quién lo tiene. Que yo sepa todavía lo tiene Cinco.

Dejah le dedicó otra mirada que curvaba orejas.

—¿Nuestro presunto asesino? Eso no parece inteligente.

—Mira, si ese bota representa lo que crees que representa… la supervivencia de los… —hizo el gesto del sable láser otra vez—, entonces I-Cinco lo esconderá donde no pueda ocurrirle ningún mal y sea lo más beneficioso… si es que no lo ha hecho ya. Nuestro trabajo es intentar disuadirlo del Plan A para que no necesite un Plan B… ¿de acuerdo?

Extendió su mano en ademán de sellar un trato comercial. Ella observó la mano solemnemente un momento, entonces colocó la suya, sellando el trato.

—De acuerdo.

Entonces se separaron, Den sacudiendo la cabeza ante la enrevesada situación. I-Cinco había sido el que le había sugerido que forjara una alianza con Dejah Duare y ahora habían forjado una… en su contra.

Muchos matices que saborear, si eres de los que te gusta la ironía, pensó.

CAPÍTULO ONCE

Había algo de culpabilidad en la preocupación de Jax por Dejah después del descubrimiento de las propiedades de amortiguación de la escultura de luz. Él había tenido la intención de hablar con ella directamente después de que Rhinann lo hiciera, pero había estado experimentando con la escultura y no se había percatado de su partida del apartamento. Cuando quedó satisfecho al comprobar que podría realizar más experimentos dejó a Kaj meditando en su habitación y fue a buscar a la zeltron, sólo para enterarse de que había salido.

—¿Todavía parecía alterada cuando salió? —le preguntó a Rhinann.

—¿Alterada? —el elomin encogió sus huesudos hombros—. Honestamente no puedo decirlo. Ya sabes cómo son los zeltron —tienden a ser volubles.

—¿Qué era lo que la incomodaba? —Jax se sentía extraño discutiendo el asunto con alguien diferente a la propia Dejah, pero Rhinann había ido a ver qué le pasaba.

Rhinann lo consideró un momento, entonces dijo:

—Bien, hasta donde puedo suponer, ella sintió un duelo renovado porque supuso que su difunto socio se había estado ocultando de ella —emocionalmente hablando, quiero decir.

—Escondiéndose detrás de sus creaciones.

—Precisamente. Esto hizo que se diera cuenta, creo yo, que la comprensión de su relación con Ves Volette era fundamentalmente defectuosa. Se sintió… apartada.

—Odio decirlo, pero eso puede hacer que se muestre más dispuesta a dejarnos a I-Cinco y a mí trastear con los mecanismos de las esculturas de luz restantes.

—A menos que ahora tema que vayas a esconderte también detrás de ellas.

Jax sonrió torcidamente.

—Yo me escondo detrás de la Fuerza. O por lo menos estoy bastante seguro de que así lo ve ella. Bien, confiaré en que se dé cuenta de que es por una bien mayor.

Rhinann meramente inclinó la cabeza y se encogió de hombros.

Jax se había dado la vuelta y se había dirigido a su habitación cuando todos los pelos de su cuerpo se erizaron. Algo estaba ocurriendo dentro de su habitación… algo tan anómalo que no podía comprenderlo. Una vez había oído un blaster sobrecargarse… había oído el sonido comenzando como un zumbido de estática que hizo que sus dientes rechinaran hasta convertirse en un un gemido penetrante que amenazaba con hacerle estallar la cabeza. Esto era igual, pero estaba en su cerebro, en sus huesos, en su sangre.

Era un incremento, no de sonido, sino de la Fuerza. Jax se lanzó hacia la puerta de su habitación y se arrojó dentro. Kajin Savaros yacía en medio del suelo en posición fetal, con las manos sobre la cabeza, los ojos cerrados con fuerza, meciéndose de un lado a otro mientras la Fuerza aumentaba dentro de él como agua detrás de una presa.

En todos sus años de entrenamiento con el Maestro Piell, en todo el tiempo que había pasado por su cuenta, Jax nunca se había encontrado nada como eso. No tenía ni idea de qué esperar, ninguna idea de qué hacer. Al otro extremo de la habitación, los objetos que

había encima de su estantería comenzaron a vibrar. Mientras observaba, un cepillo de pelo, un crono, y un libro de poesía Caamasi se deslizaron hacia el borde y cayeron.

Jax estaba en movimiento de nuevo antes de que golpearan el suelo, lanzando la Fuerza por delante de él mientras se dirigía hacia el adolescente que se retorcía. Envolvió a Kaj en suaves pliegues de Fuerza, proyectando aterciopelada calma tranquilizadora.

Entonces sujetó los hombros del chaval, su agarre firme pero suave. Sintió un contragolpe casi inmediatamente… una patada como la de un campo repulsor. Él empujó a su vez.

Un bote de espuma de afeitar se agrietó abruptamente, su contenido viscoso escapó con un siseo.

—¡Kaj! —dijo Jax, y después más agudamente—, ¡Kaj! ¿Qué está pasando?

El chico dejó escapar un gemido que penetró hasta el alma de Jax.

—¡*Solo*... solo!

Agarrándose a hebras, Jax dijo:

—No estás solo, Kaj. Ahora me tienes a mí. Tienes a Dejah y a los otros. Tienes la Fuerza.

—¡La—Fuerza—me—está haciendo esto! —las palabras salieron en dolorosos estallidos, la angustia detrás de ellos rompía en la mente de Jax como viento y olas conducidas por la tormenta—. Y Dejah se fue. ¡A ella no le gusto!

¿Se trataba de eso… de Dejah? ¿Le había estado dando al chico tantos estímulos emocionales a través de sus feromonas que su ausencia había provocado esto?

—A Dejah le gustas mucho, Kaj. Y pronto estará de vuelta.

Se produjo un diminuto descenso en la tensión creciente… el griterío de los sentidos de Jax se redujo a un mero rugido. Entonces el chico sacudió la cabeza, sus manos cerradas tiraban de su cabello.

—No lo suficientemente pronto. No—*lo suficientemente*—pronto —sus ojos se abrieron repentinamente y él se estiró para agarrar el cuello de la túnica de Jax—. ¡Haz que pare, por favor, haz que pare! ¡Me está *quemando*!

—¿Qué te está quemando?

—La *cólera*.

—¿Con quién estás enojado? —preguntó Jax desesperadamente—. ¿Qué ha hecho que te enfades?

—Me enviaron lejos… me enviaron aquí —sacudió la cabeza—. Yo no quería venir. Si me hubiera quedado, puede que esto no me hubiera ocurrido.

—¿Estás enfadado con tus padres por enviarte lejos?

—No… no con ellos. Con *él*.

—¿Con quién? Dímelo.

—El Emperador. Se lo llevó todo. La granja, mi vida, mis padres, mi mundo. Todo. *¡Todo!*

Jax lo sintió entonces… el enorme hueco de pérdida y soledad que yacía bajo la cólera. Él también había perdido a sus padres, pero no así. Dónde él había crecido al

abrazo de los Jedi, Kajin simplemente se había visto obligado a valerse por sí mismo, solo, para encontrarse sobrepasado por un poder que no comprendía.

El Jedi rodeó con los brazos al muchacho y le abrazó fuertemente, asumiendo su ritmo mecedor como si estuvieran en un bote en el agua.

—No estás solo —le dijo Jax—. No estás solo. Y si realmente quieres arruinarle el día al Emperador, no dejes que la cólera te domine. No dejes que gane.

—*Pero no la puedo contener.*

—Entonces déjala ir, Kaj. No cedas a ella. Haz que ella ceda a ti.

El chaval apretó los dientes y golpeó con talones en el suelo.

—¡No sé *cómo*!

—Sí, sí lo sabes. Sí lo sabes. Dílo, Kaj: No hay emoción; hay paz.

—Paz —susurró Kaj.

—No hay ignorancia; hay conocimiento —Jax vio que los labios del muchacho se movían a la par que los suyos.

—No hay pasión…

—Hay serenidad —susurró Kaj, entonces repitió—, hay serenidad.

—No hay muerte; sólo la Fuerza.

Terminaron el credo al unísono, el cuerpo tenso de Kaj finalmente se relajó un poco en los brazos de Jax, la presión candente de furia se fue enfriando. Las lágrimas rodaron de los ojos del muchacho y gotearon en la alfombrilla de meditación.

Un momento después estaba sollozando, y los hilos de cólera al fin se aflojaron y le soltaron.

Jax sintió como un hilillo de sudor le corría por la espalda, debajo de su túnica y se dio cuenta de que estaba empapado en sudor frío. Oyó un ruido amortiguado y levantó la vista para ver a Rhinann en la puerta, una fruta domrai vaciada en una mano y una mancha húmeda en la parte delantera de su traje.

—¿Va a hacer eso a menudo? —preguntó él—. Si es así, sugiero que guardemos la fruta en un espacio cerrado.

Jax sonrió sin humor. Si Kaj hacía eso a menudo, la fruta sería la última de sus preocupaciones.

* * *

—Sabía que te encontraría aquí.

A dos pasos del café, Den alzó la vista para encontrarse a I-Cinco contemplándole plácidamente.

—¿Y por qué me buscabas? —preguntó Den.

—Estaba un poco… preocupado por tu repentina desaparición. Pareció como si tú y Rhinann hubieseis tenido un desacuerdo por algo —dijo I-Cinco.

—No me digas que tú también estuviste escuchando a escondidas.

Los fotorreceptores del droide se iluminaron.

—¿Alguien estaba escuchando a escondidas tu conversación con Rhinann?

Den se encogió de hombros.

—No estoy seguro, para ser honestos. Pero Dejah parecía saber de lo que habíamos estado hablando, y ella ni lo confirmó ni lo negó.

—Ah.

La pregunta tácita, supuso Den, era: *¿Qué es lo que no confirmó ni negó?*

I-Cinco comenzó a andar hacia el centro amorfo del desparramado mercado, y Den le cogió el paso.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A enviarle un mensaje a un amigo. —En otras palabras, un operativo de Latigazo.

—¿Sí? ¿Cuál de ellos?

—Alguien que sabe mucho sobre el MLS.

El MLS, o Mag-Lev Subterráneo, era una ruta de salida que el Latigazo había usado durante algún tiempo para llevar a individuos en peligro hasta instalaciones ubicadas dentro de varios de los espaciopuertos cercanos desde los que podían dejar el planeta. Su activo principal, por raro que pareciese, era que era lo suficientemente público como para ser privado. Simplemente te perdías en medio de las multitudes, y si conocías el trazado de los túneles que formaban una gran parte de ello, podías desaparecer y reaparecer en alguna otra parte del sistema de tal manera que hasta la vigilancia podía ser derrotada.

El secreto era una serie de túneles secundarios y tubos de acceso que hacía mucho tiempo que habían caído en desuso y cuya misma existencia había sido borrada de los registros de ingeniería de la ciudad-planeta. Un difunto operativo de alto rango de Latigazo se había asegurado de ese borrado y había pagado por ello con su vida. Puesto que la Agencia de Seguridad Imperial pensaba que había ido tras algo totalmente diferente —como había sido su intención— simplemente asumieron que habían detenido al asesino y saboteador antes de que pudiese actuar sin importar qué acto cobarde hubiera estado contemplando y usaron su defunción como un golpe de relaciones públicas: Pobre Emperador Palpatine —estos malvados no dejan de ir tras él como locos. ¿Es que nunca aprenderán?

—¿Planes de viaje para nuestro cliente togruta? —preguntó Den.

—Sí. Orto está precioso en esta época del año.

Den miró de lado al droide.

—Alguna parte de Orto está preciosa en cualquier época del año.

I-Cinco produjo un clic irritado.

—No seas denso.

—No lo soy. Solo que esa clase de inexactitud suena realmente extraña viniendo de ti. ¿Por qué Orto?

—Por la música. Nuestro amigo cree que el hecho del talento aparentemente universal de los ortolanos para producir música altamente afectiva sería de gran beneficio para la señorita en cuestión.

Den pensó en Kajin Savaros y sintió un pajarillo de culpabilidad con diminutas y afiladas garras posarse en su conciencia. Dijo:

—Mira, hay algo que necesito preguntarte.

—Tuden Sal. —El droide bajó la mirada hacia el sullustano—. Sé cómo te sientes ante este… cometido. Pero piensa en lo que conseguiríamos si tengo éxito.

—De acuerdo, si tú piensas en lo que conseguiríamos si no lo tienes. Y piensa por qué quieres hacerlo.

—Creía que eso estaba perfectamente claro.

—No lo está. No considerando los riesgos.

—¿Por qué piensas que quiero hacerlo?

—¿Venganza?

Eso detuvo al droide en el sitio, estuvo encantado de notar Den. Su óptica resplandeció con sorpresa.

—No.

Eso fue todo. Simplemente *no*. El droide se giró y continuó caminando.

Den trotó para ponerse a su altura.

—Eso suena un montón a negación.

—Es la verdad.

—¿Estás seguro?

I-Cinco continuó andando; Den tuvo que estirar las piernas para seguirle el ritmo.

—De lo que sea que me puedas creer capaz —dijo el droide—, no soy dado a mentir. ¿Quién puso esa idea en tu cabeza?

—¿Qué —ahora no soy capaz de adquirir ideas que poner en mi propia cabeza?

I-Cinco imitó el sonido de un resoplido arrogante.

—Está bien, fue Dejah… por medio de Rhinann, o eso entendí —dijo Den.

I-Cinco desaceleró su paso.

—Eso es interesante. ¿Así que piensan que estoy planeando vengarme de… esta persona… porque él asesinó a mi socio —a mi amigo?

—Esa es la esencia del asunto, sí.

—¿Y no se les ha ocurrido que mientras que el trabajo que estamos realizando ahora es molesto y costoso para la persona en cuestión, este nuevo plan atacaría el centró del problema y lo eliminaría completamente?

—Eso se les ha ocurrido. Pero supongo que la pregunta es: ¿Por qué tienes que hacerlo *tú* en particular?

—Tengo la probabilidad más alta de éxito simplemente por quién y qué soy.

—¿En serio? Creo que ellos creen que puede que Jax tenga la probabilidad más alta de éxito por quién y qué es *él*, y por ese pequeño algo extra que tiene. Que tiene el potencial de convertirse en un extra mucho más grande, gracias a ti.

El droide se detuvo para mirarle fijamente… no había otra palabra para ello.

—¿De qué estás hablando?

—Ese coctel de jugo de verduras tuyo.

—¿Qué han dicho sobre él?

—No tanto dicho como preguntado. —Den miró a su alrededor, entonces se acercó más al droide—. Estaban interesados en saber dónde ha ido, y paren haber llegado a la conclusión de que me lo has dado a mí.

—¿Dijeron por qué estaban interesados en ello?

—Creo que básicamente se reduce a un miedo a que cuando el cielo caiga, Jax no lo tenga a su disposición.

—¿Creen que yo le impediría tomarlo? ¿Por qué?

El pensamiento que apareció de pronto en la mente de Den lo llenó de un terror frío.

—Por la misma razón por la que te has colgado el manto de mártir tan fácilmente —porque te da miedo lo que Jax podría hacer si le pica el bicho de la venganza y tiene el bota al mismo tiempo. Temes que pudiese tomarlo y quedar atrapado en la oscuridad. De esta forma, él podría estar pensando en vengarse, pero serías tú el que lo llevase a cabo.

Hubo una pausa larga y tensa durante la cual los sonidos, los colores, y los olores del bazar parecieron llegarle a Den a través de gruesos filtros. En todo el universo él sólo podía ver a ese droide —ese ser de metal destellante— ese *sensible* que estaba dispuesto a sacrificarse en un último acto letal de protección.

I-Cinco puso una mano en el hombro de Den… y le sacó de un tirón de la vía principal hacia una esquina oscura y mugrienta detrás de un quiosco que olía a lubricante de máquina y a polvo.

—¡Kark! —chilló Den—. Qué caos estás…

Una mano metálica le tapó la boca.

—Inquisidores —siseó el droide. Destapó la boca de Den y dejó que se diera la vuelta dentro de los confines de su escondite.

La piel de la nuca de Den se tensó y sus papadas se estremecieron. Allí estaban los Inquisidores, cierto… tres de ellos, moviéndose juntos como en una coreografía bien ensayada. Tres de ellos.

—Nunca les he visto viajar así de juntos —murmuró I-Cinco.

—Eso me hace sentir mucho mejor —dijo Den.

Mientras observaban, los Inquisidores se detuvieron para hablar con el distribuidor de armas al otro lado del callejón. La cabina parecía vender evaporadores domésticos de agua y destiladores, pero todo el mundo que frecuentaba el área sabía que eso sólo era una tapadera. Los Inquisidores estaban realizando un interrogatorio exhaustivo al visiblemente aterrado propietario sullustano, cuando uno de ellos alzó repentinamente la cabeza embozada y se volvió para mirar calle abajo.

Den sintió una oleada de frío pasar por encima de él. Agradeció a todas las deidades sullustanas que se le ocurrieron el no ser sensible a la Fuerza.

El Inquisidor irritado se dio la vuelta y le dijo algo a sus secuaces, y de repente todos ellos se mostraron inquietos. Se alejaron velozmente, casi pareciendo flotar por encima del duracreto agujereado del bazar, y desaparecieron dentro de un tubo elevador en la esquina más cercana.

Den tembló. Escalofriante.

I-Cinco se dirigió hacia el quiosco del sullustano, pero Den le detuvo.

—Si han jugueteado con la mente de ese tipo, que un droide empiece a hacer preguntas podría activar algunas alarmas. Iré yo.

I-Cinco asintió y Den se sumergió entre la muchedumbre, maniobrando a través de la corriente de seres más altos, y se acercó a la cabina de armas, arrastrando un poco los pies y retorciéndose las manos.

—Vi a los Inquisidores, *lequana* —le dijo al propietario, usando un término sullustano que se traducía aproximadamente al Básico como «hermano de caverna». El propietario todavía parecía un poco aturdido.

—¿Te dijeron quién lo hizo? —preguntó Den—. ¿Le atraparon?

—¿Hacer qué?… ¡Oh! El asesino, quieres decir. No, sólo me preguntaron si había visto a alguien —su frente se arrugó como si no pudiese recordar quién. Posiblemente habían eliminado ese recuerdo.

—¿En serio? ¿Tienen una descripción?

—Yo… yo supongo que deben tenerla. Un chico humano, creo que dijeron —sacudió la cabeza y se encogió de hombros—. Miles de ellos en este mercado.

—Sí. Por lo menos.

Den se dio la vuelta y se alejó calle abajo. Cuando estuvo fuera de la vista del quiosco del sullustano, giró la cabeza ligeramente y encontró a I-Cinco siguiéndole a un metro de distancia.

—Nada —le dijo al droide—. Si le preguntaron algo además de ver a un niño humano, no lo recuerda.

—Bajemos un nivel —dijo I-Cinco. Condujo a Den hasta un elevador a dos bloques de distancia… con suerte, una distancia segura del trío Inquisitorial.

En el nivel inferior deambularon un poco antes de entrar en un callejón lateral estygio y abrirse camino hasta la cocina del Albergue del Emperador, un centro de caridad cuyo impecable manejo de su trabajo de servicios comunitarios lo mantenía alejado de la atención imperial. Al DSI apenas le importaba quién alimentara a las ratas con tal de que rellenasen la documentación apropiada, lo que aparentemente hacía Thi Xon Yimmon.

Cinco a I tomó la delantera, presentándose ante el cocinero gungan.

—Tengo un presupuesto para tu jefe en un trabajo que quiere que se realice —dijo, su voz libre de inflexiones, como un droide estándar.

—¿De quién? —preguntó el gungan, mirando a Den.

—Cierto proveedor de suministros de iluminación. Me ha dicho que tu jefe tiene un pasillo oscuro que desea hacer transitable.

—Oh sí —el gungan asintió fervorosamente como para agitar sus orejas y hacer que sus ojos se movieran de arriba a abajo—. Sí, misa jefe necesita mucho. Pasillo largo y muy oscuro. ¿Tusa tiene el presupuesto?

I-Cinco hizo aparecer un cristal de datos aparentemente de la nada y se lo dio al gungan.

—¿Cuándo tusa hace el trabajo?

—Dentro de dos días a las 0700 horas —dijo I-Cinco, entonces pronunció tres clics, cada uno emitido ligeramente más bajo que el anterior.

El gungan sonrió agradablemente e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Tusa debería mirarse eso, ¿eh? Misa lleva esto a jefe.

—Una la cosa más —dijo I-Cinco antes de que el cocinero pudiese guardar el cristal en un bolsillo y alejarse—. Dile al sakiyano que le veré mañana a la puesta de sol. Él conoce el lugar.

El gungan asintó, haciendo que sus largas orejas danzaran alrededor de sus hombros.

—No problemo. Misa dice eso.

Cuando el cocinero gungan se hubo ido a entregar el cristal y el mensaje —que era que el «trabajo» realmente se haría a las 0400 horas, tres horas antes de lo declarado— Den alzó la mirada hacia I-Cinco con temor tirando de su corazón.

—¿Has decidido qué vas a hacer acerca del plan?

—No. Pero me he fijado una fecha tope. Me decidiré para cuando vea a mi contacto mañana.

—No lo hagas, Cinco. El riesgo —simplemente es demasiado grande. Todo esto es demasiado grande.

I-Cinco se volvió para contemplarle, sus receptores ópticos brillaban en el oscuro interior oscuro de los pasillos traseros del centro de caridad.

—Con el debido respeto, Den —y lo digo de verdad— creo que estoy en una posición mejor para medir los riesgos que tú. Mi procesador, de hecho, ya ha tenido en cuenta todos los posibles escenarios y las variables inherentes a mi aceptación. Sólo espero la opinión de la mayoría del equipo antes de tomar mi decisión.

—¿Y?

—Te prometo que no seguiré adelante si Jax y los otros sienten que está mal.

Está mal. No desaconsejable. Ni ilógico. Ni estúpidamente peligroso. Ni letal.

Mal.

Den sacudió la cabeza y siguió a I-Cinco de vuelta a la calle. Cuando los droides comenzaban a filosofar sobre la moralidad y la ética, puede que fuese hora de considerar injertos ciborg y una lobotomía.

CAPÍTULO DOCE

Había llegado hasta él, transmitido por los vientos de la Fuerza, y había sabido inmediatamente lo que era: una descarga de Fuerza que poseía un toque peculiar. Ninguno de sus compañeros lo había notado… hecho que le produjo un perverso cosquilleo de orgullo. No todos los Inquisidores eran creados igual, por lo visto.

La sensación intrigante creció en intensidad según seguían avanzando, ascendiendo varios niveles hasta un sector más adinerado. Mientras se acercaban a la fuente, comenzó a brillar intermitentemente a través de su vista en pequeños remolinos de chispas. Acababan de entrar en un barrio en el cual los edificios de resibloques estaban construidos alrededor de patios y plazas profundamente sepultadas cuando tuvo que parar en seco por su intensidad.

Un aguacero de chispas casi le cegó, su piel se ruborizó por el calor, un rugido extraño llenó sus oídos, el sabor del ozono llenó sus fosas nasales… y entonces desapareció. Completa y definitivamente… como si alguien hubiese echado una termomanta sobre un fuego.

Tesla deambuló impotente y futilmente, rugiendo furioso.

—¡Era él! ¡Sé que era él!

—¿Pavan? —preguntó su segundo, Yral Chael.

—No. Pavan no. El *otro*.

Sintió como Chael intercambiaba miradas con el tercero de su grupo, un corelliano llamado Mas Sirrah.

—El prodigio es un objetivo secundario, Probus —dijo Chael—. Se nos ordenó específicamente centrar nuestra búsqueda en Pavan y en el droide.

Nos. El pronombre le enfureció. Después de su lesión a manos de ese sinvergüenza —ese *niño*— su señor había creído adecuado meter más Inquisidores en el juego. Así que Tesla se había encontrado emparejado con Chael y Sirrah. Él era el líder nominal del grupo y, de hecho, se le encargó que continuara la búsqueda en ese sector, pero ambos miembros de su equipo creían que deberían haber sido ellos los líderes. Después de todo, ¿no había demostrado Tesla su debilidad cayendo víctima de un adepto que ni siquiera era un Jedi adiestrado?

Sí, había oído la cascada de insinuaciones que se había derramado a través de los rangos de los Inquisidores como una inundación repentina. Lo había ignorado. Pronto lo silenciaría.

—¿Qué te hace pensar que no se les encontrará juntos? —preguntó él—. El niño es un prodigio de la Fuerza de increíble poder. Es muy razonable que Pavan quisiera reclutarle, probablemente en algún intento vano de resucitar el descompuesto cadáver Jedi.

De nuevo los otros dos Inquisidores intercambiaron miradas. Esta vez fue Mas Sirrah quien habló.

—¿Qué te hace suponer que Pavan sabe de su existencia?

—No seas estúpido, Mas. Tal poder es como la gravedad. Atraerá a Jax Pavan como me atrae a mí.

Durante la conversación había estado intentando retomar el rastro de ese otro sensible a la Fuerza, inspeccionando muros, pasillos y habitaciones ocultas con su mente y encontrando sólo ecos, rastros fantasma.

Miró atentamente un callejón largo y con muchas curvas con el extraño nombre Callejón Ceguera de las Nieves… pero no, el rastro había desaparecido… como el humo difuminado por la brisa.

Se volvió hacia sus colegas.

—Pavan está en algún lugar en este nivel. Puede que viva aquí, o puede que sólo se esconda aquí, pero está aquí ahora. Quedaros por la zona. Informaré a Lord Vader.

Asintieron al unísono y se confundieron con las sombras mientras Tesla sacaba su comunicador.

* * *

La mirada en la expresiva cara de Dejah Duare dejaba traslucir un revoltijo de emociones: aturdimiento, afrenta, curiosidad, trepidación. Se retiró la capucha de su túnica y clavó los ojos en él.

—¿Quieres que nos mudemos al estudio?

—No todos nosotros tal vez, pero al menos Kaj y yo —Jax odiaba pedirle eso; podía ver que estaba haciendo estragos en su compostura—. Odio golpearte con esto, Dejah, y si sintiese que tengo elección, no la haría. Pero Kaj no tiene completo dominio de su talento, y necesito colocarle en alguna parte donde tenga media posibilidad de permanecer oculto hasta que pueda completar su entrenamiento —o al menos enseñarle cómo dominar sus impulsos. Ahora mismo la Fuerza está reaccionando a todas y cada una de sus emociones. Si siente cólera, la Fuerza amplifica esa cólera hasta que escapa a su control.

—¿Estás seguro de que las esculturas de Ves le escudarán?

—No estoy seguro, pero tengo muchas esperanzas. Especialmente si I-Cinco y yo podemos modificarlas para que el campo se ensanche y se estabilice.

Ahora simplemente se quedó aturdida.

—¿Quieres modificarlas? ¿Quieres *cambiarlas*?

—Normalmente eso es lo que significa la palabra *modificar* —dijo Rhinann desde la puerta del taller.

Jax alzó una mano para evitar que dijera nada más… poniendo en realidad un poquito de Fuerza en el gesto para darle énfasis. El elomin lo experimentaría como la sensación de una mano invisible colocada un momento sobre su boca. Sus ojos se desorbitaron y sus labios se comprimieron en una línea incluso más fina de lo habitual, pero permaneció callado. Jax deseó que se marchara, pero se negó a usar la Fuerza para esa clase de manipulación mezquina.

—Seguramente hay alternativas —dijo Dejah—. Podrías llevarle con el Latigazo. ¿No tienen pisos francos que…?

—No hay pisos francos a prueba de prodigios de Fuerza del poder de Kaj. Tendrían que mantenerle sedado día y noche.

—Pues que lo mantengan sedado. Tú le tienes sedado ahora…

—Para que pueda dormir con seguridad. Pero es sólo una medida provisional. Mantenerle así mucho tiempo le causaría un daño irreparable —y sólo le volvería más inclinado a la sobrecarga y explosión emocional.

Dejah se acercó a Jax, colocando sus manos sobre su brazo. Instintivamente él alzó una barrera de hilos de Fuerza tejidos apretadamente contra su asalto involuntario de sus sentidos.

—Entonces usemos los recursos de Latigazo para sacar a Kaj del planeta. El togruta saldrá mañana por la mañana, ¿verdad? ¿No podemos sacar a Kaj al mismo tiempo?

Jax sacudió la cabeza.

—El talento de Kaj le convierte en un enorme riesgo, Dejah. No tenemos colocadas las medidas de seguridad para sacarlo del planeta sin que todos corramos un tremendo riesgo. Lo que te estoy pidiendo es la única forma de minimizar el peligro. Una vez que Kaj sea adiestrado, será capaz de controlar sus emociones, y entonces podrá aprender a controlar su uso de la Fuerza.

Ella le miró fijamente un largo momento, su ojos escrutando su cara. Finalmente suspiró y dio un paso atrás, soltando su brazo.

—Sí. Sí, por supuesto, tienes razón. Yo sólo… esas esculturas significaban tanto para mí. Y ahora representan recursos financieros irreemplazables.

—Intentaré usar la cantidad mínima para hacer lo que se necesita y trataré de no modificarlas irremediablemente. Incluso puede ser posible que I-Cinco memorice los ajustes de Ves y pueda devolverles su configuración original.

Ella asintió.

—Bien. Sí. Por supuesto que puedes usar el estudio y las esculturas. ¿Cuándo quieres trasladarle? Su mirada se desvió hacia las habitaciones de Jax dónde Kaj dormía un sueño profundo, químicamente aumentado, y con suerte sin sueños.

—Tan pronto como regresen Den e I-Cinco. Necesitaremos conseguir un deslizador —Jax miró a Rhinann, que respondió con una inclinación cortés que de alguna manera estaba teñida de ironía. A menudo el trabajo del elomin consistía en conseguir transporte y otros recursos simplemente porque, habiendo estado situado en la parte alta del aparato Imperial, sabía cómo adquirirlos sin atraer atenciones indebidas.

—Por supuesto, me encargaré de ello —dijo Rhinann—. ¿Algo más?

—No… y gracias, Rhinann. No sé lo que haríamos sin ti —dijo Jax.

Los ojos del elomin se cerraron y se abrieron en un parpadeo casi reptiliano, su lenguaje corporal entero transmitía sorpresa. Entonces él inclinó la cabeza y desapareció en el taller.

—Yo no iré con vosotros —dijo Dejah—. Al estudio, digo. No creo que pueda soportar ver…

Ella dejó a Jax que se imaginara lo que podría haber sido el final de la frase. *No podría soportar ver dónde murió Ves Volette.* O, *no podría soportar ver las esculturas que le escudaban de mí.* O, *no podría soportar verte trastear con su trabajo.* En cualquier caso, Jax quedó sorprendido al darse cuenta de que sentía una mezcla extraña de decepción y alivio.

La observó a entrar en su cuarto, consciente de una tensión creciente que se asentaba entre sus omoplatos como un picor inalcanzable. Esperaba que Den e I-Cinco regresaran pronto. Quería salir y buscarlos, para acelerar su regreso, pero sabía que sería peligroso dejar a Kaj desatendido.

No había manera de saber cuánto tiempo funcionaría el tranquilizante en alguien con sus habilidades, o en qué estado mental despertaría.

* * *

Den Dhur estaba de mal humor. Sentía más que nunca desde que se había enrolado con I-Cinco y compañía, como si todo estuviera irremediablemente fuera de control. Había demasiados jugadores, demasiadas agendas medio ocultas, y demasiados riesgos.

Alzó la mirada hacia I-Cinco, que se movía silenciosamente junto a él mientras regresaban a Poloda Place. Había esperado que el droide estuviese más preocupado sobre el repentino interés que Rhinann y Dejah habían mostrado hacia el bota y le hubiese confiado algo, pero incluso esa expectativa estaba condenada a la decepción. Después de esa breve conversación, durante la cual Den sintió como si finalmente hubiese captado la atención de I-Cinco, éste había seguido como si nada.

Salieron del tubo antigravedad a un bloque de la entrada del resibloque y se dirigieron hacia el oeste. Den se encontró observando transeúntes. Era una vieja costumbre, que databa de sus días como reportero… él solía decir que podía elegir cualquier cara al azar entre un mar de seres y componer una historia sobre él, ella, o ello que, la mayoría de las veces, estaba notablemente próxima a la verdad. Ahora, cansado de mirar rótulas, caminaba con la cabeza alzada. Esto hacía que a veces resultara difícil mantener el paso, pero también fue la razón por la que vio a la figura encapuchada cubierta con una túnica apartarse de la verja de hierro de un balcón dos pisos sobre el nivel de la calle en el edificio junto al que estaban pasando en ese momento. No había duda… la túnica iridiscente, la capucha, la sensación de presencia… no había confusión posible sobre la identidad.

Era real.

Den tropezó, e I-Cinco le sujetó con una mano.

—¿Estás bien?

Den se aferró al brazo del droide, fingiendo vértigo, y murmuró:

—El balcón de la izquierda. Segundo piso.

I-Cinco se estiró ligeramente.

—Alguien acaba de entrar.

—Un Inquisidor. Un *Inquisidor* acaba de entrar. Estaba observando la calle. Observando la entrada al Callejón.

I-Cinco colocó derecho a Den.

—No me digas.

—¡No seas tan endemoniadamente optimista con esto, Cinco! ¿Por qué están aquí?

—Podría apostar por un par de razones.

El corazón de Den amenazaba con darle un vuelco.

—¿El niño?, crees que van tras el niño, o…

—Creo —dijo I-Cinco, dándole la vuelta y empujándole por donde habían venido—, que tenemos que encontrar una forma alternativa de entrar en Poloda Place.

La forma alternativa resultó ser un disfraz; no para Den sino para I-Cinco. De vuelta en Ploughtekal, en una tienda que aseguraba tener las telas más finas del Sector Zi-Kree, el droide compró un traje que le convirtió en un Koorivar perfectamente creíble, hasta el cuerno multimatizado que ascendía vertiginosamente por encima de su cabeza. Era un cuerno grande, indicando gran estatura social, y las túnicas que compró para acompañar el disfraz aumentaban la impresión que éste era un personaje opulento de mucha riqueza y prestigio.

Media hora después de su expedición inicial en el Callejón, Den e I-Cinco regresaron otra vez, el sullustano haciéndose pasar por un agente inmobiliario mostrándole a este buen ciudadano las habitaciones disponibles en la zona.

Se acercaron a la entrada del Callejón Ceguera de las Nieves, Den sentía como si unos ojos estuviesen perforando con láser en su espalda. No vio Inquisidores esta vez mientras atravesaban la boca del callejón, pero continuaron con su farsa de todas formas. Así, que a pesar de que estaba sudando como un ronto atascado, Den consiguió mantener un tono de voz energético y animado mientras describía en voz alta las características de las propiedades que se enorgullecía de representar.

—Estos apartamentos son espaciosos, confortables, y realmente elegantes en lo que se refiere a accesorios. Techos altos, suelos de duracreto moldeados para parecer adoquines en el área de preparación de alimentos —hace que sea menos resbaladizo, ya sabe— y duchas sónicas o de vapor. A elección del comprador.

—¿Qué me dice de la luz natural? —expresó con un gruñido I-Cinco en un acento koorivar perfecto—. Debo tener luz natural.

—Entonces ha encontrado al agente adecuado —dijo Den entusiasmado mientras comenzaron a avanzar el oscuro camino sinuosa hasta Poloda Place—. Puedo conseguirle una unidad con luz natural traída hasta aquí desde los niveles más altos de la ciudad.

—¿Cómo es posible?

—Oh, los viejos arquitectos sabían lo que hacían. La luz es canalizada por una serie de espejos móviles. Mientras Den balbuceaba, sin tener ni idea si había algo de cierto en todo lo que estaba asegurando, miró disimuladamente detrás de ellos. Nadie les seguía.

—Ah sí, por supuesto. ¿Cuántas habitaciones?

—Tantas como necesite. ¿Tiene esposa? ¿Niños?

Ante el asentimiento de I-Cinco, Den dijo:

—Bien, déjeme mostrarle lo que tenemos aquí delante —un lugar maravilloso para que jueguen los críos.

Aceleraron el paso, Den lanzaba miradas furtivas sobre su hombro. Todavía ningún seguidor.

Emergieron a la plaza, y Den trotó hasta el centro para darse la vuelta en el lugar, con los brazos extendidos.

—¿Lo ve? Tal como le dije, espacio para que sus niños jueguen —aunque no recomendaría que los dejase sin vigilancia. Varias unidades tienen vistas hacia la plaza, por supuesto, y…

Se interrumpió cuando sus ojos captaron una imagen reflejada en una de las ventanas altas y estrechas. Había un inquisidor de pie a la sombra de un alero sobresaliente en el edificio que se encontraba frente al suyo. Les estaba mirando directamente.

El estómago de Den sintió abruptamente como si alguien acabara de desconectar la gravedad de Coruscant.

—Sí, sí, ¿pero no tiene nada en el tercer nivel? ¿Algo con una ventana que mire hacia este patio?

Den se volvió para mirar al droide, preguntándose si esos fotorreceptores omniscientes finalmente habían pasado algo por alto. Pero entonces, juntando las puntas de sus dedos delante de él, I-Cinco hizo un pequeño gesto.

—Es su día de suerte, amigo —dijo Den—. Tengo una unidad vacía en el tercer piso de este edificio que acaba de quedar disponible. Los anteriores inquilinos eran un grupo extraño… reservados, peculiares. Uno casi podría verse tentado a sospechar de comportamiento criminal… avanzó rápidamente hacia su edificio mientras hablaba.

Dentro del edificio Den necesitó toda su fuerza de voluntad para no salir corriendo hasta el ascensor y lanzarse dentro. Una vez fuera del ascensor en el tercer piso, continuó resistiendo el deseo de correr, y siguió charlando acerca de esa o aquella característica encantadora de esa estructura bien construida.

En la puerta principal del apartamento, alzó la mirada hacia I-Cinco. Si decía su contraseña verbal habitual para entrar, y un Inquisidor lo oía…

El droide levantó un poco la manga de su túnica para exhibir la punta destellante de un dedo índice. Usaría su láser a mínima potencia para transmitir el código al ordenador de la casa.

Débil de alivio, Den se volvió hacia la puerta y dijo:

—Hatto Rondin —un nombre que se inventó en el momento.

La puerta se abrió y Den se volvió hacia su «cliente» y le hizo una reverencia.

—Después de usted.

Cinco asintió y entró. Den le siguió. No habían hecho más que atravesar la puerta cuando apareció Jax, su mirada pasando de Den al presunto koorivar.

—¿Den? ¿Quién es…? —miró fijamente al droide—. ¿I-Cinco?

—Tienes que amar esa Fuerza —murmuró Den.

—¿Por qué vas dis? —empezó Jax, entonces cambió de idea—. No importa. Vamos, tenemos que sacar a Kaj de aquí y llevarle al estudio de Ves Volette.

—Sí que *importa* —dijo I-Cinco, con una calma increíblemente irritante—. Hay un Inquisidor en el patio.

Jax quedó conmocionado.

—Yo no lo… —murmuró, entonces claramente lo sintió—. El efecto taozin. Y no lo estaba buscando.

—Algo ocurrió con Kaj, ¿entiendo? —preguntó I-Cinco.

Jax asintió.

—Tuvo un e*pisodio.* Casi un ataque. Se sentía solo y enojado, y fue demasiado para él. Me preguntaba si alguien lo habría captado. Supongo que ya tengo mi respuesta.

Se dio la vuelta y fue hasta la ventana. Grueso y estrecho, el panel de transpariacero recorría la altura entera del resibloque, intersectando cada piso. Den e I-Cinco le siguieron para mirar hacia el patio. El Inquisidor no estaba a la vista.

Lo cual, por supuesto, no querida decir nada.

—De acuerdo —dijo Jax—. Rhinann tiene un aerodeslizador esperándonos en el nivel siete. Vamos a tener que salir a toda prisa. Meter a Kaj en el deslizador y…

—Eso no será necesario —dijo I-Cinco—. Den y yo representamos los papeles de un agente y su cliente para nuestra audiencia ingenua. Supuestamente estoy planteándome el alquilar este montón demasiado caro de ferrocreto. Si nuestro amigo el Inquisidor permanece en el patio, estará esperando a que salgamos en algún momento. Esto podría redundar en nuestro beneficio.

Den asintió.

—Entiendo. Podemos proporcionar una distracción mientras llevamos a Kaj al punto de embarque o…

—O —dijo Jax—, podemos sacar a Kaj delante de sus narices —se volvió hacia su oficial de logística de facto—. Rhinann, ¿el deslizador viene con conductor?

—Sí. Un droide de protocolo.

—¿Qué modelo? —preguntó I-Cinco.

—Es un trespeo.

—Servirá.

—¿Servirá para qué? —preguntó Den. Sentía como si los disparos de fuego láser estuvieran zumbando de acá para allá sobre su cabeza… un panorama que no tenía problemas en creer que se haría realidad en poco tiempo.

Los ojos de Jax estaban encendidos con algo enfermizamente cercano a la excitación. Se volvió hacia Rhinann.

—En aproximadamente diez minutos, haz que el conductor traiga el aerodeslizador a la puerta principal.

Rhinann se quedó boquiabierto.

—¿Aterrizar en el patio? ¿A plena vista?

—Exactamente. Dale instrucciones para que venga hasta este apartamento. Llevará a nuestro agente inmobiliario y a su cliente a firmar algunos papeles.

Rhinann desapareció de nuevo en su guarida. Jax estaba de nuevo en movimiento, esta vez dirigiéndose hacia su habitación.

Hizo un gesto a I-Cinco y a Den para que le siguieran.

—Puedo explicar —le dijo a Den, pero el sullustano le interrumpió.

—Estoy seguro de que puedes —dijo él—. Lo que me asusta es que las explicaciones están comenzando a tener sentido para mí. Incluso cuando estoy sobrio —añadió—, cosa que desearía no estar en este momento.

—Sea como fuere —dijo Jax—, tu e I-Cinco vais a llevar a nuestro amigo koorivar a tu oficina para firmar los papeles del alquiler.

—Pude que haya encontrado un fallo básico en tu ingenioso plan —a saber, que I-Cinco es nuestro amigo koorivar.

—No por mucho tiempo.

* * *

Lo más aterrador de toda la maniobra era despertar a Kaj. Jax lo hizo con sus propios hilos de Fuerza sujetándolos firmemente, listo para escudar cualquier anomalía. Como precaución añadida, aunque posiblemente inútil, llevaron al muchacho a la sala de estar y lo colocaron en un sofá para que la escultura de luz estuviera entre él y el patio de Poloda Place. Si el Inquisidor seguía todavía allí y si el efecto de camuflaje funcionaba a esa distancia y si Jax no tenía que recurrir a medidas extremas para calmar a Kaj, podrían sacarle de allí sin ser detectados.

Tan fácil como navegar por un campo de asteroides.

CAPÍTULO TRECE

Den se sentía como si un ejército de Inquisidores estuviera apostado en el patio, esperando para caer sobre ellos. Tenía la mirada fija en Kajin mientras se acercaban a la puerta externa y casi se muere de un susto cuando I-Cinco le dio un golpecito en la cabeza.

—Hora del espectáculo. Comienza tu discurso.

—Uh, sí —Den se secó las palmas en las perneras de sus pantalones, aclaró su garganta inusualmente seca y comenzó—. Me alegro de que hayamos encontrado una propiedad que encaje con sus necesidades exactas. Mi oficina tendrá arreglado el papeleo legal para cuando lleguemos allí.

El falso koorivar asintió con entusiasmo y junto las palmas de sus manos.

—¡Excelente! —dijo él—. ¿Y cuándo puedo trasladar a mi familia?

La voz era la de I-Cinco, emitida expertamente desde el generador vocal del droide mediante un rayo hipersónico de banda corta, así que parecía salir de Kaj, que ya se había despertado en esos momentos y al que habían puesto a actuar como parte de su esquema.

—Oh, ah… bien, pendiente de comprobar sus fondos, deberíamos poder tenerle instalado en algún momento de mañana.

—Muy bien. Estoy encantado de hacer negocios con usted.

Para entonces ya habían llegado al aerodeslizador, e I-Cinco abrió las puertas para que embarcaran sus pasajeros: Kaj primero, después Den. Ya había cerrado las puertas y se había metido en el asiento del conductor cuando Den vio al Inquisidor. Estaba a la sombra del edificio de enfrente, aproximadamente dónde le habían visto antes.

Kaj se puso tenso, y Den supo que también lo había visto.

—Arranca, Cinco —murmuró él. Entonces le dijo a Kaj—. Tranquilo chaval. Estaremos fuera de aquí en un instante. Sólo siéntate recto.

Pero Kaj no estaba sentándose recto. Había alzado los brazos y estaba tratando de deshacer los sellos de la parte trasera de la cabeza del traje. Den alzó sus propias manos para evitar que lo consiguiera.

—¡Kaj! Cálmate. Si estás tranquilo, él no…

—¡No puedo luchar así! —jadeó Kaj—. ¡Tengo que—quitarme—esto!

El deslizador se elevo. Simultáneamente, el Inquisidor salió de las sombras, se detuvo, incierto. Den sospechó que estaba sintiendo algo pero no estaba seguro de lo que era.

El Inquisidor alzó la mano, vaciló, volvió a alzar la mano hacia el aerodeslizador que se elevaba, y se quedó paralizado, su cabeza se volvió hacia otro lado dejando de mirarles.

Mientras el vehículo giraba y remontaba el vuelo hacia las vías estelares, Den observó cómo el Inquisidor se lanzaba a través del patio en dirección opuesta, dando un salto de Fuerza que le llevó hacia arriba, hasta las plataformas de embarque comunes del resibloque.

Estaba persiguiendo algo, se percató Den. O a alguien…

* * *

Jax sabía que la estratagema estaba en peligro cuando sintió el jadeo psíquico de terror de Kaj. No tuvo que preguntarse qué lo había causado, pero sabía que tenía que actuar antes de que Kaj lo hiciera.

Salió rápidamente del apartamento, asustando a Dejah y provocándole a Rhinann un ataque de desesperanza. Fue hacia arriba; los turboascensores eran demasiado lentos, así que subió literalmente de un salto la escalera de emergencia, aterrizando en los rellanos sólo lo suficiente para cambiar la dirección del siguiente salto.

En el quinto nivel, extendió la mano y llamó al Inquisidor del patio, lanzando un latigazo delgado y bien definido con la Fuerza calculado para llamar la atención del oscuro adepto. Lo consiguió completamente. Jax sintió el interés del otro como un tirón agudo en su correa.

Cortó la hebra y saltó, dirigiéndose hacia el siguiente nivel… en dirección opuesta a la que había tomado el aerodeslizador. Disparó dos ráfagas más, cortas y concisas, de Fuerza, entonces la apagó y se fue literalmente a suelo, cogiendo un elevador desde los niveles superiores hasta los niveles intermedios de Ploughtekal.

Esperó allí algún tiempo, escuchando por si captaba a otro usuario de la Fuerza. Cuando no apareció ninguno, se puso en camino hacia el estudio de Ves Volette.

* * *

Kaj, sin disfraz, estaba sentado con las piernas cruzadas en el centro del estudio contemplando las esculturas de luz con ojos esperanzados. I-Cinco colocó la última en su lugar —la última actualmente funcional en cualquier caso— mientras Den catalogaba cuántas había inactivas y cuántos componentes quedaban en el desparramado estudio.

Éste era un alojamiento agradable, sin lugar a dudas. Además del estudio de tres pisos con galería superior, había cuatro dormitorios, una biblioteca/taller, una sala de estar, y una cocina grande. Una cocina real… no sólo un área de preparación de comida con el habitual nanohondas y el conservador. Aparentemente a Ves Volette o a Dejah les había gustado cocinar.

Den se encontró esperando que Dejah fuera la cocinera. Si reubicaban a todo el equipo allí… Se refrenó. Puede que no permaneciera por allí mucho más. Dependiendo de la respuesta que obtuviera de Eyar, pronto podría estar despegando hacia Sullust y dejando atrás este peligroso, fraudulento e infestado de Inquisidores, pedazo de bienes inmuebles.

—¿Has terminado con ese inventario? —le preguntó I-Cinco.

Den se obligó a salir de su ensoñación y bajó la mirada hacia el datapad en el que había estado haciendo inventario.

—Sí. Eso creo. Tenemos tres esculturas más en el rincón opuesto a las que parecen faltarles los módulos de energía. Una cuarta a la que le faltan un PM y un cristal, y componentes para tal vez dos más. No sé si la lista de partes está completa. Encontré un registro que indica que él guardaba un pequeño suministro de cristales y algunos PMs aquí, pero aún no he dado con ellos.

Los fotorreceptores de I-Cinco se iluminaron con sorpresa.

—¿Pillaje?

Den se encogió de hombros.

—O los escondió bien. Esas partes en particular son bastante costosas —tanto raras como caras.

Lanzó una mirada al chaval dentro de su círculo de esculturas de luz. El arco iris de iluminación ascendía sobre él hasta la bóveda del techo, sin descanso, siempre en movimiento, proyectando luz y sombras en todo el cuarto.

Den tembló, sintiendo como si estuviera viendo una analogía de su invitado espeluznante. O tal vez del poder que invocaba. Intentó ignorar la oleada de calor que recorría su cara y preguntó:

—¿Funciona? ¿Puedes notarlo?

—No. No podremos saberlo hasta que tengamos un Jedi aquí que nos diga si funciona.

—O un Inquisidor que nos diga que no —masculló Den.

—¿Servirá un Paladín Gris?

Den se dio la vuelta y se quedó mirando fijamente hacia la galería de duracero que se extendía a lo largo del estudio. Laranth Tarak estaba allí mirándoles, los remolinos de luz de las esculturas pasaban por encima de ella, haciendo que pareciera moverse tremulantemente como la llama de una vela. La emisión luminosa brilló también sobre las pulidas barandillas de la galería, haciendo que pareciese como si estuviera de pie sobre un puente hecho de hebras de luz.

Den se sorprendió por cuánto se alegró al verla. Ella representaba, se percató, las cosas como habían sido antes, como él había querido que fueran. Seguro, ella era taciturna, seria, intransigente y poco comunicativa. Nada de eso importaba, porque a su vez no era nada ambigua. Laranth, Jax, e I-Cinco eran las tres personas con las que Den Dhur se sentía más en casa. En una situación mala, éstas eran las personas que él quería a su lado, a su espalda.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó él.

—Estaba en el barrio. Sentí una anomalía en la Fuerza.

Laranth dejó la barandilla de la galería y descendió, usando el gravpad de la casa. Bajando al suelo del estudio, se acercó tranquilamente hasta ellos, sus ojos en Kaj. El muchacho sonrió nerviosamente y la saludó con la mano. Para sorpresa absoluta de Den, ella le devolvió el saludo.

—Interesante —dijo ella, señalando las esculturas de luz—. Me pregunto por qué no sentimos esta propiedad anuladora de la Fuerza en ellas hasta ahora.

—Creo que tienen que estar calibrados en un armónico específico —dijo el droide—. La pregunta pertinente es, ¿están funcionando?

Ella giró la cabeza para mirar a Kaj, inclinándola hacia un lado. Su lekku derecho se enrolló ligeramente.

Entonces se dio la vuelta, recogió una llave eléctica de una bandeja de herramientas, y la hizo rodar entre los pedestales de las dos esculturas de luz más cercanas a ellos.

—Kaj, eleva eso.

El muchacho miró la llave. Ésta se alzó del suelo.

—Mantenla ahí —le dijo Laranth. Ella recorrió el perímetro del círculo. Después de dar una vuelta completa, hizo que Kaj soltara la herramienta.

—Se escapa un poco —le dijo a I-Cinco—. Pero muy poco. Aunque, si él hiciese algo grande ahí dentro, quién sabe lo que podría filtrarse.

—Parece —dijo I-Cinco—, que vamos a tener que hacer algún ajuste.

Los ojos de Laranth se abrieron notablemente.

—¿Interferir con el arte de un maestro difunto? ¿Dejah va a permitir eso? Estoy asombrada.

—En serio, Laranth —el sarcasmo es un atributo tan humano.

Laranth le ignoró.

—¿Va a venir Jax?

—Jax está aquí. Me alegro de volver a verte tan pronto, Laranth.

Den alzó de nuevo la mirada hacia la galería. Jax era esta vez la criatura de luz y sombra mientras los colores bailaban a través de su cara y prendían fuego metafóricamente a su ropa deslustrada. El sullustano se sintió un poco más seguro ahora que había dos Jedi en las inmediaciones. No mucho, pero un poco.

* * *

En los momentos posteriores a la apresurada extracción de Kaj, Haninum Tyk Rhinann estaba sentado en su estación de trabajo sintiendo como si alguien le hubiera sumergido en agua helada. Habían estado tan cerca —tan cerca— de ser descubiertos. Oh, él estaba seguro de que Pavan lo negaría —si alguna vez regresaba de dondequiera que había ido tan precipitadamente. Él sin duda afirmaría que todo había estado muy bien, bajo control, y que nunca había habido ningún peligro de descubrimiento. Pero en la proximidad de ese Inquisidor, Rhinann había sentido la mirada fría de su antiguo amo.

Se volvió a su estación de trabajo, intentando desesperadamente reunir sus neuronas desperdigadas de vuelta a algo parecido al orden. No tenía el bota. Quizá no estaba más cerca de saber quien lo tenía, aunque sospechaba fuertemente del pequeño sullustano. Todo ese arrastrar de pies y negarlo todo era muy probablemente sólo una cortina de humo.

Pero las sospechas no le hacían ningún bien. El sullustano estaba actualmente fuera de su alcance, los Inquisidores rondaban las calles cercanas, y el robot estaba preparándose para ponerles entre una roca y un rancor.

Intentó listar sus opciones. Rhinann creía verdaderamente que cualquier crisis debía ser afrontada con una buena lista. Crear listas ordenaba la mente, calmaba la sangre, aminoraba el nivel de caos.

Él podía huir ahora. Eso sería lo más seguro. Pero la cercanía con otro prodigio de la Fuerza le había recordado visceralmente lo que estaba pasando por alto. Ese niño —ese simple niño— había matado a un Inquisidor e incluso le había causado a Jax Pavan cierta preocupación. Si él pudiera experimentar sólo una fracción de lo que era poseer tal poder…

Podía esperar su tiempo limitado y continuar presionando a Den Dhur acerca del bota. Él ya había decidido que le preguntaría a I-Cinco. Suponía que un acercamiento directo podría dar mejores resultados.

Consideró esas ideas en su cabeza un momento, entonces sopló otra nota alta de exasperación a través de sus colmillos. ¿En qué estaba pensando? Tenían cero posibilidades de permanecer escondidos de la oscura mirada de Darth Vader. Ciertamente no con ese niño radiando la Fuerza en todas direcciones, y no con ese aborrecible droide evidentemente determinado a convertirse en un mártir para la causa de Jax Pavan. De una forma o de otra, iban a terminar en la antesala de Vader, y cuando lo hicieran no sería bonito. Vader tendría a Jax Pavan, a Kajin Savaros, al robot sensitivo, el Holocrón Sith, el pyronium, y el bota. Rhinann no estaba seguro a qué se sumaba todo eso, pero sabía que no era bueno.

Vader tenía la mano ganadora, lo mirase como lo mirase.

Sólo había una conclusión que tuviera sentido, por muy desagradable que fuera. Rhinann reconoció a regañadientes que simplemente estaba en el lado equivocado.

CAPÍTULO CATORCE

A las 0350 horas, Den e I-Cinco se prepararon para recoger a Dejah y atender a la extracción de la hembra togruta de Coruscant. En tales casos, los talentos gemelos de telempatía y producción de feromonas de Dejah eran especialmente efectivos. Ella no sólo podía crear una atmósfera emocional de seguridad que haría más fácil el pasaje del cliente fuera del planeta, sino que también sabía cuándo tenía que acentuar esa atmósfera y cuando podía retirarla.

Acordaron que Jax debía quedarse con Kaj y trabajar en los generadores de campo de las esculturas de luz de Volette. Para su sorpresa, Laranth eligió quedarse y ayudarle.

Poco antes de marcharse, I-Cinco llevó aparte a Jax.

—Espero que mi parte en esto se complete alrededor de las 1200 horas. He preparado, por tanto, un encuentro con Tuden Sal esta tarde en la Cantina Puesta de Sol para darle nuestra respuesta a su propuesta.

Las palabras retorcieron el intestino de Jax e hicieron que sus pulmones sintieran repentinamente una falta de aire.

—¿Y qué vas a decirle?

El robot inclinó la cabeza hacia un lado y miró a Jax desconcertado.

—Dije nuestra decisión y quería decir nuestra decisión. Tú eres parte de esto, Jax. Por tanto, cuando vuelva de esta extracción, creo que tenemos que hablar.

—Te das cuenta que esas palabras asustan incluso viniendo de un droide —respondió Jax—. Uno pensaría que un Jedi sería insensible a esas cosas.

—¿Por qué?

—Se supone que estamos centrados, que somos valientes, en armonía con el universo…

—Nada de eso implica que seas también insensible o desinteresado. ¿Has pensado en ello?

Jax asintió. Lo había hecho, en su mayor parte mientras se suponía que debía estar dormido. En cierta forma el pensamiento de I-Cinco asesinando al Emperador le hizo pensar en el bota. Y no se sentía cómodo pensando en el bota. Le sugería otro curso de acción para él totalmente diferente… uno que estaba cargado de ambigüedad y peligro.

—Estoy destrozado —fue todo lo que dijo… aunque estaba mucho más que eso, se percató con una sacudida. La ambivalencia le inundó como si llegase desde una nube oculta. Se sacudió a sí mismo. *He debido de haber estado demasiado centrado con todo lo demás que estaba pasando para dejar que me afectara*.

Eso no sonaba del todo cierto. Él había pensado en ello cada vez que había yacido sobre su cama en un intento por dormir. Simplemente no le había penetrado hasta ahora. No así.

—Te prometo que le dedicaré más pensamientos concentrados. Sé que tengo que hacerlo. ¿Puedo preguntar cuáles son tus pensamientos en este punto?

—Puedes preguntar —dijo I-Cinco, entonces se dio la vuelta y fue a unirse al resto para la misión de Latigazo.

A solas con Kaj y Laranth, Jax se aplicó a aprender los pormenores de los generadores de campo fotónico en el arte cinético de Ves Volette. El niño observaba, obviamente impresionado con la habilidad de los dos Jedi para trabajar con la mecánica de los aparatos.

—¿Es eso parte de vuestro entrenamiento Jedi? —preguntó en un momento.

—De hecho, sí. —Con la atención en las entrañas de la escultura, Jax movió un fibroso emisor luminoso levemente y notó el correspondiente movimiento de una hélice de luz pulsante sobre su cabeza.

Laranth dijo:

—Parece como si apuntarlos fuera bastante fácil, pero ¿qué hay de aumentar la frecuencia de los pulsos?

—¿Por qué necesitarías hacer eso? —preguntó Kaj.

—Cuanta más frecuencia de pulsos, más sólido será el muro. Es como tejer una red. Cuanto más frecuente o más juntas estén las fibras de la red, menos pasará a través de ella.

Echando una mirada a Kaj, Jax vio aparecer la luz de la comprensión en sus ojos.

—Lo entiendo —dijo él—. ¿Así que habéis trabajado en cosas como esta en la escuela Jedi?

Jax y Laranth intercambiaron miradas.

—Todo Jedi tiene que construir y mantener su propio Sable láser —le dijo Jax a Kaj—. Así que aprendemos toda la mecánica y la física sobre ello. Eso es todo desde el modelado de una empuñadura hasta la selección de un cristal para unirlo a un generador del campo no muy diferente a este —indicó con la cabeza las entrañas del bajo pedestal con forma de cuenco de duraluminio de la escultura.

—Pero tú no construiste *ese* sable láser.

Jax bajó la mirada hasta el arma que colgaba en el cinturón de su túnica.

—No.

—¿No te hace sentir extraño usar ese? Quiero decir, es r*ojo*.

Jax observó la expresión impasible de Laranth, entonces sonrió sardónicamente.

—¿Te refieres a que es el que usan los inquisidores?

—Bueno… sí.

—Sí me hace sentir extraño. He tenido la intención de terminar el que empecé a construir, pero…

¿Pero qué?

—¿Qué te ha detenido? —preguntó Laranth. Su atención estaba puesta en el conjunto de herramientas de Volette.

Buena pregunta. ¿Qué *le había detenido*?

—No tenía una fuente de energía que resonara con el cristal de Ilum para generar un campo coherente.

Kaj señaló la consola abierta en el cuenco de luz.

—¿No es eso?

El niño era rápido, tenía que reconocerlo. Jax miró parpadeando el núcleo de la escultura de luz. La placa de circuitos que Kaj indicaba era ciertamente una fuente de energía resonante, y él lo había sabido hacia tiempo. También había sabido que estas esculturas y sus componentes estaban ahí, esperando. ¿Por qué no le había preguntado a Dejah si podía usar uno de ellos? Ella se había ofrecido a venderlas para obtener recursos, le había dejado reajustarlas por el bien de Kaj, así que ¿por qué no una fuente de energía para su sable láser?

—Tienes razón —dijo él—. Tendré que preguntar por ello —sintió el desconcierto de Laranth y lo ignoró intencionadamente.

—¿Qué harás con el viejo?

Jax podía sentir la atención del niño en el arma que colgaba en su cadera.

Kaj continuó:

—Quiero decir, tendrás que enseñarme a utilizar uno, ¿verdad? Y probablemente no hay tiempo o recursos para construir dos…

Jax sonrió ante el entusiasmo juvenil. Él no era mucho mayor que Kaj, se percató —menos de cinco años— pero se sintió positivamente marchito en comparación.

En una esquina de la habitación cerca del banco de trabajo de Ves Volete, un pitido le alertó de la llegada de un mensaje. Mirando a Laranth, Jax fue hasta la estación de trabajo para mirar la fuente del mensaje. Era Rhinann.

Jax activó el nodo HoloNet.

—Rhinann, ¿algo va mal?

La escarpada cara del elomin decía que muchas cosas iban mal.

—Pol Haus ha contactado con nosotros —dijo—. Desea hablar contigo.

—¿Se trata de…? —Jax volvió a mirar a Kaj—. ¿El asunto sobre el que nos habló recientemente?

—Oh, ciertamente. Desea saber si «tenemos algo para él sobre el asunto de Jedi rebelde». Esas fueron sus palabras exactas.

Jax sintió la mirada repentina e intensa del «Jedi rebelde». No era cómodo.

—Dile al Prefecto Haus que hemos estado ocupados con otro asunto y que todavía no tenemos nada para él. Dile que aún tenemos que investigar las diversas conexiones.

—Ya le he dicho eso. Desea hablar contigo.

—¿Está allí?

—Sí.

—Ya veo. ¿Estás…? —Jax hizo un gesto con la mano que era el código de Latigazo para «encubierto» o «camuflado». Esperaba que Rhinann entendiera lo que quería decirle y se asegurara de ocultar sus alrededores y su localización.

El elomin inclinó su cabeza, entonces dijo:

—¿Hablarás con él?

—Por supuesto. Jax giró su cabeza ligeramente y le indicó a Kaj que permaneciese en el otro lado de la habitación. Con los ojos muy abiertos, el joven desapareció detrás de su muro de luz tejida.

Haus apareció en la proyección holográfica como una cabeza y unos hombros flotando en el aire.

—¡Jax Pavan! —dijo en un tono que era casi jovial—. Tu asociado me dice que no tienes noticias para mi acerca del artículo que estoy buscando. ¿Es este el caso?

Jax captó un resoplido amortiguado y enojado de Rhinann.

—Mi asociado se siente aparentemente insultado por su falta de confianza hacia él, Prefecto.

—No tiene nada que ver con confianza. Tiene que ver con tu función en ese variopinto puñado de inadaptados al que llamas equipo investigador. El cliente me ha estado presionando para obtener resultados. Hasta ahora todo lo que he conseguido de mis informadores —y tu de los tuyos, sospecho— son miradas que dicen que mi cerebro está nadando en especia si pienso que van a decirme alguna cosa. ¿Puedo recordarte que cuanto más cerca está nuestro cliente de mí, más cerca está de ti?

Jax aspiró profundamente.

—Comprendo esa parte de la ecuación bastante bien.

—Bien. Recuerda, esto no es una amenaza. Es una advertencia. Si el cliente piensa que le estamos dando evasivas, no será bueno para ninguno de nosotros. La incompetencia la pasará por alto durante un tiempo… pero no el subterfugio. Tenemos que mostrarle algo —Haus inclinó su peluda cabeza cubierta de cuernos, y miró fijamente a Jax—. Haz tu investigación, Pavan. Pero hazla pronto, o el cliente va a forzar mi mano.

—No estoy seguro de por dónde empezar.

—Desechos de Bantha. Te conozco. Esa cabeza tuya es tan rápida como un látigo. Lo descubrirás.

Entonces desapareció, dejando a Jax plantado en el estudio.

Lo sabe. De alguna forma sabe que tenemos a Kaj.

Jax tenía que completar esa «investigación». Si había leído el código de Haus bien, sabía dónde se suponía que tenía que hacerlo. Se volvió hacia Laranth, la cual estaba en pie con el ceño fruncido.

—¿Lo has oído? —ante su asentimiento, él preguntó—. ¿Sabes lo que está insinuando?

—No de primera mano. Sólo sé sobre él que es un prefecto de sector. Obviamente se supone que tenemos que interpretar que la cabeza de Latigazo sabe más.

—¿Puedes concertar un encuentro con Yimmon? Me gustaría saber su opinión… sobre un par de cosas, en realidad.

—¿Incluyendo el loco plan de Tuden Sal?

—¿Crees que es una locura?

—¿Te importa lo que yo piense? —había desafío en esos ojos verdes.

—Sí, por supuesto que me importa. ¿Cómo podría no importarme?

Ella se encogió de hombros.

—Cuando me dejaste en el centro médico, no pareció importarte. De repente estabas muy orientado hacia el futuro.

—Cuando te dejé en el centro médico —comenzó Jax, entonces recordó que tenína audiencia: Kaj estaba observando su interacción con ávido interés. Jax hizo un gesto con la cabeza hacia las esculturas de luz—. Probablemente deberíamos volver al trabajo.

—Sí —dijo Laranth, mostrando de nuevo su expresión impasible a toda potencia—. Probablemente deberíamos.

CAPÍTULO QUINCE

Para cuando terminaron la tarea, Jax estaba tan cansado que veía flotantes imágenes consecutivas de luz en colores invertidos interactuando con el producto de su trabajo. Pero ahora tenían a Kaj rodeado por una serie de media docena de hélices de iluminación pulsando tan velozmente que parecían chispear.

Complacido con el efecto, Jax hizo que Kaj probara una serie de ejercicios de Fuerza y fue recompensado al no encontrar ni una sola filtración. Él y Laranth incluso subieron a la galería y se asomaron sobre el centelleante tejado de la estructura de luz. Nada de lo que hacía Kaj se filtraba, ni siquiera cuando realizó un salto de Fuerza que le llevó hasta el nivel de la galería.

—¿Estoy realmente a salvo aquí?

Su incertidumbre infantil era cautivadora. Jax sonrió abiertamente.

—Sí. Creo que lo estás.

—¿Entonces qué es lo siguiente? —preguntó el niño ávidamente—. ¿Me puedes enseñar a usar un sable láser?

La sonrisa de Jax se ensanchó mientras miraba a Laranth. Él sólo podía imaginarse lo que ella pensaba del entusiasmo de Kaj por el arma Jedi. Como siempre, su expresión no revelaba nada.

—¿Quieres hablar sobre las ventajas del blaster como arma de elección? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

—La filosofía de los Paladines Grises es simplemente que cada Jedi debería escoger el estilo de arma que mejor le satisface a él o ella. Por lo que he visto del «estilo» de Kajin yo diría que podría no necesitar ningún arma.

El niño se vio abatido.

—Me gustan los sables láser.

—Entonces utiliza un sable láser, por supuesto. Estoy segura de que Jax puede ayudarte a construir uno.

—¿Podemos usar la empuñadura de aquél? —Kaj señaló con la cabeza el arma Sith.

—Claro.

—¿De verdad? ¿No tiene que ser —ya sabes— original?

—Una empuñadura puede estar hecha de cualquier cosa con la que el Jedi se sienta cómodo al agarrar —dijo Laranth.

—¿Podemos empezar ahora? —preguntó Kaj.

—¿A construir un sable láser? No —dijo Jax—. Necesito…

—No, quería decir a aprender a utilizar uno.

Jax consideró la idea, sus ojos deambularon alrededor del estudio buscando algún substituto adecuado para un Sable láser. Encontró un largo pedazo de duraluminio de unos dos centímetros y medio de grosor y sólo un poco más corto que una hoja estándar. Tomando un remoto de su bolsa, que él había empacado con anterioridad, entró en la

jaula de luz, activó el droide, y lo lanzó al aire donde se quedó flotando, zumbando, esperando sus instrucciones.

—¿Es un juguete? —preguntó Kaj.

—No exactamente. Es un droide de práctica… un remoto. Es con lo que cada Padawan comienza. Te dispara rayos EM, y tu intentas desviarlos antes de que te golpeen —hizo un gesto a Kaj para que se colocara en un extremo—. Observa —dijo.

Cerró los ojos, alzó la barra de duraluminio, y se puso frente a la esfera. Dio la orden de activación, y la pequeña bola se alejó de él.

Él la siguió con la Fuerza, dando vueltas, moviéndose como se movía el remoto. Sintió como se acercaba para un ataque, sitió la diminuta red neural a punto de disparar un rayo siseante de energía. Se movió fácilmente para interceptarlo con la barra y sintió un zumbido de energía recorrer el sable láser provisional hasta sus manos. Le hizo cosquillas, pero no de forma desagradable; el metal difuminó la carga. Continuó el ejercicio, mostrándole a Kaj las posturas y movimientos básicos del Shii-Cho, sin abrir los ojos hasta que desvió una docena de disparos.

Mientras tanto, Laranth recorrió el perímetro de la jaula de luz, incluso subiendo hasta la galería, buscando fugas.

—Wow —dejó escapar Kaj cuando Jax desactivó finalmente el remoto—. Eso fue asombroso. Ni siquiera lo miraste una vez.

Jax clavó los ojos en el niño con incredulidad por un momento, entonces empezó a reírse.

—Después de lo que te he visto hacer, ¿te impresiona mi práctica con un remoto?

—Cuando uso la Fuerza para defenderme es todo instinto y desesperación —dijo Kaj seriamente—. No puedo controlarla así —sólo ataco. Incluso cuando la uso para hacer otras cosas como conseguir comida o ropas o encontrar un refugio seguro, yo nunca estoy seguro de ella. Nunca sé lo que va a hacer realmente.

—Entiendo. Todo Padawan pasa por eso. Todo Padawan tiene que aprender su propia técnica.

Jax tendió el sable láser provisional al niño.

—Inténtalo.

Kaj miró tristemente el sable láser real colgando del cinturón de Jax.

—No podría…

—Todavía no. Como tú has señalado, realmente no conoces tu propia fuerza.

—Sí —Kaj tomó la barra—. ¿Tengo que cerrar los ojos?

—Prueba con ellos abiertos algún rato. Entonces tal vez probemos con una máscara.

Obedientemente, Kaj imitó la posición de Jax y esperó a que el remoto se enfrentara a él. Desvió las salvas bastante bien desde el principio, nunca dejando que le tocaran. Pero Jax podía ver lo que quería decir sobre la desesperación. Él no estaba anticipando los ataques del remoto usando la Fuerza. Más bien, estaba usando los extraordinariamente rápidos tiempos de reacción que la Fuerza le confería y se movía cuando el parpadeo de

las diminutas armas del remoto lo delataban. Había una diferencia, y eso podía significar la vida o la muerte en una situación de batalla.

Jax detuvo la práctica tras varios minutos y encontró un fajín en el armario de Ves Volette que usó para cubrir los ojos de Kaj. Bajo la máscara improvisada, el chico sonrió. Jax podía sentir su entusiasmo.

Él quería una oportunidad de desafiarse a sí mismo, de probarse a sí mismo.

Sin esperar que Jax iniciara el ejercicio, Kaj dijo la orden de activación.

El remoto osciló en el aire e inmediatamente acribilló a Kaj con un disparo de energía.

—¡*Ow!* —el niño chilló y se giró.

—En espera —instruyó Jax al remoto, tratando de mantener una cara seria—. Piensa en el espacio a tu alrededor como un campo —una tela tejida por y de la Fuerza. Ese campo te une a todo lo demás a tú alrededor: yo, la barra, el droide. Deja que la Fuerza te guie.

—Pero el remoto es un mecanismo —no está vivo. ¿Cómo puede leer la Fuerza las intenciones de uno mecanismo?

—No es cuestión de intenciones, Kaj. Las tuyas o las del remoto. La Fuerza existe en todas partes —en el presente, y también en el pasado y el futuro. Y la Fuerza puede moverte en la dirección correcta.

—Pero la velocidad…

—Te he visto moverte, Kaj. Con la venda quitada, estabas reaccionando a la visión de la apertura de la portilla láser, y no te dio ni una vez. La Fuerza puede afectar a tus reflejos a fin de que puedas ser aún más rápido. Siente la Fuerza, Kaj. Deja que te guíe…

Una sonrisa lenta se surgiendo en la cara de Kajin Savaros. Cortó el aire con su sable láser de práctica.

—Déjame intentarlo otra vez, Maestro.

Jax sintió una cálida oleada de gratificación ante estas palabras. Tal vez tenía algo que enseñar, después de todo.

Salió de la caja de luz, puso el remoto de nuevo en funcionamiento, y observó a Kaj bailar con él.

Acribilló la manga de la túnica del joven una vez, y otra vez alcanzó su chaleco. Pero con una sonrisa creciente, el niño desviaba sus disparos, al principio con vacilación, después aumentando su confianza, bailando de un lado a otro dentro del círculo de luz cinética.

Laranth regresó silenciosamente al lado de Jax.

—Se está volviendo engreído —murmuró ella.

Tenía razón. Jax podía notarlo por el contoneo en los movimientos mayormente graciosos de Kajin. Probablemente era un buen momento para terminar la práctica, aunque podría ser beneficioso para el niño que le remoto le diera una vez más.

Al mismo tiempo que tenía ese pensamiento, Kaj hizo un mal desvío. Un floreo llevó su mano demasiado alto, y la pequeña esfera flotante le golpeó en la muñeca. Él gritó y

giró hacia el remoto… que descendió y volvió a darle en el cuello y una tercera vez en las nalgas.

Antes de que Jax pudiera apagar el remoto, Kaj rugió con una furia incoherente y dejó escapar una explosión de energía de Fuerza. El desafortunado remoto fue desintegrado del círculo de luz y la barra de duraluminio salió disparada hacia Jax.

Si él no hubiera practicado lo que había predicado sobre calibrar intenciones, habría sido atravesado.

En este caso, la barra no lo alcanzó por un estrecho margen, pasando a través del punto exacto en el que había estado su corazón un momento antes, y se clavó quince centímetros en el muro de plasticreto del estudio. Se giró y vio que los cuencos de luz que mantenían la «sala segura» de Kaj se sacudían violentamente.

—¡Kaj! —gritó Jax, reforzando la orden verbal con una aplicación de la Fuerza mientras se lanzaba hacia el velo de luz y entraba en el círculo. El niño se quitó la venda de los ojos y permaneció mirando a Jax, jadeando y rígido por la rabia, con una mano levantada para defenderse de un ataque.

Fuera del círculo, Laranth tenía a sus desintegradores apuntados hacia el chico.

—Es sólo un ejercicio —dijo Jax—. Sólo un ejercicio. Cálmate.

Lentamente la furia roja desapareció de los ojos del niño, para ser reemplazada por el miedo miserable.

—Lo… lo siento. No sé lo que pasó. Lo perdí. Lo siento tanto.

—Eso —dijo Jax—, es lo que tenemos que trabajar, Kaj. No puedes usar la Fuerza por cólera u odio. Utilizas el lado oscuro cuando haces eso. Recuerda: No hay pasión; hay serenidad.

Los hombros de Kaj cayeron pesadamente y él asintió con la cabeza.

—No hay ignorancia; hay conocimiento. Necesito conocimiento.

—En serio —murmuró Laranth, enfundando sus armas.

El miedo ardió de nuevo en los ojos del niño.

—No quiero pasar al lado oscuro, Jax. No quiero ser como ese Inquisidor. Le sentí. Cuando vino a por mí. Era todo odio frío como… como un lago de metano congelado. Quería matarme y ni siquiera me conocía. No quiero ser así. Enseñadme a no ser así, por favor —miraba de un Jedi a con desnuda imploración.

—Lo intentaremos —dijo Jax, mirando hacia Laranth buscando su acuerdo. *Si sobrevivimos a las lecciones,* decía la expresión de ella.

—La buena noticia es que no se filtró nada —continuó Jax—. Vi lo que estaba ocurriendo, pero no lo sentí.

—Por suerte para ti —agregó Laranth secamente—. Si hubieras tenido los ojos vendados, ahora estarías muerto.

Y si alguien me hubiera dicho hace dos días que ese sería un pensamiento reconfortante, pensó Jax, le habría llamado loco.

* * *

Pasaron a cosas más moderadas después de eso, los dos Jedi hicieron pasar a Kaj a través de una serie de ejercicios meditativos orientados a sentir las texturas del mundo a su alrededor, usando sólo la Fuerza.

Eso fue mucho más exitoso, y Kaj parecía haber dejado atrás la sombra de su explosiva primera práctica con sable láser. Comieron y entonces el niño durmió en un sofá que Jax llevó a la jaula de luz.

—Parece aún más joven cuando duerme —comentó Jax—. Me hace sentir anciano.

—Nunca sospecharías que era capaz de volar todo este edificio, ¿verdad? —dijo Laranth.

Jax se rió, dándose cuenta repentinamente de cuánto había echado de menos al Paladín Gris. Él la miró, repantigada con gracia felina en un sofá bajo en la sala de estar del piso de arriba, y se preguntado cómo había sido tan tonto para dejarla marchar. Un par de pensamientos colisionaron en su cabeza de camino hacia su boca: Pídele que regrese al equipo y ayude a entrenar al niño. *Pregúntele a ella lo que piensa realmente sobre el plan de Tuden Sal.*

Abrió su boca para hablar… y en ese momento, la puerta del vestíbulo sonó y entonces se deslizó para dejar pasar a Den, I-Cinco, y Dejah.

Laranth se puso en pie como un resorte. Adiós a la actitud relajada; la atmósfera de cálida satisfacción desapareció con eso.

Confuso, Jax se levantó. Claramente, ya no podía preguntarle nada.

—¿Cómo fue? —le preguntó a I-Cinco.

—Fue bien. La hembra está en camino hacia Orto, donde una familia de alta posición está esperando para acogerla. Compruebo que el edificio sigue en pie, así que asumo que las cosas también fueron bien por aquí.

Jax echó una mirada a Laranth, pero ella se había alejado de ellos, su expresión facial tan impenetrable como una pared de duracreto.

—Una mezcla —admitió—. La mala noticia es que Kaj tuvo otro episodio. Se frustró con el droide de práctica y lo destruyó. La buena noticia es que las esculturas no dejaron que se filtrara nada de eso.

En ese momento Laranth le miró a los ojos, notando silenciosamente su obvia omisión… lo cerca que había estado de morir.

—¿Las modificasteis entonces? —preguntó Dejah, la pena impregnando su voz.

—Si no lo hubiéramos hecho —dijo Laranth serenamente—, no habría ninguna oportunidad de que Kaj fuese entrenado. Oh, y este lugar estaría plagado de Inquisidores ahora mismo —se volvió hacia Jax—. Debería irme. Llevaré a Thi Xon Yimmon tu mensaje.

—Uh, claro —dijo Jax—. Hazme saber cuándo puedo verle. Tiene que ser pronto. Hoy, si es posible.

Ella asintió con la cabeza lacónicamente y salió.

—¿Vas a reunirte con Yimmon? —preguntó I-Cinco.

—Necesito resolver un par de cosas con él —Les contó sobre el mensaje de Pol Haus, lo poco sutil de su discurso esto-no-es-una-amenaza, el indicio que él y Laranth sintieron señalando al líder de Latigazo.

Las reacciones fueron variadas. Dejah parecía ansiosa por llegar hasta la verdad. Den parecía indigesto pero dijo nada. Fue I-Cinco el que hizo la observación más perturbadora.

—¿Se te ha ocurrido —preguntó—, que quizá ésta es la forma de Pol Haus de conseguir acceso a Thi Xon Yimmon? ¿Acceso que aún no tiene?

Jax se quedó helado hasta la médula.

—¿Crees que es una trampa? ¿Que espera utilizarnos para llevarle hasta Yimmon?

—No creo e*so*, necesariamente, pero es un punto a tener en cuenta.

—Entonces tenemos que asegurarnos de que cuando vea a Yimmon, no me sigan.

—Creo que podemos ocuparnos de eso —dijo I-Cinco—. También creo que tenemos un asunto de importancia que discutir como equipo. —Se volvió hacia Den, quien estaba en la silla frente a la terminal de la HoloRed del piso de arriba.

—¿Si fueras tan amable de contactar con Rhinann?

Den saltó, alarmado. Claramente había estado perdido en sus propios pensamientos. Miró de Jax a I-Cinco, entonces se giró para establecer la conexión. En un momento el elomin apareció en un holograma de tamaño natural por encima del holoproyector junto a la terminal.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. ¿Algo va mal?

—Mucho —mascculló Den.

—Nada —dijo I-Cinco—. Tenemos que deliberar. Prometí darle a Tuden Sal una respuesta a su proposición esta noche. Aunque aún faltan varias horas para eso, no tengo una respuesta firme para él. Me gustaría saber dónde se coloca cada uno.

—Yo elijo sentarme —dijo Den. Alzó la mirada hacia el droide—. Ya sabes mi opinión. No he cambiado de idea. Esto es demasiado peligroso —para ti, para nosotros, para Jax, para el Latigazo y para todo lo que representa. Yo voto no.

—No podría haberlo dicho mejor —estuvo de acuerdo Rhinann—. Por una vez, estoy completamente de acuerdo con con Den. Yo voto no.

—Y yo —dijo Dejah—, voto sí.

Den y Rhinann reaccionaron a eso con pasmada incredulidad, y Jax tuvo que admitir que él estaba igualmente impactado, aunque consiguió no mostrarlo.

—Me doy cuenta de que éste es un cambio radical de opinión para mí —continuó la zeltron—, pero he pensado mucho en ello en los últimos días y he llegado a la conclusión de que todo lo que hemos pasado —huir, escondernos, ocultar el talento de Kaj, ahora el miedo de que Pol Haus nos utilice para exponer a Thi Xon Yimmon y destruir el Latigazo— nada de eso habría ocurrido si el Emperador no estuviese en el poder. Este Imperio está asfixiando a su pueblo. Debe caer, y cuanto antes mejor.

—¿Jax? —I-Cinco le estaba mirando, esperando una respuesta.

Jax no tenía una.

—Esa es una de las cosas sobre las que necesito hablar con Yimmon, porque Dejah tiene razón —lo que decidamos hacer tendrá un impacto en el Latigazo y en todo el mundo relacionado con ello. Tendrá un impacto en todo el mundo que *nosotros* toquemos. Después de que me reuna con Yimmon tendré una respuesta, te lo prometo.

—¿Realmente tienes que hacerlo, Jax? —preguntó Dejah seriamente. Ella se levantó de su silla y fue hasta él para tomar sus manos con las suyas y mirarle a los ojos—. ¿No conoces tu propio corazón? ¿No puedes sentir lo que es correcto? ¿No puedes ver que el Emperador tiene que morir?

Él lo veía. Lo veía muy claramente. Lo sentía visceralmente, pero también sabía lo seductora que podía ser la idea de venganza. Cómo podía insinuarse en el corazón, la mirada, el sonido, y el sentido como lógica, o justicia, o rectitud.

Oyó a Den murmurar algo áspero en voz baja mientras apartaba sus manos del agarre de Dejah.

—Necesito hablar con Yimmon —repitió él.

Dejah se dio la vuelta y salió de la habitación, llegando hasta la galería, donde se detuvo a mirar a Kaj a través del brillo de su campo luminoso. Entonces, volviendo la mirada hacia Jax, entró en la cocina.

Jax apartó la mirada de ella con un esfuerzo, devolviendo su atención a I-Cinco.

—¿Puedes esperarme? —preguntó simplemente.

El droide inclinó la cabeza.

—Como desees.

—Bien —dijo Rhinann con un suspiro profundo—, eso es un aplazamiento, supongo. Antes de irme, tengo un par de cosas que informar. Una es que hoy ha habido de nuevo Inquisidores en el barrio. Dos o tres de ellos —es difícil de determinar. Creo que debemos abandonar este lugar…

—Sí —dijo Jax—. Estoy de acuerdo. ¿Necesitas ayuda?

—Creo que puedo arreglármelas por mí mismo, gracias. Sé cómo cubrir nuestras huellas.

—¿Y el otro asunto? —apuntó I-Cinco.

—Un mensaje para Den de una Eyar Marath. ¿Lo reenvío?

—No —dijo Jax—. Podría ser rastreado. Encríptalo, cristalízalo, y tráelo contigo cuando vengas. Si te parece bien, ¿Den?

El sullustano se había puesto increíblemente pálido y sus pliegues se estremecieron. Él no dijo nada, meramente asintió.

Jax abrió la boca para preguntarle si estaba esperando malas noticias, pero antes de que pudiera decir nada, Den se bajó de la silla y dejó la habitación. Le oyeron tomar el elevador hasta el estudio.

Un momento más tarde, Dejah apareció en la amplia entrada de la sala de estar.

—La cocina está vacía y tengo ganas de cocinar algo. Me bajo al mercado —anunció ella.

Jax se sintió aliviado al verla partir, esperando que hacer algo creativo calmara sus nervios y viera de forma más benévola su decisión que no era una decisión.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Jax se reunió con Laranth en una esquina de la Sala Gruta del Rincón de Sil. Tallada en la misma subestructura de ferrocreto del bloque comercial superior y modelada para parecer una caverna natural, el subsótano era el único lugar tranquilo que poseía la cantina.

Jax llegó primero, eligió un cubículo en una esquina con una mesa modelada para parecer una estalagmita achaparrada, con la parte superior plana, y pidió una cerveza de raíz de daro. Entonces se inclinó sobre la bebida color oro pálido observando las burbujas desaparecer. No tenía alcohol, pero parecía como si pudiese tenerlo. Él lo sorbió poco a poco, saboreando el sabor cremoso y preguntándose si Laranth aparecería en algún momento.

Se sentía extrañamente vacío en su interior, como si alguna parte de él estuviera ausente… algo que estaba acostumbrado a tener allí. Y estaba intranquilo.

Bien, había muchas razones para la ansiedad: Inquisidores frecuentando Poloda Place, Kaj lanzando arrebatos de Fuerza, Haus presionándolos para descubrir a Kaj, Sal presionando para planear un asesinato. Y también estaba la fricción aparentemente trivial entre Dejah y Laranth… y entre Dejah y Den… y entre Dejah y Rhinann. De hecho, la única gente que no parecía sentir rechazo por la zeltron eran I-Cinco, Kaj, y el propio Jax.

Recordó de repente esa perturbación extraña causada por los celos que había sentido en sus entrañas cuando Dejah respondió a la necesidad emocional de Kaj. Eso era francamente extraño. Sí, ella era atractiva, pero él había filtrado la porción química de eso, ¿verdad?

Rememoró la conversación que casi no había tenido con Laranth en el estudio… su comentario sobre dejarla en el centro médico. Había habido un momento en el que él había mirado en sus ojos y había sabido —sabido con la certeza de una intuición amplificada por la fuerza— que estaban en la misma longitud de onda y que en lo más profundo, por debajo de las diferencias entre sus especies, sus filosofías, sus entrenamientos, y sus personalidades, ellos eran… ¿qué?

Sacudió la cabeza. Había sido una sensación tan fugaz. El sentimiento de que la conocía, completa y francamente, y que ella le conocía a el con la misma claridad extrema. Que eran, de alguna forma, dos partes de un todo que estaba unido por la propia Fuerza.

Entonces había desaparecido, empañado por su miedo mutuo.

Y algo más.

Lo recordaba como si hubiese sido ayer: saliendo al distrito más allá de la habitación en la que yacía Laranth; la luz del sol filtrada, los otros esperándole, la risa cálida de Dejah, y la sensación de que todo sería más llevadero, más fácil sin la Twi'lek sombría…

Algo frío e insidioso se elevó desde el fondo del estómago de Jax. Apartó las manos de la jarra fría y se recostó en el cubículo, fijando la mirada en el juego de luces a través del pálido líquido ámbar. ¿Había sido *manipulado*? ¿Se había *dejado* manipular?

—¿Estás bien? Parece como si tu vida acabase de pasar ante tus ojos. —Laranth, con sus propios ojos grandes y oscuros observando su cara, se deslizó en el cubículo a su lado.

Él tensó su agarre de la Fuerza, rodeándose con su tejido como un manto reconfortante. *¿La vida pasando ante mis ojos? Sí, algo así.* Algo de su vida había pasado ciertamente por su lado tan rápidamente que había sido incapaz de tocarlo siquiera antes de que desapareciera. Se giró para mirarla, captando la preocupación honesta en sus ojos. ¿Podría recuperar alguna vez ese momento?

—Acabo de tener una iluminación más bien importuna.

Sus cejas se elevaron. Él sacudió la cabeza como si se deshiciera de la epifanía.

—Esta mañana dijiste que Kaj se estaba volviendo engreído. Acabo de darme cuenta de que yo también he sido un engreído. Y con algo mucho más importante que un droide de práctica.

—Hoy estás lleno de acertijos. Suenas como el Maestro Yoda.

Él sacudió de nuevo la cabeza, entrelazando las manos alrededor de la cerveza de raíz de daro.

—El maestro Yoda nunca habría cometido este error.

Ella le contempló, sus ojos, él estaba seguro, veían más de lo que él quería.

—Estoy segura, si le hubieras preguntado, que él te habría dicho que todos cometemos esa clase de error de vez en cuando.

Él abrió su boca para preguntar lo que quería decir con *esa clase de error* cuando ella dirigió su atención a un par de rodianos que acababan de entrar en la gruta tenuemente iluminada cogidos del brazo. Cuando ella se volvió hacia él, supo que había pasado otro de los momentos de su vida. El pensamiento trajo consigo un cosquilleo de pánico naciente.

No hay emoción; hay paz.

—¿Qué tal está tu hermano pequeño? —le preguntó Laranth, refiriéndose a Kaj.

—Está bien. Estaba jugando sabacc con —con los chicos.

—Estaba jugando sabacc con la zeltron.

¿Había sido tan transparente?

—¿Es eso un problema?

—No. De hecho, creo que es una buena idea. Ella puede mantenerlo calmado. Hizo milagros con la hembra togruta, en todos los aspectos —inclinó la cabeza hacia la bebida de él y alzó la voz sólo un poco—. ¿Por qué no terminas eso para que podamos ir a algún lugar más privado?

Él forcejeó brevemente contra la disonancia cognitiva, confuso durante medio segundo por la suave calidez de su voz. La estática imprecisa que se levantó entre ellos cuando ella se acercó a él.

No hay pasión; hay serenidad.

El terminó de un trago su bebida y le sonrió abiertamente, adoptando su papel asignado.

—Iré a cualquier sitio que quieras llevarme.

Ella le dedicó una mirada que, desde el otro lado de la sala, debía de haber parecido ardiente. De cerca, el efecto era algo diferente. Más como escaldadora.

Él se serenó.

—¿Qué… demasiado? —murmuró.

Ella tomó su mano y lo sacó del cubículo. Estaban saliendo de la cantina cuando una alta devish se cruzó con ellos en la entrada.

—¡Laranth! —gritó la mujer con una amplia sonrisa. La twi'lek devolvió el saludo, pero no la sonrisa.

—¿Quién es el nuevo hombre? —preguntó la devish, con una mirada lasciva y sugerente en su roja y saturnina cara.

—Aún no lo sé —le dijo Laranth—. Pero voy a descubrirlo.

Dejaron la cantina con la risa de la devish siguiéndolos calle abajo.

—¿El *nuevo* hombre? —preguntó Jax cuando habían recorrido un bloque—. ¿Hay uno *viejo*?

—Me encuentro con mucha gente en esa cantina, Jax. Contactos. Amigos.

¿Amantes?, quiso preguntar él, pero no lo hizo.

Bajaron tres niveles desde el mismo límite del espaciopuerto, hasta un laberinto de túneles y callejones tan complejos que Jax se preguntó cómo alguien que no fuera un Jedi —o al menos un adepto en la Fuerza— podía encontrar de nuevo el camino de vuelta.

Cuando pensaba que debían estar llegando a su destino, Laranth se subió a un aerodeslizador que estaba esperando, y fueron llevados a un barrio no muy diferente al que albergaba Poloda Place. En lo profundo del entrecruzar de callejones había un viejo teatro del tipo de los que organizaban funciones en vivo para audiencias limitadas. Habían sido lo último unos cuatrocientos años atrás, pero ya hacía tiempo que el viejo edificio había dejado atrás su esplendor y estaba cubierto de mugre y gloria pasada. Tenía una pequeña galería de arte en la planta baja donde artistas desconocidos para Jax exhibían un variado conjunto de obras, incluyendo, notó con interés, algunos murales de luz.

Aunque el medio era el mismo que el utilizado por el difunto Ves Volette, el estilo de la exposición era completamente diferente. En lugar de un cuenco del que brotaba una fuente de luz ingeniosamente moldeada, estos estaban modelados con la luz saltando hacia la pared desde una bandeja larga y estrecha o incluso desde una barra que alojaba los emisores y los generadores de campo. También eran significativamente más pequeños que las obras de Volette, y los generadores eran miniaturas.

Aun así, captó la atención de Laranth e indicó las obras con un gesto.

—Interesante.

—Sí. Yo misma me pregunté por ellos cuando mencionaste el plan para las de Volette. Aunque estas no tienen nada parecido al poder cohesivo de los campos de las obas de Volette.

—Podrían servir en una emergencia.

Laranth le dirigió una mirada dura.

—¿Estás planeando crear una emergencia que pruebe esa teoría?

Jax hizo una mueca.

—Nunca planifico emergencias. Simplemente parecen ocurrir.

Laranth giró la cabeza, su lekku derecho se enrollaba y desenrollaba. Ella gesticuló hacia lo que parecía ser una pared vacía cubierta de un spray de luz.

—A través de aquí.

—¿A través de dónde? —empezó a preguntar Jax, cuando la twi'lek atravesó la pared. Corrección: el holograma de una pared. Él la siguió y se encontró en el tubo de un turboascensor. No podía distinguir inmediatamente si estaban subiendo o bajando. Usó un zarcillo de la Fuerza para descubrirlo. Ascendían, sorprendentemente.

Salieron a un pasillo que albergaba varios grupos de puertas. Ella lo condujo al extremo más alejado del pasillo y a través de un par de puertas que se abrieron con un chasquido y un suspiro.

* * *

Den volvió a reproducir el mensaje holográfico de nuevo, con el corazón desbocado ante el resplandor de la cara de Eyar, ante la dulzura de su voz. El impacto de esas cosas le asombró. Él era por lo menos doce años más viejo que la cantante sullustana. Desgastado. Cansado. Viejo. Pero oírla, verla, le hacía sentirse rejuvenecido, especialmente consideraba la esencia de su mensaje:

—¿Qué te retiene, querido? ¿Cuán pronto puedes volver a casa?

Casa.

Dioses del hogar y la colina, esa sí era una palabra gloriosa. Oyéndola en su mente, se preguntó si necesitaba siquiera esperar a la decisión de Jax. Den se levantó de la estación de trabajo y, con una prisa extraña y temblorosa, comenzó a hacer el equipaje.

Sólo estaba cubriendo todas sus bases, se dijo a sí mismo. Simplemente se preparaba ante cualquier eventualidad. Sólo empaquetaba lo básico, lo esencial… que era todo con lo que había viajado siempre, a decir verdad. Una carrera en el negocio de las noticias le había enseñado a estar siempre preparado para salir volando por la puerta de un momento a otro, nunca con nada más que lo que le entrara en una pequeña maleta de mano.

En diez minutos estaba listo. Todo lo que necesitaba era usar una tarjeta de créditos para asegurar una litera en un crucero estelar saliente. Eso le llevaría menos de cinco minutos.

Miró alrededor de la habitación y se sorprendió ante la poca emoción que sintió. Pensó en I-Cinco, su amigo. Sabía que estaba siendo un cobarde al marcharse sin despedirse. Pero no podía esperar… no podría arriesgarse a perder su determinación. Tenía que irse mientras tuviera el valor. Porque según estaban yendo las cosas, puede que no tuviera otra oportunidad.

—Suficientes aventuras —murmuró—. Es hora de descansar.

Den salió por la puerta, que se deslizó tras él con el sonido de un suspiro desesperado.

* * *

La habitación era cómoda sin ser opulenta, los colores eran ricos y cálidos, el mobiliario estaba hecho a mano. Jax, quien nunca había estado aquí antes, quedó bastante impresionado por la habitación mientras Laranth le guiaba hacia adentro… y aun más impresionado por su único ocupante.

Sentado en el estrecho borde de una gran mesa oval estaba el líder del Latigazo, Thi Xon Yimmon. Un cereano, era una figura imponente, de unos dos metros de alto, su altura acentuada por el alto cráneo ahusado común a su clase, que albergaba un cerebro binario. Era esta característica singular, junto con un temperamento inusitadamente calmado, lo que le convertía en el líder ideal para una organización multifacética como el Latigazo. Esos cerebros gemelos, capaces de funcionar semi-independientemente, permitían a Yimmon concentrarse con eficacia en varios temas simultáneamente. Jax ya se había encontrado con el hombre una vez y había quedado impresionado hasta el punto de preguntarse si Yimmon no tendría alguna habilidad latente de la Fuerza. Era conocido por vivir de acuerdo con los principios Jedi, al menos hasta cierto punto. A Jax no le sorprendía que Laranth encontrara el liderazgo de Yimmon extremadamente atrayente.

El líder de Latigazo se levantó, sonriendo gentilmente, y tendió una mano grande hacia Jax. La gruesa mata de brillante pelo negro azulado que creía en la parte posterior y a los lados de la cabeza del cereano era larga y tejida en trenzas adornadas.

—Siéntate —dijo Yimmon, su voz un barítono profundo y cálido—. Laranth me dice que tienes algunas preguntas.

—Para ambos, en realidad —dijo Jax. Su mirada captó a Laranth justo cuando ella se volvía para marcharse. Ella se congeló, dedicándole una mirada impenetrable. A un gesto de Yimmon ella se acercó a la mesa y se sentó al lado del Jedi.

—Por favor —Yimmon tendió sus manos hacia Jax, palmas arriba, como para recibir las preguntas.

—Primero —dijo Jax—. ¿Le ha hablado Laranth acerca del joven adepto que hemos acogido —Kajin Savaros?

El Cerean asintió.

—Sí. Un joven extraordinario, en todos los aspectos.

—Y peligroso —añadió Laranth.

—Y en una situación peligrosa —dijo Jax—. Los Inquisidores están rabiosos por atraparle desde que mató a uno de ellos. Y desafortunadamente, sus proyecciones de Fuerza han atraído su atención.

—Han tenido que reubicarse —añadió Laranth—. Vader ha ordenado al prefecto policial del Sector Zi-Kree investigar el caso.

Thi Xon Yimmon asintió.

—Pol Haus.

—¿Le conoce?

—Ha servido bien al cuerpo de policía durante décadas. Es una fuerza a tener en cuenta, aunque sé que no lo parece a primera vista.

—Nos ha sugerido que deberíamos encontrar a Kaj y entregarlo.

—Creo de deberíais.

Esto cogió a Jax desprevenido.

—¿Cómo dice?

Los ojos de Yimmon brillaron intensamente con regocijo repentino.

—Pol me preguntó si estaría dispuesto a revelar nuestra conexión. Le dije que si él lo estaba, yo no podía hacer menos. Pol Haus era uno de los operativos originales de Latigazo, Jax. Uno de los primeros. ¿Puedes confiar en él? Sí. Puedes confiar en que hará lo mejor para Latigazo y para la gente a la que sirve.

—Entonces si la existencia de Kaj pareciese no ser lo mejor para Latigazo…

Yimmon negó con la cabeza.

—Tal vez estás buscando capas de significado donde no las hay. El Latigazo, como la Orden Jedi, se fundamente en la convicción de que la gente debe ser digna de confianza en sus relaciones con unos y otros. Él me ha dicho que no tienen intención de hacerle ningún daño al adepto, y le creo.

—¿Por qué no nos dijo eso? —preguntó Jax—. No dijo nada sobre proteger a Kaj.

—No me sorprende. Tiene experiencia en no dar a oyentes potenciales nada que escuchar. Reúnete con él donde podáis hablar libre y llanamente y haz tus preguntas. Aunque me equivoque con él, creo que sabrías si te miente directamente.

¿Si se equivoca? Un pensamiento inquietante.

—¿Podría equivocarse con él?

El cereano se encogió de hombros.

—Cualquiera puede equivocarse sobre cualquier cosa. Pero, aunque he visto Pol Haus mentir, nunca le he visto ser deshonesto.

Jax parpadeó ante la aparente paradoja, pero se dio cuenta de que comprendía lo que Yimmon estaba diciendo. Había mentiras que se decían con la intención de engañar activamente y mentiras que se decían meramente para desviar o proteger.

—Y eso —dijo Jax—, me lleva a mi segunda pregunta —Tuden Sal.

—También un operativo de confianza.

—¿Le ha hablado de su plan?

Laranth y Yimmon intercambiaron miradas. Entonces Yimmon dijo:

—Habíamos hablado de que él formara una célula especial que llevaría a cabo misiones especialmente peligrosas.

Jax no conocía otra forma de decirlo que no fuera directamente.

—Quiere que I-Cinco asesine al Emperador Palpatine.

Laranth se puso de un verde más profundo, y los ojos de Yimmon se abrieron aún más. Ninguno dijo nada, sino que esperaron a que él continuara.

—La justificación racional es que los pensamientos de un droide no pueden ser leídos mediante la Fuerza, así que sus intenciones estarían enmascaradas y su presencia pasaría desapercibida. Estaría disfrazado, por supuesto, para parecer un trespeo o algún otro droide de protocolo similar. Y puesto que no tiene ninguna programación que le impida hacer daño a un orgánico…

Thi Xon Yimmon estaba asintiendo, sus ojos velados.

—Sí, por supuesto. La lógica es impecable.

—¿Pero qué piensa del plan?

—¿Qué piensas *tú*?

—Tengo la mente dividida —casi literalmente. Primero, entienda que Sal ha sido menos que de fiar en… bien, no puedo hablar por mi experiencia, pero ciertamente en cuanto a mi padre y a I-Cinco.

Yimmon parecía genuinamente entristecido.

—Sí, Tuden Sal me habló bastante abiertamente de su traición. Él se siente empujado a «arreglar las cosas» como él lo dijo.

—Él tiene razones muy personales para querer muerto al Emperador —dijo Jax—. Su familia fue destrozada por su culpa. Tuvo que enviar lejos a su mujer e hijos para salvar sus vidas… o eso dice. Y perdió casi todo, todo en el transcurso de una tarde… la misma tarde que él vendió a I-Cinco. Al final ni siquiera consiguió los créditos de ese trato para mantenerse. Él culpa al Emperador y al Sol Negro a partes iguales, y puesto que el Emperador permite que el Sol Negro prospere… —se encogió de hombros.

Thi Xon Yimmon asintió.

—¿Y para ti estas no son razones suficientemente buenas para poner en peligro a tus amigos?

—¿Para alimentar la venganza de otro hombre? No. Pero él también ha mencionado ciertos puntos acerca de lo que significa la continuada existencia del Emperador para Latigazo, para los Jedi, para la gente que vive bajo el gobierno del Imperio. Esas son cosas que no puedo ignorar.

—¿Y esas serían tus razones para permitir a I-Cinco llevar a cabo lo que casi con seguridad sería una misión suicida?

—Él está de acuerdo en acatar mi decisión. Simplemente no estoy seguro…

—¿Son esas tus razones, Jax? —preguntó Laranth, repentinamente rebosando de intensidad.

—Yo… no estoy seguro de saber a qué te refieres.

—Has dicho que Tuden Sal era un hombre movido por la venganza. ¿Qué hay de ti? ¿También te mueve la venganza?

Él la miró fijamente, sintiendo como si ella contemplase el fondo de su alma y leyese sus miedos más profundos. Sintió también la mirada de Xon Yimon, y resistió el impulso de escudarse de ambos.

En lugar de eso, se entregó a su escrutinio. Abriendo su mente, manteniendo la mirada de Laranth, dijo:

—Dímelo tú. Por favor. Por eso esta decisión ha sido tan difícil para mí. Yo… temo que mis razones para buscar la muerte de Palpatine podrían estar más cerca de las auténticas razones de Sal de lo que creo. He llegado a comprender en los últimos tiempos que no siempre soy honesto conmigo mismo sobre algunas cosas.

No mencionó que por *últimos* se refería a menos de una hora antes en el Rincón de Sil.

—Soy un Jedi, Laranth. Si quiero seguir siendo un Jedi, no puedo ser un hombre movido por la venganza. No creo que sea eso lo que soy, pero no puedo decirle a I-Cinco que haga esto a menos que esté seguro. O al menos más seguro de lo que estoy ahora. Él está preparado para convertirse en un arma y poner el uso de ese arma en mis manos.

Laranth mantuvo su mirada un poco más, entonces bajó la vista.

—Hay muchas razones por las que Palpatine debería morir. Es una llaga para la galaxia… él y los Sith. Sí, ya sé las teorías sobre el equilibrio cósmico y las filosofías sobre la dualidad de la Fuerza —ella dirigió una mirada breve hacia Yimmon como si ésta fuese una discusión existente—. Pero no las creo. El mal es el mal.

—Sí —dijo Yimmon suavemente—. Y si eso es así, y si Jax se compromete a sí mismo y a su equipo en un intento de quitarle la vida a Palpatine, entonces ¿qué le diferencia de aquellos que representan el lado oscuro?

Los ojos de Laranth destellaron.

—¿Entonces combatir la maldad no sería maldad en sí mismo? Cuando Kaj mató a ese Inquisidor para salvarse, ¿no fue ese un acto malvado?

—Ese fue un acto instintivo de defensa propia. Tuden Sal habla de entrar premeditadamente en el territorio de Palpatine y matarle. Difícilmente un acto de defensa propia.

—¿Pero no me ha dicho siempre que luchar en defensa de otros es noble? ¿Que incluso la rabia puede ser positiva si se dirige hacia la injusticia? La muerte del Emperador salvaría incontables billones de la injusticia, y de los horrores acaecidos a los Jedi, los M’haelian, los Caamasi —y la Fuerza sabrá cuántos otros.

Su voz era baja pero apasionada. Viendo de nuevo su aura compuesta de resplandecientes hebras candentes, Jax sintió un resurgimiento de su admiración por la twi’lek.

Thi Xon Yimmon inclinó su cabeza levemente, entonces se volvió hacia Jax.

—Un dilema. Temo que no te hemos dado ningún alivio.

—No vine buscando alivio. Vine por su consideración reflexiva… por su sabiduría. Por todo eso le doy las gracias. —Jax se levantó, se inclinó respetuosamente y dejó el cuartel general de Latigazo.

Mientras se marchaba, las palabras dichas suavemente de Thi Xon Yimmon seguían resonando en sus oídos: *Si Jax se compromete a sí mismo y a su equipo en un intento de quitarle la vida a Palpatine, entonces ¿qué le diferencia de aquellos que representan el lado oscuro?*

Él no tenía ninguna respuesta para eso.

CAPÍTULO DIECISIETE

—¿Crees que lo tiene el sulustano? —Rhinann bajó la voz para que sólo Dejah, a solas con él en la cocina, lo escuchara.

Ella le miró por el rabillo del ojo mientas continuaba cortando hojaplata en un bol de ensaladas.

—Si lo tiene, se lo ha llevado del planeta con él —dijo ella—. Y no, no está entre sus efectos personales… los revisé. Si lo tiene, lo lleva en su persona —miró el crono de pared—. Y en este momento, sospecho que su persona está a bordo de un crucero estelar de vuelta a Sullust.

Rhinann sintió un frío helado recorrerle desde su cornuda cabeza hasta las plantas de los pies.

—¿Estás segura?

—¿De que se ha marchado o de que se ha marchado con el bota?

—Ambas cosas.

—Estoy segura, sobre las dos cosas. Le llevó bastante tiempo reunir el coraje suficiente para marcharse, a juzgar por el rastro de olores que dejó tras él.

Rhinann bufó un arpegio involuntario.

—¿Por qué tendría que reunir el coraje para marcharse? Lo peligroso es quedarse aquí.

—Sí, pero ese es el problema inherente al apego. Él está enamorado de la sullustana de la que acababa de recibir noticias —o al menos piensa que lo está— pero también es leal a I-Cinco… y a Jax, en lo que se refiere a eso. Él los ama. Está apegado. Se sentía en casa con ellos… al menos antes de que llegara yo. —Ella sonrió y sacudió la cabeza—. Ese es el problema con estas especies tan serias. Se apegan a las cosas que aman y nunca entienden que si pierdes un objeto amado, simplemente debes encontrar otro.

Rhinann inclinó su cabeza hacia un lado.

—Extraño. Siempre había pensado en los zeltron como seres de inmensa pasión. Pero en el fondo, eres bastante fría, ¿verdad?

Ella no pareció sentirse insultada.

—De ningún modo. Pero nuestras pasiones son usualmente muy inmediatas, y —cortó las últimas verduras en el bol y dejó el cuchillo, frotándose las manos para eliminar los residuos—, son muchas.

—Pero parecías realmente apegada a tu difunto compañero. O al menos Jax piensa que lo estabas.

Los ojos rojos se desenfocaron un momento y parecieron mirar a algún punto del espacio o el tiempo que Rhinann no podía ver.

—Lo estaba. Ves era un creador. Él exhalaba grandes piezas de arte igual que otros seres exhalan dióxido de carbono. Era estimulante estar a su alrededor, verle trabajar, actuar, o como quieras llamarlo. También es estimulante estar alrededor de estos manipuladores de la Fuerza… cuando no se están ocultando. Ojalá pudiera haber estado

aqui mientras Jax estaba trabajando con Kaj esta mañana —se encogió de hombros—. Pero la misión del Latigazo también fue bastante excitante…

—Eres adicta a las emociones. ¿Por eso cambiaste de idea sobre el asesinato del Emperador? ¿Hambrienta por participar en un complot horripilante?

—Vaya, eso fue insensible —Tuden Sal entró en la habitación antes de que Dejah pudiese disparar una respuesta que casara con la mirada de disgusto de su preciosa cara. Una pena, pensó el elomin. Disfrutaba irritándola.

—Simplemente estoy agradecido —continuó Sal—, de que Dejah Duare haya accedido a apoyar mi propuesta.

—Te vendrá muy bien —dijo Rhinann—. Sospecho que, cuando Jax Pavan regrese y te encuentre aquí, se sentirá emboscado.

Antes de que pudiese continuar, la barbilla de Dejah se alzó y una sonrisa curvó sus labios.

—Está aquí —dijo ella y se apresuró hacia la sala de estar.

Tuden Sal y Rhinann la siguieron.

—Esto debería ser interesante —dijo el elornin casualmente, pero las emociones que se agitaban en su pecho distaban mucho de ser causales.

Puedes marcharte, se recordó a sí mismo antes de que comenzase a hiperventilar. *Puedes marcharte en cualquier momento.*

Cuando entró en la sala, vio para su sorpresa que Den también estaba allí.

* * *

Jax estaba tanto sorprendido como intrigado al encontrar a Tuden Sal y a los otros esperándole cuando atravesó la puerta del estudio. Leyó la habitación rápidamente, reparando en que Rhinann y Den estaban colocados al fondo del grupo… separados de él de una forma que no requería un Jedi para interpretarla.

El grupo se había dividido en dos según sus convicciones: el punto de vista de I-Cinco ya lo conocía, y el de Sal.

Dejah…

Él la leyó más cuidadosamente… brillantes ojos inquisitivos, el resplandor de agitación, la forma en que su mirada iba de él a Sal. Vio los sutiles zarcillos también, mientras se acercaban hacia él. Ella no sólo exudaba feromonas, estaba *deseando* que le afectaran. ¿Cómo había estado antes tan ciego a ellas?

—¿Dónde está Kaj? —le preguntó a I-Cinco.

—Dejah le preparo una comida. Supongo que eso le mantendrá ocupado algún tiempo.

No tenía sentido prolongar esto. Jax volvió su atención hacia Tuden Sal.

—Un hombre sabio me hizo una pregunta no hace mucho. Me preguntó que si aprobaba el tipo de tácticas que usarían Palpatine y Vader, ¿cómo me distinguiría de

ellos? No tenía una respuesta para esa pregunta. Y, en ausencia de tal respuesta, no puedo dar mi aprobación activa a esta… misión.

Hubo un remolino de palabras de asombro, y Jax volvió a verse sorprendido por la fuerza de sus reacciones emocionales. Rhinann y Den le miraban literalmente con la boca abierta, mitras Dejah dio un paso hacia atrás, visiblemente aturdida y desconcertad.

Jax se dirigió hacia la entrada de la galería.

—Si me disculpáis, tengo que llamar a Pol Haus.

De camino a su habitación, bajó la mirada hacia el suelo del estudio donde Kaj se encontraba en medio del que parecía un muy buen almuerzo. Sólo el aroma hizo que el estómago de Jax rugiera, recordándole lo mucho que hacía que había comido. El chico se detuvo lo suficiente para dedicarle una sonrisa, con una mirada de satisfacción en su rostro.

Me alegro de que alguien sea feliz, pensó Jax.

Entró en su dormitorio, con la intención de cerrar la puerta trás de él, pero Dejah apareció en la entrada antes de que pudiese hacerlo.

—Estás cometiendo un error —le dijo ella—. Este plan de Sal es la mejor forma de restaurar la República y poner fin a la crueldad de Palpatine.

—I-Cinco es un ser independiente, Dejah. Él puede tomar esta decisión por sí mismo.

—Él se niega. A pesar de que jura que no es posesión de ningún hombre, él ciertamente parece pertenecerte.

—Eso no es justo no para mí ni para I-Cinco.

—Así que simplemente ¿vas a seguir adelante, como siempre, solucionando casos para Pol Haus y picoteando el flanco blindado del Imperio hasta que te agotes?

Él la miró a los ojos, sintiendo una afectuosa oleada de calor mientras lo hacía. Ella estaba completamente armada, se percató, y probablemente siempre lo había estado en lo que a él se refería. ¿Por qué? ¿Era tan importante para ella tener una fugaz relación física con un Jedi que intencionalmente le insensibilizaría a lo que ocurría a su alrededor?

—¿Eso es lo que estoy haciendo, Dejah? —preguntó—. ¿Eso es lo que somos —yo, Laranth, Thi Xon Yimmon, todo el Latigazo? ¿Simplemente pequeños mosquitos molestos zumbando alrededor de un destructor que nunca podremos derribar?

Ella se adentró en la habitación, con los puños apretados, sus ojos despedían fuego.

—No soy un estratega militar, Jax, pero incluso yo se que si quieres derribar una fuerza superior —sea una bestia o un ejército— tienes que cortar la cabeza. Ninguna otra estrategia tiene el mínimo sentido cuando tienes unos recursos tan escasos.

Él sonrió torcidamente.

—Has estado hablando con Sal.

—Sí. Y creo que lo que dice tiene mucho sentido —Jax asintió. Tenía mucho sentido. De hecho, Sal tenía razón. Eso es lo que decía el libro de estrategia para tales circunstancias.

—¿Lo trajiste aquí? —le preguntó él suavemente.

—Él se trajo a sí mismo. Simplemente le dejé entrar.

Él hizo un gesto hacia el nodo de la HoloRed en la esquina de su habitación.

—Tengo que hablar…

—¿Con Pol Haus? Eso dijiste. ¿Qué vas a hacer, entregarle a Kaj?

—No. Thi Xon Yimmon cree que Haus es de fiar. Quiero darle la oportunidad de exponer sus ideas.

—Vas a traicionar al muchacho.

Jax sintió una puñalada de malestar.

—Nunca hacía eso. Espero que no le sugieras que lo haría.

Ella pareció alicaída y arrepentida.

—Lo siento. Eso fue algo estúpido e inexcusable. Yo… yo no estoy acostumbrada a sentirme así.

Ella podría haber dicho más, pero I-Cinco anunció su presencia con ese peculiar sonido de aclararse la garganta que había cultivado. Con una última mirada a Jax, Dejah se excusó y salió de la habitación pasando junto al droide, que la observó alejarse con una expresión que de alguna forma consiguió parecer especulativa.

No estoy acostumbrada a sentirme así. Jax sospechaba que eso quería decir que la zeltron no estaba acostumbrada a que la dijeran que no. Ella estaba acostumbrada a salirse con la suya. Se dio cuenta de que estaba decepcionado por dos motivos: decepcionado con Dejah por dirigir sus artimañas hacia él y consigo mismo por no darse cuenta de ello.

Jax aparcó sus pensamientos y miró a I-Cinco. Aspiró profundamente.

—Lo siento, I-Cinco. No puedo…

—No tienes que disculparte conmigo, Jax. No me debes…

—Te debo mi vida varias veces.

—Pero *no me debes* el sacrificio de tus principios. Eres un Caballero Jedi. Si sientes que dar tu aprobación al plan de Sal es dar un paso demasiado cerca del lado oscuro, entonces nunca te pediría que fueras parte de esto. Sólo iba a observar que, tomes la decisión que tomes, creo que tu padre estaría orgulloso de ti.

Jax se sentó pesadamente en la cama, sintiéndose repentinamente físicamente cansado. Y no era de extrañar… había dormido poco durante los últimos días, apenas recordaba haber comido, había jugado al escondite con los Inquisidores, entrenado con Kaj, y hecho una excursión con Laranth. A eso había que añadir todo el tumulto emocional…

Suspiró.

—Mi padre. Sólo por una vez, I-Cinco, desearía poder pedirle consejo a mi padre.

La reacción de I-Cinco a esas palabras fue repentina e inesperada. Se irguió de golpe, sus receptores ópticos se volvieron intensamente brillantes, y dijo con voz monótona y mecánica:

—Modulo de Mensaje noventa y nueve. Destinatario: Jax Pavan. Remitente: Lorn Pavan.

Un diminuto puerto de proyección de su placa pectoral se activó, disparando un haz de luz multicolor que formó un holograma a tamaño real.

Jax se encontró mirando directamente a la cara de su padre.

Era una cara que conocía y sin embargo no. Veía algo de ella cuando miraba su propio reflejo, pero los pómulos eran un poco más anchos, la barbilla tal vez un poco más fuerte. El cabello de Lorn Pavan era grueso y oscuro, como el de su hijo… o más bien, el de Jax era como el de su padre. Sus ojos eran de un claro marrón oscuro.

—Jax —dijo este fantasma desde el pasado. Una pausa, entonces—, hijo —los ojos oscuros centellearon con lágrimas incipientes—. Wow. Voy a esperar que tu y yo estemos sentados y observando este mensaje juntos y riéndonos de ello, pero apostaré a que no. Por la razón que sea.

Vaciló, frotó las palmas de sus manos en sus pantalones, miró hacia arriba.

—Maldición, I-Cinco. Esto es más duro que lo que pensaba.

Hubo una pausa momentánea mientras Lorn reunía sus pensamientos antes de alzar de nuevo la mirada. Estaba mirando directamente a los fotorreceptores de I-Cinco —Jax lo sabía intelectualmente, por supuesto— pero parecía como si estuviera mirando a Jax directamente.

—Está bien, mira. La cosa es, estoy a punto de ir tras este tipo —este Sith— y yo quería —dejarte un mensaje. Sólo por si… Para cuando recibas esto probablemente estaré hasta el cuello de problemas, vaya novedad, y no sé si seré capaz de llegar hasta el Templo para verte.

Su mirada se volvió repentinamente implorante, casi desesperada.

—Mira, Jax, me gustaría poder asegurarte que saldré de esta con vida. La verdad es que tendré suerte de salir de una pieza, dada la predilección de este Sith por cortar cabezas.

Aspiró profundamente, se movió nerviosamente, y se secó las manos otra vez.

—Así que te estarás preguntando por qué tu viejo tiene que marcharse y hacerse el héroe. Por qué tiene que intentar eliminar a un enemigo que hasta ahora ha sido casi indestructible. Bien, la cosa es esta. No quiero ser un héroe. De hecho, no creo que haya ninguna forma en la que yo pudiera ser considerado un héroe haga lo que haga. Pero alguien que conocía era un auténtico héroe, y en cierta forma me siento obligado a continuar donde ella lo dejó. Su nombre era Darsha Assant, y era una Jedi. También era el alma más valiente que he conocido nunca.

Sorprendido, impresionado, Jax se deslizó por la cama hasta quedar de rodillas delante del holograma, viendo a su padre desde la perspectiva del pequeño niño para el que Lorn Pavan creía estar hablando.

El holograma se lamió los labios, las lágrimas en sus ojos estaban a punto de caer. Cuando habló de nuevo su voz sonó áspera por la emoción.

—Sé que, dado lo que probablemente has oído sobre mí, es difícil de creer que pueda sentirme así por un Jedi. Bien, al demonio con los Jedi —estoy haciendo esto por una amiga, por Darsha. Y porque quiero que estés orgulloso de mí.

El mensaje terminó, el holograma pareció regresar al holoemisor de I-Cinco, y Jax seguía de rodillas en el suelo sintiéndose… desolado.

Su padre había ido tras un Sith. Había luchado contra él y había muerto. Lo había hecho por amor. Para el amigo que acababa de perder; por el hijo que había perdido años atrás. Lo había hecho porque no había nadie más que pudiera o quisiera.

—¿Jax?

Sintió el toque en su hombro y se maravilló nuevamente sobre lo gentil que su compañero metálico —su amigo metálico— podía ser. Alzó la vista hasta la cara del droide y dijo:

—Mi padre fue un héroe.

—Sí. Lo fue.

Jax se levantó, dándose cuenta de que su cara estaba mojada. La secó con la manga de su túnica.

—Vamos a por el Emperador, I-Cinco.

La muestra de sorpresa del droide pareció involucrar todo su cuerpo.

—¿Por qué?

—Porque nadie más puede hacerlo.

—[PARTE II]—

LAZOS QUE ATAN

CAPÍTULO DIECIOCHO

El imprevisto cambio de opinión de Jax fue inexplicable y devastador para la frágil tranquilidad mental de Rhinann. Vagamente escuchó los cómos y porqués —algo acerca de un mensaje del padre de Jax, un mensaje que sin duda era un truco de ese droide miserable y tramposo— pero los desestimó y se fue a sus propias habitaciones donde hizo lo único que se le ocurrió para calmarse y obtener algo de claridad de pensamiento.

Hizo una lista.

Pormenorizó las razones en pro y en contra de que I-Cinco hubiese escondido el bota o se lo hubiese dado a varios miembros del equipo. Aproximadamente media hora de esta búsqueda le reportó varias posibilidades fuertes.

Primero, esconder el bota carecía de todo. La reciente mudanza forzosa del apartamento de Poloda Place revelaba la bancarrota de esa estratagema.

En segundo lugar, no tenía sentido que el droide guardara el bote él mismo. Sería idiota si lo llevara consigo a territorio enemigo donde podría acabar en manos de la última persona del planeta que quería que lo tuviera.

La reacción de Dejah a su revelación del bota parecía auténtica. Él creía positivamente que ella no había sabido nada de ello con anterioridad.

Eso dejaba a Den y a Jax.

Ante las protestas de Den en contra, Jax apenas podría haber resistido la tentación de tomar el bota, pero Rhinann sospechaba que I-Cinco —que era leal hasta el extremo—sin duda confiaba en las declaraciones de autocontrol del Jedi. De hecho, I-Cinco probablemente creía que si su intento de asesinato fracasaba, que Jax tuviera el bota sería la única manera de salvar la operación.

Den estaba marchándose. Dejah había estado segura de que ya se había ido, pero el sullustano había dejado claro que había cambiado de opinión. Tal vez el plan de I-Cinco era que se llevara el bota con él, donde quiera que estuviese yendo. Ciertamente Rhinann podía ver cierta ventaja en alejar la sustancia de la gente que tenía más posibilidades de entrar en contacto con Inquisidores, Darth Vader, o el Emperador. Si el plan de asesinato salía horriblemente mal, Den Dhur podría salir de su escondite y llevar el bota a uno de los Jedi o, si eso fallaba, usarlo como influencia para asegurar su liberación.

Entonces ¿quién? ¿El Jedi o el sullustano?

Él sospechaba que el Jedi y esperaba que el sullustano, pues seguramente sería más fácil de quitarle la sustancia a este último.

Rhinann consideró sus opciones. Eran dos: marcharse y renunciar por siempre a la posibilidad de experimentar la Fuerza, o quedarse y esperar la oportunidad para quitarle el bota a quienquiera que lo tuviera.

Había esperado tanto tiempo, había aguantado tan pacientemente ante el peligro, había servido a la «causa» tan desinteresadamente, que marcharse ahora sería un desperdicio. Además, escapar estaba tan solo a un aerodeslizador de distancia, gracias a un alma agradecida dentro de Sol Negro con el que había tenido ocasión de entablar

amistad. El servicio tenía un precio, pero valdría la pena. El aerodeslizador, que le llevaría hasta el espaciopuerto en menos de una hora, estaba disponible al primer aviso, por el día o por la noche.

Quedarse, entonces. Incluso podría ser capaz de persuadir al portador del bota de que darle la sustancia en una situación comprometida era la mejor forma de preservarla. Ahora, si se presentase una situación comprometida por sí misma.

* * *

—No deberías involucrarte, Jax.

Jax mantuvo la vista y la mente centrada en el pequeño generador de campo que estaba intentando soltar de la escultura de luz en la sala de estar de su apartamento abandonado.

—Me sorprendes, I-Cinco. Viste el holograma que dejó mi padre…

—En realidad, no. Lorn me había puesto en modo autonómico para su entrega. Estaba programado para reproducirse al activarse ante cierta frase. Una de las pocas formas en las que todavía puedo ser manipulado como un droide ordinario.

—Lo que sea —me escuchaste describirlo. ¿Cómo puedes escuchar eso y esperar que no me involucre? Mi padre ni siquiera era un Jedi, y fue tras un guerrero Sith.

—Y murió —I-Cinco pronunció las palabras como si decirlas fuera doloroso—. Perdí a tu padre por sus estúpidas heroicidades humanas. No te…

—Cinco —le cortó Jax—. Si mi padre no se hubiera permitido sus estúpidas heroicidades humanas, si te hubiera dejado ir con él, no habrías estado en Drongar para conseguir el bota… y no habrías estado ahí para presentármelo. Ahora déjame terminar esto o podríamos encontrarnos de cháchara con los Inquisidores.

El droide cedió con una serie de gruñidos dignos de Rhinann. Por alguna razón, eso hizo que Jax quisiera reír. A pesar de todo el peligro al que se enfrentaban —en el que él había insistido en ser un participante activo— a pesar de todas las complicaciones en las que se habían metido, sentía una absurda ligereza de espíritu.

Esto era debido en parte, por supuesto, a la imagen fantasma de Lorn Pavan de los archivos holográficos de I-Cinco. Se sentía conectado con ese hombre, muerto hacía tanto tiempo. Era un miembro de una familia. Había visto el rostro de su padre, había oído su voz, y lo que siempre había sido una abstracción para él se había vuelto real.

Esto generaba preguntas en su mente, por supuesto. Preguntas sobre la necesidad real de sacar a los Padawan de sus familias y crear un contexto completamente nuevo para ellos. ¿Por qué no podía tener los Jedi familia *y* la Fuerza? Si tuviesen exito en eliminar a Palpatine —en *matar* a Palpatine, se corrigió, renuente a consentirse eufemismos— ¿podría haber una futura Orden Jedi en la cual a los Padawan se les permitiera tener ambas cosas? ¿Un futuro en el cual habría suficiente concesión a la diversidad que hasta los Paladines Grises podrían estar dispuestos a llamarse con orgullo Caballeros Jedi?

—¿Has terminado con eso? —dijo I-Cinco—. Ha estado mirando ese generador durante exactamente diecisiete punto cero dos segundos. ¿Puedo recordarte que íbamos a encontrarnos con Pol Haus a las cero ochocientas horas?

Jax bajó la mirada hacia el objeto destellante en su palma. Ni siquiera se había dado cuenta que lo había retirado del conjunto de emisores. Se rió.

—Sí. Lo siento. Estaba perdido en mis pensamientos. Imagino que Haus nos esperará si llegamos un poco tarde. Después de todo, él nos ha hecho esperar en alguna ocasión —Jax se metió en el bolsillo el generador y siguió a I-Cinco hasta la salida trasera del apartamento, un elevador antigravitatorio que ascendía directamente hasta los muelles de atraque.

I-Cinco miró hacia atrás por encima del hombro, una maniobra que requería que pivotara la cabeza casi completamente hacia atrás.

—No se lo recordaría si fuera tú.

* * *

Kaj estaba feliz sólo con volver a moverse… por poder usar sus brazos y sus piernas para algo más que batirse con el droide aguijoneador. Se había sentido un poco desnudo al principio, paseando entre Rhinann y Dejah sin ninguna escultura de luz a la vista. De hecho había estado seguro de que debian haber malinterpretado a Jax cuando dijo que pensaba que Kaj no tenía que pasar todo su tiempo en la jaula de luz.

Pero hasta el pequeño sullustano cansado había opinado que estaba bien que sacara su nariz y fuera a explorar «las excavaciones» como él las llamaba.

—Pero ir afuera —protestó Kaj—. Eso no es lo mismo que quedarme por aquí. Quiero decir, aquí estoy lo suficientemente cerca del escudo para regresar a él rápidamente.

—¿Ha sentido la necesidad de regresar a él rápidamente? —le había preguntado Dejah—. Has estado trabajando con la Fuerza, usándola, ejercitándola. Mis sentidos me dicen que no sientes la presión que sentías al sostenerla; que ya no tienes tanto miedo de una explosión —ella le había sonreído cautivadoramente, y él había admitido que lo que ella decía era cierto.

Y así Kaj se dejó convencer para dar un paseo hasta un pequeño bazar local donde Dejah le compró nueces takhal tostadas y algo de hielo dulce para pasarlas. Rhinann, entendió él, estaba aprovechando la oportunidad para ponerse en contacto con varios de los contactos callejeros del equipo para reunir información sobre lo que estaba pasando en el Sector Zi-Kree donde los Inquisidores seguían rondando.

Kaj encontró todo esto muy emocionante, y para cuando empezaron a recorrer el camino de vuelta del mercado, se encontraba muy cómodo.

Trabajar con Jax era bueno para él, se percató; no sólo estaba ganando conocimiento sino una sensación de *pertenencia*, un sentido de propósito, incluso. Iba a convertirse en un Jedi. Con excepción de esa pequeña explosión el día anterior, había tenido un

completo control de su talento. Hasta Jax había dicho que estaba aprendiendo rápidamente.

Soñaba despierto con luchar al lado Jax, blandiendo un sáble láser del color del cielo del ocaso, de volar en saltos controlados de rascanubes a rascanubes, cuando Dejah, caminando plácidamente a su lado, se puso repentinamente rigida.

Él se detuvo y alzó la vista.

—¿Qué? —preguntó él, mirándola a la cara. Ella había palidecido y estaba mirando fijamente hacia la ventana extrañamente biselada de la fachada de una tienda a su izquierda.

Ella se volvió para mirar la calle a su espalda.

—Pensé… pensé que había visto algo.

—¿Podrías ser un poco más inespecífica? —preguntó Rhinann.

Ella le dirigió una mirada inquieta.

—Pensé que había visto un Inquisidor reflejado el aquella ventana —señaló con la cabeza la fachada de la tienda.

Rhinann volvió de golpe la cabeza y siguió su mirada calle abajo. Kaj miró, también, sintiendo un cosquilleo horrible y frío deslizándose por su columna vertebral. Vio a varios camiones flotantes, algunos deslizadores, y tejedores, y un buen número de gente de todas las especies. No vio ningún Inquisidor.

Se extendió tentativamente con la Fuerza —sólo un hililló— y exploró su ruta trasera. Estaba a punto de anunciar que Dejah se había estado equivocado cuando lo sintió —el sentido investigador de otro adepto de la Fuerza, buscando. Buscándole.

Retiró su toque como si se hubiera escaldado.

—Ella tiene razón. Hay al menos uno allí. Lo sentí.

Dejah le miró fijamente, horrorizada.

—¿Te sintió él a *ti*?

—No lo sé.

Ella agarró su brazo y le hizo girarse. Con Rhinann jadeando y apurándose detrás de ellos, apretaron el paso. Pero no serviría de nada. Kaj supo mientras giraban la esquina del bloque que albergaba el estudio que esta inteligencia indagadora había sentido su pequeño toque.

Los Inquisidores estaban de camino.

* * *

El estudio estaba vacío, desde la entrada hasta el pequeño santuario de Kaj. Y si eso no era lo suficientemente inquietante, las habitaciones estaban vacías también. También estaban limpias y ordenadas, algo que no se correspondía con la idea de una invasión imperial. Las puertas no estaban forzadas, los cierres estaban cerrados, y todo estaba en su sitio.

—Un mensaje en la HoloRed —dijo I-Cinco, apartándose de la terminal del estudio—. Pol Haus, verificando que estará aquí, aunque tal vez un poco tarde. Por supuesto, tendría que revisar los nodos de las habitaciones individuales para estar seguro.

Jax miró al droide desde la galería, sintiendo los comienzos del alivio.

—Eso es probablemente lo que les asustó —la idea de una visita de Pol Haus con Kaj aquí. Deben haber pensado que tenían que sacarle hasta que estuviéramos seguros de Haus. Debería haberlo pensado.

—Intentando alejar el miedo, ¿no?

—¿No tiene sentido para ti?

—Sólo porque algo tenga sentido no significa que sea la forma en la que ocurrió.

Jax cerró los ojos y sintió la habitación. No, no había nada allí. Ni miedo. Ni rastros residuales del uso de la Fuerza… Abrió los ojos u miró a I-Cinco.

—Si hubiesen sido tomados por la fuerza, Kaj habría destrozado el lugar y enviado una onda de energía de la Fuerza que habría sentido desde Poloda Place. Le han sacado fuera para evitar que Haus lo viera, eso es todo.

I-Cinco hizo un sonido percusivo no muy diferente a un suspiro exasperado.

—Como tu decías, tiene sentido.

—Mira, ¿no podemos permitirnos este comportamiento sin sentido? Puedo oír tus fotorreceptores girando desde aquí arriba.

—¿Qué comportamiento sin sentido? —preguntó el droide—. No soy yo el sensible a la Fuerza que insiste en tener un rol activo en un plan en el que tener un sensible a la Fuerza presente es suicida.

Jax sólo escuchó la mitad de lo que dijo I-Cinco. La otra mitad quedó ahógada por un grito silencioso que hizo que el Jedi se tambaleara contra la barandilla de la galería.

¡Kaj!

Jax se incorporó y salió disparado hacia la puerta del estudio, vagamente consciente de I-Cinco diciendo su nombre.

Se acercó a la esquina hacia elevador antigravitatorio en el corredor exterior y sintió la presencia de otro, acercándose a la esquina desde el otro lado. Sin correr ningún riesgo, cogió y encendió la espada Sith, y dobló la esquina blandiéndolo a dos manos.

Pol Haus le miró fijamente desde el centro del corredor, su mano suspendida sobre su desintegrador. Sus ojos se desorbitaron ante la visión del sable láser en las manos de Jax.

—¿He venido en mal momento?

* * *

Kaj se quedó congelado sobre el desgastado duracreto de la calle, sabiendo que no había escapatoria. Para él, tal vez, pero para las dos personas que estaban con él, las cuales no tenían ninguna habilidad con la Fuerza, sólo podía haber un resultado.

Recordó la noche en la que sus padres habían decidido enviarle lejos. Las tropas de asalto habían llegado al pueblo de Imrai, y con ellos un único Inquisidor. Recordó el

miedo de sus padres a que su diminuta y naciente sensibilidad a la Fuerza —una sensibilidad que se había mostrado primero como un instinto por saber qué iba bien o mal con una cosecha y una habilidad extraña para empatizar con y sanar animales enfermos— fuera descubierta.

Tan claro como la escena en esa calle sucia era su recuerdo del momento en el que había visto a su primer Inquisidor. Él, su madre y su padre acababan de salir del puesto comercial en el centro del pueblo, habiendo canjeado una porción de sus cultivos frutales por maquinaria. Su madre había alzado la vista, había visto el disturbio en los límites del pueblo, y había agarrado su brazo.

—Bey —ella había dicho el nombre de su padre. Simplemente eso, nada más, pero el terror silencioso en su voz había enfriado las entrañas de Kaj hasta el cero absoluto.

Él había alzado la vista justo a tiempo para percibir la mirada que intercambiaron sobre su cabeza, había visto el miedo desnudo en los ojos de su madre, y la llama de ira en los de su padre que rápidamente se volvió desesperación.

Ahora miró a Rhinann y a Dejah y presenció ese mismo intercambio de miradas entre ellos mientras él sentía su miedo.

No. No sufrirían por su culpa. Simplemente no dejaría que ocurriese.

Se volvió hacia Dejah.

—Vienen de dos direcciones. Hay dos detrás de nosotros, uno justo delante.

—¡Oh, demonios del caos! —gimió el elomin—. Estamos rodeados. No podemos volver al…

—No podemos volver al estudio de todas formas —le dijo Dejah concisamente—. Nos seguirían.

—Vosotros podéis —dijo Kaj—. Yo no. Es a mí al que buscan.

Echó una mirada calle abajo, captando la gente, los vehículos, las tiendas, los callejones… toda la escena. Podía ver todo eso con increíble claridad, como si tuviese cien ojos y los cerebros multitarea de un cereano. El Inquisidor delante de ellos estaba arriba y a medio bloque de distancia, pero cada vez más cerca. Los dos a su espalda estaban a nivel de la calle y doblarían la esquina de un momento a otro.

—¿Véis ese café tres puertas más allá al otro lado de la calle? —preguntó. Rhinann y Dejah asintieron, siguiendo su mirada—. Está realmente abarrotado. Id allí y mezclaos. Entre toda la confusión y yo, no se fijarán en vosotros.

Rhinann estaba en movimiento antes de que hubiese terminado de hablar, pero Dejah se quedó atrás, el terror estiraba sus rasgos carmesí. Ella puso una mano en el brazo de Kaj.

—Deja que me quede contigo, Kaj —le imploró—. Puedo usar mis habilidades…

Él sonrió ferozmente.

—No voy a dejar que se acerquen tanto. ¡Ahora ve! Por favor —añadió.

Ella se fue.

Kaj se movió rápidamente por la calle, ocultándose de la mirada de los dos Inquisidores de detrás mediante el simple recurso de ajustar su paso con un camión

repulsor lento. Si tenía suerte, podría permanecer escondido en su sombra hasta que dejase atrás la posición elevada del tercer Inquisidor. Sujetó con fuerza sus pensamientos, sus emociones, su impulso de usar la Fuerza. Las palabras del mantra Jedi se repetían en su cabeza:

No hay emoción; hay paz.

Comprobó su conciencia pasiva del tercer Inquisidor. Como una roca en una corriente, el amuleto de taozin del Inquisidor dividía el agua de la atención de Kaj, dejando un brillo extraño y combado en el mundo. Casi lo había dejado atrás, caminando serenamente a la sombra del camión y sintiendo un júbilo tembloroso, cuando alguien salió de la entrada del café.

Era la twi'lek, Laranth Tarak. Sorprendido Kaj, dejó de caminar.

Laranth le vio, le reconoció, y salió a la calle, su frente estaba arrugada por la preocupación.

—Kajin, ¿qué estás haciendo aquí solo? ¿Dónde está Jax?

—No estoy solo. Dejah y Rhinann estaban conmigo, pero hay…

Ella le interrumpió.

—Puedo sentirlos. Ella echó una mirada a ambos lados de la calle. Él vio su cambio de expresión mientras ella miraba calle abajo detrás de él, y supo que los estaba viendo. Él casi podía verlos, reflejados en los ojos de ella.

Ella agarró su brazo y le hizo girar, dirigiéndole hacia la farmacia.

—Camina —murmuró ella, entonces deslizó su brazo alrededor de sus hombros.

—Hay uno justo encima de nosotros —le dijo Kaj.

Estaban pasando por la farmacia, todavía ocultos de los dos Inquisidores posteriores por el camión, cuando una figura vestida con una reluciente túnica escarlata, descendió de la nada para bloquear su camino.

Kaj contempló la cara y sintió como si una barra de hielo hubiese atravesado su corazón. Los pálidos y ardientes ojos que le devolvían la mirada, con el triunfo reflejado en sus frías profundidades, pertenecían a un hombre que él pensaba que había matado.

Su reacción fue veloz e involuntaria. A la par que Laranth disparaba su desintegrador, Kaj inundó la calle con una explosión de energía, lanzando al Inquisidor una docena de metros. La explosión del arma de Laranth siseó más allá de donde había estado el Inquisidor y atravesó el compartimento de carga del camión. El camión ardió en llamas.

Alguien gritó, y la escena callejera se disolvió en caos.

CAPÍTULO DIECINUEVE

La primera visión de la escena de Gallery Row que tuvo Jax fue desde el interior de la entrada del primer nivel de su edificio. Lo que vio —y sintió— hizo que se le helara la sangre. La gente huía de algo que estaba teniendo lugar al otro lado del bloque cerca de la esquina con una calle principal —se llamaba Parque Arcoiris, aunque no tenía ningún parque, y los ciudadanos de ese nivel de Coruscant no habían visto un arcoiris desde hacía siglos.

Hasta ahora.

Ahora veían un despliegue de la Fuerza que lanzaba lazos brillantes y remolinos de energía en todas direcciones —una explosión de energía variopinta cerca de la esquina de Parque Arcoiris y Gallery Row— una explosión generada por más de un adepto de la Fuerza.

Vaciló, revisando la calle en busca de vías de escape. No quería que le vieran llegar desde ese edificio o que le sintieran llegando desde esa dirección. Pol Haus e I-Cinco le alcanzaron mientras consideraba sus opciones.

—Entiendo que tenemos un incidente —dijo Haus.

—Hay una batalla de Fuerza allí abajo —dijo Jax.

—¿Nuestro adepto rebelde?

—Sí. Y al menos otros tres, tal vez cuatro. Difícil de distinguir pues algunos de ellos llevan taozin.

—Y tienes que llegar allí sin que te descubran.

Los aleros y salientes de los edificios eran su mejor opción para ello. Tal vez si se abriese camino hasta un callejón cerca de la esquina…

—Tomaremos mi deslizador —Haus ya iba hacia la parte posterior del edificio, a lo largo de un corredor que albergaba un grupo de pequeños estudios y apartamentos.

Jax se dio la vuelta y corrió tras él, dejando que I-Cinco cubriera la retaguardia.

—No pueden verle conmigo.

Haus dejó escapar una risa seca.

—No me digas. No tengo ninguna intención. Pero puedo echarte una mano… o un aerodeslizador.

Con los tres apretujados en un deslizador hecho para dos, Haus oscureció las ventanas y lanzó el vehículo por un callejón largo y húmedo cubierto por una niebla grasienta. Salió en Parque Arcoíris y dio un giro brusco a la derecha, entonces detuvo el deslizador en la esquina, aparcándolo hábilmente bajo el apuntalamiento de una torre que albergaba tres restaurantes y un proveedor de suministros para artistas.

—Esto es lo más cerca que me atrevo a llegar —le dijo a Jax—. Pero si quieres al menos puedo mantener a los secuaces Imperiales alejados. Le diré que los Inquisidores se encargan de ello y que no necesitan su intrusión —sonrió abiertamente, mostrando unos dientes blancos y afilados—. Intento crear interferencias entre los Inquisidores y los regulares Imperiales cada vez que puedo. Es bueno para la moral del departamento.

Jax abrió el dosel y bajó del deslizador.

—Gracias. I-Cinco, ¿por qué no te quedas…?

—Como si eso fuese a ocurrir —replicó el droide, liberándose a sí mismo del pequeño área de carga detrás del asiento de pasajeros.

Jax le dedicó una sonrisa y salió disparado hacia la esquina, descolgando su sable láser mientras corría. La calle se estaba vaciando rápidamente de sus últimos habitantes, dejando como audiencia únicamente a la gente atrapada dentro de sus negocios a cada lado. Captó la escena de un vistazo: Kaj estaba a veinticinco metros de distancia en el lado derecho de la calle. Jax se dio cuenta con una sacudida que Laranth estaba con él. Los dos permanecían en una burbuja extrañamente deformada de aire… un escudo de Fuerza que Kaj estaba usando para mantener a raya a los dos Inquisidores que merodeaban justo al borde de su perímetro mientras él miraba fijamente al aire, buscando algo.

La vacilación de Jax fue minúscula —sólo lo suficiente para evaluar la situación— entonces encendió su sable láser y se lanzó hacia los Inquisidores, esperando que con su atención en Kaj, no le verían llegar.

* * *

En el mismo instante que vio el sable láser carmesí de Jax por el rabillo del ojo, Kaj contempló al Inquisidor resucitado sobre él en una cornisa alta y estrecha al otro lado de la calle. Que le había herido horriblemente en su encuentro previo era evidente por las cicatrices de la cara del hombre y el odio puro en sus ojos.

Miró a Laranth, y entonces alzó la mirada brevemente para telegrafiarle sus intenciones. Ella también había visto a Jax a la vuelta de la esquina, y había dado unos pasos hacia el Inquisidor de su derecha, apuntando sus desintegradores hacia él.

Kaj apagó su escudo de Fuerza y saltó directamente hacia el crepúsculo.

* * *

Desde donde Rhinann se ocultaba en la farmacia, mirando a través del grueso transpariacero, parecía como si el muchacho hubiese despegado o simplemente se hubiese teletransportado. En un momento estaba allí, mirando hacia arriba, y al siguiente había desaparecido de la vista, dejando a Laranth a merced de los dos Inquisidores.

A la vez que Rhinann reaccionaba a eso, la forma esbelta de Jax apareció en la escena desde la izquierda, su hoja era una cuchillada de rojo brillante contra la ventana. Uno de los Inquisidores se dio la vuelta para enfrentarse a él, mientras el segundo se vio obligado a dar un salto mortal hacia atrás para huir de una andanada de las armas de Laranth Tarak. Ella cargó tras él, desapareciendo de la vista.

Rhinann se volvió para mirar a Dejah.

—Tenemos que salir de aquí. Seguramente debe haber alguna forma en la que podamos pasar inadvertidos por…

—¿Estás loco? —le preguntó ella—. Esa calle es una zona de guerra. Lo más inteligente que podemos hacer es quedarnos aquí y esperar que gane Jax.

Rhinann bufó su desacuerdo y, viendo que Jax estaba luchando contra su adversario en mitad de la calle, se dirigió hacia la puerta. Al mismo tiempo que ésta se abría deslizándose ante él, la fachada del edificio comenzó a desmoronarse.

Rhinann cambió rápidamente de opinión y se puso a cubierto.

* * *

Jax no tuvo tiempo de pensar sobre dónde había ido Kaj. Se encontró al Inquisidor espada con espada en un chisporroteo de energía brillante. Dentro de la capucha oscurecedora de su atuendo, la cara del Inquisidor mostró un asombro momentáneo al ver que el sable láser trabado con el suyo era del mismo tono carmesí brillante. Su asombro duró solo un instante. Entonces pasó a la acción.

Paró el primer ataque de Jax, pero había retrocedido por el ataque y se había colocado en desventaja. Jax le empujó hacia la mitad de la calle en dirección a donde Laranth había salido corriendo tras el segundo Inquisidor.

Ésta sería una prueba, lo sabía, de su talento en bruto y de su entrenamiento. Se decía que los Inquisidores habían recibido instrucción avanzada por parte del propio Darth Vader, y se rumoreaba que eran más poderosos que los Jedi en virtud de no estar limitados por lo que consideraban una filosofía pacifista.

Jax sospechaba que esto era poco más que propaganda dirigida a inspirar terror —el Emperador no se preocuparía por la verdad en su publicidad— pero aun así, podía sentir lo tentativo de sus propios golpes, como si estuviera luchando contra un completo desconocido.

Desechó su propia agitación. Había luchado contra Aurra Sing y el Principe Xizor… dudaba que éste pudiera hacer algo más inesperado o complejo que esos dos.

Fintó, su hoja chocó con la hoja del Inquisidor en la empuñadura. Continuando el movimiento, la desvió hacia abajo y alrededor, alcanzando las ropas del adepto y quemándolas. Simultáneamente, saltó, usando el punto donde se cruzaban los dos sables láser como punto de apoyo. Dio un salto mortal por los aires, aterrizando suavemente en la acera contraria. El respiro momentáneo le dio la oportunidad de buscar a Kaj. Alzó la mirada justo a tiempo para ver la fachada del edificio que alojaba la farmacia ondear como la superficie de un lago tempestuoso. La mampostería comenzó a caer como lluvia desde arriba, evitando por poco al Inquisidor que embestía. Seguía sin haber rastro de su muchacho.

* * *

Kaj se detuvo finalmente en el alto andamiaje de apoyo del edificio de la farmacia. Apenas reparó en que había saltado muchas veces más alto de lo que había conseguido antes, pero estaba satisfecho con la posición ventajosa. Había visto a Caracortada justo *ahí*… al otro lado de la calle en aquella cornisa, varios pisos por debajo.

Ahora ya no estaba, pero para los ojos de Kaj, había dejado atrás una mancha oleosa a su paso, no muy diferente al de los gusanos moteados fosforrastro de la granja de sus padres. Con la mente remontándose hasta aquel día —el día en el que el Inquisidor asignado a su pueblo había ocupado su granja— Kaj dirigió su ultraje almacenado hacia ese Inquisidor.

Sus ojos siguieron el rastro de gusano por la cornisa. Éste se detuvo de golpe. Así que había saltado desde allí hasta… Kaj inspeccionó la fachada del edificio, sin captar ningún movimiento, sin percibir un nuevo comienzo del rastro.

¿A dónde había…?

La comprensión golpeó a Kaj tan de repente como si alguien hubiese abierto una ventana en su mente. Saltó otra vez, trazando un arco sobre la calle hasta una cornisa más alta justo en el momento que un disparo de un relámpago de Fuerza golpeaba el lugar en el que había estado, y recorría el armazón de duracero del andamio.

El corazón de Kaj martilleaba en su pecho. Mierda, eso había estado cerca. Había olvidado el efecto amortiguador del taozin. Saltó una tercera vez, hacia arriba, y se perdió entre las sombras bajo la plataforma de aterrizaje. No perdió el rastro del Inquisidor, sin embargo. Ni el Inquisidor perdió el suyo. Caracortada había descendido hasta el contrafuerte que acababa de freír con su Relámpago de Fuerza y estaba apuntando hacia la plataforma de aterrizaje.

Kaj se escudó con una sola mano y extendió la otra hacia afuera, ahuecada para recoger lo que quiera que pudiera ser recogido. Necesitaba munición… la energía y la materia en el aire se la proveerían.

La descarga eléctrica de Fuerza del Inquisidor envolvió la plataforma de aterrizaje y la atravesó, explotando cada grieta y hendidura de su ajada superficie. Se descompuso dramáticamente, los trozos de duracreto volaban en todas las direcciones. Debajo de eso, en su caparazón de Fuerza, Kaj esperó hasta que estuvo seguro de que la plataforma de aterrizaje había perdido su última pieza suelta. Entonces bajó el escudo y lanzó energía y materia en una ola gigante, barriendo todo a su paso, directamente hacia el Inquisidor.

La mampostería bombardeó el andamio, transportada por una marea de energía de Fuerza. La superficie sólida debajo de este se levantó, entonces ondeó como un estandarte al viento. Pedacitos de fachada se soltaron y se desprendieron, desmoronándose bajo el contrafuerte de metal hasta que los enormes pernos perdieron su agarre en la mampostería. Con un gemido de rendición, el andamiaje calló hacia la calle, llevando un rastro de escombros con él.

* * *

Al principio Jax no estuvo seguro de quién había disparado la andanada; entonces vio el revoloteo de túnicas escarlata entre los escombros que caían. El Inquisidor que sólo segundos antes había estado cargando hacia él había desaparecido. ¿Atrapado por los escombros? Improbable. Tenía demasiados recursos para eso.

Jax se refugió de nuevo bajo el alero sobresaliente del edificio que se encontraba a su espalda, escudriñando la acera en busca de Laranth. La vio calle arriba a su izquierda, alzando el cuello para ver donde había ido su oponente. No le había visto saltar desde los escombros encubridores, porque estaba volviéndose hacia Jax, dejando su flanco expuesto.

En un instante demasiado breve para ser medido, vio lo que Laranth veía… la figura encapuchada sobre el saliente, sable láser en mano, preparándose para lanzarlo hacia abajo a través del duracreto y atravesarle la cabeza. Su reacción fue instantánea: se apartó hacia un lado, lanzando su propio arma hacia arriba a través de la cornisa e inclinándose hacia un lado con una fuerza nacida de la desesperación. El sable lo partió como si fuera un líquido denso y pesado. Como respuesta llegó un chillido de agonía desde arriba.

Una fracción de segundo más tarde oyó el fuego de los desintegradores de Laranth. Se dio la vuelta y vio al adversario de ésta esquivar el disparo, atrapando un rayo con la hoja de su sable láser y saltando hacia atrás hacia la calle. Un trozo grande de mampostería rodó desde lo alto de un montón de escombros para ocultarle a la vista.

Jax dio un salto mortal desde debajo de su saliente protector, dirigiéndose hacia Laranth, pero preparado también para defenderse de un ataque desde arriba. Tocó el suelo justo cuando el Inquisidor herido se preparaba para otro ataque. Su pierna izquierda había desaparecido de rodilla para abajo, dejando un muñón chamuscado, pero no parecía querer rendirse. Lanzó una Relámpago de Fuerza con su mano libre y cargó hacia Jax como un ave de presa.

Era una maniobra sagaz. Jax se vio forzado a parar el relámpago con su sable láser y quedó en mala posición para defenderse contra la hoja de su enemigo. El tiempo se desaceleró hasta alcanzar una velocidad glaciar. Jax sabía que si se apartaba de un salto, el segundo Inquisidor, oculto en los escombros de la calle, tendría una muy buena oportunidad de derribarle.

Tendría que arriesgarse con el relámpago.

Se dejó caer de rodillas, esperando que el Inquisidor no pudiera ajustar su carrera. Hubo un cosquilleo extraño y afilado en su sentido de la Fuerza y una fracción de segundo después una fina linea de energía blanco azulada atravesó el aire e hizo que su maniobra fuese la decisión correcta. El rayo cortó el brazo de la espada del Inquisidor a la altura del hombro. El Inquisidor cayó al suelo varios metros más allá de Jax llevado por su propia inercia. Su brazo y su arma siguieron su propia trayectoria.

Un segundo rayo láser atravesó la garganta del Inquisidor, deteniendo su aullido de dolor.

Jax miró hacia la fuente del fuego láser. I-Cinco estaba parado, brillando, sobre el polvo y los escombros, el dedo índice de su mano derecha todavía apuntaba hacia el enemigo encogido.

—Gracias —murmuró Jax, entonces se dio cuenta que su conciencia de Laranth a través de la Fuerza había desaparecido. Giró sobre sí mismo, con el sable láser aun activado, y le inundó el alivio cuando la vio correr hacia él.

El alivio duró poco. El segundo Inquisidor se había movido desde que había bajado al suelo, cubierto por la furia ante la muerte de su compañero. Cayó sobre Laranth desde una cornisa por encima de la acera, dirigiendo un rayo de Fuerza a su espalda desprotegida y un segundo a Jax y a I-Cinco.

Jax saltó, tratando desesperadamente de situarse por encima del flujo de energía abrasadora. Pero sabía en el momento que sus pies dejaron el suelo que no llegaría a tiempo para salvar a Laranth.

* * *

Kaj había aterrizado suavemente en medio de los escombros, con los sentidos martilleando, oleadas de Fuerza surgían de él como las ondas creadas por un guijarro en estanque en calma.

Oh sí, su enemigo aún seguía por ahí en alguna parte, todavía *presente*. Y si su sentido estaba en lo cierto —y él sabía que así era— el amuleto de taozin había sido destruido o lo había perdido.

Escuchó y sintió la batalla que tenía lugar calle abajo mientras inspeccionaba los escombros, buscando al Enemigo. Toda la rabia que sintió por la expropiación de sus padres, toda la pérdida de ser enviado a Coruscant, todo su odio hacia el Orden Imperial bullía bajo su esternón y él lo utilizó en esa búsqueda. Si quedaba algún rastro de vida en el Inquisidor de la cara desfigurada, Kajin Savaros lo extinguiría.

Siguió las ondas oscuras en la Fuerza hasta un montículo retorcido de escombros donde había caído la mayor parte del andamio, dejando que el puro flujo de energía se adentrase al azar entre las vigas y los bloques derribados. Se sintió frustrado. El rastro le decía que el Inquisidor estaba cerca, y las energías inconstantes de la Fuerza le decían que el hombre aún vivía, pero algo estaba bloqueando su habilidad para sentirlo claramente y encontrarle.

Pero espera… había movimiento en esos escombros, un revoloteo de poder como una llama luchando por prender. Kaj se acercó, con la mirada fija en el punto donde las emanaciones de Fuerza eran más fuertes, donde Caracortada se debatía por levantarse.

Un tirón en sus sentidos le indujo a detenerse y mirar al otro lado de la calle. Laranth Tarak se había girado para correr hacia dónde estaba Jax e I-Cinco cerca del cuerpo de otro Inquisidor. Kaj se permitió un momento de feroz celebración, entonces vio el peligro en el que se encontraba Laranth.

En el túmulo de duracreto, a dos metros escasos, el tercer Inquisidor usó la Fuerza para apartar los escombros de él.

Afligido, Kaj, se volvió hacia donde se alzaba su enemigo, otra vez, desde lo que debería haber sido su tumba. Sabía que tenía los medios para rechazarle una vez más… de una vez por todas, esta vez.

Pero el Inquisidor por encima de Laranth había saltado, con los relámpagos de Fueza chispeando en sus manos en dos corrientes danzantes y mortíferas.

Kaj se dio la vuelta y alzó las manos, lanzando un Empujón de Fuerza masivo desde todos los ángulos contra el Inquisidor. En momento el Inquisidor estaba cayendo hacia Laranth, con el poder fluyendo desde sus manos… al siguiente simplemente había desaparecido. Donde había estado sólo quedaba un fino remolino de ceniza. En segundos también eso desapareció, arrastrado por las corrientes de aire sobre la calle.

Laranth había medio caído contra de una losa de mampostería inclinada y estaba mirando fijamente al vacío; Jax e I-Cinco corrieron a su lado, apartando obstáculos mientras corrían.

—Jax usando la Fuerza, I-Cinco usando su fuerza innata.

Kaj dejó escapar un suspiro de alivio; la twi'lek estaba bien.

Se volvió hacia su propio objetivo… y vio que había desaparecido. Barrió el área con la Fuerza, sin importarle en ese momento si todos los Inquisidor del sector le sentían.

No sirvió de nada. El Inquisidor se había ido.

Dejó escapar un rugido de rabia que incrustó una barra de un metro de duracero retorcido en el edificio más cercano.

* * *

En la parte más alejada de la calle, Probus Tesla, apoyado dolorosamente en un alféizar profundo, observó como el Jedi y el droide que él había buscado reunían a sus compañeros y desaparecían de la vista.

Su primer impulso cuando emergió de los escombros —donde había yacido dolorosamente retorcido a pesar de su esfuerzo por escudarse— fue continuar luchando, dejar que su rabia pura le potenciara.

Pero entonces le había visto a ese muchacho —ese adepto sin entrenamiento— usar la Fuerza para… atomizar a Mas Sirrah. Destruirle tan completamente que no quedaba ni siquiera un eco de su patrón de la Fuerza. Era como si nunca hubiera existido.

En todo su tiempo como Inquisidor, Tesla nunca había visto usar la Fuerza de tal manera.

Y había algo más que no entendía. Durante un momento, mientras luchaba por liberarse de los escombros, había sentido una extraña nueva presencia en la Fuerza, como un eco o una imagen reflejada en una superficie imperfecta. Cuando al fin se hubo liberado de los escombros, sólo había visto a Jax Pavan, al droide, a la twi'lek, y al muchacho, cuyos patrones ya había sentido antes.

Al principio lo había tomado como el eco mortal de Mas Sirrah, entonces se había dado cuenta de que también había sentido eso… *después* de este extraño fenómeno. Sólo había una conclusión a la que pudiera llegar: el extraño eco en la Fuerza provenía del droide I-5YQ.

Así que Tesla había aprovechado el momento de distracción causado por la táctica suicida de Sirrah no para atacar, sino para huir.

Era exasperante, y pensó en seguir al Jedi renegado y al droide peculiar, pero eso sólo retrasaría el informe completo a Lord Vader. Ese era su deber, se dijo a sí mismo. Por mucha sed de venganza que tuviera, comprendía que la venganza debía esperar. Tenía que informar a su maestro. Había demasiado que no comprendía. Confiaba en que Lord Vader lo hiciera.

Cambió de posición ligeramente en la cornisa y un dolor abrasador descendió por su costado desde las costillas hasta la cadera. Sólo entonces se percató que un pedazo de duracero le había perforado el costado, y estaba sangrando considerablemente. Otra vez, tendría que arrastrase hasta un sanador.

Se tragó su vergüenza por esta segunda derrota, usó la Fuerza para reducir el flujo de sangre, y envió una llamada de auxilio.

CAPÍTULO VEINTE

Jax decidió que debían regresar al estudio a través de la parte trasera de la farmacia, recogiendo a Dejah y a Rhinann de camino. La propietaria humana del negocio —grande, impresionante, y enfurecida por el daño causado a la fachada de su edificio— planteaba un problema menor, sin embargo.

—¿Eres uno de esos malditos fantasmas? —ella se colocó firmemente delante de Jax, con las manos en sus amplias caderas, y le miró fijamente.

Jax frunció el ceño.

—Uno de…

—Creo que se refiere a los Inquisidores —dijo I-Cinco plácidamente.

—No. No, no lo soy. Como puede ver, no hay togas —extendió los brazos hacia afuera, enfatizando la ordinariez de su túnica desgastada, sus pantalones y sus botas desgastadas. ¿Qué Inquisidor se dejaría matar con un atuendo tan mundano?

—Bien, lo que es seguro es que estaban luchando con alguien —dijo la farmacéutica dudosamente— ¿Estás seguro que no eras tú?

—No vimos con quién estaban luchando —dijo Jax, entonces añadió con un cambio sutil de tono—, y usted tampoco.

—*Yo* no vi con quién estaban luchando —dijo la mujer.

Jax se encogió de hombros y sonrió. Él y su compañía salieron rápidamente por la parte de atrás de su tienda y fueron a casa por una ruta sinuosa. Podían oír las sirenas de los CPA sonando al otro lado del bloque mientras atravesaban las puertas traseras. Las puertas se cerraron, cortando el sonido.

Pol Haus estaba de pie esperándoles.

—Pensaba que iba a mantener a la policía del sector apartada —dijo Jax mientras se dirigían hacia el ascensor.

El prefecto zabrak alzó sus cejas.

—Lo hice. Pero cuando intercepté una llamada de un tal Probus Tesla, un Inquisidor de oficio, pidiendo asistencia, tuve que confiar en que ya había terminado y mande a mis fuerzas. Habría sido bastante sospechoso si no lo hubiese hecho, ¿verdad?

Jax tuvo que admitir que lo habría sido.

A salvo en el estudio, sólo había una pregunta en la mente de Jax… una que estaba seguro que compartía con todos los demás. Se volvió hacia Kaj, el cual estaba sentado en el santuario, y preguntó:

—¿Qué le hiciste a ese Inquisidor —y cómo?

El muchacho se encogió de hombros, sonriendo tímidamente.

—Solía tener que meter en un saco ratas de pantano, en casa. Mantenerlas apartadas del granero. Metes a la hembra alfa en un saco y la sueltas en alguna parte del pantano y toda su madriguera la seguirá. Así que le metí en un saco. Un saco diminuto.

Dejah miraba al muchacho fijamente.

—¿Pero cómo?

La sonrisa de Kaj vaciló.

—No… no lo sé. Nunca antes lo había hecho. Simplemente… —tragó convulsivamente—. Simplemente me imaginé que atrapaba la rata de pantano y… mira, eso era una Inquisidor. ¿Qué importa lo que le pasara?

Jax tomó aire.… *Él,* Kaj. No *eso.* Los Inquisidores son personas, igual que nosotros.

El muchacho enrojeció y sacudió la cabeza.

—No. No como nosotros. Ellos son malvados. *Él* era malvado —entonces se fue a su sofá y se tumbó sobre él, dando la espalda a los otros.

Jax le indicó al resto que llevasen su discursón al piso de arriba, fuera de la vista y el oído de Kaj.

—¿Ahora qué? —preguntó Laranth cuando llegaron a la de estar sobre el estudio.

—Sí —repitó Rhinann—, ¿ahora qué? A pesar de tus manipulaciones Jedi de esa tendera, puede que hayas desenmascarado nuestra tapadera con tu pirotecnia…

Jax se giró hacia él.

—¿Mi pirotecnia? No fui yo el que sacó a Kaj de la galería para dar un paseito. ¿No podíais simplemente haberlo escondido en el estudio o en uno de los dormitorios?

La cada del elomin se vació de expresión.

—¿Haberlo escondido? ¿Por qué…?

—Eso fue culpa mía —dijo Dejah rápidamente, su mirada carmesí se dirigió fugazmente hacia Pol Haus—. Temía que el prefecto viniese con refuerzos. O que si le contabas sobre Kaj, él querría llevarselo —contempló a Jax seriamente—. No quería que le ocurriese eso, Jax. Supongo que fue una estupidez por mi parte… —dejó de hablar, bajando la vista.

—Ocurrió. Nos ocuparemos de ello —dijo Jax—. Pero Rhinann tiene razón sobre una cosa. Como poco hemos llamado su atención hacia esta área y hemos les hemos invitado a realizar una inspección más minuciosa. Tenemos que volver a trasladar a Kaj.

—Podrías dejar que me lo llevara —sugirió Pol Haus.

Todo el mundo se volvió para mirarle fijamente.

Él alzó ambas manos como si quisiera protegerse de sus miradas.

—No tengo ninguna intención de entregárselo a Vader. Me doy cuenta —añadió con la mirada puesta en Jax—, que no he tenido tiempo suficiente para demostrar mis buenas intenciones. Aunque hoy os ayudé corriendo cierto riesgo.

—Perdóneme por decir esto —dijo I-Cinco—, pero también podría haberlo hecho meramente como forma de ganarse nuestra confianza. Cuando envió a la policía del sector hacia la escena del «disturbio» hace un momento, también pudo haberles dado esta dirección.

—Podría haberlo hecho —dijo Haus imperturbablemente—, pero no lo hice. Olvida que hice la oferta. Pero estoy aquí ahora. Si puedo ayudar con esto…

—Dondequiera que traslademos a Kaj —dijo Laranth—, tendremos que llevar al menos algunas de las esculturas. Cosa que podría parecer sospechosa si acaban en el sitio

equivocado. Da la casualidad de que conozco una galería de arte que sería la casa perfecta.

Ella estaba colocada sobre el borde de un nicho de pared en el cual uno de los colegas de Ves Volette había pintado un mural con pigmentos cambiantes que enmarcaban a la twi'lek en un despliegue caleidoscópico de colores danzantes.

Algo sobre que estuviera ahí sentada perturbaba a Jax, pero no podía decir qué era.

—¿Quieres enviarlo con Yimmon? —dijo Pol Haus.

Jax le miró.

—¿Sabe… sabe dónde…?

—¿Dónde se localiza Latigazo? Sí. Y Thi Xon sabe que lo sé. ¿Ayuda eso a tranquilizar tu mente, joven Jedi?

Jax ignoró la pregunta, porque acababa de darse cuenta de qué era lo que estaba mal con el grupo en la habitación.

—¿Dónde está Den?

El sullustano siempre elegía el asiento más alto de la habitación, lo que en sus nuevos alrededores sería el sito en el que estaba sentada Laranth. Jax recordó, repentinamente, la habitación demasiado ordenada al final del pasillo. La habitación con ningún objeto personal a la vista.

I-Cinco se movió antes de que Jax pudiese hacerlo, y estaba en las habitaciones del periodista varios segundos antes que él.

Cuando Jax llegó allí el droide estaba parado en el centro de la habitación, mirando fijamente su prístina limpieza. Parecía como si nadie hubiese dormido allí nunca.

—Se ha ido —dijo I-Cinco—. Esta vez se ha ido realmente —el droide parecía, por una vez, completamente desconcertado.

—Lo siento, I-Cinco. Supongo que esto es mi culpa. La votación…

—No, es mía. Él ha estado considerando marcharse —ir a casa, a Sullust para casarse con Eyar Marath— desde hace algún tiempo —I-Cinco colocó sus hombros en un gesto muy humano—. Debería haberlo anticipado. Debería haber…

—¿Tratado de convencerle?

El droide emitió un diminuto suspiro metálico.

—No si eso era lo que él realmente quería. Un hogar. Una familia. Supongo que se engañó mucho tiempo pensando que la tenía aquí.

Jax hizo una mueca.

—Hemos sido una familia bastante disfuncional últimamente.

—Sí. Lo hemos sido —I-Cinco se volvió para mirar a Jax—. Pero una familia, no obstante.

Jax contuvo su aliento. Allí estaba otra vez… ese eco extraño de la Fuerza. Tal como había sentido…

Puso su mano en el hombro brillante del droide.

—Cinco, puedo *sentirte*. Ahora mismo. Y antes —en la calle— poco antes de que mataras a ese Inquisidor. Sentiste… miedo entonces. Miedo por mí —mientras decía las

palabras, mientras su memoria reproducía las imágenes y sensaciones, sabía que era verdad—. Ahora estás sintiendo dolor. Pérdida.

La cabeza del droide se inclinó levemente hacia un lado.

—Sí. Así es.

—¿No ves lo que significa eso? No puedes entrar inadvertido en el cuartel general Imperial. Te pueden sentir a través de la Fuerza. Nunca llegarías cerca del Emperador.

—Pero tu mismo lo has dicho: Estaba —*estoy*— sintiendo emociones fuertes. En el cuartel general Imperial no lo estaré. Seré un buen droide de protocolo, atendiendo mis asuntos…

Jax puso ambas manos en los hombros de I-Cinco y le miro fijamente a los fotorreceptores.

—Hasta que estés en la misma habitación que el Emperador. ¿Entonces qué? ¿Entonces puedes prometerme que no sentirás ira? ¿Pérdida? ¿Dolor? ¿Que el pensamiento principal en tu mente no será vengar la muerte de mi padre?

—Puedo…

—*¿Prometérmelo?* Porque si no puedes prometérmelo con toda honestidad, no puedo dejarte hacerlo.

El droide tembló literalmente.

—No puedes *detenerme*.

Jax le sacudió lo suficientemente fuerte como para hacer sonar su armazón.

—Esto no se trata de independencia, libre albedrío y las prerrogativas de un ser dotado de sentidos. Esto se trata… se trata de familia. Se trata de que te necesito porque eres toda la familia que me queda. Y dentro de ese corazón metálico guardas la única imagen que tengo de mi padre. Si mueres…

—Puedo poner el holograma en un cristal…

—¡Pero no puedes ponerte a *ti* en un cristal! Mira, me dijiste que tenía que permanecer con vida porque yo era necesario. Necesario para entrenar una nueva generación de Jedi. Bien, tu también eres necesario. Para mantenerme con vida.

I-Cinco parpadeó, sus fotorreceptores apagándose y encendiéndose rápidamente. Jax sintió de nuevo un pulso de emoción desde el droide… más fuerte que antes. Pero no era miedo o pérdida esta vez.

Era rabia.

—Si entras en el cuartel general Imperial con unas filtraciones como esas —dijo Jax—, caerán sobre ti en un minuto de Coruscant. Es un suicidio.

—Entonces supongo que debemos idear un plan diferente.

—Tal vez. Pero primero, tenemos que trasladar a Kaj.

CAPÍTULO VEINTIUNO

—Entonces Jax Pavan todavía vive —Darth Vader estaba de pie dando la espalda a Tesla. Su postura, así como su voz, no daba indicios de estrés o conmoción interior. Sólo su puño derecho enguantado, en un costado, se abría y cerraba rítmicamente. El Inquisidor, recién salido del sanador, estaba seguro de que podía oír los servomecanismos diminutos en los dedos biónicos cliquear y zumbar con el movimiento. ¿Estaba Vader intentando enroscar esos dedos cibernéticos alrededor de su cuello? ¿Sería la declaración *Jax Pavan todavía vive* el epitafio de Probus Tesla?

—Sí, mi señor —dijo Tesla. Hizo que su voz fuera lo más incolora posible—. Sentí que era mejor informaros de estos sorprendentes acontecimientos sin demora. Si hubiese sido sólo Pavan al que me enfrentaba…

—Deberías estar agradecido, Tesla, de que ni tú ni tu séquito lo asesinarais. Habría estado muy disgustado. Y estabas en lo cierto al asumir que esta información es invaluable para mí.

Vader se dio la vuelta y observó al Inquisidor con sus brillantes ojos sin rasgos.

—Lo has hecho bien.

Tesla se arrodilló, el alivio inundándole.

—Gracias, Lord Vader. Estoy complacido.

Vader hizo un gesto despectivo.

—Claramente sus fuerzas combinadas son considerables… e inesperadas. Las profundidades de los poderes de este joven adepto son desconocidas, lo que es decir que son incalculables —la cabeza encasquetada se inclinó ligeramente hacia un lado—. ¿No sentiste nada cuando Mas Sirrah murió?

Tesla nunca había visto a su señor mostrar ninguna incertidumbre. La idea de que las habilidades de este adepto desconcertaran a su señor le intrigaba y le emocionaba.

—Nada. Fue como si hubiera sido… eliminado.

Vader asintió.

—¿Y estás seguro que este otro fenómeno —este eco o reflejo de la Fuerza del que hablabas— provenía del droide? —había, para mayor sorpresa de Tesla, una nota de perplejidad en la voz profunda y bien modulada.

—Tan seguro como puedo estar.

Darth Vader se movió para colocarse directamente delante de Tesla con un susurro de ropas oscuras, mirándole desde arriba. Tesla vio su coronilla ahora calva y su cara llena de cicatrices reflejada en la superficie de las lentes de su maestro.

Vader extendió una mano sobre la cabeza del Inquisidor.

—Dame tus pensamientos, Tesla. Déjame ver lo que viste, escuchar lo que escuchaste, sentir lo que sentiste.

En la mente de Tesla el ritmo de las palabras fue un cántico, un conjuro. Su señor tenía la intención de ver a través de él, de tocar su mente directamente. La mera idea era embriagadora. Sintió el toque dentro de su mente y tembló con un júbilo extraño.

Recordó la calle, vista desde su puntal en el contrafuerte, allá en lo alto. La andanada de la materia y energía que lo golpó. Su caída en los escombros. Ese extraño cosquilleo de su sentido de la Fuerza poco antes de que Mas Sirrah muriese. Y entonces, lo que contempló cuando al fin se alzó de los escombros, donde esperaba ver otro Jedi, vio en su lugar al droide de protocolo.

Tesla tuvo un momento de duda. ¿Tal vez Pavan había creado el eco?

—No —la voz de Vader estaba ahora en su cabeza, reprendiéndole—. No edites lo que tus sentidos te dijeron. No lo califiques. Jax Pavan es un Jedi —un adepto de la Fuerza. ¿Era esto el patrón de un adepto de la Fuerza?

No lo era, y Tesla lo sabía. Recordó el resto entonces, hasta el punto en el que escapó de la calle destrozada. Cuando Darth Vader retiró su toque, Tesla casi lloró de duelo.

Vader guardó silencio durante largo tiempo. Silencioso e inmóvil. Entonces se dio la vuelta y caminó hasta su ventana cubierta. El sol estaba poniendose, volviendo de cobre las cimas de los cortanubes, sus ventanas brillaban como gemas sobre los cetros de gigantes.

—¿Qué hemos encontrado aquí, Tesla? Un Jedi que elude cada intento de atraparlo —no, dos— también está la mujer twi'lek. Añádele un adepto rebelde con habilidades inauditas y un droide que posee un patrón de Fuerza… —se volvió para mirar al Inquisidor—. Estoy más determinado que nunca a capturarlos. A todos ellos. Otra información que he recibido me lleva a creer que el chico es la clave. Si le atrapamos, les tendremos a todos.

Tesla, todavía arrodillado, alzó la vista hacia su señor.

—¿Qué queréis que haga, mi señor?

Vader indicó a su acólito que se levantase.

—Quiero que hagas los preparativos para la captura del muchacho.

—Pero… Lord Vader, sus habilidades…

—Deben ser soslayadas. Hay formas en las que podemos hacerlo —con un aliado en el lugar adecuado.

—¿Tenemos tal aliado, mi señor?

—Parece que sí.

CAPÍTULO VEINTIDOS

Laranth se ofreció para trasladar a Kaj hasta el centro de operaciones de Latigazo. Al principio Jax insistió en ir con ellos, pero Laranth le dijo que su descubrimiento de la presencia de I-Cinco en la Fuerza hacía que consultar con Tuden Sal fuese más importante.

—¿No confías en que lleve a Kaj hasta Yimmon sano y salvo? —le había preguntado Laranth, su cara era una máscara sin emoción.

—No es cuestión de confianza. Tienes que saber que te confiaría mi vida. Te la *he confiado* —añadió, sosteniendo su mirada—. No estaría aquí hablando contigo si no lo hubiese hecho.

—¿Entonces cuál es la cuestión?

¿Cuál *era* la cuestión? En realidad no temía por Kaj; los instintos del muchacho hasta ahora habían probado ser efectivos en cuanto a autoconservación. La cuestión era Laranth. Lo que le preocupaba era su seguridad.

—Sólo creo que dos cabezas piensan mejor que una —respondió, sin mucha convicción.

Laranth abrió la boca para decir algo, entonces sacudió la cabeza.

—Estaremos bien, gracias.

Y así los envió a Thi Xon Yimmon mientras Dejah hacía los preparativos para trasladar las esculturas de luz hasta la galería en el Sector del Puerto —con una escolta de droides policía seleccionados del contingente de seguiridad del Sector Zi. Kree, dirigidos por el propio Pol Haus. Las esculturas tardarían un tiempo en llegar y en ser ajustadas; hasta entonces Kaj sería protegido por medios menos tecnológicos. Basándose en la certeza del chico de que el Inquisidor que le perseguía había perdido su artefacto de taozin en la caída de escombros de Gallery Row, Laranth había despachado a un enjambre de los niños callejeros más jóvenes de Latigazo… niños sin hogar que vivían del pillaje y cuya presencia husmeando entre los escombros no llamaría la atención— para encontrarlo. El reseco y polvoriento nódulo de piel de taozin no sería suficiente para encubrir un poder como el de Kajin de Vader si el primero tuviese un arrebato considerable, por así decirlo, pero Laranth estaba satisfecha con que serviría hasta que pudiera volver a montar las esculturas de luz.

Jax los vio partir con una sensación de mal presagio, y se dijo a sí mismo que era meramente porque él y Laranth tenían algo inacabado entre ellos. Estaba experimentando el miedo humano irracional de que nunca tendría la oportunidad de terminarlo.

Echó una mirada a I-Cinco mientras los dos caminaban juntos a través de los niveles más bajos del Mercado Ploughtekal de camino a reunirse con Tuden Sal. Un arcoíris de neón continuamente cambiante caía sobre el revestimiento metálico del droide mientras avanzaban. *Un ser de muchos colores,* pensó Jax filosóficamente. Un ser que en ese momento, sabía él, también estaba sufriendo por asuntos inconclusos. Den Dhur no había dejado atrás ningún mensaje, ninguna explicación, ninguna indicación de lo que había

estado sintiendo en los días anteriores a su partida. Hasta Laranth había dicho adiós desde su cama del centro médico antes de marcharse.

No, se dijo a sí mismo, *te equivocas en ambos casos.* Ni Den ni Laranth habían sido reticentes en cuanto a expresar sus sentimientos sobre el curso que estaban tomando los acontecimientos. Él e I-Cinco simplemente habían estado demasiado ocupados, demasiado centrados…

¿A quién pretendía engañar? Él había estado demasiado *ciego* para darse cuenta. Y demasiado aturdido por el velo de feromonas de Dejah. Ahora ese conocimiento le carcomía, llegando hasta su alma. Qué había debido pensar Laranth… él pasando en segundos de ese momento íntimo que compartieron en el centro médico a olvidar prácticamente que ella existía.

Recordó el momento y sospechó que ya sabía lo que había sucedido. Dejah había entrado en el área de espera fuera de la habitación de Laranth. Con sus habilidades telempáticas habría sentido esa fuerte llamarada de repentina conciencia, de emoción, cuando él había entrado en la habitación, momentos después…

Había visto la mirada en la cara de la zeltron cuando él e I-Cinco habían salido para acudir a su cita hacía un momento.

Ella se había sentido dolida y desconcertada porque podía sentir como él la bloqueaba de forma agresiva, no permitiendo que captara ninguna de sus emociones. Él había sentido cierto remordimiento por ello en el estudio. Ahora, veinte minutos después y a varios kilómetros de distancia, ya no lo sentía.

Eso le molestaba. Eso sugería que, aunque él la bloqueara con una voluntad fuerte y entrenada, ella todavía era capaz de afectarle. Sintió un cosquilleo de rabia, tanto consigo mismo como con la intromisión de Dejah, y lo apartó de sí mismo.

No hay pasión; hay serenidad.

Cierto.

Llegaron a su destino… un antro de mala muerte que se autodenominaba «posada». Jax siguió a I-Cinco hasta el final del pasillo principal donde giraba hacia la izquierda y se abría en un corredor más ancho flanqueado por lo que el propietario llamaba «salas de conferencia». La sala en la que encontraron a Tuden Sal tenía espacio suficiente para una mesa baja y cuatro taburetes. La mesa tenía una selección de comida de apariencia nada apetitosa para Jax, quien se alegró de haberse acordado de comer algo mientras atravesaban Ploughtekal. Hasta el forraje ofrecido por establecimientos de dudosa condición como el Emporio de Pasteles de «Carne Misteriosa» de Max Shrekk tenía mejor aspecto que lo que Sal estaba tomando de forma tan entusiasta. Resultaba difícil creer que este mismo hombre había sido propietario de un popular restaurante de clase alta hacía un par de décadas.

Jax se sentó, mientras I-Cinco permanecía de pie. El Jedi aceptó una taza de humeante té rojo y lo sorbió, entonces dejó la taza y dijo:

—Tenemos un problema.

Los ojos de Sal se estrecharon.

—He oído que hubo disturbios en Gallery Row. ¿Fuiste tú, entonces?

—Durante los *disturbios*, como los has llamado —le dijo I-Cinco a Sal—, Jax descubrió que genero una huella de Fuerza esporádica.

La cara de Tuden Sal quedó vacía de expresión mostrando su estupefacción. La primera emoción que exhibió fue incredulidad. Miró a Jax.

—¿Tú qué?

—Me estaban atacando… —empezó Jax.

—Un Inquisidor estuvo a punto de atravesar a Jax. Lo evité. Me asaltaban emociones muy fuertes en ese momento.

—Las cuales sentí —añadió Jax.

Sal se quedó boquiabierto.

—¿Fuertes emociones?

—Estaba aterrado ante la idea de perderle, si quieres saberlo.

—La esencia del asunto —dijo Jax—, es que I-Cinco no puede garantizar que será capaz de mantener sus emociones a raya si se acerca al Emperador. No es el asesino ideal que pensabas que era.

La cara de Sal tomo un tono más oscuro de bronce.

—¿Estás seguro de esto?

Jax sacudió la cabeza.

—¿Cómo puedo estar seguro? Pero el hecho de que haya una duda razonable sobre el fracaso de la misión es suficiente para cancelarla.

Los ojos del sakiyano se estrecharon otra vez.

—¿Eres el único que lo sintió? ¿Lo sintió también Laranth?

—Ella tenía sus propias dificultades en ese momento —hizo notar I-Cinco secamente—. Nos estaban atacando varios Inquisidores.

—Oí el rumor, pero no lo creí. ¿Luchaste contra los Inquisidores… *al descubierto*? —Sal sacudió la cabeza—. Ese es otro golpe en contra de nuestro plan. Pero tal vez eso es lo que pretendías.

Ahora fue el turno de Jax de mirarle totalmente sorprendido.

—¿Perdón?

—Realmente has estado en contra de esta misión desde el principio, ¿verdad? ¿Por qué? ¿Es por tu padre?

Jax se inclinó hacia adelante.

—¿De qué me estás acusando, exactamente?

—No es difícil de comprender. Te involucras en una batalla pública con Inquisidores, por consiguiente atraes atención sobre ti *y* sobre I-Cinco, entonces afirmas que, como consecuencia, puedes sentirle a través de la Fuerza —extendió las manos—. Nadie más ha dicho que pueda sentirle.

—Esa es una acusación ridícula —dijo I-Cinco—. Si alguien fuera a desearte algún mal por la muerte de Lorn Pavan, sería yo. Y en última instancia fue el Senador Palpatine quien le asesinó, a través del asesino Sith. La investigación me dice que el asesino, o al

menos un zabrak con un tatuaje ritual similar, fue asesinado más tarde durante una lucha en una central eléctrica en Naboo, así que adiós a cualquier opción de venganza contra él. Eso nos deja a Palpatine.

Jax no planificó el incidente de ayer. Nos vimos arrastrados a la lucha con los Inquisidores para evitar la captura de un amigo.

—Otro Jedi, sin duda.

—Un Jedi en potencia —dijo I-Cinco.

—Ah… o un Sith en potencia, entonces.

Jax cambió de posición ansiosamente, recordando la facilidad con la que Kaj había enviado al Inquisidor a la nada. Él había sentido la ardiente oleada de odio que precedió el acto.

—No si podemos evitarlo —dijo él—. Pero eso no es el tema que nos incumbe ahora. Yo no me cargué nuestra tapadera ayer, no me estoy inventando lo que siento. I-Cinco puede ser sentido a través de la Fuerza. Cómo, no lo sé…

—Es un *droide* —dijo Sal—. Puede actuar como un droide y…

—*Actuar* es el término operativo —interrumpió I-Cinco—. La única manera de que mis intenciones estuvieran libres de falsedad sería si alguien desmontara mi módulo cognitivo hasta llegar al módulo de programación básica.

—¡Ah! ¡Por supuesto! —chilló Sal—. Eso es lo que haremos.

—En cuyo caso, ya no podría llevar a cabo la directiva —terminó I-Cinco—. Mi MPB no me permite herir a un ser sensible.

Sal quedó taciturno, entonces animándose chasqueó los dedos.

—¿Qué pasaría si tuvieses un manipulador? Alguien que fuera contigo y desactivara de forma remota el MPB cuando estuvieses lo suficientemente cerca del Emperador para completar la misión.

Jax sacudió la cabeza.

—Demasiado arriesgado. En ese último momento, cuando su revestimiento sensitivo fuera reinstalado, es muy probable que su módulo se sobrecargase y se destruyese con un fogonazo.

Sal se encogió de hombros.

—Pero para entonces sería demasiado tarde —para el Emperador, al menos.

—Sí. Y tal vez demasiado tarde también para I-Cinco.

Sal se encogió de hombros.

—¿Y qué? El manipulador simplemente vuelve a reinstalar el programa. Una instalación desde cero.

—No tan simplemente —objetó Jax—. No tienes ni idea de lo que tenemos aquí. Si alguna vez un droide fue más que la suma de sus partes, ese es I-Cinco. No quiero arriesgarme a que un reinicio haga que pierda parte de lo que podría ir más allá del código.

Sal miró fijamente a Jax.

—No estás sugiriendo seriamente que I-Cinco tiene un *alma*.

—Estoy sugiriendo que podría no ser el mismo robot que desconectáramos. Y eso no es todo. El emperador Palpatine dirige la Orden Sith. Si crees que los Inquisidores son mortíferos, el Emperador es exponencialmente más mortífero. Más rápido, más enfocado, más poderoso. En ese aspecto, durante la fracción de segundo que el MPB de I-Cinco se desconecte, el Emperador podría sentirlo y tomar represalias antes de que I-Cinco tenga alguna posibilidad de hacer nada.

—Es no lo sabes. Palpatine no se lo esperará. Y el droide no tiene que acercarse tanto —un disparo láser desde la galería cuando el Emperador está en suelo del Senado, por ejemplo…

—Tal escenario podría tener posibilidades de funcionar, pero siempre está Darth Vader.

—Pero el droide podría…

—El droide podría caerse a pedazos por fatiga del metal esperándoos —cortó I-Cinco—. Asumamos por un momento que podemos hacerme atravesar la seguridad —miró a Sal—. ¿Qué tenías en mente?

Tuden Sal estaba repentinamente animado.

—Es un plan simple. Y porque es simple, creo que tiene una gran probabilidad de éxito. Palpatine asiste a los «debates» del Senado —festivales de adulación es más correcto— el último día de cada semana. El número de droides de protocolo en el Vestíbulo del Senado durante esas veces es abrumador. Están en todas partes —interpretando, llevando mensajes, sirviendo té— no deberíamos tener dificultad en entrar como agregados de cualquier delegación con la que I-Cinco le haya dicho al sistema de seguridad que estamos.

—Y como manipulador, ¿dónde estaría yo? —preguntó Jax.

I-Cinco reaccionado fuertemente a eso.

—Jax, no puedes. Eres un Jedi. Un Jedi buscado. Aunque llevases un disfraz, correrías peligro de ser leído. Pondrías en peligro la misión.

Jax pensó en ello.

—Podría ser uno de Los Silenciosos, tal vez. Viajan excesivamente tapados y nadie se fija en ellos —entonces le asaltó una epifanía—. Lo tengo. Entraré como Inquisidor. Completamente apropiado alguien sensible a la Fuerza.

—¿Y dónde conseguirías la túnica de un Inquisidor? —preguntó el sakiyano.

—No lo sé, pero estoy seguro que Rhinann lo sabe. Y creo que incluso puedo saber dónde conseguir algo de taozin. Ya tengo una hoja Sith.

Tuden Sal asintió.

—Sí. Podría funcionar. Las galerías de los ciudadanos tienen una vista despejada de la plataforma del Senado del Emperador.

—La cual está protegida por un escudo repulsor y otro EM —objetó I-Cinco, mirando fijamente a Jax como si hubiese perdido completamente la razón.

—Soy un Jedi. Puedo ocuparte de ambos.

—Tal vez. Pero hacerlo provocará que te ilumines como una supernova para los otros Inquisidores.

Jax se encogió de hombros.

—Habrá demasiado pandemónium porque el Emperador estará muerto.

Los fotorreceptores de I-Cinco fotorreceptores miraron a los ojos de Jax directamente.

—Se supone —dijo I-Cinco—, que tengo que mantenerte con vida. ¿Recuerdas?

—Entonces será mejor que hagas tu mejor disparo —Jax se volvió hacia Tuden Sal. ¿Ya estás convencido de que no he intentado sabotear tu misión?

El sakiyano no contestó; en lugar de eso dijo:

—La siguiente aparición de Palpatine en el senado es dentro de dos días. ¿Le dará eso tiempo suficiente a Rhinann de conseguir la túnica de un Inquisidor?

Jax se puso de pie.

—Averigüémoslo.

* * *

—¿Quieres que yo consiga *qué?* —Rhinann estaba consternado. Como había sospechado durante mucho tiempo, el Jedi había perdido completamente la razón.

—La túnica de un Inquisidor. ¿Puedes hacerlo?

—Preferentemente sin alertar a todos los Inquisidores sobre su destino —añadió I-Cinco.

Rhinann clavó una mirada venenosa en el droide.

—Ni siquiera sabrán que les falta una. ¿Cuándo la necesitas?

—En los próximos dos días.

Rhinann sintió el edificio balancearse a su alrededor.

—¿Tan pronto?

—Si no puedes hacerlo —dijo Pavan—, tal vez será mejor que busque otra fuente.

Rhinann se puso rígido. Ningún elomin podría aguantar que su integridad profesional fuese así de impugnada. Sabía que Pavan lo sabía, y lo estaba usando para manipularle, pero el saberlo no ayudaba.

—Puedo hacerlo. Es simplemente… muy pronto —el elomin se dirigió hacia la estación de HoloRed de la sala de estar y se conectó—. A propósito —dijo mientras comenzaba su búsqueda en el nodo Inquisitorial—, estaba monitorizando el tráfico del BSI esta mañana. El droide ha sido reportado. El Inquisidor superviviente le sintió durante el incidente de ayer.

Vio como Pavan e I-5YQ intercambiaban miradas, y sintió cierta satisfacción.

—Hmm. Sí. Ahora es una perspectiva un poco más alarmante, ¿verdad?

Para sorpresa de Rhinann, el Jedi meramente se encogió de hombros.

—No me sorprende, pero puede que a Tuden Sal sí. Avísale.

Rhinann se dio media vuelta para clavar la mirada en el estúpido humano.

—¿Así que váis a seguir con ello? ¿En qué estás pensando?

—En que el BSI estará buscando un Jedi con un droide sensible y lo que tendrán será un Inquisidor con un trespeó ordinario.

Le dejaron con sus asuntos entonces, descendiendo a la vacía galería de arte… muy probablemente, pensó el elomin, para continuar el proceso de planificar sus propios funerales.

Aun así, reflexionó Rhinann, podría no ser un desastre insalvable. I-Cinco seguramente se aseguraría que, bajo estas condiciones, Jax fuera el que llevara el bota. Cuanto más pensaba Rhinann sobre ello, más sentido tenía como plan de contingencia. Él bota proveería el respaldo. Si I-Cinco era descubierto o si el plan fracasaba de alguna otra manera, Jax cogería el bota y completaría la misión.

Elegante. Esto también aclaraba lo que Rhinann tenía que hacer. Debía engrasar los engranajes para la entrada de los asesinos en el centro de mando Imperial.

Y debía asegurarse de que él era uno de los asesinos.

CAPÍTULO VEINTITRES

A Kaj le gustaba estar con la twi'lek de piel verde. Ella encarnaba su ideal de un Jedi… sigilosa como el viento, ágil, inteligente, valiente, misteriosa.

—Eres diferente —le dijo a ella mientras iban juntos de camino al refugio en el que había pasado la noche a través del laberinto de callejones que llevaban, finalmente, a la galería/teatro sobre la que se localizaba el santuario de Thi Xon Yimmon.

—¿A qué?

—A Jax.

—Jax es humano. Yo soy twi'lek.

—No quería decir eso.

—Jax es hombre. Yo soy mujer.

—Bueno, sí. Lo había notado un poco.

—Yo soy verde. Jax es de un enfermizo tono beige.

—Ahora me estás tomando el pelo.

—Yo nunca tomo el pelo.

—Eso dices, pero me tomas el pelo. Y a veces también a Jax.

Laranth giró la cabeza para mirarle.

—No se lo digas.

Sus ojos eran de un tono verde estelar… como las estrellas gemelas que se alzaban en las noches de invierno, justo después de medianoche, en el cielo suroccidental sobre la granja de sus padres.

Él la sonrió.

—No lo haré. Lo que quería decir es que no eres lo que esperaría que fuera un Jedi. Bueno, tampoco Jax, en realidad.

—No soy un Jedi. Soy un Paladin Gris —los ojos verdes se oscurecieron—. ¿Y cómo esperabas que fuese un Jedi?

—Muy serio. Bueno, tú eres seria, pero quiero decir como… como los monjes de las órdenes sanadoras.

—¿Los Silenciosos?

—Sí. Quiero decir que Jax está totalmente dedicado a enseñarme cómo permanecer tranquilo y en calma y todo eso, pero él es… Jax —hizo una pausa y después preguntó—. ¿Cómo lo haces *tú*? ¿Cómo evitas que la cólera te domine?

—¿Te sientes enfadado ahora mismo? —le contempló con su mirada esmeralda, y él supo que le estaba leyendo… hasta donde podía, considerando el hecho de que llevaba el colgante de taozin de un Inquisidor. Rhinann le había dicho el nombre del Inquisidor: Tesla. Lo recordaría.

—No, ahora no me siento enfadado. Es… es en parte por lo que les hicieron a mis padres.

—¿La granja?

Él le había hablado acerca de eso. Ahora simplemente asintió.

—Y en parte es sólo…

—Tal vez sería mejor que no pensases en ello.

—¿Así es como te encargas de eso? ¿No pensando en ello?

Ella le dedicó una mirada larga, desconcertante.

—Te parezco enfadada, ¿verdad?

—Sí. Especialmente cuando…

No terminó la frase. Al salir a la intersección de cuatro corredores estrechos, se encontró hasta las rodillas en alguna clase de niebla extraña. Se enroscaba lánguidamente alrededor de sus piernas como CO2 sublimizado.

—Hey, ¿qué es esta cosa?

Laranth miró fijamente la niebla emergente, entonces soltó una maldición.

Girando hacia donde habían venido, desenfundó los desintegradores y dio un paso, entonces se detuvo.

—Inquisidores —gruñó y se giró de nuevo.

La sangre de Kaj bombeó con más fuerza.

—Está bien. Puedo encargarme de ellos.

—No, no puedes —ella tomó la rama derecha de las intersección. Estaba bloqueada a menos de metro y medio desde la intersección por lo que parecía un bloque de ferrocreto sólido.

Kaj estaba de pie en el centro de la intersección observando cómo se elevaba la niebla, percibiendo su aroma. Supo que era una droga en el mismo momento en el que le asaltó la primera ola del vértigo. Vio a Laranth moverse cerca de él en un remolino de la sustancia, comprobando inútilmente los pasillos central e izquierdo.

Ella se tambaleó mientras regresaba a la intersección, maldijo otra vez, y se dirigió por donde habían llegado. La lógica de eso asaltó a Kaj mientras cedían sus rodillas. Sus captores tuvieron todo el tiempo del mundo para obstruir completamente los corredores que había por delante de ellos con objetos que serían incapaces de manipular, pero su ruta trasera tendría que estar salvaguardada. Su primer impulso había sido correcto, pensó mientras la niebla se apoderaba de su mente. Debería haberse dado la vuelta y haberlos aplastado.

Intentó reunir la voluntad y la concentración para hacerlo ahora, pero su mente no cooperaba. Sintió como si su cuerpo hubiera sido desconectado de su cerebro y las diferentes partes de su cerebro hubieran sido bloqueadas para que no se comunicasen unas con otras.

Cayó en el remolino de niebla, observando la silueta de Laranth alejarse de él a través de la bruma. Escuchó el zumbido de sables láser y vio el brillo rojo.

¿Cómo los encontraría Jax? ¿Cómo sabría si quiera lo que les había ocurrido?

Piedrecillas.

La respuesta le llegó de un simple cuento infantil sobre una hermana y un hermano cuyo malvado padre los llevó hasta el pantano para deshacerse de ellos, y evitar que se

hicieran adultos y cumplieran una profecía que anunciaba su muerte. Habían dejado caer piedrecillas a lo largo del recorrido para encontrar el camino de regreso.

Kaj no tenía piedrecillas, pero tenía una cadena de taozin. Con su último jirón de conciencia tiró con fuerza del colgante de su cuello y lo lanzo tras él.

* * *

Jax no podía concretar donde se tergiversó el sueño y se convirtió en pesadilla. No era un sueño de Fuerza, sólo una sucesión de acontecimientos recientes vistos en salpicaduras estroboscópicas de color y movimiento. Entonces, con una premura que lo puso en un estado medio despierto, toda la atmósfera del sueño cambió, volviéndose viscosa, fluida y aterradora.

Se zambulló a través de las capas de una nube aceitosa, hasta un lugar frío y estrecho que era tan oscuro como el corazón de un Inquisidor. Acabó en un laberinto para ir corriendo a ciegas de un lugar a otro, buscando la salida. Pero la salida estaba bloqueada a cada vuelta y alguien o algo le andaba buscando, acercándose cada vez más en la oscuridad.

Se arrastró a sí mismo hacia la vigilia, con un gusto químico en su boca. Después de un momento, lo reconoció.

Gas de especia.

Se sentó derecho, el presentimiento opresivo que sentía desde ayer, ahora era como un peso aplastante colocado sobre su pecho. Se levantó y se puso la túnica. Seguir durmiendo quedaba descartado. Tenía que ir a ver a Thi Xon Yimmon. Comprobó el crono de la pared. Si se iba ahora, podría ayudar a Laranth a alinear las esculturas de luz.

Se colgó el sable láser en el cinturón, colocó su chaleco por encima, y salió a la galería del piso de arriba.

I-Cinco levantó la vista de la inspección de la prenda que Rhinnan sostenía para él. La túnica del Inquisidor, noto Jax.

—¿A dónde vas? —preguntó I-Cinco.

—Voy a ver qué tal está Kaj.

—Tenemos una cita con Sal dentro de poco para terminar…

—Lo sé. Llegaré tarde, supongo.

El robot parpadeó.

—Jax, ¿puedo recordarte que estamos planeando asesinar al Emperador, y no un picnic familiar?

Jax vaciló. I-Cinco tenía razón, pero la pesadilla todavía seguía sobre él —*en* él— haciendo que sus pensamientos fueran lentos e inconexos. Aspiró profundamente. —Creo que he sentido una perturbación en la Fuerza. Estaba durmiendo, así que todo está distorsionado con un sueño que estaba teniendo.

Rhinann se volvió hacia I-Cinco.

—¿Puedes traducirme eso a Básico, por favor?

I-Cinco sonaba molesto.

—En Jedi significa que ha ocurrido algo malo —lanzó la túnica a los brazos de Rhinann y fue a colocarse debajo del balcón, contemplando a Jax—. ¿Kaj?

—No estoy seguro. Quiero ir a comprobalo.

—Tenemos un nodo de HoloRed —dijo Rhinann, señalándolo con un gesto.

En ese preciso instante, la HoloRed pitó para señalar un mensaje entrante. Rhinann se dirigió a la estación flotante de la esquina de la galería y revisó la fuente.

—Es Thi Xon Yimmon —contempló a Jax.

—Abre el enlace.

Para cuando Thi Xon Yimmon apareció, Jax estaba de pie sobre la superficie de proyección, frente a él. Una mirada a la delgada cara del líder de Latigazo hizo que se helara cada átomo de su cuerpo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Lo peor, me temo. Kaj y Laranth han sido capturados.

Jax se dio cuenta de que estaba usando la Fuerza para mantenerse en pie, sus piernas de repente parecían no poder sostener el peso de su cuerpo.

—¿Cómo?

Yimmon miró hacia un lado.

—Hasta donde sabemos les tendieron una emboscada a lo largo de uno de nuestros corredores de acceso bajo el espaciopuerto. Uno poco usado que elegimos especialmente para trasladar a Kaj. No puedo decirte cómo se llevo a cabo. De alguna forma debieron incapacitar a Laranth y al chico o… o algo peor.

Jax cerró sus ojos y se extendió, sin importarle que algún Inquisidor cercano pudiese sentir el roce de su mente mientras tocaba el tejido de la Fuerza.

—No —murmuró él—. No, están vivos. Habría sabido si ella… si estuviesen muertos. Habría habido un eco de sus fuerzas vitales. Sentí algo, pero no supe lo que era. Creo que fueron drogados. Gas de especia. Acabo de despertarme ahora mismo con su sabor en la boca.

—Eso, al menos, son buenas noticias. Se retrasaban en llegar aquí así que mandamos equipos de búsqueda. Nunca nos habríamos dado cuenta de lo que les había ocurrido o dónde si uno de nuestros equipos no hubiera encontrado esto —extendió el brazo hacia un lado, y una mano colocó algo en la suya. Era el colgante de taozin que Kaj había llevado. La cadena tejida estaba rota.

Jax sintió como si una banda metálica estuviera siendo atornillada apretadamente alrededor de su pecho. Obligó a su mente a priorizar sus pensamientos, no según sus dictados personales, sino según el bien mayor.

—¿Cree que está en peligro de ser descubierto?

—El lugar de la emboscada estaba a cierta distancia de aquí —de hecho, Laranth y Kaj apenas habían entrado en los túneles y podrían haber tomado cualquier ruta una vez que pasaran esta intersección en concreto. Creo que la emboscada fue preparada por alguien con sólo un conocimiento superficial de nuestras rutas de acceso.

I-Cinco hizo uno sonido extraño.

—¿Preparada por quién? Sólo un puñado de personas sabían quién era Kaj y que iba a ser trasladado hoy. Sólo los operativos de Latigazo, como ha señalado, conocen vuestras rutas.

—Sí. Lo que nos lleva a la desafortunada conclusión de que la persona o las personas que prepararon esto tienen la confianza de Latigazo, pero sólo hasta cierto punto.

El pensamiento hizo que la mente de Jax se tambaleara.

—¿Alguien como Pol Haus?

—No lo creería de él —dijo Yimmon—. O tal vez meramente no querría creerlo de él. Él es un viejo amigo y de confianza.

—¿Puedo recordaros —dijo I-Cinco—, que Pol Haus conoce la galería de arte? Si hubiese querido, podría haber entregado a la organización entera.

A Jax se le ocurrió otra posibilidad que era horriblemente razonable.

—A menos que todo lo que quisiera o necesitara fuera apaciguar a Vader, cosa que estaba muy arriba en su lista de prioridades si recordáis. Puede que no esté aliado con el Imperio, sino sólo intentando mantener el orden. De hecho, podría haber llegado a la conclusión que entregar al «adepto rebelde» era la mejor forma de evitar que el Latigazo fuera descubierto. Podría muy bien haber visto la presencia de Kaj allí como una amenaza para su viejo amigo de confianza.

Mientras Yimmon digería eso, Dejah entró en la plataforma del holoproyector en su extremo de la transmisión.

—Jax, Yimmon me ha dicho que algunos Jedi poseen el poder de la psicometría. ¿Lo tienes tú?

—Tengo cierta habilidad. Raramente lo he usado.

La zeltron alzó el amuleto de taozin de las manos de Yimmon y lo tendió.

—¿Estarías dispuesto a intentarlo? Hasta yo puedo sentir *algo* sobre este collar. Una cierta… resonancia emocional. Tal vez tú puedas descubrir algo más.

Jax asintió con la cabeza.

—Iremos enseguida.

Yimmon estuvo de acuerdo inmediatamente.

—Enviaremos corredores a todos los puntos de acceso del perímetro exterior. Escoge cuál usaréis. Ahora mismo esa es la única manera de asegurarse que no habrá otra emboscada.

Con esas palabras escalofriantes, Thi Xon Yimmon terminó la transmisión.

Rhinann alzó sus brazos en un gesto de consternación.

—¿Iremos enseguida? ¿Puedo recordarte…?

Jax ya estaba de camino hacia el ascensor.

—Iremos I-Cinco y yo. Tú contacta con Sal. Hazle saber todo lo que ha sucedido. Dile… dile que las cosas han cambiado. Nuestro plan de asesinato acaba de convertirse en una operación de rescate.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Kaj se despertó de una pesadilla para encontrarse yaciendo en una habitación elegante aunque espartana. La cabeza le dolía, su visión estaba borrosa, y no tenía ningún recuerdo de cómo había llegado hasta allí. Un pánico helado le recorrió entonces, desde la cabeza a los pies.

Él no recordaba *nada,* a parte de su nombre. Él era Kajin Savaros. Más allá de eso, su pasado era un vacío.

Miró alrededor de la habitación. Las paredes eran suaves, de profundo gris azulado, el escaso mobiliario era negro.

Escuchó la habitación. No estaba completamente en silencio, sino que respiraba suavemente con la entrada y la salida lenta y regular del aire filtrado. Había un aroma agradable en ella que le recordaba a…

Hizo un gran esfuerzo mental. Agua. Le recordaba a agua, flores y el perfume verde de su hogar. ¿Pero dónde estaba su hogar?

¿Era *éste* su hogar?

Se sentó derecho, su cabeza le palpitaba, y sacó las piernas del jergón. La tela era suave bajo sus dedos. Clavó los dedos en ella, intentando concentrarse.

No le llegó nada.

Puede que hacer eso fuese lo equivocado. Alguien le había dicho una vez que cuando quisiste recordar algo, debías apartar la mente de intentar recordar.

Ni siquiera podía recordar quién le había dicho eso.

El pánico se agolpó en su garganta, haciendo que le doliera, haciendo que los ojos le picasen por las lágrimas.

Basta, se dijo a sí mismo. *Esto es una tontería. Estás en este lugar agradable. Alguien te puso aquí. No estás hambriento, así que te han alimentado bien. Alguien está cuidando de ti. Estás bien.*

Tuvo un recuerdo repentino y cegador de estar robando comida de un kiosco en un mercado sucio. Se fue tan rápido como vino.

Se puso de pie con cuidado, tambaleándose un poco mientras iba hacia la puerta. No se abrió al acercarse. ¿Era un prisionero?

Echó una mirada a ambos lados, buscando una placa de control. Estaba a la derecha: un octágono brillante de metal incrustado en la pared. Pasó su mano por delante y la puerta se abrió deslizándose con un suspiro.

Se quedó sin aliento ante la belleza de la habitación más allá de la puerta. Era grande, elegante y decorada con el mismo tono de gris azulado que el dormitorio. Estaba decorada por pinturas y esculturas. La pared que tenía delante era un panel curvado de transpariacero que daba a todo el esplendor de la ciudad. La Ciudad.

Rebuscó su nombre. Centro Imperial. Estaba en Centro Imperial. Todavía no tenía ni idea de quién era él, más allá de su nombre, pero estando a esta altura, en un edificio por

cuyas ventanas se contemplaban brillantes agujas, suaves nubes blancas y el cielo dorado, él debía ser alguien importante.

Hubo una suave ráfaga de aire y una puerta se abrió a su derecha. Un hombre la atravesó; un humano alto, delgado, con una cabeza calva y una cara cubierta de pálido tejido cicatricial. Kajin contuvo el aliento en una puñalada de reconocimiento. Conocía a este hombre, pero no podía recordar de qué le conocía.

El hombre vaciló en la entrada un momento, como si se hubiese sorprendido ante la visión de Kaj, entonces sonrió.

—Estas despierto. Me alegro.

—¿Estuve… estuve dormido mucho tiempo?

—Me temo que sí. Todo un día. Estábamos preocupados por ti.

—¿Por qué? ¿Qué me ocurrió? No recuerdo —los ojos del hombre estaban tristes—. Probablemente sea mejor. Has pasado por una experiencia bastante dura.

Kajin tragó.

—¿Qué experiencia? ¿Qué me ocurrió?

—Los Jedi intentaron capturarte. Casi tuvieron éxito. Te sacaban por el subsuelo cuando les alcanzamos.

Oscuridad. Corriendo de acá para allá en la oscuridad con las paredes cerrándose. Una mujer. Una twi'lek de piel verde. «No, no puedes», había dicho ella. Ella le había impedido hacer… algo.

Se frotó las sienes.

—Había una mujer. Una twi'lek.

Los ojos del hombre estaban fríos.

—Sí. Ella era uno de ellos. Una Jedi. ¿No lo recuerdas?

—Ya te dije que no recuerdo nada.

Corriendo. Miedo. Queriendo hacer algo… ¿qué era?

—Te parezco enfadada, ¿verdad? —ella le había preguntado eso. ¿Por qué le preguntaría ella eso?

Ahora estaba enojado. Frustrado.

El hombre de la entrada alzó las manos en un gesto apaciguador.

—Por favor, Kajin. No te enfades. Los Jedi te drogaron. Tal vez pase algún tiempo hasta que regrese tu memoria.

—¿Quién eres?

La mirada pálida ardió brevemente como si estuviera disgustado.

—Soy Probus Tesla. Tu maestro.

—Mi maestro. —Había tenido un maestro. Recordó vagamente. Una voz amable impulsándole, alentándole. El suave roce de otra mente…

No hay emoción; hay paz.

Ninguna cara llegó con el recuerdo. Contempló al hombre calvo.

—¿Entonces quién soy yo?

La sonrisa regresó, cálida y reconfortante.

—Tú, Kajin, eres uno de los iniciados más prometedores de los Inquisidores. Razón por la cual los Jedi trataron de capturarte.

Los Inquisidores.

El ondear de túnicas iridiscentes. El destello de un sable láser carmesí.

—Sith —dijo el muchacho—. Soy un Sith.

La sonrisa de su maestro se ensanchó.

—Bien. Ya recuerdas.

CAPÍTULO VEINTICINCO

El Inquisidor avanzó por la ruta aérea que terminaba en la plaza frente al Buró de Seguridad Imperial y caminó a grandes pasos con estudiada confianza a lo largo de su recorrido. El personal que se cruzaba con él inclinaba la cabeza por deferencia a su posición aparente y seguía adelante. Ni uno de ellos alzó la mirada para intentar ver su cara dentro de la capucha ocultadora. Aparentemente hasta los operativos imperiales estaban tan impresionados por los Inquisidores que evitaban su mirada.

Eso era una ventaja.

El objetivo de Jax era doble… ver lo bien que funcionaba su disfraz sin arriesgar la vida de nadie más, y ver si estar tan cerca le permitía sentir a Kaj.

No tenía problema en sentir a Laranth, aunque la naturaleza de su contacto había sido perturbadora en extremo. Le había llegado en una explosión de dolor y desafío entremezclados y le había dejado aturdido hasta la médula.

Sospechó que la habían provocado para crear ese contacto; su captor quería que él supiese dónde estaba.

Estaba allí. En ese monolito obsidiana al otro lado de la superficie dorada de la plaza. Jax podía ver su propio reflejo en el frontal del edificio mientras cruzaba la plaza… o mejor dicho, podía ver el reflejo de un Inquisidor alto y delgado, moviéndose con la gracia de una nube; uno entre los muchos que entraban y salían.

Observó mientras un par de ellos, sus túnicas enrollándose como un humo sanguinario en torno a ellos, dándoles la apariencia de fantasmas carmesíes, entraba por el amplio portal del BSI. La agencia se había convertido en una segunda casa para su orden… las oficinas de los Inquisidores estaban allí, pero la propia orden tenía su sede en un templo a varios kilómetros de distancia.

Los dos Inquisidores que observaba entraron en el edificio sin ningún control de seguridad. Jax redujo el paso. ¿Podría ser tan fácil? Pensó en Laranth —en esa explosión frenética de dolor y desesperación que él había sentido a través de la Fuerza— y experimentó el urgente deseo de atravesar esas puertas, encontrarla y sacarla de allí… *ahora*. El conocimiento de que ella estaba allí y había sido torturada con fuerza suficiente para romper esa voluntad de hierro, incluso por un momento, era una agonía.

Recorrió el lugar con zarcillos de Fuerza. Encontró a Laranth en medio de los extraños y muertos ecos de los amuletos de taozin que llevaban aproximadamente una docena de Inquisidores. Era una presencia enredada, sus hilos giraban y se anudaban, pero estaba allí. Ella estaba allí.

De Kaj Savaros, sin embargo, no había ni rastro.

Jax avanzó lentamente a lo largo del frontal del edificio hasta un ascensor en la esquina más alejada, escaneando mientras caminaba. Nada, nada, y más nada. Entonces, abruptamente, su percepción pasó junto otra huella de fuerza enroscada. Fuerza oscura… tan negra, dura y destellante como ese edificio.

Vader.

Retiró su toque suavemente y tomó el ascensor hasta varios niveles por abajo antes de recorrer el sinuoso camino de vuelta al Latigazo.

* * *

—¿Qué quiere decir eso? —Tuden Sal recorrió con la mirada a las otras personas de la habitación: Jax, I-Cinco, Rhinann, Dejah y Thi Xon Yimmon. Su mirada se detuvo en Jax.

—Quiere decir que no podemos llevar a cabo el intento de asesinato —dijo Jax—. Si asesinamos al Emperador, perderíamos cualquier oportunidad de recuperar a Laranth o a Kaj con vida.

—¿Estás seguro de que siguen con vida?

Jax manoseó la empuñadura de su sable láser y lo encontró reconfortante. ¿Qué diría Laranth de eso? Esperaba que llegase a descubrirlo.

—Puedo sentir a Laranth, pero no a Kaj. Lo que significa una de estas tres cosa: Kaj está drogado, está muerto o no se encuentra en el centro de detención del BSI.

Dejah se tapó la boca con las manos. ¿No pensarás que está muerto?

Jax sacudió la cabeza.

—Como dije antes, lo habría sentido. Y no tiene sentido que Vader lo capture sólo para matarle. Él es una anomalía demasiado grande para eso —demasiado útil para él. Querrán pasarle al lado oscuro. Tampoco creo que siga drogado. Vader no es idiota; sabe que la anestesia profunda durante mucho tiempo puede hacer estragos con la Fuerza en un adepto.

—¿Entonces cuáles son las alternativas? —preguntó Thi Xon Yimmon.

—Creo que lo tienen en alguna otra parte y que han encontrado alguna forma de amortiguar sus poderes.

—Corrígeme si me equivoco —dicho I-Cinco—, pero esto podría dar al traste con nuestra idea de una misión de rescate.

—Bastante.

—No lo entiendo —dijo Dejah, frunciendo el ceño—. ¿Por qué habría de ser así?

—No están juntos —explicó Jax—. Podríamos entrar a por Laranth, pero estoy bastante seguro de que no encontraremos a Kaj en el mismo sitio.

Dejah hizo un gesto de frustración.

—Pero seguramente, aunque sólo podamos rescatar a Laranth, valdría la pena correr el riesgo.

Jax miró a la zeltron de reojo.

—No pensaba que Laranth te importaba tanto.

—Lo has entendido al revés —es *a ella* a la que no le importo mucho *yo*. Estoy bien con ella, aunque la encuentre un poco taciturna. Pero a ti… a ti te importa. Para mí esa es razón suficiente para quererla de vuelta.

Jax sacudió la cabeza, en parte como negación a las palabras, en parte negando la oleada manipuladora de feromonas que llegó con ellas.

—No podemos irrumpir allí y rescatarla. Ella… —apretó los labios, ahuyentando la agonía de su último contacto—. Creo que la están usando como baliza. Intentando obligarnos a ir a por ella. Puedo entrar en el edificio como Inquisidor, pero nunca convencería a nadie de que tengo la autoridad necesaria para llevarme a un prisionero. Si hubiese simplemente tropas de asalto protegiéndola, eso sería diferente. Pero son Inquisidores.

—Estás diciendo que la están usando como cebo —dijo I-Cinco—. No a Kaj. Interesante.

—Cebo —repitió Rhinann—. Para el resto de nosotros.

—Bueno, más específicamente, para Jax y para mi —I-Cinco miró al Jedi—. Y tal vez, de entre los dos, Darth Vader estaría más interesado en mí —si no por lo que soy, ciertamente por lo que cree que tengo. Creo que deberíamos sugerir un intercambio: yo por Laranth y el muchacho.

Hubo un silencio total en la habitación. Jax finalmente encontró su voz.

—Eso es una locura.

—Creo que no. Ni estoy sugiriendo me entregues realmente a Vader. Mi idea es que con tu disfraz —que aparentemente funciona admirablemente— podríamos entrar bajo falsas pretensiones.

—¿Entrar dónde? —preguntó Yimmon—. No puedes estar proponiendo entrar en el BSI.

—Si Vader me quiere —y al bota, por supuesto— podemos tener algún control sobre el punto de intercambio.

—Aun así —replicó Yimmon—, no podemos confiar en que Vader se atenga al trato. Sería una trampa.

—Por supuesto —reconoció I-Cinco—. Eso es de esperar. Lo consideraremos en nuestros planes.

Tuden Sal tenía aspecto de haberse tragado algo particularmente amargo.

—¿Y podemos incluir en esos planes alguna forma de situar al Emperador en el punto de intercambio?

Jax abrió la boca para decir algo conciso sobre el nuevo objetivo de su misión, pero I-Cinco habló primero, con la mirada puesta en el sakiyano.

—Espero que el atractivo del bota lo consiga. Considera que, en lo que se refiere a esa sustancia extraña y misteriosa, Palpatine y Vader pueden ser competencia. Creo que el Emperador sería inflexible acerca de estar durante el intercambio para asegurarse de que el bota cae en sus manos, y no en las de su teniente.

El sakiyano resopló.

—Si es que acaso sabe que existe.

—Puedo asegurarme de que lo sabe —dijo Rhinann quedamente.

—¿Y puedes comunicarnos con Vader y hacerle nuestra propuesta? —le preguntó Jax.

El elomin asintió.

—Sí. Puede ser mi perdición, pero me encargaré de ello.

—Usa el sistema de HoloRed del estudio. De ese modo, si te rastrean…

—Ya lo tenía en mente.

Jax se encontró preguntándose qué más podría tener en mente el elomin. Él era, después de todo, un antiguo socio de Darth Vader… su amanuense y su ayudante. Jax no estaba completamente de acuerdo con la idea de que su topo fuese Pol Haus. Haninum Tyk Rhinann era también un posible candidato.

Con esa inquietante posibilidad en mente, una vez que el grupo preparó la propuesta de intercambio para Darth Vader y Rhinann fue enviado a entregarla, Jax se llevó a I-Cinco aparte para una sesión privada de estrategia.

CAPÍTULO VEINTISEIS

I-Cinco sería escoltado por Dejah Duare, quien tenía más posibilidades de mantener calmado a Kaj, y por Rhinann, cuyas razones para ofrecerse voluntario eran vagas en el mejor de los casos. Había llegado tan lejos para esconderse del Señor Oscuro que era difícil explicar a sus compañeros por qué repentinamente estaba dispuesto a ponerse en peligro.

Probó varias explicaciones en su propia mente que sonaban falsas incluso para él: lealtad hacia Jax, un apego secreto con I-Cinco, un deseo de alardear de su alianza con un Jedi ante un amo que habia abusado de sus sensibilidades tremendamente. Ninguna sonaba creíble, y por eso había terminado con algo un poco más cercano a la verdad.

—Francamente —les había dicho a los conspiradores reunidos—, tengo la intención de convertir esto en una táctica estratégica. Vader me reconocerá, por supuesto, y podría ser persuadido a pensar que soy una clase de topo y por tanto podría serle útil para capturar a Jax y acabar con el Latigazo de una vez por todas. Además —había añadido, arrugando la nariz con disgusto—, desearía comportarme mejor de lo que lo ha hecho ese sullustano cobarde. Me niego a ser tan cobarde como para abandonar a mis compañeros.

El pequeño discurso parecía haber funcionado bastante bien con el grupo, y Rhinann se dedicó a las preparaciones finales para el intercambio. Él creía que ahora, finalmente, el bota *debía* salir a la superficie, y él sería la última persona que alguien esperaría que lo robara *y* lo usara.

El punto de intercambio sería la torre de control de un hangar de naves espaciales en un complejo militar abandonado. Tuden Sal había seleccionado el lugar, lo que le había causado a Pavan cierta intranquilidad. Sal aún era un recién llegado para el Latigazo y, aunque Yimmon e incluso Laranth confiaban en él, el hecho de su traición previa al padre de Jax debía hacer difícil para el joven Jedi tener la misma fe en él.

Rhinann consideraba irónico que Tuden Sal no se hubiera ofrecido voluntario para ser parte de la misión, sin embargo I-Cinco todavía pretendía asesinar al Emperador si se presentaba la oportunidad.

El elomin no era muy optimista acerca de sus probabilidades, pero había hecho copiosas listas mentales de todas las cosas que podrían salir mal, y por eso se sentía bien preparado para cualquier cosa que pudieran encontrar.

No obstante quedó sorprendido casi inmediatamente a su llegada a la torre. Mientras él y Dejah acompañaban al droide desde su aerodeslizador, se encontraron en compañía de un trío de Inquisidores. Los adeptos los flanquearon mientras se acercaban al ascensor que conectaba con la sala de control.

Rhinann reaccionó de una manera muy poco digna, casi llegando a esconderse detrás del droide. Dejah tomó su apariencia de forma algo más serena, expresando sólo una leve molestia porque ella y Rhinann no hubieran sido avisados de la precaución adicional por parte de Vader. I-5YQ, disfrazado como una unidad de protocolo de la línea 3PO, no dijo nada, como correspondía a un droide llevando un dispositivo de contención. Habían

acordado dejar su módulo cognitivo en su programación básica y almacenar los datos dentro del falso dispositivo de contención. En el momento adecuado, alguien —Rhinann no sabía quién, para que Vader no pudiera arrancarle la información de la mente, si iba a ser Dejah, o Jax, monitorizando desde la distancia— reactivaría las funciones cerebrales superiores del droide para que pudiese completar su misión.

—Nos acompañaréis —dijo simplemente uno de los seres sin rostro, y se dio la vuelta para conducirlos hasta el elevador.

—Podrías haberme avisado de que estaban ahí —le dijo Rhinann a Dejah entre apretados dientes.

—¿Qué te hace pensar que sabía que estaban ahí?

—Me parece recordar que comentaste que el taozin no impide la telepatía. Asumo que estos sujetos están emitiendo alguna clase de ondas cerebrales. Tal vez incluso tienen emociones.

La zeltron le miro por el rabillo del ojo.

—Sí que tienen.

—Dejad de hablar —dijo uno de los Inquisidores. Rhinann sintió sus miradas puestas en él mientras salían del ascensor y cruzaban la sala vacía que una vez había dirigido el tráfico espacial de la República, y que ahora era el hogar del polvo, la suciedad, y los insectos.

Rhinann vio a Laranth de pie dentro de alguna clase de campo de fuerza que circulaba entre una serie de emisores portátiles. Sus muñecas estaban esposadas, y hubo un dispositivo parpadeante unido a su lekku izquierdo… un transmisor de impulso electromagnético, aventuró él, con el objetivo de desestabilizar la interacción de su cerebro con el misterioso zarcillo carnoso. Ella parecía enfadada, pensó él. Pero, ¿cuándo no?

Había tres figuras paradas justo detrás de ella, junto a la ventana que daba al distante suelo del hangar: el muchacho Kaj, Darth Vader… y el Emperador Palpatine. El Emperador estaba sentado en una silla flotante en el centro del pequeño grupo, con aspecto encorvado y frío. Vader era… bueno, Vader. Él no había cambiado nada desde la última vez que Rhinann le había visto. El muchacho, por otro lado, estaba vestido con un uniforme de negro Imperial en contra del cual su cabello y su piel pálida resultaban chocantemente brillantes. Extrañamente, no parecía feliz de verlos.

A Rhinann le costó un esfuerzo enorme permanecer de pie… ante la visión de Vader todo su viejo pánico se había reacomodado en él, hasta tal punto que la habitación literalmente se puso gris durante algunos momentos. Se sintió tambalear, y se ordenó a sí mismo ferozmente mantener el control.

Miró hacia Dejah. La zeltron estaba de pie al lado contrario de I-Cinco, sus ojos estaban desorbitados por el terror, su mirada fija en Vader y en el Emperador, su respiración era rápida y superficial. A continuación miró al droide. ¿A qué estaba esperando? ¿Por qué no le disparaba a Palpatine? ¿No habían conseguido cargar de nuevo la información?

La respuesta llegó de la forma más inesperada. El Emperador sonrió y unió sus manos, entonces desapareció como una estrella moribunda… silla incluida. No había sido más que una imagen holográfica.

Rhinann tuvo el absurdo deseo de reír.

Darth Vader, una mano en el hombro de Kaj, los examinó a través de sus lentes insectoides. Entonces se movió hacia ellos con gracia lánguida y amenazadora, sus túnicas susurrando suavemente.

—Haninum Tyk Rhinann. Me sorprende verte aquí. No te habría tomado por un héroe o por un tonto.

Rhinann no tenía respuesta a eso, al estar demasiado aterrorizado para hablar… ni, sabía él, Vader la esperaba.

Vader se acercó a ellos, se detuvo y los inspeccionó por un momento. Kaj permanecía algunos pasos por detrás, su expresión neutral. Rhinann se sorprendió por eso, pero sólo vagamente… no había mucho espacio en su cabeza para otra cosa que no fuera el terror de estar tan cerca de Vader otra vez.

Después de un momento interminable de silencio, Vader se dirigió, no a Rhinann, ni a I-Cinco, sino a Dejah.

—¿Cuál de ellos tiene el bota? —preguntó él.

—No lo sé —dijo ella serenamente. Se volvió para mirar a I-Cinco—. Intenté descubrirlo, pero I-Cinco es terriblemente listo en cuanto a esas cosas. Realmente no he podido descartar la posibilidad de que todavía lo tenga.

Rhinann se sorprendió ante lo poco que le sorprendía esta evidencia de la traición de Dejah.

—Por otra parte —dijo ella, volviéndole la espalda al droide y mirando a uno de los Inquisidores—, él podría habérselo dado al Jedi.

Rhinann captó un siseo del Inquisidor.

Dejah se aproximó a la figura escarlata, su expresión dulcemente melancolía.

—Lo siento, Jax —dijo suavemente—. Lo siento de verdad.

CAPÍTULO VEINTISIETE

La sangre retumbaba en los oídos de Jax Pavan… tan fuerte que apenas escuchaba lo que la mujer zeltron le estaba diciendo.

—Por favor entiende que no es personal, Jax. O político. De hecho te agradezco que me presentaras la Fuerza. Nunca antes había estado tan cerca de un adepto de la Fuerza. No tenía ni idea de su puro poder sensual. Es la cosa más intoxicante que he encontrado. Había creído que la creatividad de Ves era intoxicante, pero esto… —tomó aire largamente—. Este poder que tú y Kaj y el otro Jedi manejáis… va más allá de mi experiencia —le miró tímidamente a través de sus pestañas—. Como decía —lo siento.

Jax se quitó la capucha de la túnica de Inquisidor. Por el rabillo del ojo captó el eco de movimiento de uno de los dos Inquisidores reales de la sala.

—Probus Tesla, si las cicatrices de su cabeza y de su cara servían de identificación. Miró fijamente a los ojos de Dejah.

—No, no lo sientes —dijo él.

Ella sacudió la cabeza tristemente.

—Si hubieras estado dispuesto a tener algo conmigo, esto no habría sido necesario. Pero seguiste alejándote de mí, manteniéndome a raya. No ibas a dejarme entrar. No ibas a dejarme saborear la Fuerza en ti —su bonita boca se torció—. Toda esa circunspección Jedi, ese código moral, impidiéndote dejarme tocarte —impidiéndote tocarme. Pero…

—Pero Probus Tesla, a diferencia de mí, no está atado por limitaciones morales.

Ella sonrió, su mirada recorriendo las cordilleras queloides de la cara del Inquisidor.

—Sí. ¿Cómo lo supiste?

—Sospeché que algo no iba bien cuando dejaste de importunarme con tus feromonas. Al principio desviaste tu deseo hacia Kaj, pero cuando desapareció, necesitabas otra fuente. ¿Con quién hacer una alianza mejor que con el Inquisidor que me estaba dando caza?

Pero tenías que probar tu sinceridad. Así que les diste a Laranth y a Kaj. Les dijiste donde encontrar al mcuchacho y a la Paladín.

Ella parecía perpleja.

—Pero —fui tan cuidadosa…

—Ya te hablé del sueño de Fuerza que tuve, en el que olí el gas de especia. El perfume de tus feromonas también estaba allí.

Ella parecía a punto de contestar, cuando Vader interrumpió.

—Todo esto es vagamente interesante y divertido, Pavan —dijo él—. Pero ya ha durado suficiente —extendió una mano enguantada—. Dame el bota… ahora.

Jax se rió sin regocijo.

—¿Por qué? No vas a dejarnos marchar hagamos lo que hagamos.

—No te dejaré marchar, pero la dejaré ir a ella. —Vader inclinó la cabeza hacia Laranth.

—¿Por qué harías eso?

—Porque es más fácil que la alternativa: diseccionaros a todos, pieza por pieza hasta que encuentre lo que busco. Algo que sabes que soy capaz de hacer —hizo un gesto descuidado con una mano y Laranth se puso rígida, su cabeza se echó hacia atrás, sus ojos se desorbitaron por el dolor.

Debajo de sus túnicas, Jax activó el remoto que, en teoría, restauraría las funciones cognitivas superiores de I-Cinco. El droide, sin embargo, no dio indicios de ningún cambio. Jax sintió que el miedo apuñalaba su corazón. ¿Había estado él en lo correcto? ¿Había perdido I-Cinco alguna parte efímera de sí mismo que nunca podría recuperar?

—Dile al droide que me dé el bota, Pavan.

—El droide no lo tiene —dijo I-Cinco de repente. Ambas manos se alzaron en un gesto letal, disparando los láseres. Los rayos se dirigieron hacia Vader… y se detuvieron a escasos centímetros de sus manos extendidas.

—Interesante —dijo él—. Leí tu intención en el mismo instante que las estabas formando. No como una corriente en tu matriz positrónica, sino como una emoción. Estabas protegiendo lo que aprecias. Verdaderamente eres una máquina notable.

—Perdóname por no ser lo suficientemente gentil para agradecerte el cumplido —dijo I-Cinco.

—Entiéndeme, hombre de hojalata. Si no me entregas el bota, te obligaré a observar mientras destruyo a Jax Pavan y a Laranth Tarak. No quedará nada que proteger.

Hubo una extraña reverberación psíquica que parecía llegar de todas partes a la vez. A raíz de eso, Jax sintió el toque mental de Laranth y miró hacia ella. Vader la había soltado del agarre en el que la había sujetado y ella estaba mirando a Jax fijamente. Cuando sus miradas se encontraron ella hizo un gesto sutil, sus ojos bajando hacia la punta de su lekku derecho; la cual, cayendo sobre su hombro, rozaba el cinturón que llevaba alrededor de su túnica.

Él comprendió el mensaje inmediatamente… ella tenía el bota. Laranth era el cómplice secreto de I-Cinco. Lo que tenía mucho sentido. Ella era accesible para el equipo pero no parte de él, y ella era, de todos los socios de Jax, la persona de más confianza.

La mente de Jax se revolvió buscando una epifanía. Manteniendo la mirada de Laranth, le hizo la más diminuta inclinación de cabeza y un pequeño toque con la Fuerza.

Los ojos de ella se abrieron con incredulidad.

Jax abrió la boca para hablar cuando una fuerza como un invisible puño gigante le golpeó y le arrojó contra la pared. Quedó allí inmovilizado, ensartado, mientras cada terminal nerviosa de su cuerpo explotaba y ardía en llamas. Un grito escapó de su garganta antes de que pudiese detenerlo.

—¡Alto! —le gritó Laranth a Vader—. ¡Yo tengo el bota!

Vader dejó ir a Jax, y cayó al suelo hecho un ovillo. Se recostó contra la pared, observando mientras Vader liberaba a Laranth de sus grilletes y bajaba el escudo. La twi'lek metió la mano en un bolsillo de su cinturón y sacó un inyector que contenía la única dosis de extracto de bota. Se lo tendió a Vader.

Él lo tomó y reactivó su celda en un movimiento fluido. Atrapada otra vez en el campo de fuerza, Laranth cayó contra el suelo.

De nuevo, Jax sintió ese estremecimiento peculiar de temor en la Fuerza, pero no tuvo tiempo de indagar en él. Vader se había situado delante de él.

—Y ahora, si me devuelves el pyronium…

No tenía sentido negarlo. Si fingía no tenerlo, Vader simplemente le registraría de arriba abajo y lo tomaría. Él metió la mano entre la túnica de Inquisidor, lo cogió del bolsillo interior de su chaleco, y lo entregó.

—Y finalmente, el Holocrón Sith —de nuevo, Vader tendió una mano enguantada.

Jax negó con la cabeza.

—No lo tengo.

—Está diciendo la verdad —dijo I-Cinco rápidamente—. Jax se lo dio a otro miembro de nuestro equipo que… ya no está con nosotros.

—Oh sí, el sullustano fisgón. ¿Dónde está?

—De camino a su planeta natal, creo.

La mano enguantada se cerró formando un puño, haciendo que Jax se preparara para el desuello continuado de sus nervios. Quedó sorprendido cuando Vader simplemente encogió los hombros ante la inconveniencia, como si el Holocrón Sith no tuviera importancia.

Por supuesto, la epifanía de Jax podía ser pura ilusión. Su suposición de que Vader necesitaría el holocrón para saber cómo usar el poder del pyronium podría ser falsa. Consideraba a Vader un hombre de suprema arrogancia, pero quien sabía… tal vez meramente estaba confiado y simplemente sabría cómo usar el pyronium una vez que tuviese una conexión sin restricciones con la Fuerza.

Jax miró a Dejah. Su cara era la de un fanático en la angustia de un éxtasis meditativo. Rhinann, también, pareció completamente centrado en Darth Vader mientras el Señor Oscuro contemplaba los dos objetos de sus manos.

—No puedes hacerte una idea de lo que me has dado —le dijo a Jax. Su tono era exultante… Él bota purificará y aumentará exponencialmente mi conexión con la Fuerza, una transformación que se mantendrá y se reforzará por la energía latente en el pyronium. El Holocrón Sith contenía instrucciones escritas hace mucho tiempo por Darth Ramage, un científico Sith, que habrían sido una adición útil a la combinación, pero no esencial. Simplemente tendré que adivinar cuál es la conexión entre estas dos fuerzas.

—¿Cómo descubriste que los tenía yo? —preguntó Jax. Se levantó del suelo con cierto cuidado, sus terminales nerviosas todavía sentían el aguijonazo de la agonía recordada.

—Sabía que habías adquirido uno de los objetos —y cuando rastreé la enredada historia del droide de Lorn Pavan, supe que había muchas posibilidades de que también tuvieras el bota. Por lo que respecta al otro, fue mera sospecha por mi parte. Gracias por confirmarlo.

A continuación se volvió hacia I-Cinco, con el inyector de bota en una mano, el pyronium en la otra.

—Y esta criatura; ¿un droide sensible?, tengo curiosidad por saber cómo se consiguió tal hazaña.

—Ese conocimiento —dijo I-Cinco—, es desconocido incluso para mí. Dudo que puedas descubrirlo.

Vader ignoró el desprecio del droide.

—No importa. Cuando haya hecho uso de esto, sospecho que poseeré incluso ese conocimiento.

Se dirigió sin preocupación hacia el centro de la sala como si quisiera posar ante la gran extensión transparente de la ventana, todavía considerando los objetos de sus manos. Miró a su Inquisidor y dijo:

—Has sido bendecido, Probus Tesla. Hoy presenciarás mi triunfo definitivo.

Antes de que Jax pudiese considerar lo que tenía intención de hacer, Vader había vaciado el contenido del inyector en un receptáculo de su placa pectoral.

—¡Maestro! —gritó Tesla, dando un paso hacia adelante.

El Señor Oscuro extendió una mano para detenerle.

—Meramente un análisis, Tesla. No sería tan tonto como para… —Vader se detuvo bruscamente. Su cabeza encasquetada se inclinó hacia atrás por la sorpresa—. ¿Qué…?

Él estaba quieto, casi contemplativo.

—Interesante… —dijo suavemente—. Parece que tengo cierta…

Entonces se puso rígido, como si sufriera una punzada de dolor. En un momento, su forma blindada estaba cubierta de crepitante energía azul. El Señor Oscuro comenzó a convulsionar espasmódicamente mientras la energía se intensificaba.

Jax rápidamente se desprendió de la túnica de Inquisidor y encendió su sable Sith. Ni Vader ni nadie más parecieron darse cuenta.

El Señor Oscuro continuó de pie, enraizado en ese punto, mirando fijamente los patrones frenéticos de luz que le recorrían. Entonces una onda de choque de Fuerza golpeó a Jax, una sensación de intensidad más allá de cualquier cosa que alguna vez hubiera experimentado. Por un el momento fugaz entendió lo que estaba ocurriendo, se dio cuenta de que estaba experimentando el eco más leve de la conexión inimaginable que Vader estaba sintiendo… la conexión con la Fuerza Cósmica.

Jax alzó su sable láser. Era el momento de actuar.

No tuvo ninguna oportunidad. Encerrado en alguna clase de fuga oscura, Darth Vader comenzó a arrojar energía de Fuerza en todas las direcciones a la vez, como si luchara con un ejército de enemigos incesantes. Pero los golpes eran aleatorios, espasmódicos, golpeando las paredes, el techo, el suelo. Era como si la Fuerza golpease a través de él, usando al Señor Oscuro como una marioneta, o más apropiadamente, como un arma.

Una de las primeras ráfagas golpeó la ventana de la sala de control, rompiendo su vasta extensión en innumerables pedazos diminutos. Estallaron hacia afuera y cayeron al suelo como una lluvia de estrellas mortíferas. La andrajosa silla de una consola se

desprendió del suelo y fue volando hacia I-Cinco. Le golpeó en el hombro derecho y le arrojó hacia atrás, inmovilizándole contra la pared trasera de la sala y aplastando su chasis. La estructura de duracero de la silla se clavó en el ferrocreto, atrapando eficazmente a I-Cinco allí.

El campo EM alrededor de Laranth cayó y el emisor de impulsos que había estado distorsionando su sentido de la Fuerza cayó de su lekku hasta el suelo. Liberada, se lanzó hacia Kaj, quien estaba acurrucado en una esquina junto a la ventana, temblando, pálido y aparentemente desvalido.

Rhinann buscó refugio rápidamente tras una consola control averiada. Dejah seguía de pie en el centro de la sala, a un mero metro y medio del corazón de la tormenta. Su cara estaba ensimismada, sonriente, sus enormes ojos brillaban con placer.

—¡Dejah! —gritó Jax—. ¡Dejah, apartaté de ahí!

Ella se volvió para lanzarle una mirada tímida sobre un hombro, entonces avanzó incluso más hacia el Sith que luchaba, alzando sus brazos como para abrazarle. Ella fue abrazada por la Fuerza en lugar de eso… una oleada de poder inestable de Vader la arrojó a través de la sala, para impactar con fuerza rompe-huesos contra la pared. Jax no necesitaba que la Fuerza le dijese que estaba muerta.

No tuvo tiempo para quedar aturdido. Luchó para desviar las explosiones aleatorias, pero la inestabilidad de Vader estaba perturbando la Fuerza de tal manera, que algunas oleadas pasaron. Una fue suficiente para aplastar al tercer Inquisidor.

Jax finalmente recurrió a gritar:

—¡Laranth! ¡Aíslale!

Ella lo intentó. Trató de envolver a Vader en una burbuja de Fuerza de una sola pieza, pero ella, también, encontró que manejar la Fuerza le resultaba tan difícil como a Jax. Él sintió su frustración como hilos quebrados de energía temblorosa.

No importa. Con el sable láser brillando intermitentemente, Jax comenzó a avanzar hacia el Señor Oscuro.

El Inquisidor, Tesla, inmovilizado por el shock, pareció recobrarse repentinamente. Encendió su propia arma y se encontró con Jax hoja con hoja, en un intento de apartar al Jedi de su obvio propósito.

Con el lugar viniéndose abajo a su alrededor, y sin forma de alcanzar a Vader, Jax se encontró en un punto muerto con el Inquisidor.

Miró a Kaj, acurrucado con Laranth en su esquina, con la cara pálida y lleno de terror. ¿Qué le había hecho Vader, para evitar que intentara usar la Fuerza? ¿Cómo le había convertido el Señor Oscuro de un enemigo imprevisible e implacable en una mascota a la que se atrevía a dejar fuera de la jaula? Jax sabía que nunca recibiría ninguna respuesta a esas preguntas si no podía deshacer ese empate.

Sobre el zumbido y el entrechocar de las dos hojas escarlata, Jax escuchó un sonido bendito a su espalda: el gemido del láser de I-Cinco. El droide se había liberado y estaba trabajando en las puertas. Jax contuvo el aliento cuando vio la condición en la que se encontraba su amigo… un brazo casi cercenado del todo, colgando de algunos cables, y

la mayor parte de su torso superior aplastada. Había tenido que arrastrarse a sí mismo hasta las puertas, y su único láser operativo estaba chisporroteando de malas maneras. No obstante, perseveró.

Reuniendo todas sus energías, Jax avanzó sobre el Inquisidor, empujándole hacia atrás hacia su oscuro maestro. Manejaba la hoja Sith como si fuera una extensión de su cuerpo, como si su mente la esgrimiese sin intermediación de sus brazos y manos. Estocada, esquive, estocada; de arriba abajo, entonces por arriba de nuevo.

Tesla, su cara brillante por el sudor y torcida en un rictus de pura furia, intentó aguantara, pero se vio obligado a ceder terreno. Su mirada taladraba a Jax como si también pudiese hacerle daño físico con eso.

Jax sabía que quería.

Hacia atrás y hacia atrás, más y más cerca de Vader, los dos lucharon, hasta que una astuta finta por parte de Tesla hizo que Jax perdiera levemente el equilibrio. La mueca de disgusto del Inquisidor se convirtió en la sonrisa de una calavera de júbilo. Agarró su sable con una sola mano y lo giró en un arco hacia el costado de Jax.

Un golpe oblicuo de la errática energía de Vader acertó al Inquisidor y lo lanzó dando vueltas hacia una maraña de maquinaria estropeada y fibras ópticas. Su sable láser se apagó y salió dando vueltas, repiqueteando por el suelo.

Jax se encontró abruptamente frente a Darth Vader con nada más que su sable láser. ¿*Oportunidad o desastre*?, se preguntó.

La cabeza encasquetada de Vader se volvió hacia él, medio oscurecida por el flujo frenético de estática de Fuerza. Cada terminación nerviosa del cuerpo de Jax cosquilleó ante la observación. Él alzó la hoja y vio el movimiento reflejado de la mano de Vader.

Vader emitió dos palabras; Jax no podía distinguir si las había oído a través de sus oídos o a través de la Fuerza: No puedes.

¿Una advertencia? ¿Una esperanza? ¿Una mentira? Antes de que Jax pudiese contestar con palabra o sable láser, las puertas tras él se abrieron.

Jax vió cómo la cabeza de Vader se volvía hacia las puertas, y meció su hoja en un arco descendente. Golpeó la cobertura de Fuerza que envolvía a Vader y rebotó como si estuviera hecha de metal. La sacudida del contacto adormeció el brazo de Jax y le lanzó al suelo.

—¡Jax! —la voz era la de Laranth, llamado desde atrás; él se dio lo vuelta y se puso en pie.

A través del portal abierto de la sala de control vio a Thi Xon Yimmon, Tuden Sal, y un equipo de operativos de Latigazo que incluían, increíblemente, a Den Dhur. Estaban armados hasta los dientes, colmillos, y mandíbulas.

Laranth permanecía en la puerta, con una mano extendida hacia él. Junto a ella Tuden Sal luchaba para llevarse a Kaj sin lastimarle; el muchacho parecía obsesionado con llegar hasta Vader. Gritaba de forma inarticulada; Jax no podía entender lo que decía con el sonido de las explosiones de Fuerza de Vader. Mientras Jax iba a trompicones hacia ellos, tratando de alcanzar la mano extendida de Laranth, Kaj se soltó de Sal y salió

disparado. Antes de que Jax pudiese reaccionar, el chaval fue golpeado por la energía de Fuerza y arrojado al suelo. Vader le había atado eficazmente con una correa de pura energía y le estaba arrastrando inexorablemente hacia la ventana destrozada.

Jax saltó tras el chaval, con la hoja lazada… sólo para ser atrapado por otra correa de energía de Vader.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

No.

Eso no podía terminar así. Su oportunidad… su única oportunidad de experimentar la Fuerza, desperdiciada.

Desperdiciada.

Rhinann no comprendía lo que había sucedido o por que el bota no había afectado a Vader en la forma en la que el Señor Oscuro había esperado obviamente que lo hiciera… la forma que todos ellos habían esperado. El Lord Sith no se había convertido en el ser todo poderoso, exponencialmente aumentado, de control supremo que los rumores sobre las propiedades del bota habían sugerido. En lugar de eso se había convertido en un locus inestable de energía, expulsando muerte y destrucción.

Y ahora, con Jax Pavan y Kaj Savaros atados a él con cadenas de energía irrompible, Vader se dirigía hacia la ventana destrozada de la sala de control, mostrando toda intención de destruir al Jedi y al muchacho.

Un uso tan insignificante de ese regalo estupendo.

Rhinann ya no podía soportarlo más.

—¡Debería haber sido *mío*! —gritó, y se lanzó desde su escondite directamente hacia el Señor Oscuro.

Él no tenía nada más que fuerza bruta de su parte, pero él conocía las debilidades de su ex-amo. La energía de Vader estuvo completamente enfocada en Jax y en el muchacho. Rhinann se lanzó hacia él y golpeó el aparato respiratorio de Vader con los puños cerrados, intentando dañarlo desesperadamente.

La maniobra, imprevista e inesperada, distrajo a Vader. Perdió su agarre de Fuerza tanto en Jax como en Kaj y dio vario pasos alejándose del elomin, balanceándose al borde de la ventana destruida.

Fue una larga caída, y Rhinann sospechaba que allí sería donde terminaría su vida, pero ya no le importaba. Arañó la placa pectoral con manos como garras, gritando su angustia una y otra vez.

—¡Era mío! ¡Era mío!

Sintió las manos de Vader cerrándose sobre su cuello y alzó la vista para ver su propia cara desolada reflejada en la máscara obsidiana.

—Robaste mi vida —dijo Rhinann sin aliento mientras los dedos apretaban—. Tendré la tuya como pago.

Se abalanzó; perdieron juntos el equilibrio sobre el alféizar quebrado, cayendo hacia el espacio cavernoso de más allá.

Rhinann nunca sintió el impacto. Logró su experiencia con la Fuerza durante un breve y brillante momento, sintiendo un eco atravesándole mientras ésta le reducía a cenizas.

* * *

La sala de control quedó en silencio excepto por el sonido de la respiración dificultosa y lo sollozos de Kaj. Hubo movimiento detrás de él; Jax sintió manos tocándole, levantándole. Las manos de Laranth y la mano buena de I-Cinco. Se aferró a ellos y dejó que le levantaran, entonces hizo un gesto con la cabeza hacia Kaj, que yacía acurrucado en el suelo.

Hubo un murmullo de sonido entonces cuando los rescatadores inundaron la sala con su alboroto. I-Cinco se volvió hacia Den, quién permanecía detrás de él sujetando un rifle bláster que era casi tan grande como él.

—¿Sabes siquiera como usar esa cosa? —preguntó el droide.

Den bajó la mirada hacia hacia el arma.

—Bueno, no estoy seguro ¿Lo apunto a tu gruesa cabeza metálica y lo descubrimos?

—Yo también me alegro de verte —dijo I-Cinco suavemente.

—Lo mismo digo —el sullustano miró de cerca al droide dañado—. ¿No es el mismo brazo que te arrancó ese Wookiee cuando estabas borracho en Drongar?

—Un momento —dijo Jax, sintiendo una tensión repentina en la atmósfera del lugar. Miró a su alrededor, buscando al Inquisidor caído, Tesla. Se había desvanecido.

No era bueno.

Una oleada cataclísmica de Fuerza desde el suelo del hangar iluminó hasta las esquinas más oscuras de la sala de control con un brillo cegador. Todo el edificio se sacudió.

—¡Fuera! ¡Salid fuera! —Jax esquivó una placa que caía del techo y miró a su alrededor buscando su sable láser. Podría ser una hoja Sith, pero era todo lo que tenía en ese momento. La vio tirada en el suelo destrozado. Junto a ella yacía el cristal de pyronium que Vader había cogido. Jax lazó tensos zarcillos de Fuerza y atrajo ambos objetos hasta sus manos. Entonces corrió a toda velocidad hacia las puertas abiertas mientras la sala se desintegraba a su alrededor.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Den e I-Cinco, a la manera de viejos y cómodos amigos, regresaron fácilmente a su acostumbrada relación, aparentemente disfuncional. I-Cinco tomaba el pelo a Den sobre su regreso. Den acusaba al droide de ser irresponsable e inepto sin él para ofrecer consejo oportuno y práctico.

El droide se había beneficiado de los talentos de varios mecánicos y diseñadores del Latigazo durante el curso de sus reparaciones, y como resultado estaba como nuevo… mejor, en ciertos aspectos. Además de los láseres gemelos y el pincho de interconexión, ahora poseía un arsenal verdaderamente transformador en sus manos, incluyendo un cable de monofilamento capaz de sostener una tonelada métrica, un pequeño pero eficiente rifle automático, y la habilidad de disparar chorros de varios gases soporíferos no letales.

Jax sabía que alguna clase de disculpa y confesión había tenido lugar entre I-Cinco y Den, pero prefería no preguntar. Den admitió ante todos que había estado sentando en el espaciopuerto echando humo y vacilando cuando se dio cuenta de que, por mucho cariño que sintiera por Eyar Marath, y por muy acogedor que fuera la idea de una cómoda cueva en Sullust, este planeta miserable con sus túneles artificiales y sus peligrosos habitantes era donde estaba su corazón.

—Mientras estaba con vosotros —discutiendo, frustrado, preparado para estrangular al droide *y* a la zeltron— pensaba en Eyar en los momentos de angustia. Mientras iba de camino hacia ella, pensaba en vosotros sin interrupción. Finalmente me di cuenta de que eso significaba algo. Significaba que este era mi hogar, porque aquí es donde me siento más vivo. Me siento más yo. No sé quién es ese viejo que no quiere hacer nada más que envejecer en la cueva familiar de Eyar, pero no es Den Dhur.

Jax y Laranth pasaron una semana trabajando con Kaj, intentando restaurar su memoria y eliminar los engaños que Vader y Tesla habían implantado en su mente. Él estaba destrozado anímicamente, un momento gravitando sobre el borde de reconocer a Jax y a Laranth como amigos, al siguiente asustándose de ellos con miedo abyecto e implorando por Tesla.

Fue Thi Xon Yimmon el que sugirió que enviaran al muchacho con los sanadores togruta y Los Silenciosos de Shili, añadiendo que entre los adeptos a la Fuerza del propio planeta y los extraños monjes silenciosos, con su tranquilizadora presencia terapéutica, podría sanar más rápidamente, así como recobrar control consciente de la Fuerza. Al destruir la memoria del muchacho, Vader parecía haber borrado de la mente de Kaj el significado de lo que era ser una persona sensible a la Fuerza. La Fuerza en él era como una madeja de hilos enredados, anudados, deshilachadso, sus conexiones estaban oscurecidas. Por mucho que Jax odiara admitirlo, sabía que Yimmon tenía razón… allí no podía hacer nada por Kaj. Allí, los Jedi todavía estaban sentenciados a muerte. Allí, todavía tenían que esconderse. Ese no era lugar para el muchacho.

Jax se había planteado momentáneamente dejar Coruscant y viajar a Shili con Kaj, pero sabía que no podría. Ahora estaba comprometido —él y sus compañeros— para hacer lo que él había llegado a darse cuenta era la misión de su vida: ayudar a los desfavorecidos y los desvalidos, y ayudar a construir una rebelión más grande y de mayor alcance contra el Emperador.

Así que de esa manera, con cierto sentido de haber fallado, Jax envió a Kajin Savaros por el MLS a un carguero en espera en compañía de uno de los Silenciosos. Entonces regresó con Laranth a sus nuevos alrededores en una casa refugio de Latigazo.

—No fallaste, lo sabes —le dijo Laranth mientras avanzaban por los callejones de camino a su nuevo hogar—. No tuviste la culpa. Dejah no fue capaz de anteponer algo tan abstracto como la lealtad a su propia gratificación. No podías haber anticipado eso.

—Sí, podía. *Debería* haberlo hecho. Pero estaba tan seguro de mí mismo. Tan seguro de mi control de la Fuerza, que no me di cuenta de lo que me estaba haciendo… a nosotros. Me dominó completamente, Laranth, hasta el punto que yo… —dejó que su voz se apagara.

—¿Vas a terminar ese pensamiento?

Él la miró de soslayo.

—Dejé que me envolviera en un velo. Feromonas y orgullo. Mala combinación. Quedé tan atrapado por la idea cósmica de ser el Maestro Jedi de alguien que olvidé lo que significaba ser un Caballero Jedi. *Te* olvidé. No quiero que vuelva ocurrir jamás —vaciló—. Cuando estuviste en el centro médico…

—Eso fue entonces. Esto es ahora.

Él dejó de caminar y se giró para mirarla de frente.

—No. No voy a aceptar eso. Eso fue entonces y ahora —se esforzó por encontrar las palabras—. Nosotros… Yo…

—Elocuentes, ¿verdad?

—Laranth, para. No hagas que sea tan difícil. Ya sabes lo que estoy tratando de decir. Puedes sentir lo que estoy tratando de decir.

Y repentinamente él supo que ella podía porque, en el espacio de un aliento, ella le había dejado entrar. Él fue asaltado por un extraño e intoxicante bucle emocional recursivo. Una empatía aumentada por la Fuerza.

Él miró a Laranth y se vio como ella le veía y quedó impresionado por las emociones que él evocaba en ella. Él experimentó esa revelación reflejada en ella al mismo tiempo que ella captaba el tenor de sus sentimientos y exploraba la textura de su ser más interior.

Él atravesó las reservas y el dolor y las defensas cuidadosas que ella había erigido y sintió cómo ella atravesaba a su vez sus barreras.

Cuando regresaron completamente a ellos mismos estaban de pie en un callejón estigio, con las frentes tocándose, los dedos entrelazados, temblorosos.

—¿Qué fue eso? —murmuró Laranth—. ¿Qué acabamos de hacer?

—Estaba a punto de hacerte la misma pregunta.

—Lo sé. No sé cómo llamarlo.

Jax exhaló.

—No lo llamemos de ninguna manera por ahora. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Se separaron, físicamente en cualquier caso, y comenzaron a caminar otra vez de mutuo acuerdo.

—Ya que estamos con el tema de los misterios —dijo Laranth, y Jax sonrió—. ¿Qué te hizo correr un riesgo y pensar que el bota empujaría a Vader por el borde —tanto literal como figuradamente?

Jax guardó silencio durante algunos pasos, entonces dijo:

—Es un debate tan viejo como la propia Fuerza: ¿Es generada por y para seres vivos, y por tanto sujeta a sus deseos y sus demonios, o es trascendente —algo inefable que sólo podemos esperar vislumbrar ocasionalmente en su conjunto? Algo que no está hecho para ser experimentado en su conjunto. Mientras haya seres vivos que se pregunten por ello, la pregunta existirá.

—¿Cuidado con lo que deseas, podrías conseguirlo? Eso no es una respuesta. Es simplemente otra pregunta.

—Hay también otro factor: el hecho de que I-Cinco había estado llevando el bota de acá para allá durante dos décadas. Cierto, había sido procesado, y era mucho más estable que en su estado natural, pero aun así… aposté que una molécula tan compleja habría empezado a deshilacharse un poco por los bordes —se encogió de hombros—. Ya elijas la explicación mística o la práctica, Vader no esperaba un mal viaje.

—Estabas apostando nuestras vidas —dijo Laranth. Ella no sonrió, pero había diversión en sus pensamientos.

Jax se maravilló de su textura y su matiz.

—¿Qué elección tenía? —preguntó él—. Él pudo habernos matado a todos en un suspiro, usando simplemente la Fuerza a la que tenía acceso todos los días. Tuve que apostar que, como mínimo, el bota le haría perder el rastro del mundo efímero y darnos media oportunidad para escapar.

Él no mencionó el tercer factor: esa fue la primera vez que había estado tan cerca de Vader, lo suficientemente cerca como para tocarle. Y aunque no se había atrevido a sondear al hombre, él se había dado cuenta de algo de los patrones de Fuerza que se habían arremolinado alrededor del Señor Oscuro. Patrones que parecían extraña e increíblemente familiares.

El Maestro Piell le había dicho una vez que los remolinos de Fuerza eran tan individuales como el ADN de una persona. Él no podía estar seguro —y probablemente nunca sabría la verdad— pero, si el Maestro Piell estaba en lo cierto y esos patrones no podían ser duplicados… bueno, había sido suficiente para arriesgarse. Él tuvo evidencia a través de la Fuerza de que Anakin Skywalker todavía seguía vivo. Y el Anakin que él conocía, a pesar del gran dominio que había tenido de la Fuerza, no habría tenido el autoconocimiento para darse cuenta de lo que el bota podría significar para alguien con su set particular de defectos de carácter.

Sí, fue un pensamiento alocado, pero fue un pensado que Jax se permitió tener por algo que Darth Vader había dicho: *Y ahora, si me devuelves el pyronium…*

—¿Crees que por fin está muerto? —preguntó Laranth, interrumpiendo sus pensamientos.

Jax negó con la cabeza.

—Él es más difícil de matar que eso. Pero creo que tal vez el juego haya cambiado. Y eso podrían ser buenas noticias… o malas.

—Pero aun así te quedarás —no era una pregunta.

Él no contestó. ¿Qué podría decir? Inquisidores o no, Vader o no, Emperador o no, Jax no podía concebir cualquier otro lugar en el que quisiera estar, cualquier otro trabajo que prefiriera estar haciendo. Para bien o para mal, este era su hogar.

Habían llegado a su nuevo domicilio mientras él había estado pensando, y cuando entraron, encontraron a alguien esperando en la sala de estar, hablando con Den y con I-Cinco.

Den presentó al recién llegado, que parecía ser un mirialan, a juzgar por sus marcas faciales.

—Éste es Chan Dash. Tiene un problema con el que podríamos ayudarle —Jax asintió. Pero cuando estaba a punto de hablar, repentinamente sintió una oleada de Fuerza en su interior, más alta y más fuerte de lo que alguna vez la había sentido. Era como si esos hilos que algunos creían que vibraban a través del tiempo y del espacio, formando el tejido de la propia realidad, le hubieran atrapado y elevado, casi instantáneamente, sobre… no, *fuera* del mundo que él conocía, y le hubieran llevado hasta alguna posición ventajosa metafísica. Durante un momento eterno, Jax contempló el espectacular remolino galáctico, que simultáneamente estaba conectado, en cierta forma, con todos y cada uno de los seres que contenía.

Duró un milisegundo; duró una eternidad. Entonces, tan abruptamente, él estaba de regreso.

¿Era eso lo que Barriss Offee había experimentado cuando había tomado el bota? ¿Había estado él, durante el tiempo de un latido, conectado con la gestalt más grande y unificadora que los Maestros más sabios llamaban Fuerza Cósmica? Si era así, ¿cómo? Vader había usado el último bota; no había nada en lo que pudiera pensar que podría haber desencadenado eso, excepto…

Excepto la propia Fuerza.

Jax tuvo la sensación de una gran satisfacción, de un propósito. No sabía por qué la Fuerza le había elegido a él para concederle esa visión, pero sospechaba de una razón. Sospechaba que había sido para mostrarle sin duda alguna, en la inmensidad de la galaxia, a qué lugar pertenecía Jax Pavan.

Dime algo que no sepa, pensó.

Se dio cuenta de que Chan Dash, así como su equipo, estaba comenzando a mirarle de foma extraña. El silencio estaba comenzando a alargarse.

Jax estrechó la mano del mirialan y le indicó una silla.

—Siéntate, por favor —dijo él—. Dime cómo podemos ayudarte.